



La venganza de
Ramsay

Mia Sheridan

Phoebe

La venganza de
Ramsay

Mia Sheridan

Traducido por María José Losada



Phoebe

Título original: *Ramsay*

Primera edición: enero de 2018

Copyright © 2016 by Mia Sheridan

© de la traducción: M^a José Losada Rey, 2018

© de esta edición: 2018, Ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16970-51-3

BIC: FRD

Fotografía: Shutterstock

Diseño de portada: Mia Sheridan

Maquetación y rótulos de portada: Calderón Studio

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

*Este libro está dedicado a Angie, Addie, Lucie, y Callie. Me alegro de llamaros hermanas, pero me hace más feliz todavía
consideraros mis amigas.*

ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

FANPICS

ARIES

El mito de Aries habla de dos hermanos, un chico y una chica, que iban a ser sacrificados a los dioses. En el último minuto, fueron protegidos por un poderoso carnero alado. Debido a la fuerza y el heroísmo que mostró el animal, Zeus lo colocó entre las estrellas. Es así como el vellocino de oro, tan buscado por muchos, se convirtió en el símbolo de lo que es máspreciado.

PRÓLOGO

BROGAN

«Ella me está esperando».

Moví los pies con rápida suavidad sobre la hierba que había cortado esa misma tarde. Lo había hecho con la segadora, por lo que el resultado era una amplia extensión de césped a rayas, alternando las más claras con otras más oscuras. A veces, el patrón que seguía era un tablero de ajedrez, y otras elegía diamantes. Mi padre siempre sacudía la cabeza con incredulidad cuando le decía que creaba los patrones sin dibujarlos antes en papel, sin usar cuerdas ni siquiera para hacer la primera línea de diseño. «Cuando está lo suficientemente sobrio para darse cuenta, claro está». Sin embargo, así era. Lo veía en mi cabeza y calculaba dónde era necesario girar para conseguir la forma. Sabía por instinto dónde tenía que moverme para que la línea fuera recta. Aunque no era capaz de explicar por qué ni cómo lo hacía.

El fuerte olor a hierba cortada se mezclaba con el aroma de los tilos que bordeaban el jardín y la dulce embriaguez de la madreSelva, que crecía muy cerca. Intenté dejar la mente en blanco, tratando de ignorar la miríada de olores. Se me puso la piel de gallina y caminé con más rapidez. Los olores no me resultaban desagradables, pero no podía pensar con claridad cuando me encontraba cerca de un perfume demasiado intenso, y ahora quería pensar. Quería pensar en ella.

—Lydia —susurré, adorando la forma en la que su nombre vibraba en mi lengua, la forma en la que la D suavizaba la A final, rematando la sílaba con un suspiro. Quería recordar las delicadas líneas de su cara; quería ver su pelo en mi mente, una cascada dorada como el sol veraniego cayendo por su espalda, y sus ojos, que no eran azules ni verdes, sino una mezcla perfecta de ambos colores. Jamás había logrado averiguar cuál era el tono real. También quería recrearme en las tiernas curvas de su cuerpo, en la plenitud de sus pechos ceñidos por las camisetas sin mangas, que desbordaban la parte superior del bikini, en la forma en la que su cintura se estrechaba para volver a curvarse hacia las femeninas caderas y las nalgas. Sentí que me hinchaba dentro de los vaqueros y fruncí el ceño. Con solo recrear su imagen, ya me excitaba. Pero, aun así, seguí pensando en ella, deslizando los ojos

más abajo, por las torneadas piernas de Lydia hasta aquellos pies perfectamente formados. ¡Incluso los dedos de sus pies eran perfectos!

Quería tomarme unos minutos para recordarla antes de verla en persona, así no sería tan obvio cómo me afectaba su belleza. Imaginarla previamente siempre me ayudaba a suavizar ligeramente el impacto de contemplarla en la realidad. Sin embargo, ella sabía cómo me afectaba. Lo notaba por la forma en la que movía los hombros cuando yo estaba cerca, como si supiera muy bien que la estaba observando y le gustara. Lo percibía en la inclinación involuntaria de su cabeza y la forma en la que me miraba para asegurarse de que mis ojos no dejaban de seguirla, en la manera en la que imprimía cierto movimiento a sus caderas solo para mí.

Lydia era una princesita, la hija de Edward De Havilland y su primera esposa, aunque ahora estaba casado con Ginny. Era multimillonario y propietario de una de las mayores empresas constructoras privadas del estado. Además, Lydia tenía un hermano mayor muy protector. Era mimada, pretenciosa y muy indulgente consigo misma, una coqueta incorregible, como yo bien sabía. Sin embargo, no podía soportar estar alejado de ella.

—Maldito idiota... —murmuré para mis adentros.

Yo era el hijo del jardinero de la familia. El hombre que nos había llevado a mi hermana y a mí desde una pequeña región de Irlanda hasta Estados Unidos en pos de una supuesta vida mejor después de la muerte de nuestra madre. El que nos había prometido que aquí todo iría mucho mejor, pero que se dedicaba a empinar el codo tanto o más de lo que lo hacía en casa. Mi padre, Sean Ramsay, era un maldito artista de mierda y un inútil. Pero yo trabajaba por él, para que no lo despidieran, porque necesitábamos su salario con desesperación, necesitábamos el seguro de salud que venía con ese empleo. Porque mi hermana pequeña, Eileen, estaba enferma y necesitaba realizar interminables visitas a los especialistas, médicos que tenían unas consultas muy caras.

Él me había prometido que dejaría de beber, y esperaba que fuera cierto. Aunque algunos días eran mejores que otros, hoy no era uno de ellos.

A pesar de que tenía diecisiete años, muchas veces me sentía como si tuviera setenta.

Cuando mi padre lograba controlar su problema con la bebida, hacía que el señor De Havilland me contratara para trabajar a tiempo parcial después de la escuela como ayudante. Así que ahora, si me veía alguien, creería que era eso lo que estaba haciendo. O por lo menos eso esperaba. Lo que ellos no sabían era que a menudo trabajaba hasta altas horas de la noche en los jardines De Havilland para asegurarme de que nadie se daba cuenta de que mi padre había abandonado la mayor parte de

sus funciones.

El padre de Lydia también se había dado cuenta de los patrones que dibujaba al cortar la hierba, y cuando me preguntó por mis notas en matemáticas y le dije que asistía a cursos avanzados desde noveno grado, se quedó impresionado. Me había ofrecido un trabajo en su empresa durante el verano. Me había hecho sentir muy orgulloso y emocionado, y acepté sin dudar. Eso podía significar que al fin podríamos permitirnos pagar algunos de los tratamientos médicos que nos recomendaban para Eileen. Y tal vez, solo tal vez, algún día ganaría lo suficiente para poder invitar a Lydia a salir conmigo.

Sí, Lydia era una princesita, pero cuando me sonreía, mi corazón me daba un salto mortal en el pecho. Cuando se reía, su risa era como la música más dulce, y no había nada más agradable para mis oídos. No soltaba llamativas carcajadas como algunas personas, que solo hacían que quisiera taparme los oídos con los dedos. Ella era suave, preciosa y femenina, y me hacía desearla de una forma que odiaba y adoraba a la vez. A pesar de ser una princesita, nunca me miraba como lo hacían algunas de sus amigas cuando venían a nadar o a las fiestas que ella daba en su casa, con una mezcla de desdén y lujuria, como si les avergonzara sentirse interesadas por mí. No, Lydia solo era coqueta, pero tenía otras cualidades por las que me sentía atraído, no solo su asombrosa belleza, sino una profundidad que no poseían otras chicas de su edad.

Me encantaba cuando me buscaba en los jardines y charlaba conmigo mientras yo trabajaba. Vivía para esos momentos. Me encantaba cómo se burlaba de mí, sin hacer que me sintiera inferior y sin parecer condescendiente. Y nadie me hacía reír como Lydia, con aquel ingenio que me sorprendía siempre.

La vi debajo de un sicomoro, junto a los establos, antes de que se diera la vuelta. Pero por la forma en la que enderezó los hombros, supe que había sentido mi presencia. Se tomó su tiempo para darse la vuelta, pasándose el pelo por encima del hombro e inclinando la cabeza hacia un lado mientras me brindaba una sonrisa deslumbrante.

—*Mo chroí* —le dije al tiempo que me acercaba lentamente.

—Ya te he dicho que no me llames así, Brogan. No soy una princesita —protestó, moviendo la cabeza para recorrer mi cuerpo con los ojos. Cerré los puños para permanecer inmóvil, para mantener la sangre fría y no ponerme duro bajo aquel lento escrutinio, para no darle una prueba palpable de su poder sobre mí—. Gracias por venir. —Se humedeció los labios con una mirada nerviosa que no le había visto antes.

«¿Qué pretende?».

Entrecerré los ojos un poco al tiempo que metía las manos en los bolsillos y apoyaba el hombro contra el tronco de un árbol. El sol había comenzado a descender, por lo que el cielo aparecía pintado con brillantes tonos rosados detrás de Lydia.

—Es que... —Se volvió a humedecer los labios mientras cruzaba los brazos, haciendo que sus pechos parecieran más rebosantes—. Bien, lo cierto es que... Brogan, nunca me han... nunca me han besado.

La sorpresa me dejó mudo por un momento y se me secó la boca. No estaba seguro de a dónde quería llegar, pero por lo pronto comenzaron a sonar sirenas de alarma en mi cabeza. Meforcé a mantener una expresión neutra, tomándome mi tiempo para responder.

—Me resulta difícil creerlo. Todos los chicos en quince kilómetros a la redonda están interesados en ti.

Lydia iba un curso por detrás de mí, y aunque no asistíamos a la misma escuela, había oído hablar de ella a un montón de compañeros que solo la conocían de vista. Greenwich, Connecticut, era una ciudad muy pequeña.

—Podrías hacer un *casting* —bromeé con cautela—. Estoy seguro de que se formaría una cola que rodearía el edificio.

«Y yo formaría parte de ella, porque no sería capaz de evitarlo».

—Me imagino que Myles Landry sería el primero. —Myles era un vecino que se pasaba la vida detrás de Lydia. La había visto coquetear con él y me había molestado más de lo que quería. Pero eso era lo que hacía Lydia. Coqueteaba, jugaba con los chicos. Y durante todo el tiempo, mi estúpido corazón la anhelaba, deseaba ser suficiente para ella.

—Muy gracioso —repuso ella—. La cuestión, Brogan, es que quiero que seas tú el primero en besarme. —Dio un paso hacia mí y yo di uno hacia atrás.

—¿Por qué? —exigí. ¿Por qué me hacía esto? ¿Por qué me hacía crearme esperanzas con algo que nunca podría ser? ¿Es que no sabía que estaba volviéndome loco?

—¿Por qué? —repitió ella, inclinando la cabeza con una expresión perpleja. Vi intermitentemente sus iris azul verdosos cuando parpadeó, como si le extrañara que le pidiera una razón.

—Sí, ¿por qué quieres que te bese yo? Soy el hijo del jardinero, no es que pertenezca a tu círculo social. No es como si pudiéramos ser novios o algo así. —No tenía dinero suficiente para salir con Lydia en este momento. A ella le gustaría ir al cine, a cenar, esperaría flores y regalos, y Dios sabía qué más. En casa apenas podíamos permitirnos el lujo de comer todos los días, y yo tenía más apetito que

nunca, jamás parecía estar satisfecho. Llevaba los zapatos demasiado pequeños porque me habían crecido mucho los pies en el último año y el presupuesto no era capaz de seguir su ritmo.

Se rio con suavidad y movió la cabeza.

—Siempre dices cosas así, Brogan. Y a mí no me importa nada de eso.

Recorrí su cara con los ojos, tratando de detectar un atisbo de engaño en su expresión, sin encontrarlo. Aunque, claro, ella no sabía de lo que hablaba. No era consciente de la magnitud de nuestras dificultades económicas.

«Oh, Lydia, te importaría. Si conocieras mi situación real, claro que te importaría».

—De todas formas, no has respondido a la pregunta.

Lydia me miró a través de las pestañas, acelerando mi corazón.

—Quiero que me beses porque eres uno de los chicos más guapos de Greenwich, y ni siquiera lo sabes. Porque me gusta cómo me miras, cómo me observas. Pero todavía más porque me gusta mirarte. —Se acercó más a mí y contuve la respiración—. Me gusta cómo se vuelve más ronca tu voz cuando me hablas. Me gusta lo serio que eres, tan diferente a los demás chicos. Me gusta la expresión que pones cuando hundes las manos en la tierra, como si... como si lo sintieras con todo el cuerpo. Quiero saber si en tu cara aparece la misma expresión cuando me toques a mí. Quiero saber en qué piensas siempre con tanta intensidad. Y quiero que me beses porque quiero saber lo que se siente cuando tenga tus labios contra los míos. —La última palabra fue un jadeo, y el corazón comenzó a retumbarme con fuerza en el pecho. ¿Había pensado todo eso sobre mí? Ni siquiera se me había ocurrido que supiera de mi existencia cuando no estaba delante de ella.

Se acercó más y me inundó su fragancia, tan femenina y delicada como ella, cálida y limpia, con apenas un leve toque a... ¿vainilla, tal vez? Quería pegar la nariz a su piel desnuda y cerrar los ojos para inhalar su aroma. Quería ver si podía detectar cada sutil matiz. Entonces, alzó la cabeza hacia mí, mirándome y preguntándome sin palabras si le iba a dar un beso.

—Sí, Lydia, te besaré, pero no haré nada más —dije. Ella tenía razón: mi voz era más ronca cuando hablaba con ella, más ronca y temblorosa. No podía evitarlo. De hecho, parecía que no tenía ningún control sobre mí mismo, sobre mi cuerpo, mi voz o mis pensamientos cuando ella estaba a mi alrededor. Lydia debía saber lo desesperadamente que quería besarla, cómo había soñado con ello desde el primer día que la vi.

Sonrió y me tendió la mano.

—Pero no aquí. Vamos a un lugar donde podamos estar solos.

«¡Oh, Jaysus!».

Saqué las manos de los bolsillos y la cogí de la mano para seguirla. Su piel era suave, cálida, y antes de ser consciente de lo que estaba haciendo, comencé a trazar pequeños círculos sobre su cuerpo, tratando de memorizar su textura. Me obligué a detener mi pulgar.

Me condujo hasta la puerta trasera de los establos y la cerró una vez que estuvimos dentro. El olor a heno y a caballos me abrumó, nublándome la mente por un momento. Pero cuando Lydia me llevó a una habitación, donde estaba la litera que utilizaban los mozos cuando era necesario por alguna causa, como el parto de una yegua, y cerró la puerta, los olores perdieron su penetrante intensidad y fui capaz de concentrarme de nuevo.

Sentí cierta aprensión ante el hecho de estar totalmente a solas con Lydia en un espacio tan privado, así que solté su mano, haciendo que se detuviera. Ella se dio la vuelta para volver a mirarme.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada. Se está bien aquí... —comenté. Me había llevado hasta la litera, y supe que era una mala idea. La besaría una vez y luego me marcharía. Una pequeña alarma seguía resonando en mi interior, pero la ignoré; sabía que no era capaz de resistirme a ella. Al final, haría lo que Lydia quisiera, y daría igual si era una buena idea o no. Lo sabía y, ¡maldita fuera!, ella también lo sabía.

Lydia dio un paso más, acercándose a mí hasta que nuestros cuerpos casi se tocaron. Entonces, se puso de puntillas y apretó los labios contra los míos. Sentí la suave presión de su boca y fue como si todas mis terminaciones nerviosas se hubieran concentrado allí, donde estábamos en contacto. Un ardiente deseo me recorrió las venas, haciéndome jadear como si me asfixiara. Abrió los ojos y en ellos brilló una expresión tierna y llena de comprensión. Se movió lenta y sensualmente mientras llevaba una mano a mi nuca para enredar los dedos en mi pelo, rascándome con suavidad el cuero cabelludo y haciendo que se me erizara la piel. Me puso la otra mano en la cintura, donde la noté como un cálido peso. Coloqué mis propias manos temblorosas en sus caderas, preparándome, y cerré los ojos para concentrarme en el suave y ligero roce de sus labios.

Titubeante, moví la lengua para descubrir su sabor, tenso por el nerviosismo que me atenazaba por completo. Mis sentidos estaban sobrecargados de una forma que no había experimentado antes y que no sabía manejar. Me envolvía una extraña mezcla de placer y dolor, y la sostuve con firmeza en un apretado abrazo, en una exquisita tortura. No sabía en qué sensaciones concentrarme, aunque Lydia parecía sí saberlo. Dejó caer las manos de mi pelo y mi cintura, por lo que solo nos tocábamos con la boca. Suspiré contra sus labios, aprendiendo su sabor, una sutil

dulzura mezclada con un toque a leche y miel. «Dios, es bueno... Mejor que bueno». Completamente fascinado, hundí la lengua en su boca en busca de más, y ella emitió un pequeño gemido, lo que hizo que mi dureza alcanzara cotas dolorosas. Su lengua y la mía se encontraron, húmedas y calientes, y muy, muy suaves, adictivas... Y sin embargo, mis sentidos cantaban. Nuestras lenguas jugaron y se empujaron al tiempo que arqueaba la ingle hacia ella, buscando un poco de alivio, y la búsqueda solo me devolvía una sensación que resultaba a la vez exasperantemente placentera y estimulantemente dolorosa.

Tuve que usar toda mi fuerza de voluntad para apartarme, y nuestros labios se separaron con un húmedo estallido. Me miró con una expresión de confusión y necesidad a la vez. Eso me cogió por sorpresa. Siempre la había visto muy segura de sí misma.

—¿También ha sido tu primer beso, Brogan? —preguntó con incertidumbre.

Aparté la vista, tratando de controlar mi respiración con desesperación.

—¿Sería malo que fuera así? —pregunté al tiempo que esbozaba una sonrisa con una seguridad que no sentía.

Negó con la cabeza. La expresión de su rostro era casi de... ¿estupefacción?

—No, no lo sería. Sería increíble, me encanta que sea la primera vez para los dos. Es que... Estás temblando. —Me cogió la mano y tiró de mí—. Ven y siéntate conmigo en la cama. Por favor —añadió al verme vacilar. Y la seguí. De nuevo.

Cuando nos sentamos, se acercó más y me pasó un dedo por el pecho.

—Lydia... —gemí.

—¿Puedo verte? —susurró—. Por favor, Brogan... Quiero verte. —Comenzó a tirar de mi camiseta y se lo permití, levantando los brazos para que me la quitara por encima de la cabeza. Permanecí sentado frente a ella casi sin respirar, mientras recorría con los ojos mi pecho desnudo. Sabía que estaba en buena forma física, ¿cómo no iba a estarlo? Realizaba una jornada de ocho horas de trabajo físico casi todos los días. Pero nunca había estado desnudo delante de nadie..., y ella no era una persona cualquiera. Era Lydia. La chica que me hacía sentir una opresión en el pecho cada vez que me miraba. Me sentía vulnerable y asustado. Vi que Lydia tragaba saliva.

—Dios, eres impresionante... —dijo—. ¿Te importa si te toco?

Se lo permití con un gesto de cabeza, ya que era incapaz de responder de otra manera. Levantó la mano lentamente y me pasó la palma por el pecho, usando el dedo índice para dibujar las protuberancias de mis abdominales hasta detenerse en la fina línea de vello oscuro que nacía en mi ombligo y desaparecía por debajo de la cinturilla de los vaqueros. Cogí aire cuando deslizó la mirada más abajo y clavó los

ojos en la parte donde mi erección tensaba los vaqueros. Luego buscó mis ojos con una silenciosa pregunta, y debió de leer en mi expresión que le daba permiso porque se inclinó y pasó los dedos por la forma de mi miembro.

—¡Oh, Dios! —gemí, sin poder hacer otra cosa que arquearme hacia su mano. No podía creer que estuviera sucediendo esto. Era... No podía pensar, solo desear. Y deseaba a Lydia. Me parecía que llevaba toda la vida deseándola.

Nos tendimos en la litera y ella me desabrochó los vaqueros antes de deslizar la mano en el interior. Cuando me rodeó con sus cálidos dedos y apretó, solté un gemido mientras seguía tumbado, inmóvil, digiriendo las sensaciones. «Placer y dolor». Buscó de nuevo mis labios con los suyos mientras me acariciaba. Me entregué a su boca por completo. Aquello era increíble. Como si todo fuera excesivo a la vez. Siguió acariciándome y, un minuto después, se incorporó y se deshizo del top y del sujetador. Me miró fijamente mientras se desnudaba, y cuando sus pechos se movieron libres, no pude reprimir un gemido. Era tan hermosa que me dolía verla. Sus senos eran redondos y firmes, con la piel cremosa donde el bikini la había protegido del sol. Sus pezones eran rosados y estaban duros. «Jayus, es preciosa...». No pude controlarme, me senté y los busqué con la boca, empezando a rodear el pezón con la lengua. Ella contuvo el aliento, pero se arqueó hacia mí.

—No sé qué me haces, Brogan. Me duele. Te deseo. No sabía que... Oh... — jadeó cuando comencé a chupar el pezón, aprendiendo a conocer la textura de su piel más íntima. Era suave como el terciopelo, con los bordes apenas perceptibles. Más suave en la cima. Sabía a limpio, con un ligero toque a vainilla, y quizá una nota de gel de baño que aún no se había desvanecido.

Rodó debajo de mí y buscó mi torso con la boca. Antes de que pudiera preguntarle qué estaba haciendo, se levantó y se despojó de la falda y de la ropa interior. A continuación, me quitó los zapatos, los calcetines y los vaqueros. La miré aturdido.

«No deberías permitir que esto ocurra. No deberías».

Pero ya habíamos llegado demasiado lejos y no tenía muy claro cómo había ocurrido.

Pero de nuevo ella se acurrucó a mi lado, cálida y suave, y me olvidé de por qué no era una buena idea. En ese momento, ni siquiera recordaba mi nombre. Mis sentidos estaban concentrados en ella, desnuda entre mis brazos, y me parecía algo bueno, correcto.

«Lydia... Lydia...»

Me besó de nuevo mientras metía la mano entre sus piernas, sintiendo la

resbaladiza evidencia de su excitación, que froté entre los dedos antes de buscar el lugar de donde manaba. Ella estaba mojada, empapada de lujuria.

—¡Oh, Dios, Brogan! Sí, por favor. No te detengas.

Nos tocamos y exploramos, nos acariciamos entre gemidos y jadeos. La sangre me hervía en las venas con un ardiente frenesí. Y sin embargo, al mismo tiempo, Lydia parecía entender que no podía asimilar todo a la vez. Parecía saber cuándo retirar la mano de un lugar para que pudiera concentrarme en lo que estaba haciendo en otro. Parecía entender que, para mí, había una línea muy fina entre el placer y el dolor, que mis sentidos eran demasiado agudos. No podía saberlo, por supuesto, porque nunca le había explicado que siempre era así, pero reaccionó a mi cuerpo como si lo conociera de antemano, como si comprendiera lo que me ocurría mejor que yo mismo. Y estuve perdido. Cuando me puse sobre ella, no había ni una pizca de vacilación en su mirada. Separó las piernas y me dio la bienvenida.

Me hundí en su interior centímetro a centímetro, mirándola a la cara. Era preciosa. Fascinante. Me impresionaba estar dentro de su cuerpo... o casi. Cuando llegué a la barrera de su virginidad, busqué sus ojos. Estaban llenos de confianza, de sorpresa...

—Lo siento, lo siento, mi dulce Lydia. *Mo chróí...* —Y luego presioné con fuerza, arrancándole un grito de dolor. Quería consolarla, pero lo que sentía era tan increíble y me hacía tan feliz que solo pude apoyar la frente en la suya, conteniéndome por pura fuerza de voluntad con los dientes apretados para no embestir en su interior, dejando que ella se acostumbrara a mi invasión. ¿Por qué algo que era tan maravilloso para mí le hacía daño? Nunca había imaginado que sentir sus cálidos músculos apretados a mi alrededor, succionándome hacia lo más profundo de su cuerpo, pudiera ser tan increíble—. ¿Estás mejor? —logré decir por fin.

Ella asintió y empezó a moverse, haciendo que gimiera de placer al sentir la apretada fricción sobre mi palpitante erección. Noté que se me cubría la espalda de sudor, y supe que no iba a durar mucho tiempo.

—Tá tú *gach rud atá go hálaínn dom* —suspiré.

«Eres lo más hermoso para mí».

Lydia gimió y arqueó el cuello hacia atrás al tiempo que me rodeaba las caderas con una pierna. Después de algunos empujes más, sentí que el orgasmo me tensaba el vientre, y que mi polla se hinchaba todavía más. Era la primera vez que estaba dentro de una chica. Con un último envite, me corrí. El placer me atravesó, haciendo que se me pusiera la piel de gallina. Gimiendo, me desplomé a su lado y traté de recuperar el aliento antes de volver a mirarla. Su mirada parecía aturdida,

pero su expresión era reservada, como si estuviera sumida en sus pensamientos. Se me detuvo el corazón. ¿Se arrepentiría de lo que habíamos hecho? Dudaba que ella hubiera alcanzado el orgasmo, así que debía de sentirse decepcionada. No sabía muy bien qué pensar. Por un lado me inundaba una enorme alegría, pero también sentía inseguridad y confusión, así que traté de recordar cómo debía comportarme.

—¿Estás mejor? —pregunté otra vez, repitiendo las palabras que había dicho en el momento en que había tomado su virginidad.

«Has tomado la virginidad de Lydia De Havilland».

—Sí, ¿y tú? —preguntó ella.

No pude evitar reírme.

—Sí. Es que... no estoy demasiado seguro de cómo ha ocurrido esto.

Lydia me brindó una pequeña sonrisa apoyándose en el brazo. Sus pechos captaron de inmediato mi atención y, para mi sorpresa, mi erección comenzó a palpitar de nuevo.

—Lo sé —convino. Asentí bruscamente, sintiéndome incómodo. Cogí los vaqueros y le entregué a Lydia su ropa. Miré hacia otro lado mientras ella utilizaba su ropa interior para limpiarse la mancha de sangre que tenía en el muslo izquierdo. Los dos nos vestimos con rapidez. Por fin, me sequé las manos sudorosas en las caderas antes de volverme hacia ella.

—Lydia, yo... —empecé a decir, estirando los brazos para cogerle las manos.

En ese momento, la puerta se abrió bruscamente a mi espalda, golpeando la pared con un fuerte ruido. «¿Qué coño...?». La adrenalina inundó mis venas. Vi a Myles Landry en el umbral. «Pero ¿qué cojones...?». Mientras nos miraba, su expresión de perplejidad se transformó en otra de ira.

—¿Lydia? —interrogó con el ceño fruncido. Nos observó a uno y a otro con dardos en los ojos y después se fijó en la arrugada manta que cubría la litera.

Miré a Lydia, que estaba blanca y muy seria.

—¿Por qué me has citado aquí, Lydia? —preguntó Myles en un tono hostil.

Me quedé helado. ¿Lydia se había citado allí con Myles después de haberme pedido a mí lo mismo? ¿Por qué?

Miré de nuevo a Lydia y se me detuvo el corazón al ver la expresión de su cara; estaba llena de culpabilidad. Me había utilizado. Quería que Myles nos encontrara aquí. ¿Se trataría de un juego? ¿Había sido, sin saberlo, un mero peón para ella? ¿Su intención era provocar los celos de Myles? ¿Devolverle algo que le había hecho? Era estúpido al sentir dolor en vez de ira en ese momento. No recordaba haberme sentido tan mal desde que me enteré de que mi madre había muerto.

Lydia movía la cabeza, todavía con expresión aturdida.

—Lo siento —susurró, mirándome con aquellos ojos enormes. En ese momento eran de un azul brillante, sin nada de verde—. No quería que esto llegara tan lejos. Solo quería que él nos encontrara... besándonos. —Sentí que se me rompía el corazón.

—¿Qué está pasando aquí? —Volví la cabeza hacia la puerta cuando Stuart De Havilland, el hermano de Lydia, entró en la habitación. «¡Mierda!». Sabía que esto iba de mal en peor; sin embargo, no podía sentir nada. Estaba entumecido.

Igual que en el caso de Myles, la mirada de Stuart pasó de Lydia a mí, y de mí otra vez a ella. Por primera vez, vi que había una mancha de sangre en la manta. Noté la rabia en la expresión de Stuart cuando dio un paso hacia mí.

—¿Qué coño le has hecho a mi hermana?

—¡Stuart! —gritó Lydia, adelantándose.

—No, Lydia —intervine yo al tiempo que también me acercaba—. Lo que ha ocurrido aquí es un asunto privado. Si me disculpáis... —Pasé junto a Stuart, pero él me empujó. Apoyó las manos en mi pecho y me lanzó hacia atrás, haciendo que chocara con la pared. Lydia contuvo el aliento. Apreté los dientes al sentir la dura madera contra la espalda, aunque me enderecé para mirar a Stuart a los ojos. Con diecisiete años era más grande que él, que tenía veintiuno. Si quisiera, podría matarlo.

—¿Te has atrevido a violar a mi hermana, pedazo de mierda?

La rabia se apoderó de mí, impulsándome hacia delante para caer sobre él y golpearlo en la mandíbula. Lydia volvió a gritar cuando su hermano salió volando hacia atrás, tropezando y cayendo al suelo.

—¡Cabrón! —gritó antes de llevarse la mano a la barbilla, donde le goteaba sangre desde el labio.

—Por supuesto que no me ha violado, Stuart —gritó Lydia con una voz aguda y llena de pánico. Se apresuró hacia Stuart y se puso delante. Imaginé que para que no me atacara.

«Ella me había hecho eso. Mi Lydia. Me había utilizado. No, no; no es mi Lydia. Nunca será mía».

El dolor me obstruyó la garganta, y casi me atraganté.

Stuart me miró con los ojos entrecerrados. Estuvimos así durante varios momentos llenos de tensión. El único sonido que se oía en la habitación era mi respiración jadeante.

—Calcula esto, genio de las matemáticas —dijo finalmente en un desagradable tono burlón—. Que te hayas aprovechado de mi hermana, pedazo de mierda, tiene como resultado que tu familia tiene que largarse de mi propiedad. Os iréis por la

mañana. —Me quedé paralizado, con el corazón acelerado.

Vivíamos en la casita que había en el límite de su propiedad, la vivienda reservada para el jardinero. En ese mismo momento, mi padre estaba inconsciente en la cama, y Eileen se encontraba viendo dibujos animados en la tele desde el sofá, con las abrazaderas en las piernas. Edward De Havilland estaba enfermo; era un hombre justo, a pesar de que podría no serlo si se enteraba de lo que acababa de hacer con su hija, pero su hijo no lo era. Y en ese momento, Stuart De Havilland estaba al cargo. Iba a obligarme a suplicar allí mismo, delante de Lydia y de Myles. Dejé escapar un largo y lento suspiro mientras sentía cada vez más calor en la cara.

—No es necesario, Stuart, por favor —pidió Lydia con un hilo de voz.

—Cállate, Lydia —intervino Stuart, empujándola a un lado. Apreté los puños con más fuerza. A pesar de que ella me había utilizado cruelmente, mi instinto me impulsaba a protegerla. El dolor y la rabia pugnaban en mi corazón. Me odiaba a mí mismo con todas mis fuerzas.

—Esto no es culpa de mi padre, Stuart —dije—. Sé justo.

Stuart entrecerró todavía más los ojos. Pasaron varios segundos.

—Ponte de rodillas y suplicame, pedazo de mierda —ordenó, arrastrando las palabras lentamente.

Se me rompió el corazón, pero no vacilé. No pensaba darle esa satisfacción.

—Stuart...

—¡Cállate, Lydia! —volvió a gritar Stuart sin ni siquiera mirarla—. Ponte de rodillas y suplicame que no eche a tu padre a la calle, que le deje vivir en el mismo sitio —ordenó Stuart con lo que parecía una emoción apenas contenida en los ojos. Nunca le había caído bien, y estaba resentido conmigo por algo que no entendía. Me dio la impresión de que, por alguna enfermiza razón, todo esto le alegraba. El silencio en la estancia era ensordecedor. No lo haría por mi padre. Sabía que no lo haría por él. Pero por Eileen..., por ella sí que suplicaría.

Me dejé caer poco a poco de rodillas, sin romper el contacto visual con Stuart.

—Por favor, no despidas a mi padre. No volveré a tocar a tu hermana mientras viva. —Oí el silencioso grito de Lydia, pero no la miré. Me negaba a ello.

—Bésame los pies y conseguirás lo que me pides.

Apreté los dientes con tanta fuerza que me mordí la lengua. El sabor metálico de la sangre me inundó la boca. «Eileen... Eileen...», canturreé en mi cabeza, visualizando su dulce e inocente cara, las pecas que salpicaban su nariz y sus mejillas. Me incliné hacia delante, con el cuerpo vibrando de rabia y el orgullo hecho añicos. Antes de que hubiera recorrido la mitad de la distancia hacia las botas de Stuart, este sacudió la pierna y me dio una patada en la mandíbula. Volé hacia atrás,

emitiendo un gemido de sorpresa al tiempo que caía de culo en el suelo por el dolor que me irradiaba desde la cara.

—He cambiado de opinión. Coge a tu familia y lárgate... por la mañana.

Me levanté, mareado por las conflictivas emociones que atravesaban mi corazón. La niebla de la humillación apenas me dejaba ver. Di un paso hacia Stuart, pero Myles, de quien me había olvidado, se interpuso y apoyó una mano en mi pecho. La aparté.

—Creo que será mejor que te vayas, Brogan —me aconsejó en voz baja con tono de lástima. Vacilé, todavía respirando con dificultad.

—Buen chico... —dijo Stuart. Metió la mano en el bolsillo y me lanzó algo a los pies. Bajé la vista. Era un billete de cien dólares—. Ayer fue día de cobro, con esto deberías cubrir los próximos gastos. —La vergüenza y el odio que sentía por mí mismo me provocaron un fuerte dolor en el estómago. Sentía cómo me ardía la piel del cuello, pero aun así me incliné lentamente y recogí el billete. Lo necesitábamos. Ahora más que nunca. Pasé junto a Myles y salí del cuarto sin mirar atrás.

Mientras atravesaba el césped, bajo un cielo azul oscuro, se pusieron en marcha los aspersores. Recibí con agrado el agua fría contra mi piel caliente, así que no cambié mi rumbo y seguí avanzando entre ellos. Por el rabillo del ojo vi lo que pensé que era Lydia corriendo hacia la casa. Me negué a girar la cabeza. Stuart De Havilland nos había dicho que nos fuéramos por la mañana. No iba a esperar tanto tiempo. Nos iríamos esta misma noche. De hecho, nos marcharíamos en este mismo momento. Y a Dios ponía de testigo de que no rogaría nada a nadie nunca más. Nunca más.

1

LYDIA

SIETE AÑOS DESPUÉS

—Tierra llamando a Lydia. ¿Hay alguien? ¿Hola? —dijo Daisy, agitando la mano delante de mi cara.

Me reí por lo bajo y se la agarré, apretándosela antes de soltarla.

—Lo siento, ¿me he vuelto a distraer? Tengo demasiadas cosas en la cabeza. Empieza de nuevo y te juro que ahora te prestaré toda mi atención. —Tomé un sorbo de champán mirando a mi amiga.

Daisy agitó la mano en el aire al tiempo que daba un sorbo a su propia copa.

—No, no te culpo por ignorarme. Solo quería quejarme de la nueva forma de mis cejas y de los arcos que crea debajo.

Me reí, clavando los ojos en sus cejas; las tenía perfectamente depiladas, como siempre.

—Entiendo por qué lo dices. Han arruinado tu imagen. No me puedo creer que hayan permitido que des esa visión tan inquietante. —Fingí estremecerme.

—¡Oh, cállate! Hablo en serio... —«Cállate, Lydia... Esa frase... ¿Por qué siempre que la oigo me baja un escalofrío por la espalda?». Sabía por qué, por supuesto, mi hermano me la había gritado repetidamente aquel día. Me pregunté si esas palabras en particular dejarían de ponerme nerviosa en algún momento. «Cállate, Lydia»—. Cuento los días para que termine la baja de maternidad de Mariposa. Cómo se atreve...

Me reí, la charla intrascendente de Daisy aligeraba mi estado de ánimo.

—¿Cómo se atreve a reproducirse?

—Exacto. Así que cuéntame qué es lo que tiene tan distraída hoy.

—Oh, lo de siempre. El negocio, Stuart, la situación económica de la empresa... Todo es muy aburrido.

Daisy me lanzó una mirada llena de comprensión.

—Creía que las cosas iban mejor en el negocio.

Suspiré.

—Eso pensaba yo también. Pero parece ser que cada vez que tenemos un respiro, pasa algo que nos hace retroceder. Y, claro, Stuart no ayuda. —Mi hermano era un derrochador que seguía viviendo como si todavía pudiéramos permitirnos ser extravagantes. Desde la muerte de mi padre, momento en el que Stuart se había hecho cargo de la empresa, las cosas habían ido de mal en peor. Habíamos descubierto después de su muerte que la compañía estaba más endeudada de lo que pensábamos. Posiblemente porque entonces, la situación se podría haber solucionado con cierta contención y una buena gestión económica, pero eran habilidades que mi hermano no poseía. Suspiré para mis adentros. Lo quería, pero con frecuencia tenía ganas de matarlo. También echaba mucho de menos a mi padre. Su bondad, su inteligencia, su amor... A pesar de la ironía, deseaba que estuviera vivo para que volviera a exigirnos lo mejor de nosotros.

Daisy me acarició la mano.

—Todo irá bien. ¿Sabes lo que necesitas? Una buena sesión de sexo. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste un buen polvo? No hay nada igual para levantar el ánimo.

Me atraganté con un sorbo de champán mientras Daisy sonreía.

—Ojalá tuviera un buen voluntario —dije, sonriendo.

Adoraba a Daisy, era algo más que glamur y elegancia, y acostumbraba a decir las cosas más extravagantes cuando más lo necesitabas. Pero Daisy disponía de un fondo fiduciario desde que era bebé y jamás había tenido que preocuparse por el dinero. Así que no sabía de lo que le hablaba, y hasta hacía poco, yo tampoco. Pero la vida me había hecho enfrentarme a duras lecciones que jamás había esperado tener que aprender. Y no se trataba solo de dinero. Tomé otro sorbo de champán.

—Todo irá bien, por supuesto.

Ella asintió.

—¿Sabías que la familia que compró vuestra propiedad la puso a la venta hace un par de meses?

La miré fijamente durante un momento.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—He oído rumores sobre una magnífica oferta desde el extranjero, pero no estoy bien enterada. Han movido ficha, pero creo que sigue en el mercado.

Se me encogió el corazón. Ojalá hubiera una manera de comprarla de nuevo. Suspiré, dejando que el pensamiento se alejara flotando. No existía ninguna manera de recuperarla y no tenía ningún sentido perder el tiempo en un sueño imposible.

—¿Qué tal está Gregory? —le pregunté finalmente para cambiar de tema.

Daisy apartó la vista.

—Oh, tan ocupado como siempre. Pero supongo que ya sabía lo que me esperaba cuando me casé con él. Si no estuviera tan sexy de traje, lo habría dejado hace mucho tiempo.

Esbocé una sonrisa.

—¿Está trabajando?

—Sí, al parecer cerraba algo muy grande hoy. —Percibí cierta vacilación en sus ojos, pero antes de que pudiera indagar, esbozó una enorme sonrisa y me indicó que acababan de llegar algunas chicas que conocíamos, lanzándose a contarme la historia de una de ellas.

Asentí con la cabeza, perdiéndome de nuevo en mis pensamientos, mientras deslizaba la mirada por la gente que asistía a esa fiesta, que se desarrollaba en el jardín. Observé a todas aquellas personas que reían, hablaban y disfrutaban de los aperitivos y los cócteles. «Parecen tan despreocupados...». ¿Por qué me sentía... acorralada? Si estaba en medio de la hierba, en el exterior, donde el sol veraniego brillaba sobre mí. Pero me sentía atrapada e inquieta. No era solo por los problemas económicos a los que se enfrentaba mi familia, pero tampoco sabía a qué era debido exactamente. Tenía que haber algo más, ¿verdad? Algo que me interesara una vez que lográramos poner a flote el negocio. Algo que no fuera solo ese mundo que se levantaba para asistir a eventos sociales sin fin, para ir de compras y mantener charlas superficiales que entraban por un oído y salían por el otro. No podía evitarlo. Siempre había pensado que trabajar como vicepresidenta de la empresa familiar llenaría ese vacío que tenía dentro, pero no era así. Stuart me aseguraba que se trataba de todo un reto, que sería interesante y satisfactorio poder dedicarme a eso. Así que en lugar de ser solo la mujer objeto que podría haber sido, elegí involucrarme en el negocio, por así decirlo ensuciarme las manos igual que el resto del personal. Pero aun así, no encontraba lo que había esperado que me proporcionaría.

«Oh, cállate, Lydia. Ni siquiera sabes lo que quieres. ¿Cómo podrías sentirte satisfecha cuando estás tan desorientada con respecto a lo que echas de menos? Cállate, Lydia...».

«Cállate, Lydia...».

—Lydia —dijo mi madrastra, que pareció salir de la nada, besando el aire cercano a mi mejilla y envolviéndome en el halo de la embriagadora fragancia de Chanel número 5 que usaba desde que la conocía. El perfume flotó a mi alrededor incluso después de que se alejara. Apenas pude reprimir un estornudo.

—Daisy, querida... —dijo, y mi amiga la saludó con una sonrisa.

—Ginny —murmuré, tomando un buen trago de champán—. Estás tan perfecta como siempre.

Mi madrastra se pasó la mano por su elegante recogido rubio, donde no había ni un solo pelo fuera de lugar.

—Gracias. Y mírate... —Me recorrió con los ojos evaluando mi vestido, un modelo maxi con un estampado floral—, estás preciosa. —Me reprimí para no fruncir el ceño tomando otro sorbo de champán. Nadie tenía la capacidad que poseía mi madrastra para que la palabra «preciosa» sonara crítica. En realidad era mi exmadrastra. Se había vuelto a casar hacía poco tiempo—. ¿Es de la temporada pasada? —añadió como si le resultara imposible no decirlo.

Por supuesto que era de la temporada pasada. Ginny era consciente de en qué situación financiera nos encontrábamos Stuart y yo. ¿Pensaba que todavía podía derrochar dinero en ropa de marca? «Naturalmente». Porque eso era lo que ella habría estado haciendo si se encontrara en mi situación.

—¡Oh, hola, Jane! —exclamó Ginny, mirando a alguien que estaba detrás de mí. Siempre miraba a su alrededor por si había alguien mejor, más interesante, más popular, más capaz de satisfacer sus necesidades—. Ahora voy —aseguró con una enorme sonrisa en la cara—, tenemos que ponernos de acuerdo sobre el banquete benéfico del Bough Center.

Cuando me miró de nuevo, la sonrisa desapareció.

—No soporto a esa zorra. —Volvió a entrecerrar los ojos—. Deberías tratar de alternar, Lydia, te lo digo en serio. Aquí hay muchos hombres elegibles y no estás saliendo con nadie. Aprovecha mientras eres joven... ya sabes. ¿Cuándo tuviste una cita por última vez? —Clavó los ojos en mi cara e hizo un sonido de desaprobación antes de llevarse la mano a los ojos como si pudiera alisar allí las arruguitas que me había visto a mí. Como si fueran contagiosas. El típico gesto que me hacía sentir mal sin decir una palabra. Aunque no podía negar que la piel de Ginny era perfecta, a pesar de que me llevaba diez años. En el pasado, me habría dirigido directa a un espejo para averiguar qué había visto ella en mi piel, en mi ropa, en mí en general. Pero ahora, solo tenía ganas de mover la cabeza con exasperación ante las profundas humillaciones que me infligía. A estas alturas de mi vida sabía que había cosas más importantes que lo dilatados que estuvieran los poros de la nariz.

—Carter Hanes está en la barra —continuó, señalando a un hombre alto y delgado, con el pelo rubio. Ya conocía a Carter Hanes. De hecho, había salido con él el año pasado, y me había lamido la cara cuando me besó. Me estremecí solo de recordarlo—. No es el tipo más guapo del mundo, pero haríais buena pareja —

siguió parlotando—. Su padre es casi millonario y, por lo que he oído, está a punto de palmarla—. Había una cierta alegría en su voz, como si acabara de compartir buenas noticias. «¿Habría pensado en mi padre en esos términos? ¿A punto de palmarla?». La vi fruncir el ceño—. Vaya, Mindy Buchanan ha caído en picado sobre él, has perdido tu oportunidad.

Miró de nuevo a su alrededor para ver quién podía estar escuchándola —Daisy al parecer no contaba— antes de inclinarse hacia mí.

—Cuando tu padre murió y me enteré de las deudas que tenía, no me quedé sentada esperando a que me rescataran, ¿verdad? No, salí y encontré a Harold, me casé con él y resolví mis problemas. Tienes que dejar de hacerte la mártir y tomar la iniciativa como hice yo. Seguiremos hablando después de que le diga una cosa a Jane. No te muevas. —Con esa frase se despidió de mí, alejándose en dirección a Jane, como si quisiera dejarme reflexionar sobre la forma en que haberse casado con un hombre por su dinero estaba resolviendo sus problemas. Negué con la cabeza. No era necesario que tratara de analizar la lógica defectuosa y egoísta de Ginny.

Daisy se llevó la mano a la boca para ahogar una risa.

—¡Guau! Es... indescriptible, ¿verdad?

Puse los ojos en blanco.

—Ni siquiera me creo que me hayas convencido para venir —murmuré, vaciando la copa. Cuando un miembro del servicio se acercó con una bandeja de copas de champán, cambié la mía vacía por otra llena con una sonrisa de agradecimiento.

—Tenías que venir —aseguró Daisy—. Es el evento social de la temporada.

Me guiñó un ojo y sonreí de medio lado. No era capaz de recordar un momento en el que todo esto fuera importante para mí; claro que entonces trataba de complacer a mi madrastra, lo que suponía una tarea imposible y sin fin. Dado que tenía problemas de liquidez, su solución en este momento era que encontrara un marido rico. «¡Dios!». Tenía que concederle que, al menos, no se dedicaba a chismorrear sobre Stuart y sobre mí. Todas esta gente nos daría la espalda en un suspiro si estuviera al tanto de nuestra situación económica.

—Estoy a punto de morirme de aburrimiento —dije—. Lo peor de todo es que Ginny ha dicho que volverá. Tengo que esconderme. —Por Dios, tenía veintitrés años, un trabajo y una casa propios, pero todavía seguía ocultándome de mi madrastra en las fiestas. «Todavía peor, exmadrastra»—. Y ya de paso, me emborracharé.

Daisy soltó una carcajada.

—Te acompañaré. —Cogimos un par de copas y atravesamos el césped hasta una

terrazza exterior con vistas al jardín. Cuando empezamos a subir los escalones, nos cruzamos con un grupo de mujeres que bajaban. Resistí el impulso de gruñir, limitándome a beber un largo sorbo de champán mientras aferraba la copa.

—¡Oh, Lydia De Havilland! ¡Hacía un siglo que no te veía! —Lindsey Sanders se detuvo ante mí y me miró de arriba abajo, evaluándome como la zorra que era—. Hola, Daisy —dijo con una sonrisa forzada que curvó sus delgados labios, antes de concentrarse en mí.

Suspiré para mis adentros. No estaba de humor para lidiar con Lindsey, y menos aún con su séquito. Eran mis antiguas compañeras de secundaria. Se podía argumentar que a veces Daisy también era superficial, pero estas mujeres le daban a esa palabra un significado completamente distinto. Podría haber sido aceptable cuando teníamos quince años, pero no ahora. Cuando crecí, me cansé de la constante competencia, de la absoluta falsedad, y además había metido mucho la pata en el baile de graduación, cuando Lindsey me acusó de robarle la cita. Como si hubiera tenido algún interés en ese chico. De hecho, mi interés había sido nulo. Entonces había tenido que enfrentarme a problemas mucho más complejos, problemas que ellas no hubieran sido capaces de comprender, y no tenían nada que ver con que le hubiera robado al musculoso descerebrado universitario con el que Lindsey quería asistir a un estúpido baile. Después había evitado su compañía y suponía que seguían odiándome por ello. Imaginé que pensaban que me consideraba mejor que ellas, pero la realidad era que, sencillamente, estaba cansada de todo eso. Yo había madurado y dejado atrás todas esas tonterías triviales, pero ellas no.

—Tienes buen aspecto —continuó Lindsey—. No todas las chicas gorditas como tú tendrían suficiente confianza en sí mismas para llevar un estampado floral. Siempre hay que arriesgarse en cuestión de moda, y te admiro por ello. —Su voz rezumaba falsedad en cada gota. Contuve la risa que pugnaba por salir de mi garganta. Sabía que no estaba gordita, y ella también lo sabía. Una vez, ese tipo de comentario habría hecho que me pusiera a dieta de inmediato. ¡Qué triste que me hubiera preocupado tanto lo que pensarán de mí!—. ¿En dónde te has metido todo este tiempo? —preguntó, dando un sorbo a su bebida y mirando a su alrededor como si le importara muy poco mi respuesta.

Esboqué una sonrisa tan falsa como la suya.

—Oh, ya te imaginas, nada importan...

—Lydia es demasiado modesta —me interrumpió Daisy—, pero ha estado muy ocupada poniendo en orden una empresa de varios millones de dólares, Lindsey. — La aludida arqueó una ceja perfectamente depilada antes de que Daisy continuara

—. ¿Qué has hecho tú? Estoy segura de que es muy emocionante y me gustaría que me lo contaras en algún momento. Aunque no será ahora, pues necesitamos ir arriba. ¡Me alegro de verte! —Dicho eso, Daisy me agarró del brazo y me vi obligada a seguirla. Me dio la risa, pero la intenté disimular con una tos. Sonreí una vez más a Lindsey y a su grupo de acólitas, que se habían quedado mirándonos mientras nos alejábamos. Y pensar que yo había sido la líder de ese grupo en una época...

Mientras seguía observándolas por encima del hombro, antes de que estuviéramos lo suficientemente lejos como para no escucharla, Lindsey se volvió hacia Daphne Hanover.

—Sigue actuando como si fuera la dueña del mundo a pesar de que, si los rumores son ciertos, apenas tiene dónde caerse muerta. —El sonido de su risa me perforó las entrañas. Quizá Ginny no estaba siendo tan discreta como yo pensaba.

—Ignóralas —me aconsejó Daisy, al tiempo que me apretaba el brazo para obligarme a caminar con ella—. Eras mejor que ellas entonces, y sigues siéndolo ahora. Lo saben muy bien y se mueren de rabia.

Subimos a la terraza y nos sentamos en una mesa de piedra protegida por una sombrilla. Paseando la mirada por encima de la barandilla, vi que el grupito de Lindsey se unía a una multitud que estaba reunida en torno a un hombre alto, de pelo oscuro. Había a su lado una mujer morena vestida con un modelo de color rosa pastel. Aquel hombre tenía algo que llamaba poderosamente mi atención; quizá fuera la forma en la que se mantenía un poco distante de los que lo rodeaban, incluso cuando la gente trataba de inclinarse para hablar con él. Tenía algo... familiar. La única persona que conocía con esas características físicas era Brogan Ramsay. Contuve al aire solo de pensarlo, con el corazón encogido ante la idea. Pero... no. Este hombre era demasiado alto, demasiado ancho, y la forma en la que se movía demostraba que poseía mucha seguridad en sí mismo, demasiada para ser Brogan. Y no era posible que estuviera aquí. Así que solo... solo lo imaginaba porque antes había estado pensando en él. «Cállate, Lydia...». Sí, eso era todo.

Pero entorné los ojos, tratando de forzar la vista para verlo mejor. Desde la distancia a la que estaba, no podía distinguir los rasgos exactos del hombre, pero por lo que podía ver, era guapísimo. Si yo misma lo hubiera descubierto, me habría puesto al nivel de la manada de mujeres que lo rodeaba —en la que estaba incluida Lindsey— compitiendo por su atención, acicalándose y haciendo la mona a su alrededor a pesar de que iba acompañado. Y la mujer que estaba a su lado, aunque no lo tocaba, se mostraba claramente posesiva, girándose hacia las mujeres que se acercaban demasiado y pasándose el pelo por encima del hombro con evidente

irritación.

—Daisy... —pregunté de forma casual—. ¿Sabes quién es ese hombre? —Lo señalé con la cabeza y Daisy siguió mi movimiento para mirarlo fijamente.

—No, pero es un placer para los ojos, ¿verdad? —Las dos seguimos admirándolo—. Creo que no lo he visto antes. ¿Qué te parece si bajamos y nos presentamos? —sugirió, guiñándome un ojo.

Negué con la cabeza al tiempo que me mordía el labio. Una extraña sensación se me arremolinaba en el vientre.

—No —dije, sin apartar la vista de él—. Ha venido acompañado. De todas formas, creo que ya se va. —La morena que tenía al lado se acababa de poner de puntillas para decirle algo al oído, y él había asentido antes de comenzar a despedirse, dándole la mano a los que lo rodeaban. Lo vimos alejarse con la mujer. También me resultaba familiar su manera de andar. Fruncí el ceño, confusa. Sacudí levemente la cabeza antes de dar un largo sorbo de champán, descartando sin más aquella extraña sensación.

«No puede ser, eso es todo».

Cuando la pareja estaba a punto de salir por la puerta que conducía al exterior, en el borde del jardín, el hombre miró hacia atrás elevando la vista, y yo hubiera jurado que nuestros ojos se encontraron. Me estremecí y fruncí de nuevo el ceño mientras me bajaba por la espalda un escalofrío.

Más tarde, después de haber tenido bastante éxito bebiendo champán y evitando a mi madrastra y a mis antiguas compañeras de colegio, me despedí con rapidez de los anfitriones y me escapé con Daisy en su limusina. Luego estuvimos en su casa, riéndonos y hablando durante horas hasta que llegó su marido. A esa hora ya estaba sobria, así que el chófer de Daisy me llevó hasta mi coche y emprendí el camino de vuelta a mi apartamento, en Nueva York.

Cuando me acercaba a la puerta del edificio, tuve la extraña sensación de estar siendo vigilada. Me estremecí a pesar la cálida brisa de principios de verano, así que me detuve para darme la vuelta. Examiné la calle bordeada de árboles, pero no aprecié nada inusual. Después de un instante, descarté todo aquello como si el sol y el champán me hubieran afectado a la cabeza, tras un largo día de trabajo. Me reí por lo bajo, abrí la puerta y entré.

2

BROGAN

La sala subterránea donde se jugaba al póquer con unas apuestas altísimas poseía la opulencia del lujo. Estaba decorada en tonos negros, dorados y rojos, con materiales caros y suntuosos, y arañas de cristal finamente tallado, que hacían que la luz rebotara en los espejos que cubrían la parte superior de las paredes. Apacible música clásica se filtraba por los altavoces que había en el techo.

Era consciente de que este momento había tardado mucho en llegar, así que pensaba saborearlo bien.

El hombre que tenía enfrente se tiró del cuello de la camisa mientras miraba la carta que le había tocado. Podía oler el aroma de su sudor; sabía que él creía que tenía una buena mano por la leve dilatación de sus pupilas, por la forma en la que miraba subrepticamente a su alrededor para asegurarse de que nadie había notado su reacción. Además, movía sin cesar una rodilla; eso significaba que tenía una buena mano, pero no estaba seguro de que fuera suficiente. Y no lo era. El rey de diamantes que yo necesitaba para tener póquer se encontraba en la parte superior del mazo. Dejé dos cartas sobre la mesa e hice una señal al *croupier* para que me diera otras dos. Diez de corazones, rey de diamantes. Bien. Mantuve una expresión neutra mientras me llevaba el vaso a los labios. Le daba una propina exorbitante al camarero para que no vertiera ni una gota de alcohol en mi vaso, pero en esta ronda en particular estaba bebiendo licor de verdad. Tomé un sorbo, paladeando el sabor del brandy con la lengua. Al principio era ardiente y penetrante, suavizado con un leve toque a malvavisco tostado, a flan de vainilla con una pizca de pimienta, luego se transformaba y adquiría un intenso matiz a roble y nogal. Dejé que se deslizara por mi garganta.

«Disfruta del momento».

El hombre que tenía enfrente hacía mucho tiempo que había pasado de saborear a sorber. Hizo una señal al camarero para que le sirviera otra copa. Por supuesto era demasiado tonto como para saber que el juego y la bebida no debían mezclarse. O

demasiado débil para resistirse a disfrutar de todos los vicios que tenía a su alcance, por lo que los mezclaba sin orden ni concierto, justo como hacía ahora. Y estaba a punto de perder. Estrepitosamente. Iba a recibir una patada en toda la cara... hablando de forma metafórica, por supuesto. Reprimí la sonrisa lobuna que quería extenderse por mi cara.

De repente, él levantó la vista hacia mí y me miró a los ojos a través de las gafas, entrecerrando los suyos.

—¿Nos conocemos? —preguntó. De forma pausada cogió un cigarrillo y se inclinó hacia delante para encenderlo, soltando una bocanada de humo ante mi cara. La humareda inundó mis sentidos con violencia, y tuve que esforzarme para no hacer una mueca. Odiaba el olor a tabaco, lo detestaba. Mi adversario observó el movimiento del humo como si estuviera en trance, distraído por la forma en la que se arremolinaban los vapores.

—No lo creo —dije, arrastrando un poco las palabras para asegurarme de que no asomaba ni una pizca de acento. Había trabajado mucho para eliminarlo de mi voz. Volvió a mirar sus cartas, tirándose de nuevo del cuello de la camisa.

El otro jugador de la mesa, un tipo rubio y alto, tiró las cartas. Reclamé su atención brevemente; un breve parpadeo. Solo él lo vería y entendería. Era solo una muestra del entendimiento que había entre dos personas que habían pasado juntas muchos años en las calles, sobreviviendo, engañando, preocupándose el uno por el otro, llegando a ser hermanos en el verdadero sentido de la palabra. «Fionn». Luego se dio la vuelta y salió de la habitación. Ya había hecho su trabajo; había subido las apuestas.

Los miembros del equipo de seguridad del local deambulaban con las manos enlazadas a la espalda, mirando hacia nuestra mesa de reajo. En este establecimiento sabían lo suficiente de mí como para vigilarme constantemente, como para sospechar de mí, aunque nunca podrían probar nada. No se lo permitiría. De todas formas, contar las cartas no me suponía ningún esfuerzo. Lo hacía sin pensar, sin ni siquiera concentrarme. Por lo que era poco probable que despertara sus recelos si me comportaba de forma educada y discreta. Además, ahora rara vez jugaba, no necesitaba el dinero, mis vicios eran pocos, y sin duda el juego no era uno de ellos. Hacía años que no participaba en timbas. Es decir, hasta que él empezó a hacerlo. Y ahora estábamos allí los dos, sentados en esta mesa, en esta sala de altas apuestas.

«Disfruta del momento».

El hombre miró sus cartas con intensidad mientras pensaba si hacía o no algo muy, muy estúpido. «Hazlo, por favor, hazlo». Yo sabía muy bien que él necesitaba ganar, lo necesitaba con desesperación. Su empresa se estaba yendo a pique. Lo

sabía porque mi trabajo era enterarme de eso. Pero no creía que nadie más estuviera al tanto de la mala situación que él estaba pasando. Ni siquiera su familia. Pero deseché ese pensamiento con rapidez, necesitaba concentrarme.

—¿Qué le parece si hacemos que esto sea más interesante? —propuse, añadiendo un leve pero insultante tono burlón al final de la pregunta—. ¿Qué le parece si subimos las apuestas?

Sus ojos brillaron con fuerza. Se leía en ellos claramente la desesperación... Dios, era un jugador malísimo. Si no estuviera saboreando con tanto placer su inminente caída, casi sentiría lástima por él.

—¿En qué está pensando exactamente? —preguntó, intentando reprimir sin conseguirlo la nota de ansiosa emoción que inundó su voz.

—Estoy pensando en cinco millones de dólares —dije, antes de tragar un sorbo de mi bebida.

Noté cómo se le aceleraba el pulso en la garganta, y se quedó mirando las cartas durante un instante.

«Hazlo, hazlo».

—Lamento decir que no tengo disponible esa suma —declaró.

Bajé los párpados, encogiéndome de hombros.

—Bueno, ha sido divertido. —Le hice una señal al hombre que había junto a la puerta para que me trajera la chaqueta.

—Espere, espere.... —Tenía la frente cubierta de sudor—. Soy el propietario de una empresa y se la entregaré si me gana. —Miró de nuevo su mano, tratando de mostrar confianza ante aquella ridícula oferta.

Me reí.

—¿Qué voy a hacer con una empresa que no conoce ni su madre? —Repetí la señal al hombre de la puerta.

—Vale diez veces más que su apuesta. —Mentía, por supuesto, apenas valía los cinco millones que necesitaba para pujar, pero no me importaba su valor. Yo no estaba tratando de obtener beneficio, al menos un beneficio económico. ¿Podría considerarse un beneficio personal? Bueno, eso era otra historia. Entrecerré los ojos y levanté la mano para detener al hombre que me traía la chaqueta. Él asintió con la cabeza y se dio la vuelta.

Bajé la mirada a mi mano, permitiéndome fruncir levemente el ceño. Me balanceé un poco hacia la izquierda, como si tuviera ciertas dudas antes de volver a encogerme de hombros.

—¡Oh, qué demonios! ¿André? —Forcé una risa desagradable. El fornido jefe de seguridad se acercó lentamente con el auricular en la oreja y me miró con una

expresión fría y reservada—. ¿Puede registrar alguien esta apuesta? —pregunté.

—Por supuesto, señor. —El encargado hizo una señal al hombre de la puerta, que se acercó con un libro donde escribió los términos mientras mi adversario se bebía el resto de su bebida al otro lado de la mesa, moviendo la rodilla sin control. Asumí una expresión aburrída durante la breve pausa en la que ambos firmamos con nuestros nombres.

Él mostró su mano, tres jotas. Justo lo que yo había pensado.

—Veamos qué tiene usted —dijo con la voz temblorosa. Parecía haberse serenado un poco. Pero su rostro encendido, la sutil alegría que brillaba en sus ojos, me indicaba que era por esto por lo que seguía viniendo: por el momento justo anterior a saber si iba a ganar o a perder. Estaba enganchado, apresado por la excitante esperanza que había hecho adictos a tantos hombres antes que él.

Me tomé mi tiempo.

«Disfruta el momento».

Entonces les di la vuelta a mis cartas, mostrando el póquer de reyes. Por un momento, se limitó a mirar, como si no fuera capaz de sumar. Luego su cara se puso muy roja, y me dio la impresión de que iba a vomitar.

—Creo que me he convertido en su jefe —comenté con indiferencia, permitiendo, ahora sí, que mi acento hiciera su aparición. Ladeé la cabeza y me quité las gafas—. En realidad, ahora que lo pienso, creo que sí que nos conocemos. Stuart De Havilland, ¿verdad? —Le tendí la mano con una satisfacción salvaje bullendo en mi sangre—. Brogan Ramsay. —Stuart se quedó lívido. Luego un lento entendimiento hizo aparición en sus ojos de borracho mientras me miraba. Finalmente, su rostro adquirió un tono oscuro al tiempo que abría la boca—. Es un placer volver a verte. —Lo tuteé sonriendo. Una sonrisa lobuna, sí. Y esta vez sí me la permití.

3

LYDIA

—Buenos días, Carl —dije tras atravesar las puertas de De Havilland Enterprises, mientras ponía el café solo del puesto de bebidas y dos sobres de azúcar sobre el mostrador de seguridad.

—Buenos días, Lydia. ¿Te he dicho últimamente que te adoro?

Me reí antes de besarlo con rapidez en la arrugada mejilla. Luego me di la vuelta hacia el ascensor.

—Todos los días, Carl. Y yo sigo sin cansarme de escucharlo. —Le sonreí y entré en el ascensor, que acababa de abrirse. Manteniendo los otros tres cafés en equilibrio sobre el soporte de cartón, me cambié el maletín de mano y pulsé el botón de la planta superior.

Me había despertado esta mañana con una sensación de esperanza que no notaba desde hacía meses, con la certeza de que todo iba a salir bien. Tenía una reunión con mi hermano a las nueve, en la que nos darían los informes trimestrales. Habíamos ganado hacía poco varias licitaciones bastante grandes, y había muchas razones para creer que obtendríamos todavía más. Dependiendo de los números que nos dieran esta mañana, podríamos actuar de una manera o de otra, y aunque tuviera que volver a recortar mi propio sueldo, otra vez, y con la ayuda de Dios, no volveríamos a estar en un pozo sin fondo.

Siguiendo la filosofía de «con buen aspecto se siente uno mejor» me había puesto uno de mis vestidos favoritos, un modelo cruzado de color zafiro con unos *stiletto*s de color crudo, y dediqué más tiempo a arreglarme el pelo y maquillarme.

Al salir del ascensor, saludé a Charlene, la secretaria de Stuart, y dejé uno de los cafés delante de ella. Estaba hablando por teléfono, pero me dio las gracias moviendo los labios. Le guiñé un ojo mientras empujaba la puerta de la sala de conferencias con el hombro, entré y dejé todo lo que llevaba en el borde de la mesa de caoba.

Una vez que conseguí colocar todas las cosas, asomé la cabeza.

—Oye, Charlene, ¿todavía no ha venido Dave, de finanzas, con los informes?

—Esta mañana no había nada en mi escritorio. ¿Quieres que le pregunte?

—No, no pasa nada. Esperaré a que llegue Stuart. —Lo llamé al móvil, pero me salió el buzón de voz, así que me puse a beberme mi café en la sala de conferencias mientras revisaba algunos correos en el portátil. Cuarenta y cinco minutos después, al ver que Stuart no había llegado todavía, recogí todo y me fui a mi despacho, avisando a Charlene para que me llamara cuando llegara mi hermano. ¿Por qué tenía la sensación de que mi hermano estaba todavía en la cama, con resaca, como le ocurría tan a menudo los lunes por la mañana desde hacía algún tiempo? Suspiré; la actitud de esperanza que me acompañaba cuando llegué empezó a diluirse.

Regresé al despacho de Stuart al mediodía, pero Charlene solo frunció el ceño y negó con la cabeza. Volvía a salir con un suspiro cuando la puerta se abrió y apareció mi hermano. Me sorprendí al verlo, su aspecto era desaliñado y estaba pálido.

—¿Stuart? —pregunté, acercándome a él—. Santo Dios, ¿estás enfermo? ¿Por qué has llegado...?

—Lydia, ve a la sala de conferencias. —Fruncí el ceño, dispuesta a insistir, pero me detuvo con la mirada—. Por favor. —Eso me sorprendió todavía más, pues no podía recordar la última vez que mi hermano había pedido algo por favor.

—Lydia, ¿quieres que...? —intervino Charlene.

Negué con la cabeza sin dejar que terminara la frase.

—No, Charlene. Te llamaré desde la sala de conferencias si necesitamos algo. —Comenzaba a sentir el estómago revuelto. Había pasado algo malo. Algo que, estaba segura, no me iba a gustar.

Cuando la puerta se cerró a nuestra espalda, Stuart se dirigió a la cabecera de la mesa, apoyando las manos en el respaldo de la silla que tenía delante. Noté que su frente estaba perlada de sudor.

—¿Qué ha pasado? —pregunté en voz baja. Me abracé a mí misma, casi como si quisiera protegerme contra lo que estaba a punto de compartir conmigo.

—Es que yo... —Se pasó la mano por el pelo rubio oscuro, algo que parecía haber hecho muchas veces esta mañana—. Dios, Lydia, lo siento. Lo siento muchísimo. Yo... —Soltó un largo suspiro antes de mirarme a los ojos—. He perdido la empresa.

Lo observé mientras mi mente intentaba asimilar lo que me estaba diciendo. Negué con la cabeza.

—¿Has perdido la empresa? Eso es imposible. —Me reí, pero fue un sonido frágil—. No se puede perder una compañía sin más, Stuart. ¿A qué te refieres?

—La he perdido a las cartas. La aposté. Aposté la empresa.
Parpadeé varias veces.

—No te entiendo —repuse muy despacio—. Creo que tienes que ayudarme a comprender lo que estás tratando de decirme.

Stuart levantó los brazos y los dejó caer antes de mirarme con una expresión llena de ira.

—¡La he cagado! He participado en una partida de póquer con altas apuestas, y he perdido, ¿vale? He estado con nuestros abogados toda la mañana. Ya lo he firmado todo. Ya no es nuestra. ¿Es eso lo suficientemente claro para tí? ¿Lo has comprendido ahora? —escupió.

Noté que me subía la tensión y sentí náuseas.

—No —siseé con un hilo de voz. Moví una silla y me senté—. No puede ser legal. Tiene que haber una manera de deshacerlo.

—No la hay. A menos, claro está, que quiera despedirme de mi vida. Y tú de la tuya. ¡Joder, Lydia! No hay manera de salir de esto. Lo tenía tan cerca... Justo al alcance de la mano. ¡Se habrían resuelto todos nuestros problemas! Estaba a punto y, de repente... —chasqueó los dedos—, desapareció. —Arrastró la silla a la que se sujetaba y se hundió en ella, como yo—. Estamos jodidos.

Negué con la cabeza una y otra vez, estremeciéndome. No podía estar pasando esto. ¿Cómo podía haber apostado la compañía? ¿No tenía otra opción? ¿Lo despedirían? ¿Me despedirían a mí? ¿Qué demonios...?

—No, no puedo creerlo. No, Stuart. Quizá pueda hablar con la persona que ganó... ¿Qué? ¿Por qué me miras así?

Stuart hundió la cara en las manos y se pasó de nuevo los dedos por el pelo. Tras varios momentos de tensión, volvió a mirarme. Estaba todavía más pálido, si es que eso era posible.

—No te lo he dicho todo todavía... ¡Dios...!

—Suéltalo ya, Stuart. No puede haber nada peor. —Aunque era probable que sí. Y conociendo a Stuart, lo habría.

—El hombre que posee ahora la compañía... —tragó saliva mientras me miraba con desesperación— es Brogan Ramsay.

Se me detuvieron el corazón y la respiración. Me sujeté al borde de la mesa.

—¿Bro... Brogan Ramsay? —jadeé.

—Sí, su padre era el...

—Sí, ¡ya sé quién es Brogan Ramsay! Pero ¿cómo? No lo entiendo. —Mi corazón latía ahora a un ritmo endemoniado dentro de mi pecho. Si no estuviera sentada, estaba segura de que me desmayaría.

—¿Te crees que yo sí? —gritó, volviendo a mover las manos—. Es un psicópata. Lo ha planeado todo. Echamos a su padre, ¿no lo recuerdas?

—¿«Echamos»? —siseé—. No lo echamos, lo echaste tú. —Las imágenes inundaron mi mente de forma espontánea.

«Un atardecer, un verano... Sus labios en los míos, su cuerpo contra el mío... Aquella mirada de... reverencia en sus ojos inocentes...».

—¡Estaba protegiéndote!

Gemí, apoyando la cabeza en la silla. Yo recordaba todo aquello de una forma muy diferente, y estaba segura de que Brogan también. Pero no iba a discutir con Stuart al respecto. Tenía que resolver este problema.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—No, Lydia. No vamos a ir allí.

Me humedecí los labios.

—Éramos amigos... Una vez, hace tiempo. Quizá me escuche, Stuart. Tengo que intentarlo. —Además, le debía una disculpa. Había pasado mucho tiempo. Llevaba años queriendo pedirle perdón, era una espina que todavía llevaba clavada en la piel. Stuart también le debía una disculpa, pero yo no era responsable de mi hermano. Estaba claro—. Dame su dirección, no pienso discutir ahora contigo. —Me sentía agotada. Mis anteriores esperanzas se habían desvanecido por completo.

—Entonces, iré contigo.

—No, creo que ya has hecho suficiente daño. Iré sola.

—No es el chico que recuerdas. Resulta... diferente..., peligroso. Me engañó. — La última palabra se convirtió en un gemido, haciendo que me atravesara una oleada de disgusto.

Me froté los ojos. ¿Brogan, peligroso? Lo recordaba como un chico sensible e intenso.

—Solo voy a hablar con él, Stuart. ¿Se te ocurre una idea mejor? ¿Una solución que todavía no me hayas contado? —pregunté con rabia.

—No —repuso, hundiendo los hombros—. Lo siento, Lydia. Lo siento mucho. —Volvió a hundir la cabeza entre las manos.

No era capaz de sentir compasión por él en este momento.

—Pues dame su dirección.

—Es una dirección comercial.

—Bien, eso es todavía mejor. Habrá mucha gente alrededor.

—No creo que sea ese tipo de negocio. —Levantó la cabeza con una expresión que era una mezcla de miedo y abatimiento. Pero metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó una tarjeta de visita, que dejó sobre la mesa.

Estiré el brazo y la cogí.

Seguí las instrucciones que me fue dando el GPS para llegar a la dirección que aparecía en la tarjeta hasta que me detuve delante de una anodina edificación de ladrillo rojo. Estaba en Woodlawn, un barrio del Bronx que era conocido como «la pequeña Irlanda». ¿Brogan había estado tan cerca todo este tiempo? Después de que se hubiera marchado —«Lydia, no lo suavices, lo expulsaron»— de nuestra propiedad, lo habíamos estado buscando sin encontrarlo. Era como si toda la familia se hubiera volatilizado. Incluso me había preguntado varias veces si Brogan habría llevado a su padre y a su hermana de vuelta a Irlanda después de ese día. «Ese día...». Me encogí interiormente, como siempre que pensaba en esa fecha.

Permanecí sentada en el coche durante unos minutos, mirando el edificio mientras me armaba de valor para entrar. Stuart me había dicho que se trataba de una dirección comercial, pero en realidad parecía una vivienda. Respiré hondo y salí del coche; el aire estaba húmedo. Me alisé el vestido mientras cruzaba la calle. Una mirada al cielo me indicó que estábamos a punto de sufrir una tormenta veraniega.

El llamador de bronce tenía forma de cabeza de carnero. Mi corazón se había acelerado al límite, por lo que intenté respirar despacio para tranquilizarme mientras levantaba la aldaba y daba dos golpes.

«Estás a punto de encontrarte cara a cara con Brogan, después de tanto tiempo, de tantos años...».

Un minuto después, oí unos pasos que se acercaban a la puerta y se quedaban inmóviles antes de abrirme. Solté todo el aire con un silbido cuando vi a un niño, de no más de catorce años, de pie frente a mí.

—H-Hola —tartamudeé. Me aclaré la garganta y enderecé la espalda—. Me llamo Lydia De Havilland. He venido a ver a Brogan, es decir, al señor Ramsay.

El chico arqueó una ceja mientras deslizaba la mirada por mi cuerpo de una forma sugerente. Me puse rígida y apreté los dientes.

«Mocoso desvergonzado».

—¿Está aquí? —insistí.

—Sí. —Se apartó y movió el brazo, indicándome que entrara. Vacilé un segundo antes de traspasar el umbral. El vestíbulo era anodino, con mucha madera oscura y una gastada alfombra oriental. No había muebles ni tapices.

Me estremecí brevemente cuando la puerta se cerró a mi espalda, así que agarré con fuerza la correa del bolso y esperé instrucciones del chico. Recibió un mensaje de texto en el teléfono; lo leyó, se lo guardó en el bolsillo e hizo otro gesto para que

lo siguiera. Lo acompañé por un largo pasillo que desembocaba en lo que parecía una sala de espera. Allí había un enorme sofá de cuero, varias librerías en las paredes y una mesita de café con algunas revistas de economía.

Cuando me senté en el sofá, el muchacho se acomodó a mi lado. Me deslicé a un lado al tiempo que le sonreía con amabilidad. Él volvió a recorrer mi cuerpo con los ojos, y una sonrisa arrogante apareció en su rostro. ¡Dios, si ni siquiera tenía barba!

—¿Cómo está el patio?

—¿Perdón?

—¿Qué pasa?

—Lo siento, no entiendo...

Se abrió de repente una puerta en el otro lado de la estancia y la alta y oscura figura de un hombre quedó recortada a contraluz.

—Rory...

El chico —Rory, al parecer— se levantó bruscamente y rodeó la mesa. Yo también me levanté.

—Lo siento, señor Ramsay. Esta preciosidad ha venido a verlo. —Eso sí lo había entendido. Me erguí en toda mi altura. El corazón me latía en el pecho como un frenético redoble de tambores cuando miré al hombre en el que se había convertido el chico que conocí hacía tantos años. Se me tensaron los nervios, noté que se me revolvió el estómago. De pronto, tenía dificultades para llenarme los pulmones de aire. Brogan dio un paso adelante, hacia la luz, y sentí que el tiempo se detenía.

Tenía ante mí a Brogan Ramsay. Ahora era un hombre, muy alto y muy ancho. Su pelo negro estaba más corto que la última vez que lo vi. Se quitó unas gafas con montura de pasta negra, y examiné su rostro. Era el mismo, pero, sin embargo, diferente. Reconocí la gélida belleza azul de sus ojos, enmarcados por espesas pestañas negras como la tinta, las cejas y la sensual forma de su boca. Pero la fuerte mandíbula y la estructura ósea de los pómulos eran diferentes, más marcadas y adultas. Era todavía más guapo de lo que recordaba. La niña que todavía llevaba dentro se derritió un poco. Pero ya no era una niña, sino una mujer, me recordé, así que enderecé la espalda. No estaba aquí para caer desmayada a sus pies.

Cuando me miró por fin y clavó sus ojos en mi cara, se me detuvo la respiración. Sus iris eran tan duros como hielo azul. Me mantuve inmóvil bajo su fría evaluación. Luego miró hacia otro lado, como si yo no hubiera suscitado ningún interés por su parte, y soltó un suspiro.

—Te he dicho que preguntes el nombre de las visitas, Rory.

—Lo he hecho, señor.

—No lo has hecho.

Rory tragó saliva.

—El móvil va mal a veces, le pasa algo raro. Lydia De Havilland. —Me señaló con la mano como si perteneciera a la realeza, pero Brogan no siguió su gesto con la mirada. Noté que le palpitaba un músculo en la mejilla.

—Encárgate de que te lo arreglen. Vete.

—Claro. Iré ahora mismo. —Rory salió corriendo de la habitación, sin mirar atrás.

Volví a clavar los ojos en Brogan, examinándolo. Llevaba pantalones negros y una camisa gris con el cuello abierto y las mangas enrolladas, que dejaban a la vista sus fuertes y bronceados antebrazos, los mismos antebrazos que yo miraba arrobada mientras trabajaba en el jardín.

—Hola, Brogan —lo saludé en voz baja, sin moverme. Las emociones me asaltaban con tanta rapidez y violencia que casi no tenía tiempo para analizarlas. Se superponían, mezclándose para formar una bola de nervios en mi estómago y un nudo en el pecho. Algo parecía recorrer mis venas.

—Lydia, cuánto tiempo... ¿En qué puedo ayudarte? —Su voz era profunda y suave, sin ningún rastro de sentimientos. De hecho, incluso parecía aburrido.

Me puse rígida.

—¿No sabes por qué estoy aquí?

Hizo una pausa y luego se volvió en dirección a la habitación por donde había llegado.

—¿Quieres sentarte?

Lo seguí hasta lo que supuse que era su despacho. Lo vi arrojar las gafas sobre un enorme escritorio negro que dominaba el centro de la habitación y sentarse detrás. Vacilé un instante antes de ocupar una silla frente a él.

—Sí, ha pasado mucho tiempo —dije, respondiendo al comentario que había hecho unos momentos antes—. Me alegra ver que estás bien, Brogan. —Me aclaré la garganta—. ¿A qué te dedicas exactamente? —pregunté, haciendo un gesto a mi alrededor para indicar el edificio en su conjunto.

—A seguros de vida. —Percibí una especie de brillo divertido en sus ojos que no supe interpretar. Noté también que ya no tenía nada de acento. Me pregunté si sería algo natural o si había trabajado para deshacerse de él. Fuera como fuera, me pareció una pena. Siempre me había gustado la rítmica cadencia de su voz, esas palabras que a veces decía en gaélico y que yo que no tenía ni idea de qué significaban. Igual que acababa de hacer ese chico, Rory. Recordé lo que nos habíamos reído cuando le pedía que me explicara ciertas expresiones. Había habido algunas... hacía mucho tiempo... A veces las recordaba de forma inesperada.

Brogan llamaba «pis de gato» al diente de león.

«¿Qué estás haciendo? Limpiando el pis de gato».

Volví a aclararme la garganta.

—Seguros. Ah, muy bien. Bueno, vale. Es evidente que has tenido mucho éxito.

Brogan dio unos golpecitos en la mesa con los dedos como si estuviera impaciente.

—En cuanto a tu pregunta —continuó, ignorando lo que yo acababa de decir—, sí, claro que sé por qué estás aquí. Me imagino que porque tu hermano sigue siendo un cobarde y un tarado. ¿Ha enviado a su hermanita para deshacer su apuesta? ¿Para arreglar lo que ha pifiado?

Tragué saliva, notando que se me había calentado la cara. Fuera retumbó un trueno.

—No me ha enviado él. Insistí en venir yo. Pero sí, ya que lo has expuesto tan gráficamente, estoy aquí para arreglar lo que ha pifiado. —Me humedecí los labios con nerviosismo.

—¿Y cómo piensas hacerlo? ¿Vas a hacerme una oferta para recomprar la compañía? Habrá un recargo, por supuesto.

«¿Recargo?»

—No... No puedo. No disponemos de capital para hacerlo. Espero que podamos llegar a otro tipo de acuerdo.

Lo vi arquear una ceja.

—¿Qué se te ha ocurrido?

Miré a un lado antes de volver a clavar los ojos en él. Si era sincera, no había elaborado ningún plan antes de salir corriendo a pedir clemencia a Brogan. Y ahora me daba cuenta de que había sido una locura.

—Antes éramos amigos, Brogan. Esperaba que...

De repente, dio un puñetazo en la mesa con la cara retorcida en una máscara de furia.

—Jamás fuimos amigos. Me engañaste y me mentiste. Mi padre perdió su trabajo por tu culpa. No tienes ni idea de lo que tuvo que pasar mi familia.

Tragué con fuerza, moviendo la cabeza.

—Lo... sé. Te engañé. Lo que hice fue terriblemente egoísta. Hace mucho tiempo que quería pedirte perdón. Incluso...

—No es necesario que te disculpes, Lydia.

—Aun así, Brogan.

—No. —Apretó los dientes con fuerza mientras la lluvia empezaba a golpear las ventanas—. No vas a conseguir mi perdón con el fin de mitigar tu culpa. Además, no quiero tus disculpas, guárdatelas para ti misma, princesita. —Añadió mi viejo

apodo en tono burlón.

«Dios, me odia con todas sus fuerzas... Incluso después de todo este tiempo». Estudié su expresión, dura y llena de cólera.

—Stuart tenía razón. Lo has hecho a propósito. Lo has planeado todo. Lo has engañado para que perdiera la empresa y quedártela.

—¿Lo he engañado? Eso es difícil. Los problemas que tiene tu hermano se los ha creado él solo.

—Lo sé, Brogan. Créeme, lo sé. No me hago ilusiones sobre las debilidades de mi hermano, ni sobre sus vicios. Pero, por favor, damos trabajo a mucha gente. Todas esas personas dependen de nosotros para su sustento.

—Ah... ¿Ahora te preocupa lo que hace la gente para vivir? ¡Qué novedad!

Abrí la boca para responder, pero no me lo permitió.

—De todas formas, ¿qué te hace pensar que voy a dejar a alguien sin trabajo? Salvo, por supuesto, a ti y a tu hermano. Dado que ahora soy el dueño, tengo que mirar por el bien de De Havilland Enterprises. A primera vista, parece que todo podría ir bien si estuviera al mando alguien que no fuera un ludópata y un drogadicto, un puto desperdicio.

Me dio un vuelco el corazón. Él podía dirigir la compañía de una forma diferente, pero el negocio que mi padre había levantado de la nada con sangre, sudor y lágrimas ya no sería de la familia. Si lo supiera, se le rompería el corazón... «¡Oh, Dios!». Y todo por una tontería que había hecho siete años antes.

Respiré hondo, intentando hacer desaparecer el nudo que tenía en la garganta. Estuviera Brogan de acuerdo o no, siempre había pensado que una vez habíamos sido amigos... hacía ya mucho tiempo. Antes de que ocurriera aquello. Busqué en su cara al chico sensible que había sido una vez, pero no lo encontré en las duras líneas del rostro de este hombre. No lo conocía. Era un extraño insensible.

—No hay nada que pueda hacer, ¿verdad? —pregunté. Me humedecí los labios antes de mordisquearme el inferior.

Brogan me estudió, deslizó la mirada por mi boca antes de subirla a mis ojos. Empezó a hacer tamborilear los dedos de nuevo, como si estuviera tomando alguna decisión.

—¿Qué estás dispuesta a hacer para recuperar De Havilland Enterprises, Lydia?

Se me secó la garganta.

—Haré lo que sea, Brogan. Lo que sea. —Noté la cara roja por la vergüenza. Pero era cierto. En ese momento, no me importaba lo que tuviera que hacer para solucionar este lío. Por mi padre, por su sueño... Sí, haría cualquier cosa. La compañía era su legado, la única parte de él de la que todavía podía ocuparme.

Brogan se rio, un sonido lleno de desdén. Frotó el borde de cuero de la mesa con el dedo índice, haciendo que mis ojos siguieran ese movimiento. Él siempre había sido una persona muy sensual, siempre estaba tocando algo, movía las manos con suavidad, aparentemente fascinado por las texturas... Se había deshecho de su acento, pero no de esa costumbre. Me agarré a esa pizca del chico que había sido, reconociendo por fin en ese hombre al niño que fue.

—¿Cualquier cosa? ¿Suplicarías? ¿Te pondrías de rodillas y me lo suplicarías?

Me quedé paralizada, mi corazón pareció detenerse antes de lanzarse a un latido irregular. Nuestros ojos se encontraron.

—¿Es eso lo que quieres que haga? ¿A eso se reduce todo? ¿A una especie de venganza?

—La verdad, Lydia, se ha acumulado cierto interés desde que yo tuve que suplicar. Ya que estamos pensando en que tienes que recuperar una inversión, tus súplicas tendrían que ser más grandes. Enormes.

—¿Qué significa eso?

Brogan miró a un lado, como si estuviera considerando algo. Pasaron unos minutos antes de que por fin se volviera hacia mí. Sus claros ojos azules eran un suave contraste, sorprendente y hermoso, con la dura expresión que mostraba.

—Esta es mi oferta: vendrás a trabajar en mi casa como yo trabajaba en la tuya. Harás lo que te pida y, cada día, me suplicarás que te devuelva la compañía. Si lo haces lo suficientemente bien, tendré en consideración tu solicitud.

Lo miré boquiabierto.

—¿Estás loco? —siseé.

Se encogió de hombros con indiferencia, con una expresión impasible.

—Eso dicen.

—¿Eso dicen? ¿Quién? Porque me parece que estoy de acuerdo. Es una oferta asquerosa. Eres un cerdo.

—También me han dicho eso —se rio, reclinándose en la silla mientras me brindaba una sonrisa arrogante.

Parpadeé. Nunca le había visto sonreír así. Recordaba una sonrisa diferente, dulce y tímida a la vez. Era esa sonrisa la que hacía que mi corazón se acelerara. La que me hacía marearme de deseo. Uno de sus dientes frontales se superponía ligeramente sobre el otro, y me había dado cuenta de que se pasaba la lengua por ese punto cuando se sentía inseguro. Cuando lo besé, también pasé la lengua por allí, y ese gesto me había estremecido de una forma que no fui capaz de explicarme a mí misma. Tragué saliva ante el recuerdo, sin permitirme volver a pensar en él. Porque, si bien era cierto que su sonrisa me había llenado de deseo en otro tiempo,

entonces, cuando me sonreía, sus ojos estaban llenos de calidez y afecto, llenos de anhelo. Ahora no. Ya no.

Se encogió de hombros.

—La palabra clave es «oferta». Eres libre de aceptarla o rechazarla. Pero es la única oferta que hay sobre la mesa. La única oportunidad que te daré.

—¿Y qué tipo de trabajo tendría que hacer en tu casa exactamente, Brogan? — pregunté airada.

Juntó los dedos.

—Todavía no estoy seguro, Lydia. Probablemente todo tipo de cosas. Supongo que podrías considerar que serás quien se encargue de todo. O ¿sería más exacto decir que serías una chica para todo? —Volvió a sonreír, y me limité a mirarlo.

En ese momento sonó su móvil y lo cogió para echarle un vistazo a la pantalla.

—Tengo que dejarte. Hay cosas importantes que requieren mi atención. Considera mi oferta —volvió a encogerse de hombros— o no. De cualquier forma, dado que me has encontrado, ya tienes mi tarjeta.

Apreté los dientes sin dejar de observarlo con incredulidad. No se me escapó que su acento había hecho aparición durante las últimas frases. Me levanté y, sin añadir nada más, salí del despacho de Brogan Ramsay, cerrando la puerta a mi espalda.

«¡Oh, Dios mío!».

4

BROGAN

Traté de controlar la respiración. Lydia De Havilland acababa de cerrar la puerta de mi despacho, y yo todavía no era capaz de tomar aire. De hecho, tenía ganas de golpear algo.

La había visto de lejos varias veces, incluso la había seguido hasta su casa un par de días antes por alguna razón que no era capaz de explicar. Me había dicho a mí mismo que era con idea de recopilar información sobre la familia De Havilland. Para saber mejor cómo proceder para hacerme con su empresa. Pero era una excusa débil, y yo lo sabía de sobra. A pesar de que la había visto desde la acera de enfrente en una calle, eso no me había preparado para el impacto que me había supuesto tenerla frente a mí. No había necesitado que Rory me dijera su nombre para reconocerla. Y aunque quería estar preparado, no lo había conseguido, así que durante todo el tiempo que estuvo en mi despacho, había sentido como si el suelo se moviera bajo mis pies.

Lydia había madurado hasta convertirse en una mujer impresionante, todavía más hermosa de lo que recordaba. Y, como entonces, poseía el poder de dejarme sin aliento.

Llevaba más corto el pelo dorado, ahora le llegaba por los hombros, pero seguía tan brillante y suave como yo lo recordaba. Me froté las yemas de los dedos, como si con ese gesto pudiera evocar la sensación de las hebras rubias en mi piel. Tenía ganas de tocarle el cabello de nuevo, y ese pequeño deseo me hacía sentir también una rabiosa impotencia. Su rostro había perdido la redondez de la adolescencia, por lo que destacaba la delicada estructura ósea, y esos hermosos ojos azul verdosos en forma de almendra... Hundí la cara entre las manos y me masajé las sienes antes de pasarme los dedos por el pelo. Estar sentado en la misma habitación que ella me había hecho sentir la misma ansia desesperada que había sentido antaño, cuando no podía conseguir suficiente comida, cuando no era capaz de saciar mi estómago vacío. Solo que esto era peor, porque esta hambre jamás sería satisfecha, no lo

permitiría.

Cuando entró en el despacho, tuve la tentación de inclinarme hacia ella para aspirar su fragancia. El hecho me había conmocionado. Estaba acostumbrado a alejarme inconscientemente de la gente cuando se acercaba demasiado, a contener la respiración cuando alguien pasaba a mi lado. En general, no me gustaba el olor de los demás, porque tenía un olfato demasiado sensible. Me parecía algo íntimo, algo tan personal que no quería verme implicado en ello. Pero con Lydia era diferente. Siempre me había atraído como ninguna otra persona. Supuse que la química no había cambiado. Por desgracia para mí.

Mi mente revivió aquella tarde de verano, hacía ya siete años, esa noche que no podía olvidar por alguna alocada razón. Todavía era capaz de sentir a Lydia entre mis brazos, aún podía recordar su delicado aroma, el sabor de su boca, el sonido de sus suspiros cuando me hundí en su estrecho cuerpo. «¿Por qué?». ¿Por qué me sentía tan condenadamente afectado por ella? La última vez que la vi era solo un crío, pero ahora era un hombre. Uno que había estado con mujeres que poseían una sexualidad mucho más cruda que Lydia. Mujeres hermosas que conocían tantos trucos en la cama que harían que una princesita inocente como Lydia De Havilland se pusiera como la grana. Ahora poseía mucha experiencia, tanta que opacaba toda la torpeza adolescente de la que había hecho gala con ella. Solo había estado una vez con Lydia, pero todavía... Negué con la cabeza ante los recuerdos y me obligué a renunciar a los breves momentos en los que había estado en mis brazos para llegar más allá...

«Humillación. Furia. Desesperación. Dolor».

El recuerdo de los hechos todavía me erizaba, como una cicatriz interna sin cicatrizar, cada vez que pensaba en ello. No solo lo que ella había hecho, sino lo que no había hecho. No me había defendido; básicamente se había mantenido al margen mientras su hermano me avergonzaba y me hacía suplicar. La odiaba por manipularme, por hacerme albergar esperanzas, por la debilidad que había tenido. Y no podía perdonarla por ello. Jamás lo olvidaría.

Y eso era todo. Si conseguía llevar a cabo la venganza que llevaba imaginando tanto tiempo, me libraría de ella. Exorcizaría a un fantasma que llevaba siete años persiguiéndome. A Lydia y a los recuerdos, a la vergüenza que todavía ardía en lo más profundo de mis entrañas. Por fin sería capaz de dejarla ir. Y debido a cómo había logrado conducir todo a su alrededor, ahora era ella la que me necesitaba a mí.

«Ahora es ella la que suplica»

—Bien, ¿qué pasa?

Levanté la cabeza cuando se abrió la puerta. Me enderecé y traté de recolocarme

el pelo alborotado. Fionn me observó mientras se dejaba caer la silla que había ocupado Lydia solo unos minutos antes, relajando su enorme cuerpo. Tenía la camisa mojada por la lluvia.

—Nada —repuse.

Fionn soltó un silbido al tiempo que se inclinaba hacia delante.

—*Mo chara*, ese acento irlandés dice lo contrario. —Se rio por lo bajo, haciendo que le lanzara una mirada que solo lo hizo reír con más fuerza y fingir que se estremecía. ¿Cómo demonios había detectado mi acento? Solo había dicho una palabra—. ¿Crees que esa mirada diabólica que me has lanzado va a afectarme de alguna forma?

Me senté de nuevo y apoyé la cabeza en el respaldo. Miré el techo durante un minuto.

—Lydia De Havilland ha venido a verme.

—Ah...

—Sí, ah. —Moví la cabeza para mirarlo. En su expresión se mezclaban simpatía y una vaga insinuación de preocupación.

Arqueó las cejas.

—Bueno, ahora entiendo que estés así. ¿Se ha ofrecido a volver a comprar la compañía?

—No puede. No tiene fondos. —«Como yo ya sabía».

Fionn se encogió de hombros.

—Bueno, pues eso es todo. Tendrá que buscarse un nuevo empleo. Que tenga suerte...

Sentí que me empezaba a palpar un músculo en la mandíbula. Fionn entrecerró los ojos y ladeó la cabeza.

—¿Qué significa esa mirada? —preguntó.

—Le dije que viniera a trabajar en mi casa, que me sirviera y me suplicara que le devolviera la compañía todos los días, y entonces me pensaría si tenía misericordia o no.

Fionn me miró boquiabierto durante un momento, luego se reclinó en la silla, dejando que el brazo colgara tranquilamente, y me estudió.

—Eso es un farol.

—Ni que lo jures.

—¿Qué se te ha ocurrido?

Apreté los dientes.

—Estaba pensando... —pronuncié lentamente, paladeando cada palabra— que ahora le toca a ella ponerse de rodillas y suplicarme. Eso se me ha ocurrido.

—¿Le toca a ella? ¿No le has dejado otra opción? ¿Es eso lo que quieres realmente?

Me encogí de hombros con indiferencia.

—Ya veremos.

—¿Tienes alguna intención de devolverle la compañía?

—No.

Fionn permaneció en silencio durante un rato.

—Todo esto va a acabar como el culo, lo sabes, ¿verdad?

«Probablemente».

—No, lo tengo bajo control.

—¿Cuál es el plan? Y, sobre todo, ¿cuánto tiempo vas a seguir adelante con esta locura?

Me encogí de hombros.

—Te lo compensaré más adelante. Ya veremos cómo.

Fionn se rio.

—Esto es lo que más me agrada de ti. Sí. Que todo parece muy fácil. —Suspiró—. Es una gilipollez. No tiene sentido. ¿Por qué te haces esto, *mo chara*? —preguntó con suavidad.

—Satisfacción personal. —«Paz. Cobrar una deuda. Venganza. Limpieza». Había cien razones y no necesitaba ninguna. Era el que tenía ahora todo el poder.

—Sí, ya veo. Pero te he ayudado porque pensaba que tener la empresa del hermano de Lydia podía ofrecerte esa satisfacción. Y tengo que decir que he visto muchas cosas, pero no satisfacción.

Me encogí de hombros.

—Se ha presentado otra oportunidad. He decidido aprovecharla. ¿Qué haces aquí?

Se sentó y suspiró.

—Trabajo aquí, ¿recuerdas? —Arqueó una ceja—. Y ahora que tienes a tu archienemiga bien cogida por lo que parece un cuello muy bonito, te recuerdo que tenemos que atender un negocio. —Entrecerré los ojos al escuchar ese burlón comentario de «mi archienemiga», pero él se limitó a sonreír de aquella manera que me desarmaba. Fionn se había librado de algún que otro problema gracias a aquella sonrisa—. Y luego nos vamos a ir a pasarlo bien, a beber y a buscar a algunas mujeres de moralidad cuestionable.

Lo miré durante un momento, pero él se rio entre dientes. Nunca podía permanecer enfadado con él demasiado tiempo. Y la verdad, pasarlo bien y beber no sonaba mal. Me senté de nuevo, y me puso al tanto de los trabajos que habíamos

conseguido esa semana.

Fionn había estado a mi lado, prácticamente, desde el día que salimos de Greenwich y nos trasladamos a un pequeño agujero de ratas en el Bronx. Aunque me faltaba menos de un mes para terminar en el instituto, nunca había llegado a graduarme, pues había tenido que ponerme a mendigar todos los trabajos que pude encontrar para mantener a mi familia. Mi padre se había hundido en una profunda depresión al ver que no lo contrataban en ninguna parte, por lo que se volcó en la bebida. Al final pasaba más tiempo borracho que sobrio. Lo que me dejó a cargo de Eileen. Así que había hecho lo que tenía que hacer, aunque algunas de esas cosas las lamentaría durante el resto de mi vida. Todo por culpa de lo que había ocurrido esa noche en el cuarto que había en los establos, con Lydia. Todo por culpa de su traición.

Pero había tenido un amigo de verdad: Fionn, al menos había contado con él. Un niño peleón un año menor que yo, que se había trasladado con sus padres a Nueva York desde un pueblo de Irlanda muy cercano al mío. Sus padres habían muerto en un horrible accidente de tráfico, y como no tenía ningún familiar en Irlanda, se había tenido que buscar la vida por las calles. Sin embargo, si de algo podían presumir los irlandeses era de que se encargaban de los suyos. Fueron muchos los que hicieron lo que pudieron por nosotros, compartiendo su comida sin importar lo escasa que fuera, y contratándonos para pequeños trabajos. A pesar de que eso hubiera sido suficiente para mí, Eileen necesitaba más, y me había prometido a mí mismo que no la decepcionaría. A fin de cuentas, yo era todo lo que tenía.

Había soñado que llegaría un día en el que no tendría que doblegarme, que no tendría que dejar mi orgullo en la puerta ni hacer sacrificios que no quería, cosas que ahora me hacían estremecerme. Había soñado que un día pondría yo las reglas, que me sentiría seguro. Que un día encontraría la paz. Y por fin había logrado mis metas. Había llegado a un punto en el que me podía olvidar de lo que suponía simplemente sobrevivir y dedicarme a hacer pagar a las personas que habían roto mi mundo.

No sabía exactamente lo que quería de Lydia, pero no me preocupaba demasiado. Si su presencia se convertía en una molestia de una u otra forma, me limitaría a decirle que se marchara y me quedaría con su maldita compañía. No importaría lo mucho que me lo rogara, la añadiría a mi imperio. No necesitaba el dinero, pero me gustaría verla convertida en un éxito. Haría que fuera mía de verdad, y encontraría satisfacción en ello.

Una leve sensación de culpa me inundó, pero la aplasté con firmeza. Apoderarme de De Havilland Enterprises significaría que estaría salvándola de la familia. El

padre de Lydia, Edward, había sido un hombre decente, que se sentía orgulloso de lo que había conseguido a partir de cero. En realidad, respetaba a Edward más de lo que respetaba a mi propio padre. Siempre había sido justo conmigo, y, más que justo, había sido amable. Me había enterado de su muerte, hacía ya cuatro años, y había ido al funeral. Me había quedado en la parte de atrás en el cementerio, para que no me vieran. Pero yo sí la había visto a ella. De hecho, no parecía haber sido capaz de mirar hacia otro lado mientras se deshacía en lágrimas, vestida de negro, con unas gafas de sol ocultando sus ojos y el pelo recogido en un moño. Luego, su hermano se había acercado a ella y le había puesto el brazo sobre los hombros para estrecharla y consolarla. Y ella se lo había permitido. ¿Por qué no iba a hacerlo? Era su hermano. Todavía no podía entender por qué había considerado una traición verlos juntos. ¿Acaso había supuesto que lo había expulsado de su vida por lo que me había hecho a mí? Ni siquiera se había preocupado lo suficiente para buscarme, así que era ridículo que esperara algo por su parte. Sin embargo, me había dolido. Los odiaba a todos. Y ahora pagarían lo que habían hecho. Pensaba disfrutar de cada minuto... No iba a permitirme otra cosa.

5

LYDIA

Estaba sentada en pijama delante del portátil, y golpeé el bolígrafo contra el borde de la mesa antes de dejarlo caer con frustración. Había empezado a redactar un borrador del correo electrónico que tenía intención de enviar a Brogan, pero había decidido que sería más sencillo escribirlo en el ordenador. Entonces, podría darle a «enviar» al acabar y listo. Cogí su tarjeta, de gruesa cartulina blanca con las letras negras. Elegante y firme, igual que él. O al menos igual que su aspecto. Dejé la tarjeta a un lado, puse los dedos sobre el teclado y escribí la dirección de correo. La voz de Stuart resonó en mi cabeza, las palabras que había gritado cuando le había contado lo que me había ofrecido Brogan.

«¿Qué? —había gritado—. ¿Quiere que mi hermana sea su puta como pago por la pérdida? ¿Quién coño se ha creído que es? ¡Lo mataré!».

Eran meras palabras vacías, porque estaba completamente a merced de Brogan, Stuart no tenía nada con qué negociar. Sin embargo, la expresión de su rostro me había indicado que había dicho eso porque era lo que quería decir. Si pudiera, lo haría.

Brogan:

Encuentro que tu oferta es arrogante, vaga, repugnante y vil.

Sin embargo, no me queda más remedio que aceptarla si...

Borré lo que había escrito con el ceño fruncido. ¿De verdad Stuart pensaba que Brogan me quería convertir en su puta? No me había dado esa sensación. De hecho, la forma en la que me había mirado, con sumo disgusto, me había indicado que lo que quería era humillarme. Y, de todas formas, consideraba que Brogan tenía muchas candidatas dispuestas si lo que buscaba era sexo. Era un hombre magnífico. Me senté todavía más recta. Podía hacerlo. Podría humillarme un poco ante él si eso significaba salvar la empresa que mi padre había amado tanto. Si eso significaba salvar los puestos de trabajo de los empleados. No tenía que gustarme, pero quizá

seguir su juego sería el mejor plan. «Más juegos». Había madurado, hacía muchos años que ya no me gustaba jugar con la gente. Pero, al parecer, Brogan no opinaba igual.

Mi otra opción era lavarme las manos, marcharme, conseguir un nuevo trabajo y seguir adelante. Noté una opresión en el corazón. ¿De verdad podía pasar de largo sin intentar convencer a Brogan de que nos devolviera la compañía? ¿Comprársela con algún tipo de plan de pago? Aunque fuera una posibilidad remotísima, tenía que intentarlo. Tenía que averiguar lo que quería Brogan de mí y lo que él estaba dispuesto a ofrecer. Tenía que hacerlo. Por mí..., por mi padre.

Brogan:

Agradezco la oferta que me has presentado tan generosamente...

Lo borré. Apoyé el pie sobre el asiento de la silla y me abracé la rodilla durante un momento mientras cerraba los ojos para ver la imagen de Brogan cuando era adolescente. Sus ojos azul claro resultaban todavía más impresionantes debido a su pelo oscuro y su piel bronceada. Parecían un truco de la naturaleza, algo que convertía su belleza en algo aún más increíble. Pensar ahora en ellos me hacía sentir un dolor extraño, una tristeza que se intensificaba al recordar la forma en la que me habían mirado siempre. Había sido con... adoración. Por supuesto, eso había estimulado mi vanidad adolescente, pero también me había provocado algo más, algo profundo que yo quería explorar. ¿Por qué me había mirado precisamente a mí con esa adoración? Era un chico que nunca tomaba una decisión a la ligera, que no llevaba a cabo nada sin previsión, que siempre era profundo. Aquel día en los establos, yo había empezado a entender que lo que había entre nosotros no era algo superficial. Pero la intensidad final me había sorprendido. Y por mucho que odiara admitirlo, todavía me atraía, al menos físicamente. Claro que eso mismo le debía de pasar a la mayoría de las mujeres.

—¡Bah! —dije, bajando la pierna y sentándome con la espalda recta.

La cosa era que a pesar de todo..., a pesar de esta terrible situación, a pesar de que Brogan me odiaba y no me permitía decirle que lo lamentaba ni aceptaba mis disculpas, a pesar de que había decidido utilizar su dinero para apoderarse de nuestra empresa, no podía evitar lo que había sentido en el estómago cuando lo había visto. No era solo sorpresa y confusión, o angustia, era... orgullo. Me enorgullecía de su evidente éxito, y eso que, por lo que parecía, tenía intención de usarlo para destruirme. Casi no sabía ni cómo organizar mis propias emociones. Todavía estaba conmocionada.

Brogan:
Acepto tu oferta.
Por favor, hazme saber dónde y cuándo debo presentarme.
Lydia

Hice una pequeña pausa antes de enviarlo. Luego respiré hondo, me levanté y me dirigí al cuarto de baño de la habitación para cepillarme los dientes. Cuando estaba terminando, oí un *ding* en el portátil, anunciando que había recibido un correo electrónico. Me acerqué lentamente a la pantalla y contuve la respiración al ver de quién era. Me había imaginado que me haría esperar. Abrí el correo con manos temblorosas.

Lydia:
Me parece bien. Puedes empezar mañana a las 16:00.
Debajo añado mi dirección.
Brogan Ramsay

«¡Oh, santo Dios!». Fruncí el ceño y me mordisqueé el labio al ver que la dirección era de su casa en Greenwich. «¿Vive en Greenwich?». ¿Cuánto tiempo llevaba viviendo aquí? Estaba segura de que tenía que haber comprado esa casa hacía poco tiempo. Si no fuera así, me habría enterado, Greenwich era una población pequeña. De repente, recordé al hombre al que había visto recientemente en aquella fiesta, en el jardín. Ahora estaba segura de que se trataba de Brogan.

—¡Oh, Dios! —susurré. Lo había reconocido, solo que estaba demasiado trastornada y conmocionada por todo lo que había ocurrido esta mañana para recordar ese momento de la fiesta. Había sabido que era él, lo había sabido subconscientemente. Su forma tranquila de andar, la manera controlada en la que movía su cuerpo. Cómo se mantenía siempre a una distancia prudencial de otras personas. «No, nunca se mantuvo alejado de ti». Sin embargo, las cosas parecían haber cambiado. Y de la manera más dramática posible.

De repente me sentí muy nerviosa, y tuve que respirar hondo varias veces para calmarme. Vale, todo estaba bien. Podía hacerlo. E incluso mejor en ese lugar con el que ya estaba familiarizada y tenía amigos... O algo parecido. Supuse que clasificar como amigas a las chicas con las que había estudiado era ser un poco optimista de más. O mucho. Tenía a Daisy. Por lo menos contaba con ella. Pero ¿iba a hablarle de esto? ¡Dios, qué humillación! ¿Cómo iba a hacerlo? Bien, cruzaría ese puente cuando llegara a él, porque a partir de ahora, lo cierto era que no tenía ni idea de a qué iba a tener que enfrentarme.

Antes de nada tendría que discutir abiertamente con Brogan los términos de nuestro acuerdo. Estaba claro que no pensaba trabajar para él de forma indefinida.

Sin duda, él también se cansaría de este juego, ¿verdad? No era posible que esperara que yo fuera a ser una especie de mano esclava de manera permanente.

Bien, no iba a preocuparme más por eso esta noche. Iba a disfrutar de un sueño reparador, sin imaginar posibilidades que podían o no pasar. Me metí en la cama y apagué la luz, aunque en el momento en el que puse la cabeza en la almohada, la imagen de unos ojos azul pálido inundó mi mente.

El sueño no llegó. A la mañana siguiente, me levanté —o más bien me arrastré— de la cama después de pasar la noche en vela dando vueltas. Tras una larga ducha caliente, me sequé el pelo y me puse unos pantalones blancos con finas líneas verticales y una blusa verde. Iría a la oficina durante un par de horas para dejar cerrados algunos temas. Hice una pausa mientras me ponía los zapatos. ¿Brogan me permitiría ir a trabajar durante el día? Gemí para mis adentros al suponer que, técnicamente, ni siquiera era ya mi oficina. El propósito de esto era jugar según sus reglas, concederle la venganza, dejar que ostentara el poder (cualquiera que él considerara) y luego separar nuestros caminos. A ser posible con la empresa familiar de vuelta. Haría lo que me pidiera, mientras lo convencía para que hiciera lo correcto. De acuerdo, era una posibilidad remota. Quizá imposible. Pero, en el fondo, tenía que creer que seguía siendo el chico sensible que había conocido una vez, que algo quedaba de él, aunque solo fuera una pizca. Tenía que creerlo y, además, tenía que poder acercarme a Brogan para convencerlo de que me devolviera lo que era mío por derecho. Y si no albergaba cierta esperanza, no me quedaba nada.

Otra idea me hizo detenerme momentáneamente. ¿Y si el «trabajo» que Brogan Ramsay me pedía era de carácter ilegal? Fruncí el ceño mientras recordaba el lugar en el que trabajaba. Había dicho que se dedicaba a los seguros de vida y, sin embargo, no había visto allí nada que indicara que era cierto. No había un cartel en la puerta ni un ordenador en el escritorio. El único empleado que vi era un adolescente juguetero. Me había dado la impresión de que, fuera cual fuera su negocio, estaba centrado en cualquier cosa menos en seguros.

Intenté deshacerme de esa idea mientras me dirigía a De Havilland Enterprises. Al llegar, fui directamente al despacho de Stuart. Para mi sorpresa, estaba de pie, frente a la ventana, mirando la ciudad. Me sorprendía verlo allí, porque, salvo que tuviéramos una reunión, nunca aparecía hasta después de las diez. Me pregunté cuánto tiempo pasaría antes de que nos escoltaran fuera de las instalaciones.

Stuart se dio la vuelta al oírme entrar. Entonces vi la petaca que tenía en la mano y

sus ojos, inyectados en sangre. «¡Ah...!». Ahora entendía por qué estaba aquí tan temprano. No se había acostado. Bueno, dado que yo no había podido dormir, era justo que él tampoco.

—¿Quieres un poco de café con eso que estás bebiendo? —pregunté con sarcasmo—. Para que puedas fingir por lo menos que es ya por la mañana.

Me miró con una expresión tensa.

—No. —Bebió otro trago.

Dejé el bolso en una silla.

—¿Crees que esto me ayuda? Soy yo la que tiene que lidiar con un virtual desconocido que trata de conseguir que nuestra familia pague por algo que ocurrió hace siete años. Lo menos que puedes hacer es presentar una imagen de fortaleza. Ser un apoyo. —Odié que mi voz sonara demasiado aguda. Respiré hondo y saqué algunos documentos de mi maletín—. Necesito que te encargues de algo esta tarde. Me voy temprano y esto hay que dejarlo terminado sí o sí. Eres el único que puede, además de mí. ¿Crees que podrás?

—Basta ya de toda esa mierda condescendiente, Lydia. Dime qué es lo que necesitas y listo. —Stuart seguía mirando por la ventana y no se dio la vuelta. Apreté los dientes. Como de costumbre, Stuart había pasado de una ira incontrolable a una profunda autocompasión. No me sorprendía, pero tampoco tenía necesidad de lidiar con él. Y menos hoy.

—Muy bien, gracias —repuse, fingiendo indiferencia—. Te escribiré un mensaje de texto cuando sepa más.

Cogí el maletín y el bolso para salir de su despacho.

—¿Sabías que papá tenía pensado contratarlo? —dijo antes de que me marchara—. Decía que era una especie de genio con las matemáticas y que sería una suerte disponer de su talento en De Havilland Enterprises. —Me detuve con una mano en el picaporte. Stuart se rio por lo bajo, pero su risa carecía de humor—. Muy irónico, ¿verdad? —Tomó otro largo trago.

Observé a mi hermano con el ceño fruncido y los labios apretados. Seguía mirando por la ventana; tenía los hombros caídos, como si fuera un hombre derrotado. No me había dado cuenta hasta ahora, pero hacía muchos años había sentido celos de Brogan Ramsay. Había estado verde de envidia porque nuestro padre había descubierto en Brogan algo que lo había dejado impresionado. Mi padre, que poseía una fuerte ética laboral y que era un inteligente hombre de negocios, nunca se había quedado deslumbrado por su hijo. Mi padre había sido un buen hombre, pero no había estado ciego con respecto a mi hermano; había sabido que era débil, diferente, y en muchas ocasiones lo había mirado con desaprobación.

—Cuida de tu hermano, Lydie —me había pedido mi madre justo antes de morir—. Sé que es mayor, pero no es tan fuerte como tú—. En ese momento, Stuart tenía quince años, pero ella lo conocía bien.

No pude reprimir la pequeña chispa de simpatía que surgió en mi pecho. Había muchas cosas que no me gustaban de Stuart, pero seguía siendo mi hermano. De hecho, en este momento, era mi única familia. Y mi madre me había pedido que lo cuidara.

Se volvió hacia mí.

—Ten cuidado... No te arriesgues...

Asentí con la cabeza mientras esbozaba una sonrisa.

—Lo haré. Te lo prometo. Todo saldrá bien. —Salí y cerré la puerta con suavidad a mi espalda.

Pasé el resto del día resolviendo los cabos sueltos. Le dije a mi secretaria que me iba a tomar al menos un par de días de vacaciones. Lo cierto era que, en realidad, no sabía lo que iba a pasar, si Brogan permitiría que Stuart y yo mantuviéramos nuestros puestos de trabajo en la empresa. Si todavía contaba conmigo la próxima semana, mejor que mejor. Seguiría adelante, poniendo lo mejor de mí para que la corporación saliera del lío en el que estaba metida, igual que había hecho ayer.

A las dos abandoné mi despacho. Me negué a despedirme de nadie como si no fuera a volver. Eso sería abandonar la esperanza. Además, por lo que había podido ver, ninguno de los empleados sabía que hubiera habido cambios, así que debía esperar a que Brogan me diera una pista sobre la forma en la que iba a manejar el tema. Por supuesto, también contaba con su palabra cuando aseguró que el resto del personal permanecería en sus puestos... aunque Stuart y yo no lo hiciéramos.

Una gran parte de mi trabajo era organizar a los jefes de departamentos, y todos eran muy competentes. Lo harían muy bien aunque yo no estuviera. Me recordé a mí misma que no debía pensar en la posibilidad de que acabara viéndome desvinculada de De Havilland Enterprises.

Regresé a casa con rapidez, donde me di otra ducha. Luego hice el equipaje para una semana. Sin duda, no me llevaría más tiempo convencer a Brogan para llegar a un acuerdo sobre los términos que debíamos asumir. Dudé qué llevar. Mmm..., ¿qué necesita una chica antes de presentarse delante de un esclavista? «¡Dios mío!». ¿Cómo había acabado así?

Me metí en el coche y añadí al GPS la dirección que Brogan me había enviado por correo electrónico. Puse un audiolibro para los cuarenta y cinco minutos que tenía por delante de trayecto y traté de concentrarme en la historia mientras conducía. Era inútil preocuparse, porque no tenía ni idea de lo que me esperaba. Imaginar las

posibilidades solo serviría para que acabara hecha un manojo de nervios. De todas formas, en el momento en que el que llegué, me di cuenta de que no había asimilado ni una sola palabra de la novela.

Atravesé la parte antigua de Greenwich rumbo a la dirección de Brogan, y, finalmente, recorrí un largo camino de acceso hasta detenerme ante una preciosa casa de estilo colonial Nantucket de color gris pálido, a orillas del agua. «¡Guau!». El hijo del jardinero se había hecho rico. Era evidente que no se conseguía tanto dinero con el negocio de los seguros de vida. Esta casa debía de valer unos seis millones de dólares, o más.

No vi ningún vehículo cerca, pero Brogan podía haber aparcado en el garaje de tres plazas que existía en la parte de delante. Salí del coche y cogí el bolso del asiento trasero antes de inspeccionar la imagen de la casa en su totalidad. ¿Era esta una de las razones de que Brogan hubiera querido que viniera aquí? ¿Para que me enterara de lo bien que le iba ahora? ¿Para que me diera cuenta de lo bajo que nosotros habíamos caído y lo lejos que había llegado él? Bueno, si era así, lo había conseguido. Era algo evidente. Tan claro como imaginar la preciosa vista de Long Island que podía adivinarse desde todas las habitaciones de esta elegante casa.

Rodeé la esquina y usé la mano para protegerme los ojos de la luz mientras miraba al agua, un poco más allá de una amplia extensión de césped, cortado en forma de diamante. Interesante. ¿Brogan se ocupaba él mismo del jardín? O quizá tuviera un jardinero que había adoptado sus costumbres. Sin embargo, lo dudaba. Retrocedí mentalmente siete años. Entonces, no solo me había fijado en el extraordinario físico de Brogan, también me había dado cuenta de la fascinación que sentía por cada detalle de lo que hacía. Se centraba absolutamente. La precisión del trabajo que tenía delante me indicaba que era obra de Brogan Ramsay en persona.

Había también un porche ancho, flanqueado por hortensias veraniegas en plena floración. Las redondas y decadentes flores azules eran unas de mis favoritas.

Respiré hondo y llamé a la puerta. Esperé varios minutos antes de oír pasos acercándose. Se abrió, y Brogan apareció ante mí, con vaqueros y una camiseta azul marino. Me enderecé en toda mi altura.

—Hola —tartamudeé. Él asintió y dio un paso atrás, dejándome espacio para pasar. Entré en un vestíbulo a doble altura—. Tienes una casa preciosa —aseguré, mirando a mi alrededor.

Él apretó los labios y asintió con la cabeza al tiempo que le daba un leve empujón a la puerta para que se cerrara con un clic.

—Sígueme, te enseñaré tu habitación.

«Bueno, vaya situación más incómoda».

—¿Habitación o jaula?

Hizo una mueca.

—Has elegido libremente, Lydia. Puedes reconsiderarlo si quieres.

Lo seguí por un tramo de escaleras, hechizada por la impresionante vista que se disfrutaba desde la ventana del piso superior. Tenía razón, se veía todo Long Island.

—No, no lo he reconsiderado. Pero me gustaría discutir los términos. No hemos...

Brogan abrió una puerta y entré. Las palabras que estaba diciendo murieron en mis labios al ver aquella *suite* de lujo. Me acerqué de inmediato a las puertas de cristal por las que se accedía a un balcón sobre aquella hermosa vista, justo encima del agua. Me imaginaba perfectamente tomando un café allí por las mañanas, viendo la salida del sol.

«De forma temporal, por supuesto».

Me di la vuelta y miré la cama, que disponía de una gran marquesina y una lujosa colcha blanca. En la pared del fondo vi una chimenea flanqueada por dos sillas de terciopelo, y una puerta, que debía de conducir al cuarto de baño. El resto del mobiliario consistía en un tocador con cajones y una mesilla de noche.

Me volví hacia él tan repentinamente que Brogan se sorprendió un poco por mi brusco movimiento. Me pareció haber captado una fugaz expresión de nerviosismo, pero cuando parpadeé, en su rostro solo había una máscara de neutro aburrimento.

—Es... es preciosa —dije de todas formas, mordiéndome los labios—. ¿Podemos hablar ahora?

Brogan se aclaró la garganta.

—En realidad no, tengo que hacer una llamada de negocios. Nos veremos a la hora de la cena.

—Oh, vale... Mmm..., ¿la cena? ¿Cocinas tú o soy yo la que... ? Quiero decir si es parte de mis deberes.

Brogan lo consideró.

—Pues sí, es parte de tus deberes. Quizá necesites ir a la compra. Hace tiempo que no voy al supermercado.

Una repentina imagen inundó mi mente: este hombre distante y poderoso paseándose por la sección de congelados, mirando los pasteles de carne y lanzando miradas ardientes a los *muffins*. Me entraron ganas de reír, pero reprimí la risa.

—De acuerdo. —Me propuse discutir los términos del acuerdo durante la cena. Lo miré—. ¿Y cuándo tengo que empezar a suplicar?

Brogan se había vuelto hacia la puerta, pero se detuvo y se giró. Me encogí un poco cuando dio dos zancadas acercándose a mí.

—¿Cuándo quieres empezar?

Alcé la barbilla.

—¿Qué importa lo que yo quiera? Pensaba que eras tú quien daba las órdenes. ¿No es esa la finalidad de todo esto?

Brogan me miró fijamente durante unos segundos, pero no añadió nada más antes de darse la vuelta de nuevo y salir de la habitación. Cerró la puerta a su espalda.

Solté un suspiro mientras me acercaba a la cama. Me tendí en ella y me puse a mirar el dosel que tenía encima. Bien, aquí estaba. Iría a hacer la compra, así por lo menos tendría algo en lo que desfogar mi energía.

Una hora después, estaba de vuelta en la casa de Brogan cargada de bolsas con suministros. Puede que no fuera la mejor cocinera del mundo, pero podía arreglármelas bastante bien. Había vivido por mi cuenta desde que regresé de la universidad, y había aprendido a organizarme, sobre todo porque debía ajustarme a un presupuesto y comer fuera de casa lo menos posible. Además, tenía muy claro que si el tema con Brogan no prosperaba a mi favor, no me quedaría más remedio que ajustar mis gastos todavía más. Estaría en el paro. Y quizá eso fuera lo mejor. Tal y como estaban las cosas, estaba invirtiendo casi todo mi sueldo en la compañía. Albergaba la esperanza de que valdría la pena, pero mientras tanto, me dedicaba a escatimar y a aprovechar ofertas y cupones. No era algo que pensara decirle a Brogan, ya que seguramente le complacería, y no pensaba darle esa satisfacción. Él no necesitaba conocer los detalles de mi situación económica personal. Ni que cuando había pensado en comprarme un nuevo bikini en Target —donde, para mi sorpresa, tenían modelos muy bonitos— no había adquirido ninguno. No disponía de dinero para gastos superfluos este año. Era mi nueva realidad. Por lo menos estaba preparada para lo que podía venir. Y ahora sabía que en Target había bikinis preciosos. Y ropa. Y bolsos. Y artículos para el hogar. Sin duda Target eran unos grandes almacenes tan baratos como impresionantes. Se podía encontrar de todo.

Vacíé las bolsas de la compra y empecé a abrir alacenas para colocar cada producto donde correspondía. La cocina era un espacio enorme y abierto, con las acostumbradas alacenas blancas y azulejos a juego. Llamaba la atención una gran isla en el centro y un rincón para desayunar a un lado, con una preciosa vista del jardín. La casa de Brogan era lujosa, pero también acogedora y cómoda. A pesar de crecer muy cerca, en una mansión similar, jamás había tenido en ella la misma sensación de paz que en esta casa. Miré a mi alrededor. Quizá fuera por la forma en la que la había decorado Ginny, que siempre había adquirido piezas de colección en

lugar de objetos que se pudieran utilizar con sentido práctico. E incluso mi madre, que había sido una mujer cálida y amable, se había inclinado por muebles formales. La casa de Brogan estaba decorada de forma totalmente opuesta. Parecía que cada pieza, aunque fuera bonita, estuviera elegida con el único objetivo de la comodidad. Pero también percibía una influencia femenina, y me pregunté si habría contratado a un decorador. «Quizá esté casado...». No quería profundizar en esa idea, porque ese pensamiento me hacía sentir una pesada opresión en el pecho.

Me dirigí hacia las escaleras para dejar el bolso en mi habitación y me di cuenta de que la puerta de lo que pensaba que era el despacho de Brogan estaba abierta, y él había desaparecido. Lo llamé por su nombre y esperé, pero no tuve respuesta. Debía de haber salido.

Después de dejar el bolso en mi habitación, regresé a la cocina y quité una tetera del fogón. ¿Qué hombre tenía una tetera hoy en día? Preparé pollo al horno con patatas asadas y judías verdes en salsa de parmesano, y luego me serví una copa de vino mientras esperaba que Brogan regresara.

Una hora después, me había bebido dos, me rugía el estómago y seguía sin haber señales de él. ¿Debía llamarlo? Fui a buscar la tarjeta al bolso y marqué su número, pero me salió el buzón de voz. Suspirando, me serví un plato y cené sola, sentada en la zona del desayuno, mirando el jardín, lleno de colores por las flores de verano.

Limpié la cocina y cubrí con papel de plata la cena de Brogan antes de dejar el plato en la encimera.

¿De qué iba esto? Subí las escaleras presa de la irritación y, al llegar arriba, me puse el pijama y me metí en la cama. ¿Ni siquiera me merecía un poco de cortesía? Al parecer no. A pesar de lo enfadada que estaba y que era temprano, se me cerraron los párpados en cuanto apoyé la cabeza en la almohada. Apenas había dormido la noche anterior y las dos copas de vino me habían dejado somnolienta. No tardé ni un momento en dejarme llevar por el sueño.

6

LYDIA

Me desperté temprano y me duché y vestí antes de bajar. A pesar de que había caído en un sueño profundo y de que no había oído llegar a Brogan la noche anterior, resultaba obvio que él había estado en casa. La comida que le había dejado preparada había desaparecido, había algunos folletos publicitarios encima del mostrador que no estaban allí el día anterior y una de las sillas estaba separada de la mesa. Vi una nota en la isla y me acerqué para cogerla.

Lydia:

Llegaré a las seis, acompañado. Por favor, prepara cena para dos.

¿Qué demonios...? Ninguna explicación de por qué no se había presentado a cenar la noche anterior, ninguna información sobre lo que se suponía que debía hacer, ninguna cita para sentarnos a establecer los términos de este ridículo acuerdo. ¿Solo... esta nota? La estrujé y la arrojé al otro lado de la estancia. Cogí el móvil y marqué su número por segunda vez. Otra vez el buzón de voz. Solté un gruñido de irritación y dejé caer el móvil en el mostrador con un sonoro golpe.

¿Su gran plan era matarme de aburrimiento? ¿O quizá debía considerar esto como unas buenas vacaciones? A lo mejor debía salir a la terraza y disfrutar de un poco de... En ese momento resonó un fuerte trueno y la lluvia comenzó a golpear el cristal de la ventana. Me senté en uno de los taburetes de la barra y apoyé la barbilla en las manos.

No, no iba a quedarme aquí sentada sin hacer nada. Me había «contratado» para que trabajara como pago de nuestra deuda, y eso era lo que haría. Empecé con las alacenas de la cocina, organizándolas por temas y luego alfabéticamente. Después de un almuerzo rápido, fui a su habitación. Llamé a la puerta antes de abrirla lentamente para mirar el interior como si él estuviera allí, escondido entre las sombras. Entré y estudié la estancia. Era similar a la habitación que yo ocupaba,

solo que la cama no tenía dosel y la colcha era de color gris oscuro. No había sillas frente a la chimenea, solo una alfombra grande y mullida. Tampoco había objetos personales a la vista, y me decidí por no abrir los cajones de la cómoda por el momento. Así que fui al cuarto de baño, donde organicé el botiquín de la misma forma que la alacena de la cocina. Tenía pocos artículos personales —un cepillo de dientes, hilo dental, desodorante, crema de afeitar, un peine, un frasco de paracetamol y un cortaúñas—, por lo que no tardé mucho tiempo. De todas formas, me parecía que estaba inmiscuyéndome en su privacidad al ver lo que tenía en el armario del cuarto de baño, pero se lo merecía por no haberme explicado nada. Si tenía que hacer algo mientras estuviera aquí, y me había dejado a mi aire, entonces no podía quejarse. Sin embargo, sentía una extraña opresión en el estómago mientras atravesaba su espacio personal, y no sabía por qué. Durante todo este tiempo, todos los días me había preguntado por el chico, y luego por el hombre... y ahora estaba en su dormitorio.

Miré hacia la cama otra vez, intrigada por cómo era cuando dormía. ¿Relajaba la intensa expresión de su rostro cuando viajaba al mundo de los sueños, o se aferraba a aquel estricto control incluso mientras dormía? ¿Cuántas mujeres habían pasado la noche allí con él? ¿Cuántas mujeres conocían íntimamente lo que había sido mío... una vez? Me deshice de aquel pensamiento, entré en el vestidor y me puse a organizar la ropa por tipo y color. La mayoría de las prendas eran camisas de vestir y pantalones, un par de corbatas y varios cajones llenos de zapatos.

Cuando terminé, salí de su habitación con aquella extraña sensación de tristeza alojada en el pecho. Había sido una mala idea. Era mejor no tener ningún recordatorio de que Brogan Ramsay era un hombre de carne y hueso. A pesar de que había pensado a menudo en él durante los últimos años con una mezcla de dolor y pesar, haría bien en recordar que me odiaba y que estaba dispuesto a castigarme de cualquier forma que le produjera satisfacción. Enfrentarme a su ropa y artículos personales no me había ayudado demasiado. Aun así, podría molestarle que lo hubiera hecho.

Mientras estaba de pie, mirando por la ventana, vi un movimiento justo detrás de unos árboles, a un lado de la casa. Me incliné forzando la vista. Había dejado de llover, pero las gotas de agua todavía recorrían el cristal, lo que hacía que fuera más difícil ver algo. Anduve con rapidez hacia la puerta de delante y atravesé el césped empapado entre los árboles hasta llegar a otro camino de acceso que conducía a lo que parecía una agradable casa de huéspedes; era más pequeña que la casa principal, pero de estilo similar. Había un coche alejándose por el camino, y lo miré hasta que desapareció de mi vista. ¿Vivía alguien allí? Me di la vuelta y regresé a la casa.

Marqué el número de Stuart y me respondió al segundo timbrazo.

—Lydia, ¿estás bien?

Apreté los dientes. Parecía que Stuart había estado bebiendo otra vez; tenía la voz pastosa. Y eso significaba que lo que yo estaba haciendo en casa de Brogan no iba a servir para nada si Stuart estaba borracho en lugar de atender la empresa hasta que yo estuviera de vuelta. Seguramente llegaría a algún tipo de acuerdo con Brogan, pero la compañía habría ido de mal en peor.

—Sí, estoy bien.

—¿No te ha hecho daño?

—No, me ha dado la impresión de que pretende que sea una especie de ama de llaves. De hecho, esta noche debo tener preparada la cena para él y otra persona. — Abrí la nevera y tomé nota mental de qué ingredientes necesitaba para cocinar.

Stuart soltó un suspiro.

—¿Cuánto tiempo tienes que quedarte ahí?

—No lo sé. Todavía no hemos hablado de eso. Te lo diré cuando lo sepa, ¿vale? ¿Y tú? ¿Estás bien?

—Sí. —Parecía irritado, como si estuviera en plena etapa de autocompasión—. Me han despedido. Mi sustituto apareció hoy y me estuvo vigilando mientras vaciaba el despacho. No es que me extrañe, pero... —Su voz se apagó.

Me quedé inmóvil durante un segundo, asimilando la irritación de Stuart. «Así empieza todo... ¿Me despedirá a mí también?».

—¡Oh! —suspiré, apoyándome en la encimera—. Stuart, lo siento. Me preocupaba mucho lo que podía pasar, pero esperaba que quizá... Bueno, todo va a salir bien, ya verás. ¿Estás bien?

—Lo estaré una vez que Brogan Ramsay esté muerto y enterrado —murmuró.

—No creo que sea necesario llegar a esos extremos tan drásticos. Sé fuerte. Todo saldrá bien. Te llamaré en cuanto pueda, ¿de acuerdo?

—Vale, lo que tú digas. Si necesitas algo, avísame. —Oí una salpicadura como si estuviera bebiendo directamente de la botella. «Sí, necesito que madures y empieces a comportarte como un hombre responsable, Stuart. Que empieces a pensar en alguien que no seas tú». Me mordí la lengua. Acababan de despedirlo de la empresa. Quizá no era el mejor momento para echarle una bronca. Y quizá no era el único que necesitaba un trago.

—Lo haré, Stuart. Y... recuerda que te quiero, ¿vale?

—Sí, yo también te quiero. Adiós.

—Adiós.

Permanecí varios minutos en la cocina de Brogan tratando de reprimir y controlar

mis emociones. Sentía rencor hacia Brogan por haber forzado esta situación, pero también estaba enfadada con Stuart. Aquí estaba, a merced de mi amo, y él se había ¿qué? ¿Emborrachado? Casi no podía permitirse el lujo de comer y se ponía a beber. ¿De dónde sacaba el dinero para un vicio tan caro? ¿Y después de haber perdido la empresa a las cartas? Solté un suspiro tembloroso. Dios... Mi vida iba cuesta abajo. Y ahora tenía que encontrar la forma de pagar el recibo del coche. O quizá era el momento para deshacerme de él. Aunque había pagado la plaza de garaje un año por adelantado, sabía que pronto subirían la cuota y seguramente no podría pagarla. Siendo sincera, mi estilo de vida ya no me obligaba a mantener un coche en Nueva York, así que mi idea era razonable. Quizá debería empezar a hacer nuevos planes con mi vida, pero ¿qué habilidades tenía para encontrar empleo?

Fui a mi habitación, encendí el portátil y accedí a mi cuenta de correo electrónico con los músculos tensos, sin saber si la habrían clausurado o no. Seguía activa. Así que Brogan había echado a Stuart de la dirección, pero no a mí. Mi corazón bajó un poco el ritmo. Quería creer que era una buena señal, que Brogan estaba considerando, al menos, la posibilidad de llegar a un acuerdo conmigo. La próxima reunión de jefes de departamento era dentro de dos semanas, y esperaba que para entonces todo estuviera resuelto.

Pasé las horas siguientes respondiendo mensajes de correo electrónico y algunas cuestiones que podían resolverse desde el portátil. Daba gracias de poder seguir el pulso de la empresa, por así decirlo, a pesar de no estar en el despacho. Luego entré en una página de recetas en busca de ideas hasta que finalmente me envié a mi propio correo la que había elegido.

Una vez en la cocina busqué la receta en el móvil y saqué los ingredientes de la nevera. Me serví una copa de vino mientras cocinaba, pensando que, hasta ese momento, esta parte de la venganza de Brogan no era demasiado difícil para mí.

A las seis menos cuarto, cuando oí las ruedas de un coche en el camino de entrada, comprobé el pescado que había puesto al horno. Todavía necesitaba un cuarto de hora más, así que esperaba que Brogan no quisiera cenar temprano. Sentí que se abría la puerta y salí de la cocina. Brogan entró primero, con una sonrisa en la cara que me sorprendió por lo inesperada que resultaba. Pero luego entendí por qué estaba sonriendo así. Estaba hablando con la mujer que lo seguía dentro de la casa. De hecho, cuando me vio, la sonrisa desapareció.

—Lydia... —me saludó moviendo la cabeza. La mujer entró en el vestíbulo con una sonrisa de oreja a oreja. Era preciosa, con el pelo largo, de color rojo, y las piernas kilométricas. Me miró de forma inquisitiva, pero Brogan no nos presentó.

—Mmm... La cena no está lista todavía —dije. Él ayudó a la mujer a quitarse el

abrigo, y no pude evitar darme cuenta de que tenía una figura perfecta, y que el vestido púrpura con un profundo escote que llevaba solo servía para hacerlo más evidente.

Brogan apartó los ojos de ella con cierta dificultad, haciendo que sintiera una opresión en el pecho.

—No pasa nada. Tomaremos un coctel en el salón. ¿Qué te apetece beber, Anna?

—Me encantaría tomar una copa de vino blanco —repuso ella—. ¿Quizá un chardonnay?

Miré a Brogan, y él arqueó las cejas al ver que no respondía.

—Oh... er..., sí —susurré finalmente. ¿Ese era su juego? ¿Que fuera yo quien les sirviera esta noche? Apreté los labios—. Me encargaré de ello. —Forcé una sonrisa falsa—. ¿Qué te gustaría beber, Brogan?

Él puso la mano de forma posesiva en la parte baja de la espalda de Anna mientras la guiaba hasta el salón.

—Solo agua —dijo, girando un poco la cabeza.

Apreté los dientes y regresé a la cocina. Esto iba bien. Iba a servir a Brogan y a su cita. Supuse que podía haberme encargado alguna tarea peor que esta.

Comprobé el pescado y luego la guarnición, en la cocina. Había hecho pescado gratinado con cuscús y espárragos asados.

Cuando entré en el salón con las bebidas, estaban sentados en el sofá con las rodillas juntas, riéndose de algo que Anna acababa de decir. ¡Él estaba riéndose! Lo había visto reír muy pocas veces cuando era adolescente. Solo había tenido esa mirada cálida, con aquellas arruguitas en las esquinas de los ojos cuando...

Sin buscar ningún contacto visual, dejé las bebidas encima de la mesita de café. Al levantar la vista, noté que Brogan me observaba, pasándose la lengua por los dientes delanteros. Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, ambos miramos a Anna, que movía los ojos de uno a otro. Me aclaré la garganta.

—La cena estará lista dentro de diez minutos.

Me di la vuelta para salir, pero Anna puso la mano en el muslo de Brogan al tiempo que sonreía con frialdad.

—Creo que no me he quedado con tu nombre —dijo—. Soy Anna.

Me volví hacia ella al tiempo que lanzaba una rápida mirada a Brogan, pero estaba tomando un trago de agua con los ojos cerrados.

—Yo, Lydia. Encantada de conocerla. —Esbocé una leve sonrisa antes de girarme y salir de allí lo más rápido que pude. Le oí preguntar por lo bajo quién era yo, pero no quise oír la respuesta.

Mientras ponía la mesa en el comedor, justo al lado de la cocina, me pregunté si

Brogan había organizado esta cena para hacerme sentir celosa. Pero ¿por qué iba a hacer eso? ¿Estaría tratando simplemente de avergonzarme con el hecho de que había caído tan bajo que ahora tenía que servirles a él y a su novia? O al menos a una de sus amiguitas. Me había dado cuenta de que no era la misma mujer con la que lo había visto en la fiesta del jardín. Al parecer, tenía muchas mujeres a su disposición. Eso era lo único cierto de todo esto. Y también era verdad que tal certeza me hacía sentir un poco celosa, y eso no me gustaba nada. No quería ver a Brogan en la misma habitación que una mujer hermosa. Sin duda había aceptado que había estado con otras mujeres todos estos años. Cuando pensaba en él, asumía que había tenido contacto con muchas, que incluso se podía haber casado, quizá hasta tenía hijos... Se me puso un nudo en la garganta y me lo tragué. Pero suponer algo y tener que formar parte de ello eran cosas muy distintas. Y era cierto que admitía ante mí misma que nunca había olvidado por completo los sentimientos que había desarrollado por Brogan Ramsay. Ni siquiera estaba segura de qué sentía por él, sobre todo dada la actual situación, pero sí sabía que prefería estar en un montón de sitios en vez de donde estaba ahora.

«Asúmelo, Lydia. Has estado de acuerdo con esto».

Erguí los hombros antes de regresar al salón, donde Anna se inclinaba hacia Brogan para susurrarle algo al oído. Tenía la mano entre sus muslos, justo encima de la rodilla. Su mirada y la mía se encontraron por encima de su cabeza y abrí más los ojos ante aquel contacto visual.

—La cena está lista —informé, girando hacia la cocina. ¡Dios, odiaba todo esto! Lo odiaba. Y odiaba que me molestara. Odiaba que él estuviera haciéndome esto solo porque podía. Estaba claro que pretendía demostrar que era el que poseía el control de la situación. Como un niño malcriado que quisiera mostrarme todos los juguetes que tenía. Y, sin embargo, él no sabía cómo era yo ahora. No sabía nada de lo que había experimentado desde aquel día, hacía ya siete años. Tampoco sabía lo que había sufrido. No sabía por qué no había tratado de averiguarlo. Era probable que no le hubiera preocupado siquiera y, realmente, imaginaba que no podía culparlo, aunque dolía igual. Porque Brogan Ramsay se había convertido en este hombre, un tipo que exigía el placer de la venganza ante una persona de la que no sabía nada.

Tomé otro sorbo de vino mientras la ira me atravesaba. Me aferré a esa emoción; sin duda era mucho mejor que los celos o el dolor. Quizá me merecía las tres cosas, pero eso no significaba que tuviera que gustarme.

Sin embargo, daba igual. Tenía que soportarlo. Como había soportado otras muchas cosas.

Cuando entraron en el comedor, Anna me lanzó una mirada de irritación. Era evidente que prefería estar con Brogan a solas. ¿Y quién podía culparla? Si estuviera en su lugar, también me sentiría incómoda. Serviría la cena y me largaría.

Llevé las fuentes y volví a llenar sus copas.

—Si no necesitan nada más...

—No te alejes demasiado —ordenó Brogan. Sentí que se me estaban empezando a hinchar las narices, pero me limité a asentir y salí del comedor. En la cocina, me serví otra copa de vino y me senté ante la isla. Me puse a pasar las páginas, aunque no las veía en realidad, de una revista de cupones que había entre los folletos publicitarios.

La risa femenina de Anna llegaba desde el comedor cuando oí que Brogan me llamaba. Me quedé paralizada antes de levantarme lentamente para regresar junto a ellos. Al llegar, vi que Anna había acercado su silla a la de Brogan.

—¿Quieres algo? —pregunté, entrelazando los dedos con una plácida sonrisa.

—Se me ha caído la servilleta —dijo Brogan sin volverse hacia mí—. ¿Puedes traerme una?

«Podrías inclinarte y recogerla, idiota arrogante».

—Claro. —Cogí otra en el cajón correspondiente y se la llevé.

—Gracias. —Ni siquiera me miró. Sostuve la servilleta, pero cuando quedó claro que no iba a cogerla, la dejé sobre la mesa, golpeando la mesa con los nudillos. El ruido hizo que me mirara. Sus ojos, muy azules, se clavaron en los míos, haciendo que se me acelerara el corazón.

—¡Dios! —gimió Anna, llevándose un bocado de pescado a la boca—. Está delicioso... —Se humedeció el labio inferior lentamente y se rio. Luego dejó el tenedor en la mesa para deslizar la mano por encima de la mesa y utilizar el dedo índice para recorrer la parte superior de la mano de Brogan—. Enhorabuena, Lydia. Esta comida es casi mejor que el sexo. —Miró fijamente a Brogan—. Casi. —Luego me miró con manifiesta hostilidad. «¿Por qué?». No le había hecho nada.

—Bueno... —intervine, dirigiéndole lo que esperaba que fuera una convincente sonrisa—. Lo cierto es que no lo sé. Solo he estado con un hombre, y fue una experiencia muy frustrante.

Brogan se puso rígido y ella entrecerró los ojos.

—Es una pena, Lydia. Quizá deberías salir más. —«Como ahora mismo», estaba claramente escrito en su rostro.

—Es una buena idea, Anna. Si no quieren nada más, los dejo a solas para que disfruten de su cita. —No le di a Brogan oportunidad de responder antes de salir corriendo del comedor. Cogí el móvil en la cocina y subí corriendo las escaleras. Ya

bajaría más tarde, después de que se hubieran ido a donde quisieran, a limpiar la cocina. ¿Iban a pasar aquí la noche? Me pasé los dedos por la frente. Ese era su plan. Menuda estupidez haber considerado incluso que me había llevado a su casa para usarme como una especie de esclava sexual... Al contrario, iba a mantenerme aquí para demostrarme cómo se tiraba a otras mujeres. Lo poco que me deseaba. ¿Por qué? Porque hacía muchos años no me había parado a pensar lo que significaría para él que lo engatusara. Y, sin embargo, si le importaba lo suficiente como para llegar a estos extremos para demostrarme algo, ¿no significaba eso que a él le había afectado profundamente? ¿Que le importaba? ¿Que le preocupaba? Suspiré. «¡Oh, Brogan! ¿Qué estás haciendo?».

Y ahora sabía que él era el único hombre con el que había estado porque se lo había soltado llevada por la ira. Me estremecí. No lo había pensado. No quería que él lo supiera.

Me desnudé y me di una larga ducha caliente, y luego me puse unos pantalones cortos de algodón y una camiseta sin mangas para dormir. Esperaba que Brogan no me llamara para que les sirviera el postre. Vaya, si ni siquiera había hecho postre. Bueno, imaginé que Anna apreciaría no tener que esperar más para llevarse a Brogan arriba, a la cama. Me puse unos auriculares y abrí Spotify en el móvil, ya acostada en la cama.

Algo me despertó. Parpadeé, tratando de orientarme en un primer momento. Gemí en voz alta cuando por fin lo hice. Me sentía como si llevara horas durmiendo. Dejé que se me acostumbraran los ojos a la luz tenue y me di la vuelta, rodeándome las rodillas con los brazos para intentar protegerme de la oscuridad en esta habitación extraña.

—¿Estabas mintiendo?

Me sobresalté y se me escapó un gritito al tiempo que me sentaba en la cama. Brogan estaba sentado en una de las sillas que flanqueaban la chimenea. Lo vi inclinarse hacia delante, apoyando los codos en los muslos mientras me miraba.

Me tomé un momento para intentar tranquilizarme mientras oía los latidos del corazón en el oído. La lista de reproducción había terminado.

—No me parece bien que entres en mi habitación sin permiso.

—Tú has entrado en la mía.

«Ah, parece que lo ha notado».

—Cuando lo hice no estabas dentro —argumenté.

—¿Eso hace que no sea tan malo?

—Es que... ¿Qué quieres? No esperaba que las visitas nocturnas fueran parte de nuestro trato, aunque tampoco es que hayamos definido los términos, dado que

ayer por la noche no apareciste. —Me moví hacia un lado de la cama pasándome la mano por el pelo. Lo tenía enredado.

—¿Estabas mintiendo cuando has dicho que solo has estado conmigo?

Lo miré fijamente en la penumbra. Sus rasgos parecían más suaves, y no podía distinguir el color de sus ojos.

—No, no estaba mintiendo.

—¿Por qué? —soltó entre dientes.

Me eché hacia atrás.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué no te has acostado con otro hombre durante todo este tiempo? —Se puso en pie de repente y se metió las manos en los bolsillos mientras se daba la vuelta hacia la ventana.

—Quizá la experiencia no me resultó agradable. Quizá no he tenido ganas de repetir.

No se dio la vuelta, no reaccionó a mis palabras. No estaba segura de si quería saber realmente la verdad, o si se trataba de satisfacer alguna morbosa curiosidad. Solté el aire lentamente al tiempo que me mordía los labios.

—No lo sé. Imagino que no he conocido a nadie con quien quisiera llegar tan lejos. Entre la muerte de mi padre y los problemas de la compañía... La verdad... No he tenido tiempo para salir con nadie.

—Pero ¿y antes de eso? —preguntó sin darse la vuelta. Había algo en su voz que no sabía cómo definir. Una especie de triste cansancio.

Tragué saliva. «Antes...». Moví la mano.

—Antes, me di cuenta de que era mucho más divertido flirtear con un puñado de muchachos que solo con uno —mentí—. Más divertido jugar que ceder. —Parecía ser lo que él quería creer, y no iba a conseguir que le contara la verdad. No en estas circunstancias. Ya tenía demasiado en mi contra, mucho con lo que herirme. No le daría más munición.

Se volvió hacia mí después de varios momentos llenos de tensión, con los dientes apretados.

—Entiendo...

«No, no lo haces». Asentí con la cabeza, poniéndome de pie y acercándome a la puerta. La abrí y luego crucé los brazos, esperando que se fuera de mi habitación.

—No dejes a Anna esperándote. Estoy segura de que estará preguntándose adónde te has escapado en medio de la noche.

—Anna se ha ido.

—Parece que tenía... prisa.

Me estudió desde donde estaba, junto a la ventana, durante varios segundos antes de inclinar la cabeza lentamente. Se acercó a mí con los ojos entrecerrados. Me obligué a quedarme quieta, sin apartar la vista, mientras se aproximaba. Cuando estaba a treinta centímetros, dejé caer los brazos y retrocedí un poco, hasta que mi espalda chocó con la pared, junto a la puerta. Deseé que no fuera tan alto, porque al estar tan cerca me veía obligada a dejar la cabeza hacia atrás para mirarlo, lo que le daba una ventaja injusta. Me enderecé.

—Tomamos caminos diferentes ese día, princesita. —Se acercó hasta mí, inclinándose para hablarme al oído. Sentí su aliento cálido contra mi cuello, y me estremecí un poco. Sin darme cuenta, inhalé para aspirar su aroma antes de comprender lo que había hecho. Recordé el olor salado de su piel cuando lo saboreé. «Me había encantado». Había hablado con mi cuerpo de una manera primitiva que mi mente no entendía por completo, pero me estremecía. Sin embargo, ya no olía a sudor. Ahora era un hombre de los que usaban colonia cara. Pero incluso tan cerca, solo podía detectar el olor a piel limpia y jabón. Aunque, por supuesto, Brogan Ramsay no usaría colonia, ¿verdad?

—Mi familia quedó en la indigencia más absoluta. Ni siquiera teníamos qué llevarnos a la boca después de que tu hermano nos echara. —Cerré los ojos. «Oh, Dios... Oh, Brogan, no...».

Se echó un poco hacia atrás y me pasó un dedo por la mejilla, haciendo que me estremeciera.

—¿Has tenido hambre alguna vez, princesita? ¿Hambre de verdad? ¿Desgarradora? ¿De esa que te hace desear arrancar un puñado de hierba y comértela solo para que no te duela el estómago? —Se me escapó un gemido de angustia y Brogan curvó los labios—. Oh, no quiero tu compasión, princesita. Te diré que tenía un par de cosas a favor, para tu información: en Nueva York había un montón de mujeres ricas y casadas dispuestas a pagar una buena cantidad de dinero a cambio de un polvo salvaje con un muchacho joven y fuerte. —Abrí los ojos mucho y me quedé paralizada mientras miraba las airadas profundidades azules de sus ojos—. Fui capaz de mantener a mi familia follando en saunas, limusinas, e incluso una vez en la barra de un club que habían cerrado de forma exclusiva. —Sonríó, pero la sonrisa no llegó a sus ojos—. En muchas y deliciosas posiciones. No te haces una idea, princesita. ¿Te sorprendería saber que disfruté cada minuto?

Lo miré, la expresión de su cara era desafiante y fría, pero, sin embargo..., sus ojos estaban llenos de dolor. Algo que no creía que se diera cuenta siquiera. Eso me llevó a recordar las cosas que una vez me habían hecho fijarme en él. Me había fascinado la forma en la que sus sentidos se... agudizaban. Nunca le había

preguntado al respecto, pero la única vez que estuvimos juntos, cuando lo toqué, supe que era cierto. Ahora me estaba mintiendo. No estaba segura de si debía confiar en mi instinto o si había pasado tanto tiempo desde que estuve con él que no debía hacerlo. Pero no creía que esas cosas cambiaran.

—Debe de haber sido muy difícil para ti —murmuré.

La confusión se apoderó de sus rasgos mientras daba un paso atrás.

—¿Difícil? —Forzó una sonrisa—. De eso nada.

—Tantas mujeres... —Incliné la cabeza hacia un lado al tiempo que me succionaba el labio inferior, estudiándolo durante un momento. Sus ojos se clavaron en mi boca antes de subir hacia los míos—. Tantos olores, texturas, la forma en la que deben de haberte arañado... Sí, debe de haber sido muy difícil para ti.

Se quedó inmóvil, con una expresión neutra, pero dio otro paso atrás como si yo fuera una serpiente venenosa y lo hubiera atacado. No sentía ninguna satisfacción por la herida que le había infligido, solo dolor.

—No sabes nada sobre mí —dijo, pero su voz era ronca y su acento había aparecido de repente, traicionando una emoción que no estaba segura de reconocer.

—¿No, Brogan? Lo sabía entonces. Una vez fuimos amigos —susurré bajito.

«Y, para mí, mucho más».

Se rio.

—Eras una princesita mimada que querías hacer guarradas con el hijo del jardinero. Eso no nos convertía en amigos. ¿Es eso lo que pensabas? Jamás fuimos amigos. Follamos una vez, punto. Y, como ya te he dicho, no fue demasiado satisfactorio.

—No lo conviertas en algo sucio, Brogan. Por favor, no lo hagas —dije, con una tristeza que no pude reprimir.

—¿Por qué no? ¿No es eso en lo que lo convertiste? Fue algo sucio antes de que comenzara, Lydia. Algo muy sucio.

Negué con la cabeza.

—Lo sé, pero es que...

Brogan dio un paso adelante mientras maldecía por lo bajo.

—Me prometí a mí mismo que jamás hablaría de esto. —Se acercó, con la cabeza inclinada—. Ahora eres una empleada, nada más.

Levanté la barbilla. No pensaba llorar. Había sobrevivido a algo mucho peor que esto. Brogan seguía pensando que yo era una princesita. Y sí, quizá lo había sido. Una vez. Quizá había sido ruin y, tal vez, incluso sin intención, cruel, una coqueta insaciable que no siempre tenía en consideración los sentimientos de los demás. Una princesa que jugaba en lugar de ser sincera sobre sus sentimientos. Pero era

una adolescente. Él era ahora un hombre hecho y derecho, y si me trataba de esta manera le daría justo lo que necesitaba, y que fuera lo que Dios quisiera. De repente, me sentía demasiado cansada y agotada.

Nuestras miradas se enfrentaron durante un buen rato, y hubiera jurado que vi algo intenso —una especie de anhelo— que me hizo sentir un nudo en el corazón.

Abrí la boca para decir algo, para intentar restablecer la paz entre nosotros. Pero luego su expresión se volvió neutra y dio otro paso atrás.

—Este fin de semana quiero ofrecer una fiesta —dijo en tono uniforme, pronunciando cada palabra lentamente. Parpadeé mientras mi mente intentaba asimilar el cambio de tema—. Abrir mi casa y ofrecer mi hospitalidad, ya sabes. Necesito que trabajes en ello. Los del *catering* vendrán el sábado por la mañana para encargarse de todo, así como la orquesta y los de las flores. No volveré por aquí hasta entonces.

—Vale... ¿Qué quieres que haga hasta el sábado?

—Estoy seguro de que se te ocurrirá algo. —Dicho eso, se dio la vuelta y salió por la puerta.

Me dejé caer contra la pared, alzando la cabeza cuando las lágrimas inundaron mis ojos. Vi borroso el techo. Había sabido siempre que lo que ocurrió ese día había herido profundamente su orgullo, había comprendido la abrumadora rabia que provocó. Pero no sabía que había sufrido tal y como acababa de describir. Todos estos años, cuando pensaba en él, no había imaginado que seguía sintiendo un dolor tan salvaje.

«Dios, Brogan, no lo sabía. No sabía que seguía doliéndote tanto».

7

LYDIA

A LOS DIECISÉIS AÑOS

La lluvia golpeaba con fuerza la ventana de la biblioteca. Incliné la cabeza, apoyando la mejilla contra el frío cristal mientras me acurrucaba en los cojines del asiento de la ventana. Pasé el dedo por el vidrio, siguiendo el rastro de una solitaria gota. Me encantaban las tormentas, verlas desde el interior mientras el agua caía sobre el tejado y el viento azotaba los árboles en el exterior.

Me llamó la atención un sonido y volví la cabeza. Brogan estaba de pie ante la puerta. Parecía sorprendido de verme y dio un paso atrás.

—Lo siento —murmuró.

Me puse en pie con rapidez, me pasé la mano por el pelo y sonreí de oreja a oreja mientras inclinaba la cabeza de la misma forma que Ginny cuando hablaba con los hombres que encontraba atractivos.

—No pasa nada —repuse. Se me había acelerado el corazón como siempre que Brogan estaba cerca. Me acerqué a él, tratando de balancear un poco las caderas. Él me recorrió de arriba abajo con los ojos, haciéndome sentir un emocionante escalofrío de placer—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a buscar el cheque de mi padre —murmuró, mostrándome el sobre que llevaba en la mano como prueba—. Debería regresar, pero está lloviendo mucho. —Señaló la ventana con la cabeza, y yo sonreí. Era mi sonrisa tonta y poco firme, que dejaba a la vista mis colmillos.

Apreté los labios antes de que me mirara.

—Me gusta cuando hablas así —dije, sonriendo e inclinando la cabeza.

Él pareció confundido durante un momento, pero luego se pasó la mano por la nuca mientras movía la cabeza hacia delante con una sonrisa. Me dio un vuelco el corazón. Él era increíblemente guapo, y no lo sabía. Eso era lo que más me gustaba de Brogan. Que no era consciente de su atractivo.

—Quédate un minuto —le propuse—. Por lo menos hasta que deje de llover un poco. Tampoco te vas a poner a trabajar esta noche.

Vaciló, pero cuando me di la vuelta, entrando de nuevo en la biblioteca, le lancé una mirada por encima del hombro para que me siguiera.

«Sí... ».

Me acerqué de nuevo al asiento de la ventana. Me senté, y él se acomodó a mi lado. Clavé los ojos en sus dedos, que rozaban distraídamente las borlas de seda del cojín donde estábamos sentados. Siempre estaba tocando algo así, como memorizando su textura. Una cálida sensación inundó mis venas. Me preguntaba qué sentiría si hiciera eso en mi piel. ¿Le gustaría mi... contacto? Me mordí el labio, y al instante clavó los ojos en mi boca, haciendo que me recorriera otra oleada de satisfacción. Pero luego miró hacia la ventana, con una fugaz expresión de dolor.

—Mi madre solía decir que Dios nos daba los días de lluvia para hacernos saber que está bien que nos tomemos un día libre de vez en cuando. —A pesar de que sus ojos seguían siendo tristes, sus labios se curvaron en una de esas raras sonrisas suyas, haciéndome sentir un aleteo en el estómago.

«Su madre...». Me paré un momento a pensar que quizá él y yo éramos más parecidos de lo que suponíamos. Quizá esa era otra de las razones por las que me sentía tan atraída por él. También yo echaba de menos a mi madre. La añoraba tanto que a veces me costaba creer que se hubiera ido. A veces, fingía en secreto que no había muerto. La vislumbraba arriba, sentada en su dormitorio, cepillándose su largo cabello rubio mientras tarareaba por lo bajo. La dejaba allí en mi mente y no me dolía tanto como imaginarla enterrada en la fría y dura tierra.

—Debes de echarla mucho de menos —susurré. Nunca me había hablado antes de su madre, ni siquiera en los tiempos en los que me sentaba y hablaba con él mientras trabajaba. Al ver que apoyaba la espalda en la pared, solté un suspiro, feliz de que se relajara mientras se quedaba un rato charlando conmigo.

—Todos los días.

Asentí moviendo la cabeza y esperé a que dijera algo más, pero pareció recomponerse.

—¿Sabías que los irlandeses tienen cientos de palabras para la lluvia? —preguntó, cambiando de tema. Ladeé la cabeza mientras lo miraba con curiosidad.

—¿Como cuáles?

—Si la llaman «orvallo», significa que es una llovizna suave. «Turbión», cuando es más pesada y efímera. Diluvia cuando la lluvia te puede arruinar los zapatos. Y jarrea cuando los limpiaparabrisas no dan abasto a máxima velocidad. Cuando lleva todo a su paso, es una tromba, y se sabe de pueblos enteros que han desaparecido

cuando llueve de esa manera.

Me reí mientras hablaba, y me miró con un cálido brillo en sus ojos claros. Nuestras miradas se quedaron prendidas durante un persistente rato antes de separarse. «Te amo», quería decirle. Parpadeé ante la idea, sintiéndome repentinamente insegura y mareada. Cuando lo miré, Brogan estaba observándome con el ceño un poco fruncido.

Me aclaré la garganta.

—¿Por qué hay tantas? —pregunté, notando que mi voz sonaba entrecortada.

Se encogió de hombros con una sonrisita.

—En Irlanda llueve mucho. Creo que ya sabes que cuando algo es más frecuente o importante en un lugar, existen más palabras para esa cosa específica. —Hizo una pausa—. También hay un ciento de ellas para describir a los borrachos y todo lo relacionado con ellos. —Miró hacia otro lado, con los labios apretados y una expresión sombría.

—¿La echas de menos? —pregunté para llenar el silencio, queriendo cambiar su estado de ánimo a uno más alegre. Pero también quería saberlo. Quería preguntarle tantas cosas sobre sí mismo... ¿Tenía muchos amigos en Irlanda? ¿Quería volver allí algún día? ¿Cómo había muerto su madre? ¿Acaso de cáncer, como la mía? Sentí la repentina necesidad de tocarlo, de hacerle saber que quería ser su amiga. Quería preguntarle sobre mí, explicarle lo que sentía, decírselo, no solo porque no tenía a nadie con quien hablar de eso —mis amigas y yo no discutíamos de cosas de ese estilo—, sino porque me gustaba mucho.

Había levantado la mano hacia él cuando un repiqueteo de tacones sobre el suelo de mármol del pasillo resonó en la biblioteca.

Brogan se puso de pie justo cuando Ginny doblaba la esquina. Ella se detuvo en la puerta, inclinó la cara y nos miró.

—Hola, Brogan. Me alegro de verte de visita en la casa.

Resistí el impulso de poner los ojos en blanco. Ginny hablaba de una forma a veces que sus palabras sonaban malintencionadas.

Brogan me lanzó una última mirada y se volvió hacia la puerta. Saludó a Ginny con la cabeza cuando pasó junto a ella.

—Me alegro de verla, señora De Havilland.

Ella giró la cabeza y lo miró mientras recorría el pasillo hacia la salida de la casa antes de clavar los ojos en mí. Entonces chascó la lengua.

—Tienes que dejar de retozar con el servicio. Ya te he visto incordiándole sin cesar mientras trabaja. De verdad, Lydia, dentro de poco cogerás un rastrillo y te pondrás a ayudarlo.

Me puse en pie y me crucé de brazos.

—¿Por qué te molesta? —pregunté—. Solo estábamos hablando. Y no le he incordiado. —Hice un puchero—. A él también le gusta hablar conmigo.

—De verdad, esto no puede llevar a buen puerto. —Cruzó la biblioteca hasta el mueble bar y se sirvió una copa de vino. Me hizo un gesto con la botella y le respondí que no con la cabeza. Había compartido copas con ella en otras ocasiones y al día siguiente había tenido que arrastrarme para ir al colegio, pues me sentía fatal. A pesar de que no nos llevábamos muchos años, me hubiera gustado que Ginny adoptara un papel de madre, pero no, ella quería ser mi amiga. De todas formas, empezaba a preguntarme si era de alguna utilidad en alguno de los dos roles. Aun así, era todo lo que tenía.

Hice un sonido burlón.

—Myles dice que soy la chica más guapa de Greenwich —presumí. Ella frunció el ceño de inmediato ante mi intento de impresionarla. «¿Le molestaba?».

Ginny esbozó una sonrisa.

—Myles es el chico en el que deberías concentrarte. Un pura sangre de dinero viejo. —Me guiñó un ojo, lo que hizo que yo pusiera los míos en blanco. «¿Hablábamos de chicos o de caballos?»—. Ahora, si quieres un consejo sobre cómo pescarlo, utiliza a ese chico irlandés para darle celos. Haz que te pille besando a Brogan. Oblígalo a reclamarte antes de que tenga oportunidad de planteárselo siquiera.

Arqueé las cejas.

—¿De verdad funcionan esas cosas?

—Si un hombre siente alguna atracción por ti, funciona. Los hombres son criaturas predecibles. —Tomó un largo trago de vino—. Solo tienes que tirar del hilo y ver cómo bailan.

Me aparté de ella mientras meditaba ese plan. La verdad era que no tenía necesidad de poner celoso a Myles. Ya era mío. Era muy divertido coquetear con él, que me siguiera... Pero no era el chico que hacía arder mi corazón. Me pregunté si tendría valor para llevar adelante el plan de Ginny. Una poderosa emoción hizo que me estremeciera. Quería que funcionara. Deseaba provocarle celos; forzarlo a que me dijera que le gustaba. Pero no quería a Myles, sino a Brogan. A Brogan Ramsay.

8

BROGAN

¡Dios!, estaba tan jodidamente enfadado que todavía me estremecía. Enfadado conmigo mismo. Había querido conmocionarla, desequilibrarla de la misma forma en la que ella me había desequilibrado desde el día que entró en mi oficina. Pero solo había logrado exponerme, contar algo que no había tenido intención de decir.

—¡Joder! —maldije por lo bajo mientras salía del coche y cerraba la puerta presionando el botón del mando a distancia. Había abandonado la habitación de Lydia y también Greenwich, rumbo al Bronx. Tenía que poner distancia entre nosotros. Necesitaba recuperar el control sobre mis emociones, y tenía que ser en un lugar donde ostentara todo el poder. A pesar de poseer una de las mejores propiedades inmobiliarias de Greenwich, ese lugar tenía el don de hacerme sentir todavía el hijo del jardinero. «Nada menos».

Empujé la puerta de la taberna El dragón negro, y el acre olor de la cerveza rancia, la grasa y el agua sucia inundaron mis sentidos. No acostumbraba a venir a este lugar por la noche, y cuando lo hacía prefería estar en la terraza, al aire libre, pero era la una de la madrugada, y si quería estar con otras personas, solo podía conseguirlo dentro del local.

—Brogan Ramsay —oí que decían desde una esquina, y me volví para saludar con un gesto de cabeza a un par de clientes habituales.

—¿Cuánto da tres mil noventa y nueve dividido entre setecientos treinta? —preguntó Aidan McGonegal con el móvil en la mano, moviendo el dedo por la pantalla en lo que supuse que era una calculadora.

—Cuatro con dos, cuatro, cinco, dos, cero, cinco —repuse con facilidad. Todos estallaron en gritos y alaridos, y un hombre fingió caerse de la silla. Sonreí, volviéndome hacia el camarero, y pedí un whisky.

—Bingo —gritó Aidan, tras averiguarlo con la calculadora un par de segundos después. Detrás de mí sonaron más gritos y aplausos, haciéndome reír.

—Al muchacho no se le dan mal los números —oí que decía alguien.

Sí, haber venido aquí era una buena decisión, justo lo que necesitaba. Tomé un sorbo de whisky y me masajé la nuca.

—Brogan Ramsay —dijo alguien a mi derecha.

Levanté la vista y vi a un anciano con un vaso de líquido color ámbar delante de él. Asentí con la cabeza al tiempo que fruncía el ceño.

—¿Nos conocemos? —pregunté.

Él sonrió.

—Soy el padre Donoghue. No hemos tenido el gusto. Pero conozco su nombre, y también a su amigo, Fionn. —«¿Un sacerdote? Nunca había imaginado que Fionn alternara con hombres de la iglesia».

—Ah. Bueno, encantado, padre. Cualquier amigo de Fionn es amigo mío. ¿En qué iglesia va a trabajar?

Negó con la cabeza.

—Oh, no..., ya no soy párroco. Además, hubo un lío —levantó un poco el tono de voz y juntó el pulgar con el índice—, un pequeño escándalo hace algunos años. Ahora solo confieso aquí, en el taburete ante la barra de un pub. El título y alguna de mis funciones están un poco en desuso, ya sabe. —Se rio. No parecía demasiado molesto por el escándalo que había tenido como consecuencia su excomunió. Me encogí de hombros. ¿Quién era yo para juzgarlo? También era un hombre caído.

—No suelo verlo por esos lares a estas horas de la noche —comentó antes de dar un sorbo a su bebida—. Aunque Fionn es harina de otro costal. Ese chico siempre está de juerga, y siempre lleva una nueva flor del brazo. Ya sabes que cuando digo «flor» lo hago sin ánimo de faltar al respeto a nadie. Dios ama a todos sus hijos por igual, incluso a los que manifiestan una conducta de ética dudosa.

Sonreí con lo que me pareció una sonrisa cansada.

—No suelo tener necesidad de beber, la verdad, padre.

—Ahhh... Entonces, ¿qué te trae aquí a una hora tan intempestiva, hijo? ¿Dinero o mujeres? Dado que he oído que posees más dinero que el Todopoderoso, imagino que es una mujer.

Suspiré, apoyando la barbilla en la mano. La verdad era que me vendría bien confesar a alguien mi propia ética dudosa. Tal confesión no era con idea de limpiar mi alma.

—Lydia De Havilland.

—Una mujer, ya veo. Imagino que no quiere saber nada de ti. Bueno, ¿y por qué no? Eres un chico muy guapo.

Negué con la cabeza.

—No se trata de eso. —Me volví hacia él—. Hace siete años ella hizo algo que

tuvo como resultado que toda mi familia acabara en la calle.

—Ah, entiendo. Te traicionó.

Asentí moviendo la cabeza.

—Y por eso, me prometí a mí mismo que jamás suplicaría, que nunca volvería a arrodillarme ante nadie.

Él pareció considerarlo durante un momento antes de sacudir la cabeza.

—No se puede evitar. La propia vida nos pone de rodillas en un momento u otro. —Sonrió de repente—. He llegado a la conclusión de que es una posición muy cómoda para ponerse a rezar. —Soltó una carcajada y me dio una palmada en la espalda, haciéndome sonreír—. Y ya que estamos, si te enamoras de una mujer, estar de rodillas delante de ella no es un lugar tan malo.

Me volví a reír. De repente tuve una idea bastante clara sobre cuál era el origen de aquel escándalo que había aludido antes. Pero la declaración me divirtió y me provocó un extraño dolor a la vez. No volvería a tocar a Lydia de esa forma. «A pesar de que su piel era como terciopelo debajo de mis dedos». No. No volvería a tocarla.

—La cuestión es, padre, que ahora se han cambiado las tornas, y es ella la que necesita que la salve. —Me detuve mirando a mi alrededor, pero en mi mente solo había lugar para la hermosa imagen de la cara de Lydia. «Es una belleza cruel», me recordé a mí mismo. Sus ojos azul verdosos estaban llenos de maldad. De acuerdo, quizá estaba siendo un tanto dramático. Pero sí estaban llenos de mentiras... Eso era más preciso.

—Me da la impresión de que es una buena situación para encontrarte a ti mismo. Vuelves a la mujer que ya te conquistó una vez y así estamos. Bien hecho. *Salute!* —«Salud». Levantó la copa.

Miré de nuevo la arrugada cara del padre Donoghue, clavando mis pupilas en sus penetrantes ojos azules, que no parecían ebrios en absoluto, a pesar de que estaba sentado en un pub con una copa en la mano. Se giró en el asiento y se llevó el vaso a los labios.

Fruncí el ceño.

—Es la única que...

Se volvió hacia mí, bajando la copa.

—Sí, sí, la única...

No pude reprimir una sonrisa.

—¿Siempre hay una especial, padre?

Cuando él me devolvió la sonrisa, un centenar de arruguitas aparecieron en las esquinas de sus ojos.

—Sí, cuando se trata de mujeres, siempre existe la única, hijo. —Volvió a sonreír como si eso lo hiciera feliz—. En tu caso, voy a suponer que es la única, porque si no fuera por eso, no la odiarías tanto. Eso es porque la amas. Hay un velo muy fino entre el amor y el odio, hijo. Tan tenue como la niebla matutina de Irlanda.

Se me escapó un suspiro y me llevé la copa a los labios para tomar un sorbo, dejando que el alcohol me bajara lentamente por la garganta. Quizá tenía razón. La había amado, con un amor salvaje y juvenil. Pero en realidad había amado a una chica que no existía, y necesitaba recordármelo a mí mismo. Había amado una idea, una imagen, una cara bonita y un cuerpo atractivo. Y aunque... aunque eso fuera cierto, ¿por qué me hacía sentir esta incontrolable necesidad? ¿Esta inexplicable confusión de voracidad y deseo?

«Hay un velo muy fino entre el amor y el odio».

De acuerdo, los sentimientos que había tenido por Lydia iban más allá de simple deseo. No había sido solo su belleza lo que me había cautivado. No había afectado solo a mi cuerpo, sino a mi corazón. Y por eso necesitaba exorcizarla desde la parte que todavía la reclamaba. Necesitaba romperla como ella me había roto a mí, y después deshacerme de ella. El amor que había sentido era falso, basado en mentiras. Y si el amor era falso, el odio era falso también. La iba a arruinar, a humillar, y luego, por fin, tendría paz. Lydia nunca había llegado a conocerme de verdad.

«Debe de haber sido muy difícil para ti».

Dejé la copa en la barra con demasiada brusquedad, haciendo que el líquido se desbordara. Lancé un billete en la superficie e hice una señal al camarero, indicándole que me cobrara también lo del padre Donoghue.

—Gracias por haberme escuchado, padre. Me ha ayudado mucho.

Él asintió con la cabeza con una leve sonrisa en los labios.

—Así sea, Brogan. Ya sabes dónde estoy si me necesitas.

—Sí. Gracias. *S/án*, padre.

—*S/án*, hijo.

Salí del bar, deteniéndome en la puerta para tomar una profunda bocanada del aire nocturno, que olía a gasolina, a basura y a las especias y fritangas de los productos que servían en un camión de comida que había calle abajo. Me sentía mejor, más controlado de lo que había estado cuando entré en el pub.

Me llamó la atención un niño que iba solo, con las manos en los bolsillos, y lo observé durante un minuto. Reconocí la expresión de su cara cuando miraba el camión de comida: desesperación y hambre.

Empecé a andar hacia él mientras el chico se movía sigilosamente entre la gente

que hablaba y reía, esperando la comida. Subió la mano y cogió una comanda, ya depositada en el mostrador mientras decían el número. Se agachó entre las personas más cercanas al mostrador, pero un hombre corpulento que seguramente había estado de copas sujetó el brazo del niño.

—¿Qué cojones haces, ladronzuelo? Ese es mi número.

Me acerqué a los dos y me reí.

—Vaya, lo siento, el muchacho pensaba que era mi número. —Miré al chico—. Sin embargo, todavía no he pedido, amigo. —Le di al chico una palmada en la espalda al tiempo que le quitaba la comida para devolvérsela a su dueño. El tipo pareció confundido, pero se alejó—. ¿Qué quieres tomar? —le pregunté.

El muchacho me miró fijamente, tratando de soltarse de mi agarre. Olía a sucio, a pelo grasiento. Percibía su aroma incluso por encima del hedor a grasa y comida que flotaba desde el camión. Pedí el burrito más grande y nos pusimos a esperar con el resto de la multitud. Me di cuenta de que quería huir, pero la seducción que suponía la comida era demasiado tentadora.

Cuando nos dieron el pedido, pagué y le entregué la comida. La desenvolvió con avidez y se la metió en la boca. Me siguió mientras iba hacia la acera y me sentaba en un banco, algo más adelante.

—Siéntate —ordené. Vaciló, mirándome con nerviosismo, pero al final cedió y se sentó en el extremo más alejado del banco.

—Robar comida a unos borrachos a las dos de la madrugada es la mejor manera de conseguir que te muelan a golpes o de acabar en el reformatorio.

—Tenía hambre —se quejó sin dejar de comer.

—Ya. Es evidente. ¿Cuántos años tienes?

Hizo una pausa con la boca llena para responder.

—Dieciocho.

—Termina de masticar y luego dime cuántos tienes de verdad.

Siguió mordiendo un bocado enorme y miró hacia otro lado.

—Catorce —confesó.

Me incliné hacia delante, apoyando los antebrazos en los muslos y entrelazando los dedos.

—¿Quién se supone que te debería dar de comer en casa y no lo hace?

Me observó durante unos momentos, tomó otro bocado, tragó...

—Mi madre —respondió finalmente. Miró la calle antes de seguir—. Se ha vuelto a enganchar a la heroína. La semana pasada se largó con un novio y no la he vuelto a ver. Sé que volverá en algún momento, pero ahora no hay comida en casa, y...

—¿Cómo te llamas?

Negó con la cabeza.

—No quiero ir a un centro de acogida. De eso nada. Me llevaron una vez, cuando tenía doce años, y no pienso volver. Nunca. —Volvió a negar con la cabeza con más énfasis.

—Ya eres lo suficientemente mayor para trabajar. ¿Te gustaría que te ofreciera un trabajo?

Dejó de masticar mientras hacía una bola con el envoltorio del burrito, lo dejó en la bandeja de papel y lo puso a su lado, en el banco.

—No, señor, no hago ese tipo de cosas.

«Oh, las harías si estuvieras lo suficientemente desesperado. Yo lo sé».

Negó con la cabeza, dejando a un lado la repentina sensación de disgusto.

—Es un trabajo en una oficina. Harás los recados que te diga después de ir a la escuela. No es demasiado excitante, pero pago bien, y podrías comprar comida.

Entrecerró los ojos, y vi cómo los engranajes giraban en su cabeza, tratando de adivinar cuál era la trampa. Cogí una tarjeta de visita de la cartera y se la entregué.

—Mi oficina está cerca. Ve a esta dirección mañana y pregunta por Fionn Molloy. Él te entregará los formularios. Si no te gusta, puedes dejarlo. Solo conservarás el empleo si sigues yendo a la escuela.

Asintió con la cabeza con una luz de esperanza en los ojos. Se me formó un nudo en la garganta, pero me lo tragué con rapidez.

—¿Eres de aquí? —pregunté.

—Sí. Nací y crecí aquí.

—Nunca te había visto.

—Mi madre dijo que debíamos cambiarnos a un apartamento en el sótano hace un par de meses.

Asentí lentamente, poniéndome en pie.

—No pierdas la tarjeta.

—No. No lo haré. —Se levantó también—. Gracias, señor.

Asentí con la cabeza por encima del hombro mientras me dirigía al coche. Saqué el móvil y envié un mensaje a Fionn.

Yo: Lamento molestarte. Mañana irá un chico con una de mis tarjetas. Dale un trabajo.

Me metí en el coche y me dirigí hacia el apartamento que tenía en la ciudad. Un minuto después, recibí un mensaje.

Fionn: Jesús... ¿Tienes pensado adoptar a todos los chicos de Nueva York?

Me reí al tiempo que lanzaba el móvil al asiento. Sonó un segundo después. Lo cogí, pensando que era Fionn otra vez. Pero eché un vistazo a la pantalla antes de responder. «Courtney». Suspiré y dejé caer el móvil de nuevo en el asiento. No tenía energías para lidiar con ella en este momento. Y si me llamaba en medio de la noche, era que estaba especialmente necesitada. Sentí una momentánea punzada de culpa, pero la aplasté. «Esta noche no, Courtney», pensé en la quietud del vehículo. Necesitaba tiempo para mí mismo, y sabía que verla ahora haría que acabara haciendo algo de lo que luego me arrepentiría. Y, por ahora, tenía lamentos suficientes para llenar toda una vida.

9

LYDIA

El jueves ya me había leído cuatro libros enteros. Brogan poseía una biblioteca bien provista, por lo que pasaba allí gran parte de mi tiempo. Debería considerar este lapso como una especie de minivacaciones, pero me sentía demasiado ansiosa y excitada para conseguir relajarme. De estar en el despacho de ocho a cinco todos los días durante los últimos años, preocupada por las finanzas y las dinámicas de la empresa, había pasado a... ¡no hacer nada! Era, cuando menos, un cambio sustancial.

Había organizado y reorganizado la cómoda de Brogan. ¿A quién se le ocurría guardar las camisetas en el cajón de arriba? Todo el mundo sabía que estaba destinado a la ropa interior y a los calcetines. Aunque parecía que no era algo que Brogan usara con frecuencia. Traté de no pensar demasiado en ello.

Todavía nerviosa y confusa por lo que había ocurrido entre nosotros en mi habitación, sentía que una persistente y triste desesperación embargaba mi corazón. Ni siquiera había considerado la posibilidad de que Brogan y su familia hubieran sufrido en la medida que él lo había descrito. No había sabido nunca a dónde habían ido cuando se fueron de casa, y a menudo me había preguntado si habría regresado a Irlanda para estar con su familia. Había tenido la esperanza de que el padre de Brogan hubiera encontrado otro trabajo rápidamente, por lo que ni una sola vez había llegado a imaginar que sufrieran hambre y miseria. Me sentí angustiada, y me pregunté si había sido demasiado egocéntrica como para considerar en profundidad las dificultades que su familia podía haber sufrido entonces. Sí, había estado demasiado protegida, era muy joven entonces, y aunque me consideraba mundana, no lo era. De ninguna manera.

«Eras —me dije a mí misma— una chica egoísta y estúpida».

Y de momento estaba sola. Brogan y yo habíamos sido amigos una vez, quizá solo tenía que recordárselo. De repente, ni siquiera se trataba de la empresa, ahora solo quería que él supiera cuánto sentía todo lo que había ocurrido. No era como si

podiera cambiar los hechos... Ojalá...

Saqué su tarjeta del bolso y cogí el teléfono antes de pensármelo dos veces.

Yo: ¿Te has llevado toda la ropa interior para que no te la revuelva?

Vi al instante las marcas que indicaban que había leído el mensaje y que estaba respondiendo. Sin embargo, los tres puntos permanecieron allí durante al menos diez minutos. ¿Por qué me lo imaginaba de pie en algún lugar, tratando de adivinar por qué me mostraba juguetona con él y qué debía responder? Lo más probable era que estuviera ocupado, que hubiera empezado a contestarme y que lo hubieran interrumpido. Me pregunté de nuevo a qué se dedicaba exactamente.

Brogan: Que me estés haciendo esa pregunta es la respuesta a que tenía razón al actuar así.

Me reí y solté un suspiro de alivio. Le respondí con una sonrisa en la cara.

Yo: Ya que estamos, ¿cómo se te ocurre guardar los vaqueros en el cajón de arriba? ¿Es una costumbre irlandesa?

Brogan: Sí. Mantente alejada de esos cajones o voy a tener que mandarte a mi desagradable duende protector. Adiós, Lydia.

Recordé de repente lo que siempre me decía cuando éramos más jóvenes. La palabra que usaban los irlandeses para despedirse.

Yo: Slán, Brogan.

Una vez más, vi los tres puntos que indicaban que estaba respondiéndome, pero luego desaparecieron. Debí de cambiar de idea y dejar las cosas como estaban.

Sonriendo, dejé el móvil a un lado. Que Brogan bromeara conmigo tenía que ser una buena señal. Sintíéndome más ligera, me fui a su despacho para ver qué podía hacer. Cuando vi las tarjetas de visita de una empresa de arreglos florales para eventos y de otra de *catering* sobre el escritorio, decidí llamarlas tras una breve pausa, esperando que fueran los profesionales que había contratado para la fiesta. Cuando lo confirmé, me hice pasar por la secretaria de Brogan y concreté con pequeños retoques lo que él ya había encargado. Seguramente no se daría ni cuenta, y había hecho un trabajo bastante decente, pero faltaba un toque femenino. Y después de todo, me había pedido que me ocupara de la fiesta. No podría hacer un buen trabajo si no estaba preparada ni sabía qué era exactamente lo que había encargado.

El viernes llegaron los jardineros y se pusieron a cortar el césped y a arreglar los jardines. Salí para darles algunas indicaciones. Y ¿por qué no iba a hacerlo? Era la única responsable, y Brogan me había dicho que la fiesta era cosa mía, por lo que debía ponerme manos a la obra. Si algo podía organizar magníficamente después de la educación que había recibido, era una fiesta de lujo. Eso e ir de compras, pero Brogan no había requerido mis habilidades en esa área. Vestía de forma impecable. Resultaba elegante y masculino, además de..., uff, lo que fuera. Sacudí la cabeza y continué recorriendo las instalaciones, señalando tareas que los jardineros habían pasado por alto para asegurarme de que las retocaban antes de marcharse.

Mientras andaba entre los árboles, vi movimiento detrás de la ventana de la casita de invitados. Me mordí los labios, deteniéndome, y luego me dirigí hacia allí. Respiré hondo antes de llamar. Hubo un largo silencio antes de que, por fin, oyera que alguien se movía en el interior. Cuando se abrió la puerta, apareció una joven con el pelo rizado y oscuro que poseía los mismos gélidos ojos azules de Brogan. Solté un suspiro.

—¿Eileen? —pregunté, aunque sabía de sobra quién era. La última vez que la vi, era una preadolescente frágil que llevaba unas abrazaderas. Se había convertido en una joven muy hermosa. ¿Cuántos años tendría? ¿Diecinueve? ¿Veinte?

—Lydia De Havilland —dijo, mirándome con frialdad—. Figúrate... Jamás pensé que te volvería a ver. Estás tan guapa como siempre.

Sonreí ante la cadencia de su acento.

—Tú también estás maravillosa. Tus piernas... —Hice un gesto hacia abajo con el brazo, sonriendo feliz por ella. Nunca la había conocido bien, apenas habíamos intercambiado un puñado de palabras en los tres años que su padre había trabajado para nosotros, pero la recordaba como una niña tímida y torpe.

—Sí. Ya no llevo abrazaderas. Mi hermano contrató a un buen cirujano, y aquí estamos. Estoy como nueva.

—Es fantástico. —Hubo un extraño silencio en el que ella se limitó a mirarme. Me moví incómoda bajo aquel desdeñoso examen—. No he tenido oportunidad de preguntarle a Brogan, ¿qué tal está tu padre?

—Nuestro padre murió.

Me dio un vuelco el corazón.

—¡Oh! Lo siento mucho —suspiré. Ella se encogió de hombros mientras había otro tenso silencio más.

—Tu hermano no me ha dicho que vivieras aquí.

—Bueno, pues lo hago.

Asentí, moviendo la cabeza. Esto no iba bien. Había llegado el momento de

largarme.

—Vale, de acuerdo. Es que... estoy en casa de Brogan de forma temporal. — Sentí que me ponía colorada. ¿Brogan le habría comentado algo a Eileen sobre la empresa? ¿Sobre el trabajo que me había ofrecido... o lo que fuera?—. Me refiero a que trabajo aquí.

—Eso he oído —repuso con una leve sonrisa.

Me humedecí los labios al tiempo que se me escapaba un suspiro. Me odiaba tanto como su hermano. Me di la vuelta para marcharme.

—De acuerdo, ha sido un placer verte. Me alegro de que estés tan bien.

—Lydia, espera... —me llamó, dando un paso para salir al porche. Me volví justo a tiempo para recibir un tortazo en la cara. Aturdida, me llevé la mano a la mejilla que me escocía y busqué sus ojos estupefacta. Me miraba con gélido desprecio—. Eso es por haberle roto el corazón a mi hermano —explicó antes de regresar al interior y cerrarme la puerta en las narices.

Me quedé allí quieta, parpadeando sin parar. Ahora ya sabía que un golpe físico dolía tanto como los maliciosos comentarios que hacían a mis espaldas —aunque al alcance de mis oídos— aquellas zorras a las que una vez había llamado amigas. Y, sin embargo, encontraba cierto consuelo al haber recibido aquel ataque de Eileen. Aunque era algo que no quería intentar entender por el momento. Tampoco estaba segura de que fuera capaz de volver a hablar con ella sin sentir ese calor en la piel. Quería esconderme, quería marcharme, quería que todo esto terminara. Pero no tenía esa opción. Me froté la mejilla con la mano, sintiéndome humillada y, sin embargo, un tanto aliviada, durante el trayecto de vuelta a la casa de Brogan.

El servicio de *catering* llegó temprano la mañana del sábado. Me pasé las horas siguientes dirigiendo la colocación de las mesas redondas y las sillas en el césped recién cortado, acomodando a la orquesta, situando a los camareros e indicando a los de la floristería dónde quería exactamente que pusieran los arreglos: cascadas de flores engarzadas en cintas detrás de cada silla y varias guirnaldas en la barandilla del porche. El efecto era muy bonito. Sonreí mirando al cielo azul, salpicado con una profusión de mullidas nubes blancas. Era el día perfecto para una fiesta en el jardín.

Cuando estuve satisfecha con los resultados, llegó el momento de ducharme y arreglarme. No había traído demasiados vestidos, ya que no sabía cuáles serían exactamente mis funciones aquí, así que no tenía mucho donde elegir. Sin embargo, disponía de un modelo negro, sin mangas, con una capa floreada de encaje, que podría funcionar para una fiesta de estas características. Después de secarme el pelo,

me lo recogí en un moño bajo y me dejé sueltos algunos mechones alrededor de la cara. Contenta con el resultado, me maquillé, me vestí y me puse unas sandalias de tacón de aguja. Luego bajé las escaleras.

Therese, la jefa de la empresa de *catering*, me lanzó una mirada extraña, pero luego sonrió.

—Los aperitivos estarán listos dentro de media hora —dijo—. El señor Ramsay llegó hace unos minutos. Está cambiándose en el piso de arriba.

—Oh. Muy bien, gracias. Todo tiene muy buen aspecto. —Estaba empezando a subir cuando Brogan apareció en el rellano de arriba. Contuve la respiración. Estaba impresionante con un traje negro a medida, que le sentaba como un guante a su figura, y el pelo negro todavía mojado por la ducha. Nuestros ojos se encontraron mientras bajaba las escaleras. Me retorcí las manos al notar que aquellos viejos y familiares sentimientos por él me aceleraban la sangre.

—Estás muy guapo.

—Gracias. —Me miró de arriba abajo con una expresión de desaprobación.

Me alisé la falda del vestido.

—¿No voy bien? No he traído demasiada ropa y...

—Estarías perfecta si fueras una de mis invitadas. Pero eres parte del personal, Lydia.

—Ah... —Hice una pausa, confusa y avergonzada—. Es decir, lo sé. Pero sigo teniendo que mezclarme con ellos para asegurarme de que todo funciona sin problemas. ¿Qué quieres que me ponga?

—No vas a alternar en el evento, sino que vas a trabajar en él. Debes llevar el uniforme que usan los camareros del *catering*. Therese ha traído uno para ti.

«¡Oh, Dios!».

Cuando dijo que trabajaría en el evento, se refería a como camarera. Me puse roja y noté que se me encogía el estómago.

—Ah... —jadeé—. Ah, claro. No lo entendí así... —Negué con la cabeza mientras me pasaba las manos por la capa de encaje.

Brogan apretó los labios, pareciendo incómodo.

—Todo está perfecto, en especial las flores. Gracias por haberte encargado.

Hice un gesto con la mano.

—No es nada. Mi madre siempre decía que en las flores es donde se ve realmente el gusto y el arte de un buen anfitrión. Las hortensias eran sus favoritas... —Mi voz fue apagándose mientras sentía que la sangre me subía a la cara, haciendo que notara mucho calor en las mejillas. Estaba balbuceando...

«Cállate, Lydia. Cállate de una vez».

—Las hortensias son tus favoritas. O al menos lo eran —puntualizó él en voz

baja.

Parpadeé. ¿Qué había dicho? «Oh, sí...». Me sentía tan mareada como si estuviera a punto de desmayarme. Necesitaba beber agua.

—Oh, bueno, sí, también son mis favoritas. Veo que te acuerdas.

—Era el jardinero, Lydia. Las flores formaban parte de mi trabajo.

—Cierto. —Había sido el jardinero, sí. Y quería que ahora fuera su sirvienta. Teniendo en cuenta su tono frío, acababa de despedirme. Enderecé los hombros y emití un suspiro. —Bien, será mejor que vaya a cambiarme.

Cuando asintió con la cabeza, había algo en sus ojos que no pude entender ni leer. «Dios, eres idiota, Lydia». Me apresuré hacia la cocina, y al doblar la esquina, me apoyé contra la pared golpeándome la cabeza contra la dura superficie una y otra vez.

—Idiota, idiota, idiota —canturreé.

Había pensado que Brogan quería que le organizara la fiesta, que lo ayudara a planificarla. Pero lo único que deseaba era que trabajara como parte del servicio. Quise que me tragara la tierra ante tan estúpida suposición. Respiré hondo varias veces. No iba a hundirme por eso. Bien, vale... ¿Quería que anduviera entre sus invitados con una bandeja? Estupendo. Y ¿por qué no iba a hacerlo? A partir de ahora era una especie de parada, o por lo menos mi situación laboral estaba en suspenso..., así que podía considerar este trabajo como lo único fiable. No se me daba demasiado bien servir la comida. Había gente maravillosa que lo hacía de forma fantástica, a veces temporalmente y a veces no. Pasaría un par de horas ofreciendo las sabrosas albóndigas del menú y luego intentaría que Brogan me dedicara un poco de tiempo para definir los términos de este ridículo acuerdo. Era lo que tenía que haber hecho hacía mucho tiempo, y avanzar desde aquí. ¿Qué más daba que hubiéramos bromeado por medio de unos mensajes de texto? Evidentemente no había significado nada para él y, por tanto, no debía ser importante para mí. No éramos amigos, él me odiaba, su familia me odiaba, y tenía que recordarlo.

Me reuní con Therese y le pregunté por el uniforme. Y hablando de Therese, estaba segura de que la mujer ya me considera insulsa y estúpida, o compadecía los pasos en falso que había dado. Me inclinaba más por lo primero.

Diez minutos después, estaba vestida con los mismos pantalones negros y la misma camisa blanca que el resto del equipo del *catering*.

Después de atarme un delantal negro corto alrededor de la cintura, cogí una bandeja de entremeses y seguí a los demás camareros al jardín. Estaban llegando los primeros invitados, y vi a Brogan cerca de la puerta, saludándolos con una rubia que

llevaba un vestido palabra de honor amarillo colgada del brazo. Se me aceleró el corazón. Ufff..., había llevado pareja. Por supuesto que la había llevado. «Es otra mujer». No era ni Anna ni la mujer con la que lo había visto en la fiesta del jardín. Al parecer salía por lo menos con tres diferentes. ¡Bien por él! En la variedad estaba el gusto y todo eso. Iba a ignorar el dolor que sentía en la boca del estómago. Tenía un trabajo que hacer.

Un hombre con el pelo rubio se detuvo junto a Brogan y se inclinó para decirle algo que le hizo reír. Mis ojos y los suyos se encontraron durante un momento. Era tan alto como Brogan y casi tan guapo. Iba vestido de negro de pies a cabeza. Parecían dos ángeles caídos; uno moreno y el otro rubio. «¡Atención, damas de Greenwich!». Me enderecé por décima vez desde que me había puesto el uniforme y me dirigí directamente hacia Brogan. Si iba a salir de esto con el orgullo intacto, necesitaba demostrarle cuanto antes que esto no me resultaba tan humillante como esperaba. No iba a destrozarme con esto. Saldría airosa, y todavía tendría algo de dignidad.

Brogan abrió mucho los ojos cuando me vio, y noté que parecía algo inquieto.

—Señor... —dije, ofreciéndole el contenido de la bandeja—. ¿Crujiente con cebolla caramelizada, queso fundido y salvia? —Arqueé una ceja—. Son deliciosos. Yo misma he probado uno antes de salir. Puede descontarlo de mi paga, por supuesto. No espero nada menos. —Sonreí con dulzura mientras él apretaba los labios hasta formar una línea sombría. Nuestros ojos se enfrentaron al tiempo que notaba con la visión periférica que su pareja entrecerraba los ojos. Oí que alguien se aclaraba la garganta y miré al hombre rubio que estaba junto a Brogan.

—Creo que eres Lydia —dijo, con una sonrisa bailando en sus labios y los ojos brillantes. Poseía un fuerte acento irlandés. Volví a mirar a Brogan.

—Solo soy parte del servicio. Por favor, disfruten de la fiesta. —Me di la vuelta y me alejé con la cabeza en alto, sosteniendo la bandeja por delante como si fuera un escudo.

Escuché que el hombre rubio emitía un silbido.

—Creo que todo ha empezado muy bien. Tengo la sensación de que se va a convertir en una fiesta de tetas muy rápido

—Cállate, Fionn —oí que ordenaba Brogan antes de alejarme lo suficiente para no oír nada más.

Entré para coger otra bandeja y, cuando salí, contuve el aliento con horror. Lindsey Sanders y sus secuaces estaban atravesando la puerta. Volví a meterme en la casa, buscando un momento para tranquilizarme, y respiré hondo. Este capullo las había invitado a propósito; sabía de sobra que habían sido mis amigas en el colegio.

No solo quería que sirviera a sus invitados, quería que sirviera a la gente con la que una vez me había codeado. «La que ha sido mi igual». Si alguien me hubiera dicho que Brogan Ramsay era capaz de este nivel de maldad hacía siete años, no lo habría creído. Había pasado tiempo con el mismo grupo de gente que él había invitado hoy, pero yo nunca lo había tratado con la abierta rudeza que ellas lo hacían.

«Lydia, sal ahí con la cabeza bien alta».

Circulé por el perímetro de la fiesta, tratando de evitar a Lindsey y compañía. Quizá ni siquiera se fijarían en mí. Después de todo, estaban entrenadas para fingir que las personas que las servían eran invisibles. Esperaba confundirme con el paisaje.

Me moví, ofreciendo los entremeses entre la gente, pero me quedé paralizada cuando vi que tenía delante al hombre llamado Fionn y a la hermana de Ramsay, Eileen. Ella me miraba con sorpresa y él, con una leve sonrisa. Alcé la barbilla.

—¿Una patata rellena de *ricotta* a las finas hierbas y nueces?

—Sí, por favor —dijo él, cogiendo uno de los pequeños aperitivos y metiéndoselo en la boca mientras me guiñaba un ojo. Estuve a punto de sonreír, pero me contuve. Era amigo de Eileen y Brogan. Tenía que aceptar que estaba disfrutando de mi desgracia pública en una u otra medida.

—No, gracias —repuso Eileen. La tensión se podía palpar. Tragué saliva e hice una pequeña reverencia antes de darme la vuelta y alejarme.

«¿Una reverencia? ¿En serio, Lydia? ¿De qué coño vas? ¡Una reverencia! ¡Dios mío!».

—¡No puede ser! —chilló una voz femenina—. ¿Lydia De Havilland? ¿En serio? —Me erguí en toda mi altura y me di la vuelta lentamente, dejando a mi espalda a Fionn y a Eileen. De pie, a varios metros, estaban Lindsey y sus secuaces—. ¡Oh, Dios mío! —jadeó Lindsey, llevándose la mano al pecho y ahogando la risa.

Esboqué una tensa sonrisa al verla avanzar hacia mí.

—¿Un aperitivo? —pregunté sin soltar la bandeja, inclinando la cabeza.

Lindsey se echó a reír a carcajadas. Parecía feliz ante el giro que habían dado los acontecimientos. Se puso las manos en las caderas y trazó un círculo a mi alrededor, mirándome de arriba abajo antes de echarse a reír otra vez.

—¡Dios mío! Qué bajo pueden caer los poderosos... —dijo con una alegría imposible de disimular.

Sonreí de nuevo como si esta situación no me afectara en lo más mínimo, pero sentía las mejillas calientes con si las tuviera ruborizadas. De repente, me parecía que todos los invitados se habían vuelto para mirarme.

Me limité a sonreír.

—Espero que estéis pasándolo bien —deseé, dándome la vuelta para intentar alejarme a toda prisa. Pero uno de mis tacones se hundió en la hierba, haciendo que me desequilibrara, lo que llevó a las chicas a reírse como si les fuera la vida en ello. Me enderecé, respiré hondo y seguí hasta el interior.

Los buitres habían bajado a por mí, acabarían consumiéndome.

Después de eso, no me quedé sola ni un momento. Se podría pensar que era la única que trabajaba en la fiesta y no una más de la docena de camareros. Justo cuando le acababa de entregar a Lindsey la copa de champán que me había pedido, Daphne dejó caer la servilleta y necesitó otra. Luego, Bridget Baker quería de uno de «esos deliciosos aperitivos que parecían tetitas», y en cuanto le llevé una bandeja con muestras de todos los aperitivos, Crystal Adler necesitó un paño húmedo para poder limpiar una mancha invisible de su *clutch* de Louis Vuitton. Mantuve una sonrisa en la cara, actuando como si me hiciera feliz satisfacer todas sus necesidades, y no permití que me vieran sudar.

Vislumbré a Brogan varias veces, de pie a un lado, con los dientes apretados mientras observaba cómo me acosaban sin descanso. Su cita seguía colgada de su brazo, evidentemente, tratando de llamar su atención con la conversación, pero él no parecía darse cuenta de su presencia. Mantuve la cabeza alta, con una sonrisa cada vez más grande. Me temblaron los músculos de las mejillas por el esfuerzo de seguir mostrándola.

Una de las veces que regresé a la casa, casi choqué con el tipo al que llamaban Fionn.

—Oh, lo siento —dije, pasando con rapidez junto a él.

Se acercó a mí en ese instante.

—Bien por ti, Lydia —murmuró en voz baja a la vez que me hacía un guiño. No estaba segura de a qué se refería, pero, en cualquier caso, no tenía tiempo para averiguarlo porque alguien me estaba haciendo correr para cumplir sus órdenes.

Volví al momento con una bandeja de minipastelitos y el agua con gas con una rodaja de lima que Maya Richards me había pedido que recogiera en la barra, y otra vez pasé ante el espectacular Fionn y Eileen.

Le entregué el agua con gas a Maya, que procedió a derramarla en el césped.

—¡Oh, qué pena! —exclamó—. Se me ha caído. Me vas a traer otra, ¿verdad, Lydia? —preguntó sonriendo con fingida dulzura.

Resistí el impulso de ponerme a llorar a moco tendido y me limité a respirar hondo.

—Por supuesto, señora —dije alegremente—. Le conseguiré otra ahora mismo. —Maya se dio la vuelta y comenzó a hablar con la chica que tenía al lado como si

yo no existiera.

Tendí la bandeja de postres hacia Lindsey, que parecía molesta. Supuse que no le estaba dando el espectáculo que esperaba; lágrimas tal vez, o quizá una crisis emocional completa: tirarme del pelo, caer de rodillas y declarar que a Dios ponía de testigo de que no iba a volver a trabajar en la restauración.

—¿Un poco de dulce? —pregunté, brindando mi sonrisa más inocente.

Mirándome, cogió una pequeña *mousse* de chocolate de la bandeja y una cucharita y se llevó un bocado a la boca.

—Mmmm... —murmuró con un destello de maldad en los ojos. Yo conocía esa mirada; era la que tenía siempre antes de diezmar a alguien socialmente en la cafetería. Pero antes de que pudiera averiguar de qué se trataba, un enorme chorro de *mousse* me impactó en la cara, salpicándome el pelo y la parte delantera de la camisa.

—¡Oh, Dios mío! —jadeó Lindsey—. Se me ha ido la cuchara. ¡Qué palo!

Oí que alguien cogía aire, y que el silencio se hacía ensordecedor. ¿Había dejado de tocar la orquesta? Un pegote de chocolate cayó desde mis pestañas a mi mejilla, resbalando por mi cara lentamente. Lindsey dejó caer el cuenco en la bandeja y ocultó la risa en una servilleta. Mientras estaba allí, parecía como si todo se hubiera detenido, como si todo el mundo me mirara. Me entraron náuseas por la humillación y la soledad que me envolvieron.

«No tengo un solo amigo aquí. Ni uno solo».

Había intentado con todas mis fuerzas mantener la compostura, pero allí de pie, con la cara llena de la *mousse* que Lindsey me había lanzado a propósito, fue como si hubiera caído la gota que rebosaba el vaso. No podía hacerlo. Me dolía demasiado. Horrorizada, miré a mi alrededor. Había un montón de ojos clavados en mí, algunos con simpatía, otros con pura diversión.

Cogí una gran bocanada de aire y, con los ojos llenos de lágrimas, me di la vuelta y corrí hacia la casa tan rápido como pude. Por el rabillo del ojo vi que Brogan empezaba a seguirme, y eso me mantuvo en movimiento. Dejé caer la bandeja sobre la mesa del vestíbulo antes de subir las escaleras hasta el cuarto de baño. Cerré la puerta a mi espalda y me apoyé en ella. Respiré con dificultad mientras las lágrimas me recorrían la cara, mezclándose con el chocolate.

Llegaron voces desde fuera del cuarto de baño y corrí hacia el lavabo. Utilicé una toallita para limpiarme la cara. Por un momento solo me miré: el maquillaje negro que me había aplicado cuidadosamente estaba ahora corrido por mi cara, tenía la camisa blanca salpicada de chocolate, estaba despeinada y parecía una loca. Dejé caer la toalla, me cubrí la cara con las manos y permití que las lágrimas cayeran

libremente. Era un desastre absoluto. La viva imagen de mi vida.

—¿Lydia? —dijo una voz femenina desde el otro lado de la puerta. Respiré hondo, pensando que era Therese, que venía a despedirme. Eso estaba bien, porque me encantaría que me despidiera. Pero cuando abrí la puerta, era Eileen quien estaba allí.

Suspiré y me di la vuelta.

—Si quieres volver a pegarme, vas a tener que ponerte a la cola. —Anduve hasta el lavabo y recogí la toalla húmeda para frotar las manchas de chocolate de la blusa blanca. Después de intentarlo tres o cuatro veces, lancé la toalla a la piletta. Las manchas no salían.

Eileen se detuvo a mi lado, y nos miramos a través del espejo durante unos segundos. Ella, hermosa y perfecta; yo, manchada y derrotada. La vi inclinar la cabeza con una sonrisa.

—Es necesario que regreses ahí —dijo finalmente.

Solté una risita.

—De eso nada. Tiro la toalla. Aquí estamos. ¿No fue eso lo que dijiste? ¿Que aquí estamos?

Se volvió hacia mí y me cogió los brazos para obligarme a mirarla.

—Ni hablar, no pienso darles a esas zorras que solo saben lanzar mierda la satisfacción de tener la última palabra.

—Ha sido *mousse*. —Suspiré.

Agitó la mano como si eso no tuviera importancia.

—*Mousse*, mierda..., ¿qué más da? Tanto una cosa como otra requieren las mismas maniobras mentales básicas y contundentes.

Casi me reí, pero la vergüenza me había dejado la garganta obstruida.

—Solía ser una de esas zorras —admití con suavidad.

Asintió.

—Es cierto. Por eso tienes información privilegiada y sabes qué les va a molestar más. Dime, ¿qué es?

La miré fijamente.

—Mmm... No lo sé. Piensan que me considero mejor que ellas.

Inclinó la cabeza a un lado.

—Creo que puede ser, por mucho que me sorprenda. —Me observó—. Por eso tienes que volver ahí fuera y hacerles saber que no han ganado, y que no te importa cuánta mierda te echen encima. —Me miró de arriba abajo—. Y también eres mucho más guapa que cualquiera de ellas. Es otra de las razones de que te odien, imagino. Son muy superficiales, y además no tienen nada más.

Suspiré.

—No debería importarme lo que piensen —dije—. No debería preocuparme lo que piensen los demás.

Me miró pensativa.

—Mmm..., ya —dijo después de un buen rato—. Sin embargo, te importa, ¿verdad? Encuentra una persona a la que le importe un comino lo que piensen los demás y te mostraré a alguien muy solitario. Creo que el truco es saber qué opinión debe importarte y cuál no. —Hizo una pausa, y pensé que sonaba muy certera para ser tan joven. Por otra parte, si alguien sabía algo sobre evitar juzgar a los demás basándose en cosas superficiales, sería una chica que había llevado abrazaderas durante la mayor parte de su vida.

Me sonrió antes de continuar.

—Vas a salir ahí fuera para demostrarles que no te importan. No recibirán la satisfacción de ver cómo te derrumbas por sus travesuras. —Se mordió el labio como si estuviera pensando una estrategia. Poco a poco, mi fría desesperación estaba viéndose reemplazada por calor.

—¿Por qué me estás ayudando? —pregunté—. Ayer me odiabas.

Me miró a los ojos.

—Creo que se puede pegar una torta a alguien y seguir adelante. Yo he avanzado, ¿y tú?

—Mmm..., claro.

Se rio con un sonido dulce y musical.

—Está bien, lávate la cara. Voy a volver a maquillarte y, por supuesto, tendrás que ponerte otra camisa. Por desgracia, tu única opción ahora será otra mucho más pequeña... —Hizo un gesto inocente y se rio, esta vez fue una risa de verdad—. Mi hermano va a explotar.

—Tu hermano está disfrutando de todo esto. Él mismo lo ha orquestado.

—Oh, no, Lydia. Es posible que mi hermano esté comportándose como un chico inmaduro, pero te prometo que no está disfrutando. —Sonrió—. Lo que hace que sea todavía mejor.

—Espera, ¿ayer me diste un tortazo por haberle hecho daño y hoy quieres que te ayude a torturarlo?

—Solo va a obtener lo que se ha buscado. Y lo que se merece. Ahora lávate la cara.

Me volví hacia el lavabo y obedecí mientras ella salía. Me estaba secando la cara y colocando el pelo cuando volvió a llamar. Entró en el cuarto de baño con mi neceser de maquillaje y otra camisa blanca.

—He cogido esto en tu habitación —me informó, levantando la bolsita—. Y la pelirroja del *catering* tenía una camisa de repuesto. —Me la lanzó.

La miré.

—¿Es la que parece una niña?

Eileen sonrió.

—Sí. Voy a buscar un sujetador de encaje.

Quince minutos después, cuando había recompuesto mi maquillaje y mi peinado y me había abrochado como pude una camisa tres tallas más pequeña, me miré en el espejo.

—Parezco una puta.

Eileen se puso detrás de mí con la cabeza inclinada hacia un lado, evaluándome antes de esbozar una sonrisa de satisfacción.

—Sí. Una puta de lujo —puntualizó—. Una de esas que salen con políticos casados.

Mi mirada sorprendida se encontró con la suya en el espejo, y me eché a reír, pensando que eso era justo lo que necesitaba: una amiga. Y Eileen Ramsay estaba reclamando el papel. La vida estaba llena de sorpresas, y esta era una que no me esperaba.

10

BROGAN

Me froté la barbilla mientras miraba la fiesta. Aquella puta fiesta que se me había ido de las manos. Había querido dejar las cosas claras, ¿por qué me sentía como si fuera el mismo demonio? Ver cómo Lydia se enfrentaba con el grupo de zorras que yo había invitado solo para atormentarla no me estaba ofreciendo la más mínima satisfacción. Al contrario, había hecho que me inundara la ira y que me dieran ganas de protegerla de la situación en la que la había puesto. Incluso se me había ocurrido la idea de salir tras ella, pero estaba seguro de que era la última persona que Lydia querría ver en este momento. Así que había preferido dejar que se lamiera las heridas en su habitación e ir en su busca después de la fiesta.

A pesar de que tenía mis razones para esto y las consideraba más que justificables, sabía que actuaba de forma irracional cuando se trataba de Lydia. Lo sabía, y no entendía por qué. O quizá no quería verlo. «Joder... », murmuré para mis adentros, apretando los dientes con más fuerza al ver que Fionn y Eileen se acercaban a mí.

—¿Dónde se ha metido Tiffani con i? —preguntó Eileen antes de beber un sorbo de champán de la copa que llevaba en la mano. Durante un segundo no supe a quién se refería. Ah, sí..., a mi cita. Ya.

—Socializando, imagino —repuse. Aunque por lo que yo sabía podía haberse marchado ya.

Fionn se volvió hacia Eileen.

—Creo que se ha cansado de que la ignorara y de que no apartara los ojos de esa pobre camarera. ¿Cómo se llama...? Ya me acuerdo, Lydia. La pobre y pisoteada Lydia. Sin embargo, he oído por ahí que se lo merecía. Entonces... me pregunto por qué... —Fionn se puso un dedo en la barbilla como si estuviera meditando— por qué este querido amigo mío y querido hermano tuyo presenta un aspecto tan miserable. —Me lanzó una sonrisa burlona.

—Fionn... —le advertí en tono seco. Él se limitó a reírse.

—Es cierto. No parece que estés disfrutando de tu victoria, mi querido hermano

—dijo Eileen con una sonrisa inocente.

Fruncí el ceño.

—Creo que Brogan se ha topado de narices con un «cuidado con lo que deseas...» en esta fiesta —susurró Fionn, acercándose a Eileen como si yo no lo oyera—. O quizá tiene una fuerte indigestión. ¿Acidez estomacal quizá? ¿Qué otro nombre recibe eso? ¿Mmm...? Ah... —levantó un dedo—, ardor de estómago.

—No me queda más remedio que estar de acuerdo contigo, mi sagaz amigo —le siguió el juego Eileen, con un suspiro dramático.

—Lo que me gustaría saber es por qué exactamente os parece tan divertido todo esto —los presioné rechinando los dientes.

Eileen bebió otro sorbo de champán, mirando a nuestro alrededor como si estuviera buscando algo en especial. Técnicamente no debería beber alcohol, porque todavía no había cumplido veintiún años, pero era una fiesta privada, así que lo pasaría por alto.

—Brogan, esta vez te lo has buscado tú solo. Al querer vengarte de la familia De Havilland, te has convertido en lo que afirmas despreciar. ¿Son estos tus amigos ahora?

—¿Te has puesto de su lado? —pregunté, sabiendo que estaba pareciendo un crío caprichoso y odiándome por ello.

«Por supuesto que esta gente no son mis amigos».

—Estoy de tu lado. Siempre. Por eso no me gusta todo esto. Es algo que te rebaja. No me gustó que te hiciera daño, y ayer me sentí genial cuando le pegué una torta. Pero no quiero que te arruines la vida por ella, ni verla recibir el mismo tratamiento que sufrimos una vez a manos de esas zorras. —Señaló con la cabeza a las antiguas amigas de Lydia de secundaria, que todavía se reían y cacareaban, probablemente porque estaban reviviendo cada momento en el que dieron órdenes a Lydia como si fuera su propia Cenicienta personal.

Miré a Eileen con el estómago revuelto.

—¿Le has pegado?

Asintió con la cabeza y cerró los ojos con fuerza durante un momento.

—Sí. Y se lo tomó como una campeona, igual que está haciendo hoy. Me da la sensación de que piensa que se merece todo esto. Y esa es una de las razones por las que lo acepta. Pero esa chica también tiene su orgullo. Y te puedo asegurar que la respeto por ello.

Ni siquiera me molesté en mirar a Eileen. Sabía que tenía razón. Abrí la boca para responder, pero en ese momento se abrió la puerta de la casa y salió una chica con una bandeja. Casi me atraganté cuando movió la bandeja; era Lydia. «¡Oh, Dios!».

Era evidente que se había lavado la cara y maquillado otra vez. El sol hacía brillar su cabello rubio, haciendo que me pareciera tan centellante y hermoso que casi no quería mirarla. Pero cuando bajé la vista, se me escapó un gruñido gutural y se me tensaron los músculos. La camisa blanca que llevaba era demasiado pequeña para ella, y los botones apenas cerraban la tela sobre sus pechos llenos. El encaje del sujetador era claramente visible a través de las fibras estiradas, incluso desde donde yo estaba mirándola. De hecho, los cuatro primeros botones ni siquiera estaban cerrados, dando una visión completa de su suave y cremosa piel. Durante un momento, se me nubló la visión como me ocurría a veces, cuando me llegaban demasiados estímulos sensoriales y no podía procesarlos.

—¿Acaba de gruñir? —le preguntó Eileen a Fionn. Yo no aparté la mirada de Lydia. Esto era ridículo. ¿Por qué cojones había vuelto? ¿Es que no había tenido suficiente? ¿Y por qué coño iba vestida de esa manera?

—Creo que sí —repuso Fionn, desde algún lugar muy, muy lejano—. ¿No te parece una reacción muy primitiva? ¿Será de nuevo el ardor de estómago? Tengo una teoría, ¿quieres escucharla?

—De hecho, me muero por escucharla —dijo Eileen.

—Ahí va. Mi teoría es que nuestro querido chico, aquí presente, sigue amando a esa chica, y en este momento está sufriendo mucho al ver cómo van a por ella.

—Muy perspicaz, mi sabio amigo. Juego limpio. No puedo estar más de acuerdo contigo.

—Creo que sí —aseveró Fionn.

—¡Por el amor de Dios! ¡Ya es suficiente! —estallé con la voz ronca, dirigiéndome directamente hacia Lydia. Ella debió de ver mis intenciones, porque se dio la vuelta y se acercó al grupo de chicas que antes estaban atormentándola. «¿Por qué hace eso»? ¿Qué coño estaba haciendo?

Se aproximó a aquellos buitres con una sonrisa, y sostuvo la bandeja delante.

—¿Alguien quiere bolas de masa hervida? —preguntó, empujando el escote hacia delante—. Son suaves, deliciosas... —Cuando se volvieron hacia ella, me hubiera gustado tener una cámara para captar sus expresiones: sorpresa, confusión... Sin duda, ver aquello no tenía precio. «Punto para Lydia». Al no esperar su regreso, las chicas cogieron un aperitivo con cara de tontas, y Lydia se alejó de allí.

Fue entonces cuando me acerqué a ella.

—Ya es suficiente, Lydia. Vete dentro. No tienes que seguir en la fiesta.

—¿No tengo que seguir? —preguntó sin detenerse, obligándome a seguirla como un cachorrillo idiota—. ¡Oh, no! No pienso largarme ahora, Brogan, tu venganza todavía no ha sido debidamente satisfecha. No quiero que te prives de mi

humillación total y absoluta. Estoy segura de que esas chicas todavía me van a lanzar más comida. Aunque, por otra parte, no son demasiado brillantes desde que no frecuento su compañía, y es posible que no se les ocurran ideas. Tendremos que esperar y ver. Ve a sentarte y espera, ¿vale?

Casi gemí.

—Lydia, por favor, ya es suficiente. He tenido suficiente. Por favor, vete dentro. —¡Santo Dios! Ahora le estaba suplicando a mi... ¿archienemiga? De repente me entraron ganas de reírme por usar el término que Fionn había usado una vez para describirla.

Ella sacudió la cabeza con una sonrisa beatífica en su cara mientras se dirigía hacia otro grupito que estaba charlando y riendo.

—¿Bolas de masa hervida? —preguntó sonriente. Mientras las mujeres cogían las bolitas, noté que los hombres aprovechaban la oportunidad para echar un vistazo al escote de Lydia. «Cabrones lascivos...». ¿Por qué había invitado a mi casa a esa clase de hombres? Odiaba a esos gilipollas. Pero, al parecer, había invitado a un montón de ellos para que disfrutaran de mi comida y mi bebida.

—¡Oh, hola, Brogan! —dijo uno finalmente. No tenía la más remota idea de quién era, salvo un cabrón lascivo—. Todavía no había podido saludarte. Bonita fiesta. —Luego balbuceó algo estúpido e inútil que suponía que yo debía escuchar con atención, y Lydia tuvo la oportunidad de distanciarse para dirigirse a otro grupo cercano, donde ofreció otra vez las malditas bolas de masa hervida.

—¿Se encuentra bien, señor Ramsay? —me preguntó el hombre que tenía enfrente con preocupación—. No tendrá ardor de estómago, ¿verdad?

—Er... sí. Perdón —murmuré.

Cuando logré alcanzar a Lydia, estaba llenando una bandeja con copas de champán en el bar.

—Lydia, deja la bandeja y vete dentro —repetí—. Insisto.

Se apartó de la barra.

—Todavía no puedo, Brogan. La gente que está junto a la orquesta tiene sed. Si no les llevo el champán de inmediato, se sentirán muy mal. Y créeme, no quieres que tus invitados tengan la garganta seca. Podrían esparcir chismes negativos, y como cualquiera sabe...

—No podrían importarme menos los cotilleos negativos —gruñí.

—Pues deberían, Brogan. Ahora solo soy una humilde servidora, pero, lo recuerdes tú o no, frecuentaba los círculos más altos, y entre los ricos los chismes negativos pueden arruinar a cualquiera tan rápido como llevar... —se inclinó hacia mí bajando la voz— un bolso de Hermès falso. —Fingió estremecerse, y me detuve,

sintiendo que se me curvaban los labios en una sonrisa sincera, mezclada con una cierta sorpresa.

«Lydia... Dios mío... ¿Cómo he podido olvidarme de que siempre me hacías reír?».

Acabó de colocar las copas y se fue corriendo. Me quedé mirándola, sin saber qué sentir, igual que me había pasado después de que hubiéramos bromeado por mensaje de texto. Era una especie de felicidad extraña y confusa, tanto entonces como ahora. Antes de que pudiera pensar más en ello, me rodearon Lindsey y su grupo. Antes habían estado demasiado ocupadas, metiéndose con Lydia, pero al final me habían acorralado. Suspiré para mis adentros. Lindsey había intentado intimar conmigo en cada evento en el que habíamos coincidido desde que estuve buscando propiedades inmobiliarias en Greenwich. Su obvio coqueteo y su desagradable conversación, así como la forma en la que había intentado tocarme en varias ocasiones no me resultaban tolerables. Siendo sincero, lo odiaba. Odiaba su olor. Odiaba la sensación de sus garras, incluso a través de la tela de la camisa.

—Brogan —canturreó, inclinándose para besarme en la mejilla. Su pesado perfume, mezclado con el olor de algún tipo de producto para el cabello, me abrumó, haciendo que se me nublara la cabeza durante un momento—. Todavía no había tenido la oportunidad de felicitarte por esta maravillosa fiesta. Les estaba diciendo a mis amigas que es mi favorita en lo que va de año. —Movié las pestañas, bajando los ojos hasta mi entrepierna.

Vino a mi mente un día de verano, siete años atrás. Lydia y sus amigas habían estado riéndose y bañándose en la piscina. Yo había pasado cerca empujando una carretilla llena de tierra.

—Dios —le había oído decir a Lindsey—, si a mi padre no le diera un infarto, dejaría todo por ese jardinero. Está buenísimo. Estoy a punto de lanzarme a por él. —Me había encogido, muerto de vergüenza, mientras las demás chicas empezaron a reírse. Pero cuando miré a Lydia, ella no estaba riéndose. Vi que estiraba la pierna y hacía tropezar a Lindsey, que estaba demasiado entretenida para darse cuenta. Lindsey había lanzado un grito mientras caía en plancha a la piscina, golpeando el agua con el estómago. Lydia me había guiñado un ojo mientras contoneaba las caderas para fingir preocupación por el impacto de Lindsey. Yo había tenido que volver la cabeza para que no me vieran reírme. Sí, Lindsey siempre había sido una zorra maliciosa. No había cambiado nada. Así que, ¿por qué no albergaba ningún mal sentimiento hacia ella? ¿Por qué sus maltratos pasados no me irritaban? De hecho, apenas lo recordaba.

«Hay un velo muy fino entre el amor y el odio».

Lydia nunca había sido maliciosa, como ellas.

Al menos hasta ese día. Quizá por eso me había dolido tanto su traición. Pero ahora, al mirarla, recordé que en ese momento se había mostrado nerviosa e insegura. Entonces me había inspirado ternura, y ser testigo de su incomodidad hoy había despertado en mí la misma actitud protectora. Y me había hecho arder. Sí, ardor de estómago.

«Dios, Lydia...».

Carraspeé cuando Lydia se acercó a nosotros, sosteniendo una bandeja nueva.

—¿Alguien quiere bollos rellenos de crema? Resultan dulces y deliciosos. — Sonrió con suavidad, sus ojos me desafiaban a que mirara sus propios bollos de crema, que amenazaban con derramarse por fuera de la camisa en cualquier momento. Tosí con la mano delante de la boca para no ahogarme, y me aparté un poco mientras Lindsey la fulminaba con la mirada—. ¿No? Pues son ustedes los que se los pierden. Nunca habrá otros bollitos de crema como estos. Son cien por cien naturales, no falsos. —Miró fijamente los «bollos» de Lindsey, que obviamente habían sido aumentados con ingredientes falsos. Lindsey contuvo el aliento y se llevó la mano a la garganta al tiempo que abría mucho los ojos, como si no fuera capaz de comprender ese comportamiento audaz y descarado por parte de una chica del servicio.

Dicho eso, Lydia se alejó para ofrecer sus bollitos de crema en otro lugar. Apreté los labios sin saber si reírme a carcajadas o matar a alguien, posiblemente a mí mismo. «Dios, ayuda».

Lindsey emitió un suspiro de irritación.

—Por Dios, Brogan, tienes que fijarte más en quién contratas. Procediendo tú también de la clase obrera, seguro que entiendes qué es aceptable y qué no. Estarías en tu derecho de despedirla en el acto. Estás mostrándote muy moderado. —Me agarró el brazo, frotando sus bollos falsos contra mí—. Eres muy generoso —suspiró—, pero, como sabes, la imagen que transmite tu personal te refleja directamente a ti...

Me la quité de encima.

—Lo mismo ocurre con los amigos. —Miré a mi alrededor, a las amiguitas de Lindsey, que permanecían allí como idiotas esperando las próximas instrucciones de su estúpida jefa—. Algo que sería prudente que recordaras. —Disfruté de la expresión indignada de Lindsey, que contenía la respiración mientras me alejaba.

El resto de la fiesta transcurrió muy despacio para mí. Mis invitados se tomaron su tiempo para beber mis licores, comer mi comida y disfrutar de mi propiedad. Me paseé entre ellos un par de veces, pero no tuve estómago para más. Lindsey y su

grupo se marcharon temprano, pero la charla sin sentido centrada en todos aquellos egos inflados era demasiado para mí. Sobre todo cuando me pasaba el rato mirando a Lydia mientras se movía entre la multitud como si fuera la anfitriona de la fiesta a pesar de que estaba uniformada y hacía el papel de sirviente.

Le habría visto el humor a la situación si mis emociones no estuvieran retorcidas en una maraña de frustración, ira... y culpa. Me sentía el mayor gilipollas del mundo.

Por fin, los invitados empezaron a marcharse, y suspiré aliviado. Fionn y Eileen se lo habían pasado pipa presenciando mi sufrimiento, hablando animadamente a un lado mientras hacían algún tipo de apuesta. Unos miserables, eso es lo que eran. Por fin se acercaron y se despidieron, poco preocupados cuando les lancé mi peor mirada y les dije que estaba deseando que se marcharan. Se alejaron riéndose.

Las despedidas llevaron otra hora más, y luego fui al interior, esquivando al personal que recogía todo el material. Lydia estaba ayudando a limpiar la cocina, y cuando los del *catering* comenzaron a salir, Therese abrazó a Lydia y le guiñó un ojo. Al parecer, Lydia se la había ganado también. Therese apenas me miró mientras recogía las últimas pertenencias y se dirigía hacia la puerta. Y eso que era yo quien le había dado una generosa propina.

Comprobé que todo estuviera despejado y que el personal hubiera salido antes de regresar al interior para cerciorarme de que la fiesta por fin había terminado.

—¿Lydia? —Teníamos que hablar. La cocina estaba limpia y vacía, así que subí, pero tanto su habitación como la puerta del cuarto de baño estaban abiertas. Volví a bajar las escaleras con el ceño fruncido. Tenía el corazón encogido. No se habría marchado, ¿verdad? ¿Y por qué no iba a hacerlo? Me había portado como un cabrón elevado a la enésima potencia. ¿Qué razón tenía para quedarse? Si fuera yo, me habría largado también. Debería estar contento de haberme deshecho de ella. Todo acabaría fatal, como Fionn había predicho.

Entonces, ¿por qué me sentía tan desgraciado?

Me di la vuelta cuando oí un sonido proveniente de la sala de estar, y corrí hacia allí con el corazón acelerado. Lydia estaba hundida en un sillón, con los pies encima de la mesita de café y los zapatos de tacón en el suelo, a su lado. Me recorrió una profunda sensación de alivio. «No se había marchado». Pero luego me fijé en sus pies. ¡Oh, joder! Los tenía horriblemente hinchados, con marcas rojas en los lugares que habían ocupado las correas de los zapatos. Entré en la habitación y me senté en la mesita de café, delante de ella, poniendo sus pies en mi regazo. Apenas abrió los ojos. «Dios, está agotada». Me recorrió otra oleada de culpabilidad. Realizar la tarea que le había encomendado debía de haberla llevado al límite de sus fuerzas. Sin

embargo, no había vacilado ni una sola vez. Y no se había quejado tampoco sobre el estado de sus pies. Me sentía... orgulloso de ella, pero también temeroso y confundido.

—Déjame, villano rencoroso —dijo arrastrando las palabras, aunque luego soltó un profundo gemido de placer cuando presioné con el pulgar en el puente de uno de sus pies. Recé para que no sintiera lo que aquel sonido había provocado en el lugar donde reposaba su pie.

—Me he convertido en un villano, ¿verdad?

Ella abrió otra vez un ojo.

—Un demonio sin conciencia —convino—. Como Balor.

Solté una risa de sorpresa.

—¿Recuerdas esa historia?

Movió los labios en lo que pensé que era una sonrisa.

—Mmm... Balor puede matar a cualquiera con solo mirarlo con su ojo. Recuerdo todas las historias sobre dioses, demonios y almas en pena irlandesas que me contaste. Recuerdo lo que me dijiste de los tréboles, que dan suerte porque sus tres hojas significan ayer, hoy y mañana. Cada vez que veo uno, pienso en ti. Lo recuerdo todo, Brogan.

Me dio un vuelco el corazón y jadeé.

—Lo de hoy ha sido un error —solté con rapidez.

—¿Un error? ¿Te refieres a que me hicieras servir a ti y a tus invitados? ¿A tus amigos?

Negué con la cabeza.

—No, no me refiero a eso.

Suspiró.

—Sé lo que has querido decir. —Intentó levantarse, pero la empujé con suavidad para que siguiera sentada. Observó cómo movía las manos por sus pies durante varios minutos, hasta soltar otro gemido que fue directo a mi entrepierna—. ¿Todos tus empleados reciben este tratamiento o soy especial?

«Oh, Lydia, cómo me gustaría que no lo fueras...».

Curvé los labios.

—Creo que te lo debo. De todas formas, ¿cómo has llegado a estar así? —Sostuve un pie en alto para que pudiera evaluar el daño completo. Al menos no tenía grandes ampollas.

Ella señaló los zapatos que estaban en el suelo con la cabeza.

—Eran los únicos que tenía aquí. Si hubiera sabido que caminaría el equivalente a cincuenta kilómetros, me habría comprado otros más cómodos. Y encima cargando

con bandejas. Desde hoy miraré de otra forma a los camareros. Si querías que aprendiera esa lección...

—Olvida lo que quería que aprendieras —la interrumpí con sequedad—. Soy un idiota rencoroso. —Abrió los ojos y me miró fijamente. ¡Dios, era preciosa! Incluso agotada, con aspecto de que se iba a desmayar en cualquier momento y con los pies magullados en mi regazo. La deseaba. Dios, nunca había dejado de hacerlo. ¿Cómo hubiera podido? Era la única persona que me había visto de verdad, y estaba dispuesto a admitirlo por fin. Quería estrecharla entre mis brazos y besarla hasta que los dos jadeáramos de deseo. Quería sentir su cuerpo desnudo contra el mío otra vez, sumergir los dedos en el lugar donde solo yo había estado, sentir la resbaladiza humedad de su excitación para saber que también ella me deseaba. Quería hundirme en su interior y olvidarme de dónde terminaba ella y de dónde comenzaba yo. Me sentía duro, dolorido solo de pensarlo. Cerré los ojos con fuerza. Había orquestado mi propia muerte. Iba a caer con todo el equipo... Otra vez.

Lydia movió los ojos perezosamente por mi cuerpo hasta llegar a mi mirada. Noté que una vena palpitaba en la base de su garganta. ¿Le afectaba como ella a mí? Nunca había estado seguro de eso, ni entonces ni ahora.

Mi pulgar buscó el hueco debajo del tobillo y noté allí también su pulso. Froté la yema sobre ese punto, trazando círculos suaves, sintiendo el suave latido bajo su piel, un recordatorio de que el corazón late en todas partes, controla cada centímetro del cuerpo. Cuando encontré de nuevo sus ojos, estaban llenos de preguntas. Preguntas que no estaba seguro de ser capaz de responder, ni siquiera ante mí mismo.

—¿Mejor? —logré decir, señalando sus pies con la cabeza.

Ella separó los labios como si pensara decir algo, pero luego los apretó y se limitó a asentir.

—¿Qué has hecho con tu cita? —preguntó.

—Se marchó con Rodney Calloway, Sr.

Arqueó una delicada ceja rubia.

—Rodney Calloway, Sr. tiene noventa años y va en silla de ruedas.

Me encogí de hombros.

—Cuando se dio cuenta de que solo estaba pendiente de ti, buscó otras opciones.

Abrió mucho los ojos y me miró fijamente. La había sorprendido con esa confesión. Pero pronto me di cuenta de que realmente quería que ella lo supiera.

«Me haces perder el norte, Lydia. Siempre lo has hecho».

—La has usado —dijo finalmente—. Pensaba que odiabas ese juego.

—Nos hemos utilizado mutuamente —repuse, dándome cuenta de la referencia

que estaba haciendo a sí misma. Sin embargo, tenía razón. Había actuado como un hipócrita de muchas formas, tantas que casi no las podía recordar. Suspiré, hundiendo los hombros con disgusto. Era un gilipollas.

—Debería irme a la cama —sugirió un rato después.

Asentí moviendo la cabeza al tiempo que le soltaba el pie.

—Tenemos que hablar sobre algunas cosas. ¿Podemos hacerlo mañana mientras cenamos? Mañana trabajaré desde aquí.

—Por supuesto. —La ayudé a levantarse, pero cuando la vi cojear hacia la puerta, no pude soportarlo. La cogí en brazos y, aunque ella soltó un chillido de asombro, no me dijo que la dejara en el suelo. Para mi sorpresa, me rodeó el cuello con los brazos y permitió que la llevara. Cuando empujé la puerta de su dormitorio con el pie, señalé el cuarto de baño con la cabeza.

—¿Quieres que te prepare un baño? —pregunté. Mi voz era ronca solo de imaginar sus miembros desnudos y húmedos colgando por el borde de la bañera mientras ella se sumergía en el agua caliente. Me aclaré la garganta, tratando de borrar la imagen. Pero ella negó con la cabeza.

—No, solo quiero ir a la cama. Puedes bajarme. Estaré bien.

Le solté las piernas, y las bajó lentamente, deslizando su cuerpo contra el mío.

—Buenas noches, Lydia.

Necesitaba que dejara de mirarme con esos hermosos ojos, que de alguna forma parecían ver a través de mi confusión y desesperación.

Necesitaba que su piel no fuera tan suave, tan sedosa que no quería dejar de tocarla.

Necesitaba que no fuera tan atractiva, fascinante e irresistible.

—Buenas noches, Brogan. —Tenía que apartarme antes de que hiciera algo totalmente estúpido, algo que ella no se merecía después del día que acababa de soportar, del día que le había hecho soportar. Me di la vuelta.

—Brogan —me llamó. La miré—. En mi opinión, ahora estamos empatados.

—¿Empatados?

—Desde hoy. Se ha igualado la puntuación entre nosotros. Puedes tratar de hacerme sufrir más, pero a partir de ahora, lucharé contra ti si lo haces. Solo quería que lo supieras. —Alzó la barbilla de forma desafiante.

Estuve a punto de sonreír, pero me contuve. Era una muchacha feroz pero exquisita, con los pies hinchados y los cabellos dorados cayendo en cascada alrededor de sus rasgos, y tenía... unos preciosos bollos de crema que casi desbordaban aquella camisa demasiado pequeña. No tenía nada con qué negociar y, sin embargo, se enfrentaba a mí como si tuviera todas las cartas. Por otra parte,

quizá las tuviera. Tal vez las había tenido todo el tiempo. Me observó con cautela mientras la miraba, como si estuviera esperando que hiciera algo, pero no estuviera segura de qué. Por fin, me limité a asentir y salí de su dormitorio.

11

LYDIA

—Buenos días —me saludó Brogan, mirándome por encima del hombro antes de darle la vuelta a una tortita—. ¿Qué tal están tus pies?

Recorrí su espalda y su trasero, embutido en unos vaqueros. ¡Dios mío! ¿Cómo podía haberme olvidado de que Brogan tenía ese culo tan increíble? Llevaba también una camiseta marrón que destacaba los músculos de su espalda y de sus brazos. Aparté la vista antes de que me pillara admirándolo.

—Mejor —aseguré, sentándome ante la barra y recogéndome el pelo, todavía húmedo, de forma desordenada en lo alto de la cabeza y asegurándolo con una goma que llevaba en la muñeca. La verdad era que los pies todavía me dolían, aunque no cojeaba. Dormir a pierna suelta y un largo baño habían obrado maravillas en mis pies y en mis músculos. Además, mi ánimo había mejorado considerablemente por el hecho de que por fin íbamos a hablar esta noche. Tal vez entonces podría reanudar mi vida, al menos de alguna forma. Ya pensaría cómo resolvería lo que fuera cuando Brogan expusiera sus términos.

—¿Te gusta cocinar?

—Me las arreglo con los conceptos básicos —confesó, sonriendo. Parpadeé. Brogan Ramsay estaba mostrándome una sonrisa sincera. Incluso le había visto los dientes, con el frontal montado un poco sobre el compañero, lo que hacía que mi corazón se acelerara como siempre. En realidad debería sentirse culpable de enseñarme los dientes, desde luego que sí. A pesar de que todavía no se había disculpado, no iba a tratar de forzarlo. Como le había dicho anoche, lo ocurrido ayer nos había dejado empatados. En este momento albergaba la esperanza de que nos devolviera De Havilland Enterprises y que pudiéramos llegar a un acuerdo razonable. Después cada uno podría seguir su camino, sin un daño permanente. Entonces, ¿por qué ese pensamiento me provocaba una cierta decepción en vez de alegría? Tampoco era que hubiera disfrutado de la compañía de Brogan esta semana. Y a pesar de eso..., siendo sincera conmigo misma, sabía que todavía había

algo entre nosotros, algo que me costaba definir. Tal vez fuera solo atracción física, deseo no correspondido, la certeza de que entre nosotros habría magia sexual si tuviéramos la oportunidad. Pero, fuera lo que fuera, no lo sabríamos nunca, porque nuestra relación —si se podía llamar así— era de naturaleza temporal, y estaba basada en su venganza. Me mordí el labio mientras intentaba contener mis contradictorias emociones.

Brogan dejó un plato lleno de esponjosas tortitas sobre la mesa, en el rincón del desayuno. Vi que ya había allí un plato con beicon, otro con patatas mezcladas con lo que parecía cebolla y pimiento y dos vasos de zumo de naranja.

—Son muchas patatas —señalé.

—Soy irlandés. Me gustan las patatas —bromeó—. ¿Café? —Asentí moviendo la cabeza, y llenó dos tazas en la encimera para llevarlas hasta la mesa, donde se sentó enfrente de mí.

—Gracias —dije, haciendo un gesto hacia la comida.

—Un placer. —Nos servimos y, durante los minutos siguientes, nos dedicamos a comer.

—Mmm..., qué bueno está —comenté, pinchando otro bocado de tortita—. No era consciente de que tu talento como cocinero estaba a la altura de tus habilidades como jard... —Abrí mucho los ojos al tiempo que me interrumpía, desolada por haber soltado aquel comentario grosero y sin sentido—. Bueno, ya sabes a qué me refiero.

Brogan terminó de masticar.

—Lydia —dijo con una expresión divertida—, no pasa nada. Antes era jardinero. En realidad ni siquiera era jardinero, sino ayudante. Así que está bien.

—Fueras o no ayudante, eras el más trabajador que he conocido —dije por lo bajo—. No me sorprende que tengas tanto éxito. Cuando trabajabas en nuestra propiedad hacías el trabajo de dos hombres.

Detuvo la taza camino de sus labios.

—¿Te diste cuenta de eso?

—Me di cuenta de todo lo que hacías —confesé con las mejillas ardiendo al tiempo que levantaba la barbilla—. Era una acosadora como Dios manda, y me tomaba mi trabajo muy en serio.

Él me miró con una expresión algo desconcertada. ¿De verdad no lo sabía? No creía haber sido tan sutil.

Tomé un sorbo de zumo.

—De todas formas, ahora eres un hombre de negocios. ¿Me vas a contar a qué te dedicas en realidad?

Terminó de masticar.

—¿Te parece si hablamos de todo eso esta noche?

—Vale. Pero no creas que me voy a olvidar —dije, arqueando una ceja.

Esbozó otra sonrisa.

—No lo he pensado ni por un segundo. ¿Qué vas a hacer hoy? Me he dado cuenta de que el cajón de los calcetines no está organizado por colores. —Curvó los labios, por lo que supe que estaba tomándome el pelo. ¿Eh? Sonreí también. Era un hombre, y para ellos solo había dos colores, blanco o negro. Es decir, trabajo de dos minutos.

—Puedo hacerlo por la tarde, pero... Mmmm... Tengo que hacer un recado por la mañana, mientras estás trabajando.

—¿Un recado?

Asentí con la cabeza al tiempo que cogía un trozo de beicon y me lo llevaba a la boca.

—De hecho, voy a ver mi antigua casa. Mi amiga Daisy me ha dicho que la familia a la que se la vendió Ginny se ha mudado. —Tomé otro trozo de beicon, que mastiqué y tragué antes de seguir—. No podré entrar en la mansión, pero quiero pasear por los jardines.

Brogan estaba estudiándome con intensidad.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros, tratando de parecer indiferente.

—Mi padre murió mientras estaba en la universidad, en primero. Mucho antes de lo que nadie esperaba. Sabía que estaba enfermo, pero... —Mi voz se apagó mientras recordaba lo que había supuesto recibir aquella terrible llamada telefónica de Stuart, había contenido las lágrimas mientras hablaba con él, pero después me había hundido en la cama, sollozando contra la almohada. Me había sentido muy sola. Logré recobrarme de alguna manera y busqué un vuelo para volver a casa. De hecho, me había recobrado de un montón de cosas desde entonces. Respiré hondo—. Fui a casa, por supuesto, pero todo fue muy rápido. Era como si estuviera envuelta en una neblina, ¿entiendes? —Le brindé lo que debía de ser una sonrisa triste—. Después regresé a la universidad, y más tarde nos enteramos de la deuda... Así que Ginny puso la propiedad a la venta y encontró un comprador enseguida..

—Así que nunca pudiste despedirte —completó Brogan.

«Nunca pude despedirme».

Lo miré a los ojos.

—No —susurré—. Nunca lo hice. Ni de mi padre ni de la casa en la que había crecido. Después de graduarme, cuando regresé de la universidad, todo había

desaparecido... —Hice un movimiento con los dedos, un gesto de repentina tristeza, y me sentí nerviosa al compartir con él esa parte de mí misma. Me cogió la mano y la puso sobre la mesa—. Solo quiero andar por allí un poco. Quizá sea una estupidez, pero lo necesito. No sé si volveré a tener otra oportunidad.

—No es una estupidez —aseguró, cubriendo mi mano con la suya. Tenía la piel caliente y algo callosa, y de repente, solo podía estar pendiente de esa pequeña porción de piel que lo tocaba. Tenía unas manos preciosas. Era algo que recordaba, que había notado desde que lo vi trabajar por primera vez en nuestros jardines. Los dedos eran largos y delgados y las manos, elegantes pero fuertes. Cuando alcé la vista, nuestros ojos se encontraron, y nos sostuvimos las miradas durante varios segundos. Carraspeé para aclararme la garganta y retiré la mano. Me tomé un sorbo de café para centrarme de nuevo.

—Me gustaría ir contigo.

Fruncí el ceño.

—Es que no sé si...

—No me interpondré en tu camino, solo quiero acompañarte. Yo tampoco tuve la oportunidad de despedirme. —Vi en su cara una expresión de desolación, y tragué saliva para hacer desaparecer el nudo que había aparecido en mi garganta al recordar aquella lejana noche: Brogan andando por el césped con la cabeza gacha y los hombros tensos incluso cuando lo empaparon los aspersores.

—Está bien —dije por lo bajo—. Es un lugar lo suficientemente grande para que los dos podamos vagar por separado, supongo.

Me dirigió una leve sonrisa.

Acabamos de desayunar y me ofrecí a limpiar mientras él terminaba lo que tenía que hacer en su despacho. Después, subí a secarme el pelo y me lo recogí en una coleta. Llevaba unos pantalones cortos de lino y una camisa negra. El estado de mis pies no me iba a permitir otra cosa que chanclas, así que me las puse, cogí el bolso y las gafas de sol y bajé a reunirme con Brogan, que estaba saliendo del despacho.

—Solo necesito un segundo. —Asentí moviendo la cabeza, sin saber exactamente por qué estaba tan nerviosa. Supuse que era porque se trataba de la primera vez que iba a algún sitio con Brogan. Algo extraño por otro lado, ya que había vivido en su casa durante toda la semana pasada. «Pero él no estaba aquí». De cualquier forma, lo de hoy me parecía diferente. Quizá fuera por el sitio al que íbamos a ir juntos.

Brogan bajó un minuto después ya calzado y abrió la puerta para que saliera. Cuando lo hizo él, cogió las llaves de una cesta que había sobre el aparador. Lo seguí hasta su coche, y estuvimos en relativo silencio los veinte minutos que nos separaban de la que había sido mi casa. Observé el paisaje por la ventanilla; había

crecido en este lugar y lo adoraba. No había más que apartarse unos kilómetros de la costa para apreciar el extenso campo. A medida que nos acercábamos a Merritt, el paisaje se volvió más bucólico, con colinas verdes, muros de piedra y grandes praderas donde pastaban los caballos. Era una zona rica, pero lo que siempre me había gustado de esta parte de Greenwich era su encanto campestre, a pesar de estar tan cerca de Nueva York. Todo a mi alrededor parecía susurrar «hogar».

Brogan detuvo el coche en el largo camino curvo de acceso a la casa en la que había vivido hasta los dieciocho años. Una oleada de emociones me inundó al salir del coche y mirar la preciosa mansión de estilo georgiano que una vez había pertenecido a mi familia. Miré a mi alrededor lentamente. El jardín estaba desatendido, y la casa parecía abandonada. Tragué el nudo que tenía en la garganta y me volví hacia Brogan.

—Si hubieras esperado un poco más, podrías haber comprado esta casa.

Me estudió durante un momento con una expresión extraña en la cara.

—Quería una propiedad que tuviera una casa de invitados para Eileen —explicó en voz baja—. Está estudiando en la universidad de Fairfield.

—Ah... —La universidad de Fairfield estaba a media hora de Greenwich. Albergaba la esperanza de que tendría alguna oportunidad de visitar a Eileen e interesarme por su vida, sobre todo después de que hubiera sido tan amable conmigo—. Es genial. —Nuestras miradas se encontraron durante un momento antes de que curvara los labios en lo que me pareció casi una sonrisa.

Di media vuelta y subí las escaleras; usando la mano como visera para protegerme del sol, miré a través de una de las ventanas que flanqueaban la puerta. Percibí el vestíbulo vacío, la ancha escalera que tantas veces había bajado... Me vi como una niña corriendo por ella la mañana de Navidad, como una jovencita con vestidos de fiesta, deslizándome por los escalones mientras trataba de parecer tan sofisticada como me fuera posible ante la cita que me esperaba en la parte inferior... Suspirando, di un paso atrás.

—¿Te importa si...? —Usé el dedo para señalar al jardín y la propiedad circundante.

—Por supuesto —repuso Brogan, que parecía saber exactamente lo que le estaba pidiendo. Lo vi dar un paso atrás mientras me preguntaba lo que estaba pensando, por dónde iba a estar. Pero aparté esa cuestión de mi mente; necesitaba este tiempo para mí.

—Nos reuniremos después en el coche —dijo con un gesto de despedida.

Di un paseo lento alrededor de la propiedad, dejando que mi mente se llenara de recuerdos agradables: oír el ronroneo del coche de mi padre todas las noches y salir

corriendo a recibirlo, rodearle el cuello con los brazos mientras él se reía y daba vueltas conmigo. Recordé que mi madre siempre había adorado la nieve, por eso la primera nevada era siempre un día mágico en casa. La risa de mi madre estaba llena de alegría mientras hacíamos ángeles en la nieve y atrapábamos copos con la lengua. Me acordé de cuando mi madre entraba en mi habitación para darme un beso de buenas noches antes de salir con mi padre. Recordé su perfume, un aroma ligero y femenino cuyo nombre no conocía. Me solía dar besos esquimales y me decía que algún día me enamoraría de un hombre igual que ella se había enamorado de mi padre. Y algún día tendría una niña tan guapa como yo. «¡Oh, mamá!».

Mientras rodeaba la valla de la piscina, recordé las tardes de verano riéndome con mis amigas, untándonos crema para el sol, leyendo artículos de revistas entre nosotras y cotilleando de chicos. Cerré los ojos para inhalar el aroma familiar: hierba, flores, el leve olor de los caballos cercanos, que persistía a pesar de que se habían vendido todos. Me di la vuelta y miré los establos. Serían mi última parada.

Mientras andaba por allí, se apoderó de mí una sensación de paz. No tenía ninguna razón particular para ello, en este momento de mi vida estaba triste, perdida, todo era agitado e inseguro, pero, sin embargo... ahí estaba. Quería creer, por un momento, que mis queridos padres habían utilizado la brisa para acariciarme y decirme que todo iría bien, y en el fondo, sabía que sería así.

«Os echo mucho de menos y me gustaría que estuvierais a mi lado».

Me había sentido a la deriva mucho tiempo, e incluso antes de que Brogan se hubiera hecho cargo de la empresa, mi fachada había empezado a agrietarse un poco. Me daba cuenta ahora de que en parte era por haber perdido a mis padres antes de cumplir veinte años y no haber reconocido nunca el profundo dolor que eso me causaba. Sin embargo, aceptar esa abrasadora pérdida en los terrenos donde me había criado me traía cierto consuelo. El olor me calmaba... Me tranquilizaba.

Mis padres habían muerto aquí, pero estaba recordando la vida. ¡Dios, cómo necesitaba hacer esto!

Probé a abrir la puerta trasera de los establos y, para mi sorpresa, no encontré resistencia. La luz interior era más tenue, y las motas de polvo giraban perezosamente en los rayos de luz que procedían de las claraboyas. El olor a madera vieja, a heno y a la persistencia de los caballos que habían vivido aquí se mezclaba en el aire. Caminé hasta el fondo y miré el espacio vacío. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Oh, Maribel! —susurré. Había sido mi yegua, y la parte más dura de la venta de la propiedad fue cuando Ginny me dijo que tenía que venderla. Me aseguró que había encontrado un buen hogar para ella, pero todavía la echaba de menos a pesar

del tiempo transcurrido—. ¿Se portan bien contigo? —musité.

Incliné el cuello y apoyé la frente en la madera áspera. De repente, oí un ruido y me di la vuelta. Brogan estaba junto a la puerta abierta, con aire inseguro y las manos en los bolsillos. Por un momento me limité a mirarlo. Se parecía mucho al chico que había conocido, al muchacho que había querido de una forma desesperada, al chico que una vez había... amado. Sí, lo quería. Algunos dirían que no lo había conocido lo suficiente como para amarlo, que me había enamorado de mi propia fantasía y, simplemente, había sido joven y voluble, una chica que ni siquiera sabía qué era el amor. Pero yo no creía tal cosa, ni siquiera ahora, tantos años después y con los ojos de una mujer. Algo de él me llamaba, algo de él había hablado a mi corazón como no lo había hecho nadie antes ni después. Incluso ahora, uno de pie frente al otro en la penumbra del establo, donde habíamos hecho el amor por primera vez, había mucha amargura entre nosotros, mucho dolor o resentimiento... y aun así mi corazón reconocía algo en él que no sabía cómo llamar.

—Hola —susurré. Brogan se dirigió hacia mí sin apartar los ojos. La expresión de su rostro era intensa, estaba llena del mismo anhelo que había visto en sus ojos. Me sorprendió, me alcanzó, el calor que emitía, porque me di cuenta de lo que le estaba costando que la viera. Cuando se acercó a mí, incliné la cabeza hacia atrás para estudiarlo mientras contenía la respiración. Llevó la mano a mi cara y usó el pulgar para secarme la lágrima que caía por mi mejilla.

—Lydia... —susurró—, *mo chroí*.

¿Princesita? No, ya no lo era. Pero así era como me había llamado siempre, y esas palabras eran únicas por esa razón, en especial cuando las pronunciaba de esa manera. Negué con la cabeza.

—Es que...

—Lo sé —dijo—. Lo sé. —Me incliné buscando su contacto. Quizá era porque yo estaba muy sensible, quizá porque necesitaba que alguien me tocara con ternura en este momento. O quizá porque era Brogan y estábamos juntos otra vez en el lugar donde una vez lo había amado, y me estaba mostrando su propia vulnerabilidad. Quizá fuera la suma de todas esas cosas.

Por un momento, me sentí como si hubiera retrocedido en el tiempo y pudiera aferrarme a él para hacerlo mejor esta vez. Quería otra oportunidad... La oportunidad de conseguir que las cosas fueran diferentes. Y aunque sabía que no podía ser así, en este momento parecía viable.

Solté el aliento de golpe y puse la mano en el corazón de Brogan, sintiéndolo latir de manera constante bajo mi palma.

—Lydia —repitió.

«Una pregunta, una respuesta, una oración».

Su mirada cambió, y supe cuál era su intención antes de que se moviera. Iba a besarme. Por segunda vez en mi vida, Brogan Ramsay iba a besarme. Y yo quería que lo hiciera, posiblemente más que la primera vez. Mi corazón latía acelerado como prueba de ello, y separé los labios un momento antes de que bajara la cabeza para que sus labios se encontraran con los míos. El contacto me hizo sentir de pronto una oleada de placer. Gemí y le rodeé el cuello con los brazos al tiempo que él me atraía hacia su cuerpo. Incliné más la cabeza para deslizar la lengua en el interior de mi boca, buscando la mía, y la frotó contra ella en una deliciosa caricia. Me sentía como si las células de mi cuerpo estuvieran entonando una sintonía cuando recordé con facilidad su sabor, su tacto, la forma en la que ponía las manos en mi espalda para poder recorrer mi piel con los dedos. Lo agarré también, pero dejé las manos quietas para concentrarme en su exploración. Recordé. Recordé la mirada nublada y torturada de sus ojos cuando experimentaba demasiados estímulos a la vez, la forma en la que detenía sus movimientos para disfrutar de los míos. No siempre era capaz de dar y recibir a la vez. Pero este era un baile que había empezado mucho tiempo atrás y oía la melodía, sentía el ritmo mientras presionaba su cuerpo contra el mío. Lo oía y mi cuerpo respondía como si lo cantara solo para mí.

«Te conozco, Brogan. Nunca te he olvidado».

Gemí de nuevo, deslizando la lengua y respondiendo con suavidad. Me encantaba su sabor a menta, a Brogan, ese algo que era solo suyo y de nadie más.

Nuestro beso se hizo urgente, él movió los dedos con ligereza por cada parte de mi piel que tenía a su alcance, como si estuviera tratando de convencerse de que estaba realmente allí. Sentí la dura presión de su erección contra el estómago y me apreté hacia él. Se separó de mis labios, jadeando.

—Yo... —dijo, mirándome con los ojos vidriosos—. Yo... Dios, Lydia... — Volvió a buscar mis labios, y seguimos besándonos durante un buen rato. Me apoyé en Brogan, inerte de necesidad. Él aceptó mi peso, sosteniéndome con un brazo alrededor de la cintura mientras se hundía en mi boca como si hubiera nacido para hacer justo eso. Luego deslizó los labios por mi cuello y succionó el punto en la base de la garganta. Noté un latido entre las piernas y la ropa interior empapada. Quería pedirle que me tumbara en el suelo, que me desnudara, que me separara las piernas y me llenara con su dureza, que aliviara el terrible y doloroso vacío que sentía en mi interior. Y si no hacía precisamente eso, le rogaría, suplicaría y lloraría.

Separando mi boca de la de Brogan, tomé aire.

—Tenemos que... que... —jadeé, tratando de organizar mis pensamientos.

—Lo sé. —Me atrajo hacia él mientras recobrábamos la respiración, y apoyé la cabeza en su pecho, tratando de averiguar lo que sentía—. Te deseo, Lydia —confesó al tiempo que apoyaba la frente en la mía, y soltó un suspiro tembloroso como si al admitir eso estuviera admitiendo también su derrota.

Alcé la cabeza y lo miré. Nuestros ojos parecieron enredarse antes de que mirara a lo lejos, a la puerta interior que había a su espalda. Todavía quedaba mucho que decir entre nosotros, algo no resuelto y no contado. No iba a mentirme a mí misma: yo también lo deseaba. Con desesperación. Pero no era suficiente. No lo había sido entonces y, sin duda, no lo iba a ser ahora. Le cogí de la mano y tiré de él para que me siguiera. No se resistió. Cuando entramos en lo que había sido aquella pequeña habitación, lo solté y lo miré.

—¿Qué pasa con esto, Brogan? ¿Qué me dices de lo que pasó aquí? ¿Alguna vez me perdonarás? ¿Está esto —señalé con mi mano la habitación que nos rodeaba, incluyendo todo lo que había ocurrido aquel día— realmente zanjado para ti?

Apartó la vista y miró a nuestro alrededor, ahora vacío, deteniendo los ojos en el lugar que había ocupado la pequeña litera. El sitio en el que ambos perdimos la virginidad hacía mucho tiempo.

Me acerqué y me detuve en ese punto mientras me atravesaba una oleada de melancolía al recordar mis estúpidos sueños adolescentes.

—Me lo había imaginado muchas veces. Que te acercarías y me besarías. —Me llevé los dedos a los labios como si volviera a representar el drama de mis fantasías infantiles—. Tus labios serían suaves, muy tiernos. Había fantaseado muchas veces sobre cómo sería besarte. Me tumbaba en la cama y pensaba en ello mientras deslizaba las manos por mi piel, fingiendo que eran las tuyas las que me tocaban, las que me acariciaban, me imaginaba a qué sabrías, cómo olería tu piel, quizá a sudor y a hierba. —Cerré los ojos y suspiré antes de esbozar una pequeña sonrisa soñadora mientras colocaba las manos sobre mi corazón. Cuando los abrí, Brogan me miraba con desconcierto—. Myles se enfadaría y te exigiría que le dijeras por qué estabas besando a su chica. «¿Tu chica?», dirías tú, y me reclamarías al instante aquí mismo. «Es mi princesa. Es mía y de nadie más». Y luego... No sé, nos subiríamos a uno de los caballos y cabalgaríamos hacia el atardecer. —Dejé caer los brazos, suspirando mientras miraba a mi alrededor—. Nunca se me dio bien atar los cabos sueltos después de haber orquestado la parte más emocionante. —Lo miré con un ruego en los ojos—. Tenía dieciséis años y era estúpida. Era joven, alocada y egoísta. Tendría que haberte dicho que te amaba en lugar de tramar nada. Lo siento, Brogan. Nunca quise hacerte daño. —Negué con la cabeza—. Nunca quise que pasara lo que pasó.

Lo siento mucho. Me siento muy, muy triste. —Mis palabras se desvanecieron en la nada.

La expresión de Brogan era de total estupefacción. Abrió la boca para decir algo, pero la cerró. Por fin, inclinó la cabeza.

—¿Querías salir conmigo? —preguntó—. Planeaste todo eso para que... —Se pasó la mano por el pelo mientras miraba al suelo como si allí pudiera aparecer la respuesta que estaba buscando. Después de un momento, entrelazó las manos detrás del cuello y se quedó así durante varios minutos, como si luchara contra algo. Esperé, sin entender qué era lo que lo hacía sentir tan confuso. Por fin, dejó caer los brazos y me miró a los ojos—. ¿Lo hiciste por mí? ¿Lo hiciste porque querías que luchara por ti?

Asentí con la cabeza lentamente mientras lo estudiaba.

—¿Por qué crees que lo hice? —pregunté.

—Pensaba... —Negó con la cabeza—. Pensé que me habías utilizado para poner celoso a Myles. Supongo que no importa. —Solo que parecía que sí importaba. Parecía que importaba mucho.

—No, te quería a ti. Te deseaba tanto que no podía pensar en otra cosa. Tanto que estaba dispuesta a utilizar todos los trucos a mi alcance para conseguirte. Cada estúpido y manipulador truco.

Suspiré, di unos pasos y me giré, apretando la espalda contra la pared y deslizándome hacia el suelo. Se unió a mí, sentándose a mi lado, con su hombro tocando el mío y la vista clavada en el frente.

—Fuimos a tu casa a la mañana siguiente, ya sabes, mi padre y yo. Fui a buscarlo después de que Stuart... Después de que Stuart despidiera a tu padre, corrí hacia casa en busca de mi padre. Estaba durmiendo, así que lo desperté. Me dijo que iríamos a veros a primera hora de la mañana. Prometió que lo solucionaría todo. Le caías bien. Todo se habría arreglado, pero no estabas.

—Nos fuimos esa misma noche —explicó—. No soportaba estar aquí ni un minuto más. —Dejó caer la cabeza hacia atrás y la golpeó dos veces contra la pared.

—Brogan... Quiero... Quiero decirte algo. —Tragó con fuerza—. Nosotros te buscamos... Al menos, se supone que Stuart se esforzó para conseguirlo. Mi padre estaba enfermo, así que le encomendó esa tarea a mi hermano. Ahora me pregunto si... —Bajé la mirada a mis manos—. Pero de todas formas, queríamos encontrarte porque tú... Porque me quedé embarazada. —Sentí que se quedaba congelado antes de que se incorporara bruscamente para mirarme directamente a los ojos.

—Lydia, Dios mío... —Respiró hondo—. Tuviste...

—Perdí el bebé. Estaba ya de tres meses y... —Negué con la cabeza. El repentino

dolor me tomó por sorpresa. Tomé aire de forma temblorosa, casi sorprendida por la poderosa angustia que me abrumaba. Pero no iba a llorar ahora. No delante de Brogan—. Todo el mundo me decía: «Oh, es lo mejor que pudo pasar, Lydia». Me lo dijeron una y otra vez y los odié cada vez que lo hicieron. Los odiaba porque, si era mejor, ¿por qué me dolía tanto? Se referían a mi bebé. Estaban diciéndome que lo mejor era que mi bebé hubiera desaparecido. —Mi voz parecía aburrida, carente de emoción, a pesar del dolor que inundaba mi corazón—. Incluso cuando me fui a la universidad seguía amargada. Entonces murió mi padre y... —Contuve la respiración y Brogan me abrazó, colocando mi cabeza debajo de su barbilla. Mi respiración se detuvo al sentir que temblaba. Me estrechó con fuerza durante unos minutos, pero luego pareció calmarse y relajar los músculos, por lo que el temblor se detuvo. Eché la cabeza atrás para mirarlo. Tenía la cara pálida y parecía en shock.

—Lydia, Dios mío...

Puse dos dedos sobre sus labios para detener sus palabras.

—No tenía que haberte dicho nada. Lamento habértelo soltado así de sopetón. No he pensado en lo que hacía. —Me humedecí los labios—. Es estar en este lugar... Quizá no debería haberte dicho nada. —Brogan se incorporó y me levantó con él. Me cogió por los brazos para que lo mirara a los ojos.

—Dios, Lydia, también era mi hijo. Por supuesto que has hecho bien en decírmelo. Es que estoy tan... —Negó con la cabeza y, por un momento, pareció un niño perdido—. Lamento que pasaras por eso tú sola. Ni siquiera se me ocurrió que... —Me soltó y se pasó una mano, todavía temblorosa, por la cara—. Creo que los dos sufrimos... de diferentes formas —continuó impasible, mirando la pared detrás de mi cabeza.

—No, yo no tuve que mendigar para comer. Tuviste que hacer cosas que odiabas. Tú...

—¡Joder! No vamos a comparar nuestros sufrimientos —gritó de repente, alejándose de él y poniéndose de pie. Yo también me levanté, sintiendo las piernas temblorosas. Se pasó las manos por el espeso cabello y se lo agarró—. Esto va a ser muy jodido. —Soltó el aliento al tiempo que ponía las manos en las caderas—. Tu hermano me encontró...

Negué con la cabeza, confusa.

—¿Qué?

—Stuart me encontró en el Bronx un par de meses después de que me fuera.

—No, eso no puede ser...

—Lo es. Pregúntale. Nos entregó una bolsa con algunas cosas que nos habíamos dejado en la casa, en la prisa por marcharnos. Una camiseta de Eileen, un recipiente

de plástico... —De repente se echó a reír, pero la risa se transformó en una mueca—. Miró la ratonera en la que vivíamos y luego se marchó.

Me apoyé en la pared.

—Seguro que tenía una razón —susurré—. Tuvo que tenerla... —¿Mi hermano odiaba tanto a Brogan? ¿Por qué me había hecho eso? Sabía lo desesperada que estaba por encontrarlo. Lo sabía.

—Oh, seguro que tenía una razón. Aunque solo él la sabe. Dime, Lydia, ¿crees que se disculpará? ¿Qué te pedirá perdón?

Solté un largo suspiro, masajéandome las sienes. Me dolía la cabeza.

—No sé. Probablemente no. Sé que lo odias por lo que te hizo, pero yo no puedo cambiarlo, Brogan. Tenemos que encontrar la manera de seguir adelante. Tenemos que encontrar la forma de encontrar la felicidad. Eres un hombre rico y poderoso, que has tenido éxito contra todo pronóstico cuando todavía eres muy joven. Tienes que estar orgulloso de eso. —Me acerqué a él y le cogí las manos—. ¿Sabes lo que yo saqué de positivo de todo esto? Maduré, Brogan. Maduré muy rápido al tener que enfrentarme a esta gran dosis de dolorosa realidad. Mi plan te hizo daño, y lamentaré las consecuencias que sufriste por ello toda mi vida, pero también me hizo daño a mí, y aprendí que no solo importo yo. Aprendí que cada elección tiene un resultado y que aferrarse a la amargura es un veneno que te corroe desde dentro.

Brogan me miraba como si estuviera loca, con una expresión dura e inflexible. Pero cuando me recorrió la cara con los ojos, algo se suavizó en su gesto.

—Lydia, has sido capaz de perdonar. Ojalá pudiera hacerlo yo igual.

—Tienes que hacerlo, Brogan. Tienes que hacerlo o te envenenarás por dentro.

—Quizá ya estoy envenenado, *mo chroí*.

Negué con la cabeza.

—No, no lo creo. Puedes hacerlo. —Le apreté las manos mientras miraba su hermosa cara, esos ojos azules casi de otro mundo, en los que creí adivinar una dolorosa soledad—. Puedes —susurré—. Sé que puedes.

Pero su silencio me dijo que no estaba de acuerdo.

12

BROGAN

Estuve encerrado durante el resto del día en mi despacho, pero no me sirvió de nada. Me quedé sentado, mirando la pared, con una copa en la mano, reviviendo todo lo que había ocurrido en ese mismo día en los antiguos establos de los De Havilland. Mi instinto me impulsaba, pero yo cerraba los ojos ante el recuerdo.

«Lydia se quedó embarazada».

Había estado embarazada y sola. Sin embargo, durante todos estos años, cuando pensaba en ella, solo me había concentrado en mi propia desgracia, en mi orgullo dañado.

—¡Menudo cabrón egoísta! —solté, vaciando el resto de la copa.

Me había derramado en su interior ese día y, sin embargo, nunca había imaginado que se hubiera producido un embarazo porque había estado demasiado atrapado en mi propio sufrimiento.

Lydia había tratado de encontrarme. O al menos, había enviado a Stuart en mi busca. Sentí una oleada de odio tan intensa que casi me tumbó, al recordar la expresión de rechazo en su cara cuando llegó al apartamento donde vivíamos y la forma en que se marchó sin decir una sola palabra sobre Lydia.

Quizá le podría haber llegado a perdonar finalmente lo que había ocurrido en los establos después de hacer el amor con Lydia; era poco probable, pero cabía la posibilidad. Pero jamás le perdonaría que no me dijera que Lydia estaba embarazada cuando tuvo la oportunidad. ¿Y si había sido la presión de la situación lo que provocó ese aborto? Podía tener ahora un hijo de seis años... Casi no podía asimilarlo en mi cabeza ni en mi corazón.

«Creamos una vida juntos».

Y, ¡Dios mío!, también me había dicho que me había citado ese día porque me quería, no para usarme como yo había pensado. Todavía estaba conmocionado por su confesión, que seguía resonando en mi cabeza: «Tendría que haberte dicho que te amaba...». Sentí una opresión en el corazón. Ni siquiera lo había considerado,

solo me había visto a través de los ojos de alguien que se sentía indigno de ella. Y ahora, en cierta medida, también me sentía indigno, pero a causa de mis propios actos tortuosos.

«Todo había ido mal. Menudo eufemismo...».

Y ahora, ¿qué pasaría? ¿Dónde nos dejaba esto a Lydia y a mí? Apoyé la cabeza en la silla y miré el techo. Había hecho que todo esto se convirtiera en un maldito caos. Sabía que la deseaba, pero ¿qué significaba eso? Todavía había entre nosotros una intensa atracción física. ¡Joder!, si solo tenía que mirarme y ya me empalmaba... Besarla hoy había sido lo más placentero que había experimentado en años, mucho mejor que cualquier relación sexual que hubiera mantenido en el tiempo que habíamos estado separados. Lydia parecía entenderme de una forma diferente a cualquier otra mujer; me hacía sentir seguro... e inseguro a la vez.

Pero el quid de la cuestión cuando se trataba de ella era: ¿sería una buena idea perseguir más, fuera lo que fuera? ¿O se había creado una situación en la que no volvería a confiar en mí ni en mis motivos aunque estuviera dispuesta a entender la verdadera naturaleza de mi deseo de venganza? No podría culparla si fuera ese el caso. Me había comportado como un idiota inmaduro. Y aún sabiéndolo, no podía abandonar mi idea, ni siquiera por ella. Quería joder a su hermano. Y el muy idiota se estaba hundiendo todavía más en la mierda. Yo ni siquiera pensaba que fuera posible, pero era evidente que había subestimado la completa estupidez de Stuart De Havilland. Solté un largo suspiro. Tenía que encontrar una salida, pero antes tenía que arreglarme para la cena. Le iba a hacer a Lydia algunas propuestas, y no tenía ni idea de cómo iba a tomárselas.

Como si estuviéramos en perfecta sincronización, sonó en ese momento el timbre y fui a abrir la puerta al repartidor del restaurante, que esperaba ante el umbral con dos grandes cajas en las manos. Después de darle una generosa propina, dejé los artículos en el horno y en la nevera, respectivamente, como indicaban las instrucciones, y subí a ducharme. Me cambié de ropa para ponerme unos pantalones y una camisa.

Oí el sonido de un secador en la habitación de Lydia, y se me aceleró el corazón pensando que iba a estar solo con ella esta noche. A pesar de que pesaba sobre nosotros todo lo que teníamos que resolver, por dentro volvía a tener diecisiete años. Mi sangre hervía por esa emocionante anticipación, diferente a cualquier cosa que hubiera experimentado desde que tuve esa edad, algo que me hacía sentir impotente y vulnerable a la vez.

«Tendría que haberte dicho que te amaba...».

Salí al pasillo casi al mismo tiempo que Lydia, y nos quedamos mirándonos el uno

al otro mientras esas palabras se seguían repitiendo en mi cabeza.

«Lydia...».

—Hola —me saludó en un susurro.

—Hola —repuse. Llevaba el mismo vestido negro que se había puesto el día anterior antes de que le pidiera que se cambiara, y esta vez me tomé tiempo para apreciar su aspecto. Deslicé los ojos por sus piernas torneadas hasta las caderas suavemente curvadas, seguí subiendo hasta sus deliciosos pechos, hasta sus hermosos rasgos y su brillante pelo rubio—. Estás preciosa. Tu pelo está diferente.

Sonrió, pasándose la mano por el cabello.

—Oh, solo me lo he moldeado un poco.

—Me gusta cómo te queda. —¡Dios!, si hasta hablaba como cuando tenía diecisiete años. Pero ella se limitó a sonreír y avanzó hacia mí.

—Gracias. Tú también estás muy guapo. ¿A dónde vamos a ir?

—He pedido la cena. He pensado que nos sería más fácil hablar si no teníamos que preocuparnos por tener un montón de gente alrededor.

—Oh... —Parecía sorprendida—. Me parece bien. En realidad... —Se detuvo al llegar al último escalón y se quitó los zapatos al tiempo que lanzaba un suspiro de alivio—. En realidad me parece genial... No sé si estoy preparada para enfrentarme a la sociedad de Greenwich tan pronto.

Me estremecí, sintiéndome de nuevo un gilipollas. La cogí de la mano y la llevé hasta la cocina, donde me puse a calentar la comida en el horno. Le entregué a Lydia una botella de vino y un abridor. De repente, esta situación me resultó surrealista; en solo una semana, y casi sin darme cuenta, Lydia había encajado en mi vida. En mi mente daban vueltas demasiadas emociones para poder atrapar solo una. Había estado pensando en el tema durante todo el día, pero ahora solo quería sentarme enfrente de ella y hablar de temas triviales. Quería que me hiciera reír, quería preguntarle sobre su vida. Quería saber qué había estudiado en la universidad, y si le gustaba su trabajo. O más bien si le había gustado antes de que yo llegara. Cerré los ojos brevemente al sentirme de nuevo inundado por otra oleada de vergüenza. Quería que esta fuera una cita de verdad, pero no era posible. Lo había garantizado con mis actos.

—¿Qué habría pasado si me hubiera acercado a ti en una fiesta hace unas semanas? —pregunté cuando llevábamos los platos al comedor.

Se sentó en su silla y me miró con una expresión de confusión.

—¿A qué te refieres? —preguntó, inclinando la cabeza a un lado para observarme.

—Me refiero —continué, sentándome también— a qué habrías hecho si me

hubiera acercado a ti en una fiesta y te hubiera invitado a salir.

Frunció el ceño, como era natural, teniendo en cuenta que mi pregunta era muy seria.

—Mmm..., me hubiera hecho muy feliz verte, Brogan. Estaría feliz y sorprendida, y... habría aceptado. Habría esperado que pudiéramos reparar nuestra amistad, poder pedirte perdón y que tú aceptaras mis disculpas. —La expresión de su rostro era melancólica, como si estuviera deseando que todo ocurriera exactamente de esa manera.

«¡Dios, y yo también!».

Asentí moviendo la cabeza mientras me atravesaba una oleada de pesar.

«Todo podría haber sido diferente». Pero no lo era. Y ahora ya no podía dar marcha atrás, y tenía que contarle a Lydia por qué. Levantó la copa con una sonrisa en los labios.

—Por recuperar las amistades. —«¡Oh, Lydia!».

Levanté también mi vino sonriente.

Nos servimos la cena: solomillo de ternera asada con ensalada César y una guarnición de patatas y verduras asadas.

—Dios, qué bueno está —gimió Lydia—. Tienes que estar encantado de comer algo que no cocine yo.

Me reí.

—La verdad es que cocinas bastante bien. —Decidí no decir nada más, porque en realidad apenas había probado sus platos. Había estado demasiado ocupado mirándola. Al pensar en lo que nos había servido a Anna y a mí, recordé que había utilizado a otra mujer para mis propios fines egoístas: poner celosa a Lydia. Culpaba a otros por los pecados que habían cometido contra mí, y sin embargo, los míos propios se acumulaban más rápido que las fichas de póquer en una racha ganadora.

Seguimos comiendo en silencio durante unos minutos más.

—Bueno, ¿y vas a decirme a qué te dedicas para vivir —indagó después de tomar un sorbo de vino—, o se trata de alto secreto?

—Ya llegaremos a eso. Antes tenemos que hablar sobre nosotros.

—¿Nosotros? —preguntó con la voz entrecortada.

Me aclaré la garganta.

—Sí, tú, yo, y tu hermano.

Asintió.

—Claro, por supuesto. —Moví la comida por el plato durante un momento, tratando de encontrar las palabras adecuadas para lo que estaba a punto de decir. Ella esperó con una expresión de nerviosismo.

—Lydia, tu hermano va de mal en peor.

Frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? Hablé con Stuart hace unos días. Nos enviamos mensajes casi todos los días.

—Es muy fácil mentir en un mensaje. No se ve a la persona que lo manda. — Hice una pausa, recorriendo las hermosas líneas de su rostro—. Ha vuelto a jugar.

Lydia pareció ponerse enferma.

—¿A jugar? —susurró, moviendo la cabeza hacia delante y hacia atrás—. Sin embargo, no tiene dinero. No puede jugar. ¿Con qué apuesta?

—Apuesta a crédito. Y está perdiendo.

Cerró los ojos brevemente antes de dejar el tenedor en el plato con un tenue ruido.

—A crédito... ¿Estás seguro?

—Segurísimo.

Soltó el aire de forma lenta y profunda.

—De acuerdo. Si nos devuelves la compañía, sé que puedo ponerla de nuevo a flote económicamente. Entonces tendré los medios para ayudar a Stuart y...

—No puedo devolveros la compañía, Lydia.

Abrió mucho los ojos y se enderezó en la silla.

—Ya sé que te hizo algo horrible, Brogan. Lo sé, lo sé. Pero mira dónde está él y dónde estás tú. Sin duda puedes dejar a un lado ese odio. Después de lo que hablamos esta mañana, había pensado que...

—No es una cuestión de odio. —Me incliné hacia delante y puse los codos en la mesa—. ¿Dónde piensas que está jugando tu hermano? ¿Dónde crees que obtiene crédito?

—No... No lo sé.

—Está tratando con la mafia. Y esa gente no ve con buenos ojos a los que no pueden pagar sus deudas. De hecho, son implacables en ese tema.

—Implacables... —murmuró. Cuando asimiló el impacto de lo que estaba diciendo, se le llenaron los ojos de lágrimas—. Por favor, Brogan, tiene que haber otra manera. Podría... Podríamos no darle responsabilidades en la compañía. Sin duda podría reunir así el capital suficiente para pagar sus deudas. A pesar de todos sus defectos, Stuart es la única familia que tengo... —Hizo una pausa, mirándose como si tratara de leer mis pensamientos—. Si es necesario, la venderé y pagaré sus deudas, y también te pagaré a ti. Podemos elaborar un calendario de pagos de lo que te debe y tú...

Negué con la cabeza lentamente.

—Sería poco probable que obtuvieras una oferta decente cuando examinaran las finanzas de la empresa. Francamente, no vale ni siquiera la cantidad que Stuart perdió ante mí. —«Pero es lo que querías. Lo único que deseabas en ese momento. O, al menos, lo único que estás dispuesto a reconocer ante ti mismo que deseabas».

—Poco probable, pero no imposible —repuso ella débilmente.

—Y, de todas formas, no tienes tiempo para ello. —No mencioné que incluso sin las recientes acciones suicidas de Stuart, no le habría devuelto la compañía solo para acabar donde había empezado. Ella no disponía de los recursos necesarios. Mis ojos se encontraron con los suyos, y me estremecí ante el temor que vi en su mirada azul verdosa. «¡Joder!». Si Stuart estuviera aquí en este momento, le arrancaría las extremidades una a una.

Ella asintió.

—Vale, obviamente no es tu problema. Ya se me ocurrirá algo. —Empezó a levantarse.

—Siéntate, Lydia, por favor. —Se detuvo y clavó los ojos en mi expresión. Luego hizo lo que le había pedido—. Tengo una oferta para ti, y algunas peticiones.

—¿Oferta? ¿Peticiones? —repitió ella sin comprender.

—Hace años hice algún trabajo para los hombres que han prestado el dinero a Stuart. Es posible que pueda negociar con ellos y conseguir que le den un poco más de tiempo para pagarles.

—¿Por qué vas a hacer eso? —preguntó—. Esto lo has planeado tú. ¿No era lo que querías?

Apreté los labios.

—Maldita sea, Lydia, no sabes lo que son capaces de hacerle a tu hermano si no les devuelve el dinero, lo que pueden hacerte a ti. No soy un maldito monstruo. Admito que quería arruinar a tu hermano, pero no que lo torturen y lo maten. —Cerré los ojos un instante. Admitir en voz alta que había orquestado la caída de su hermano no me hizo sentir el placer que había pretendido una vez. De hecho, llegó acompañado de una extraña sensación de tristeza y vergüenza.

—No voy a asumir la responsabilidad de sus errores, pero sí de los míos. Y trataré de ayudarlo por ti, Lydia. Porque quiero mantenerte a salvo. —Negué con la cabeza, e hice una pausa antes de seguir—. Quiero que vengas a vivir conmigo en el apartamento que tengo en Nueva York.

La vi abrir mucho los ojos antes de mirarme fijamente.

—¿Es realmente necesario...?

—Sí. E insisto en ello si quieres que ayude a Stuart.

Se humedeció los labios y se atrapó el inferior entre los dientes durante un

instante. El gesto hizo que se me tensaran las entrañas.

—¿Durante cuánto tiempo?

—No lo sé. El tiempo necesario para asegurarme de que no corres peligro.

Ella consideró la situación que acababa de explicarle. Quizá para encontrar una salida alternativa.

—¿Qué pasará después con De Havilland Enterprises? —preguntó, con la obvia esperanza de que una vez que todo hubiera terminado tendría la oportunidad de recuperar la compañía. ¿Iba a permitirlo? ¿Se la devolvería al final? ¿Se la vendería de nuevo con algún plan de pagos? Le había dicho a Fionn que no pensaba hacer tal cosa, pero todo había cambiado desde entonces.

—Ahora mismo está en manos de un equipo cuya única labor es alejarla de la ruina financiera.

—Entiendo. —Sus ojos me miraron de nuevo fijamente mientras seguía cavilando—. ¿Luego la venderás? Una vez que sea viable.

—No lo sé. No he decidido nada.

Asintió.

—Mi padre...

—Lo sé. Tu padre creó esta empresa de la nada. Trabajó duro día a día, y la llevó a lo más alto antes de que tu hermano pusiera sus manos en ella. Le encantaba. Estaba orgulloso de ella.

—Sí —confirmó en voz baja.

—No estoy aquí para arruinar el sueño de tu padre. Mi intención es revivirlo.

Emitió un suspiro.

—Me figuro que... que eso es más de lo que estaba haciendo mi hermano.

No comenté nada. Ya sabía lo que sentía por su hermano.

—Estaba tratando de hacerlo yo —continuó—, pero tú...

—Lo sé, lo sé... —A la gente que había puesto a investigar las finanzas de la compañía le había pedido también que averiguaran el estado económico de Lydia y Stuart. Ella había estado reinvertiendo casi cada centavo que ganaba en la compañía, ya fuera en publicidad, apoyos o incluso para compensar el déficit en las nóminas de los últimos meses. Aunque estaba seguro de que ella no se había dado cuenta, Stuart había gastado diez veces más de lo que ganaba, apropiándose bajo cuerda de los beneficios que deberían haber revertido de nuevo en el negocio. Lydia había luchado una batalla contra todo, destinada al fracaso desde el principio. Ahora estaba en la ruina. No solo arruinada, sino prácticamente sin un centavo. Ni siquiera sabía cómo se las había arreglado para pagar la compra que le había ordenado hacer. Esta mañana, cuando los investigadores me comunicaron los detalles, casi se me

había revuelto el estómago.

—Supongo que tendré que buscar trabajo —se rindió finalmente, como si su mente hubiera seguido el mismo camino que la mía.

—Me encantaría que siguieras trabajando en De Havilland Enterprises. Pero no pienso contratar de nuevo a tu hermano. No puedo hacerlo hasta que resuelva sus problemas.

Por primera vez desde que empezamos a hablar, me miró con esperanza.

—¿Me permites seguir trabajando en la compañía?

—Si es lo que deseas, sí. ¿Te gusta hacerlo?

Miró a lo lejos de forma soñadora.

—Casi siempre sí. Es un poco difícil saberlo... Nunca llegué a disfrutar del todo. Me sentía demasiado desesperada. —Se le escapó una risa quebradiza.

Alargué el brazo por encima de la mesa y le cogí la mano; la sentí fría y pequeña contra la mía. Quise sostenerla en mis brazos y decirle que todo iba a salir bien, que no tenía que sentirse desesperada durante más tiempo. Pero no podía porque no sabía si era cierto. Todavía estaba tratando de asimilar cómo había cambiado el rumbo de la situación.

Se quedó mirando nuestras manos durante un instante antes de retirar la suya para coger la copa de vino y tomar un buen trago.

—Debería llamar a mi hermano..., advertirle...

—Ya lo he hecho.

Me miró fijamente.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Mal.

—Quizá debería probar yo. A lo mejor me escucha.

—¿Alguna vez te ha hecho caso, Lydia? ¿Una sola vez?

Me resultó desgarrador observar cómo palidecía. Era como si se desplazara poco a poco entre los años, recordando y examinando las acciones de su hermano. Yo recordaba perfectamente cómo le había dicho que se callara. Una y otra vez. Por la expresión de dolor que apareció en su rostro, y al ver que no era capaz de mirarme a los ojos, supe que había encontrado la respuesta.

—No —dijo en voz baja—. Supongo que no —repitió con un tono tan triste que me estremeció. Parecía perdida, casi... culpable. Como si fuera la responsable de los fracasos de su hermano.

Suspiré.

—Deja eso por ahora. Él sabe lo que tiene en contra. Sabe dónde está, y que necesita no llamar la atención. No podemos hacer nada más por él.

Apartó la mirada mientras tomaba otro sorbo. Después de un tiempo, pareció relajarse un poco; picoteó la cena, aunque seguramente estaba ya fría. Los dos comimos en silencio durante unos minutos más. No dije nada, lo que permitió que Lydia asimilara todo lo que habíamos discutido. Habíamos avanzado mucho esta noche y todavía mantenía su dignidad y su fuerza, y yo la admiraba por ello.

—Dime, ¿a qué te dedicas para ganar todo el dinero que utilizas para adquirir empresas como la nuestra? —preguntó finalmente—. Sé que la nuestra la ganaste jugando al póquer, pero supongo que las demás las has comprado, ya que has puesto De Havilland Enterprises en manos de un equipo capaz con mucha rapidez.

—Es preciso, por supuesto. —Hice una pausa—. Hago un poco de todo. —La vi arquear una ceja, y tomé un sorbo de vino, relajándome un poco yo también. Lydia había oído todo lo que tenía que decirle, y, aunque no había mencionado todavía nada al respecto, sabía que estaba de acuerdo en venirse a vivir conmigo a Nueva York para dejar que le proporcionara la mayor protección posible. Ayudar a Stuart me hacía sentir furioso y disgustado, pero si eso significaba mantener a Lydia a salvo, lo haría con placer. Y, siendo sincero, a pesar de que Stuart había tomado sus propias decisiones, habían sido mis acciones las que habían causado un nuevo nivel de desesperación, y no podía pasar por alto ese hecho. Era un completo desastre—. No sé si recuerdas que se me dan bien los números.

Asintió.

—Sí, claro.

—Yendo al grano, lo que ocurrió es que gané suficiente dinero usando mi talento para hacer algunas inversiones rentables. Me dediqué a ello durante algunos años. Todavía sigo invirtiendo, y poseo participación en una serie de empresas, pero, sobre todo, me dedico a lo que quiero.

Me miró durante unos instantes.

—Te dedicas a lo que quieres... ¿Qué significa eso exactamente?

Me encogí de hombros. Sabía que estaba siendo evasivo, pero era difícil desgranar lo que había hecho, nunca había tratado de explicarlo antes.

—Lo que surja. No se trata de nada ilegal, si es eso lo que estás pensando.

Me estudió antes de decir nada.

—¿Y el dinero que ganaste para empezar a invertir?

—Eso, Lydia, es otra historia. Y no es algo que quiera comentar en este momento. La vi pasar el dedo por el borde de la copa de vino.

—¿Tiene algo que ver con lo que me contaste la otra noche?

—En parte...

Se humedeció los labios de nuevo y toda la sangre me fue directa a la ingle. Que

estuviera de acuerdo con mi propuesta, añadido al vino, estaba haciendo que mis pensamientos tomaran una dirección muy diferente: Lydia y lo mucho que la deseaba.

—El hombre que estaba en la fiesta, Fionn, ¿trabaja contigo?

—Sí. Es mi socio. Lo conocí un par de meses después de trasladarme al Bronx. Sus circunstancias eran similares a las mías. Estaba desesperado. Nos convertimos en un equipo, imagino.

Noté su expresión de tristeza.

—Parece una buena persona.

—Es el mejor hombre que he conocido.

Me observó mientras asentía moviendo la cabeza lentamente.

—Me alegro de que... hubiera alguien que se preocupaba por ti —comentó con ternura.

—Hizo lo que pudo.

Los dos permanecemos en silencio durante un buen rato.

—Una vez que me tengas sana y salva en Nueva York —dijo finalmente—, ¿qué se supone que tendré que hacer durante todo el día?

Hice girar en la copa el último trago de vino y me lo llevé a los labios para beberlo.

—Tengo muchos cajones y armarios que puedes ordenar.

Soltó una carcajada, haciéndome reír.

—Imagino que podrías hacer algo en la empresa. Veremos cómo van las cosas.

Asintió, y me levanté para recoger la mesa. Cuando estuvo despejada y la comida recogida, serví otra copa a cada uno.

—¿Estás cansada? —pregunté—. Podríamos llevar las copas hasta el borde del agua... —¿Por qué pedirle eso hacía que mi corazón se acelerara? ¿Por qué me sentía como si estuviera pidiéndole que saliera conmigo y si me rechazaba me sentiría destrozado? No habíamos aclarado todavía nada de lo que había ocurrido entre nosotros. No tenía ninguna razón real para pasar más tiempo conmigo.

—Me parece genial. —Solté un suspiro de alivio—. Pero antes me voy a cambiar de ropa para estar más cómoda.

—Vale.

Terminé de recoger la cocina y me senté ante la barra para responder algunos correos electrónicos con el móvil. Veinte minutos después, al ver que Lydia todavía no había regresado, comencé a inquietarme. ¿Por qué tardaba tanto? Cogí la botella de vino medio vacía y las copas, decidiendo que había llegado el momento de que pudiéramos tomar la última viendo la puesta de sol. Al mirar por la ventana vi que

el cielo ya estaba teñido de tonos rojos y anaranjados a la altura del horizonte, y que las nubes aparecían doradas.

—¿Lydia? —La llamé, dando un golpecito en su puerta. No obtuve ninguna respuesta, por lo que abrí la puerta lentamente, llamándola por su nombre otra vez. La habitación estaba vacía y mi corazón dio un vuelco. «¿Se habría marchado?». Pero entonces percibí un movimiento al otro lado de las puertas de cristal y la vi allí fuera. Esperé a que mi pulso se tranquilizara antes de acercarme a la terraza. Se había puesto un vestido azul de una tela fluida, y un tirante se le había caído del hombro. Estaba de pie junto a la barandilla, con las manos apoyadas en ella mientras observaba la puesta de sol. Los postreros rayos arrancaban un pálido resplandor amarillo de su cabello, y algunas hebras se movían con la brisa veraniega mientras miraba su perfil y la apetitosa forma de su cuerpo bajo la tela del vestido. Me quedé en trance. Durante un momento me limité a contemplarla, memorizando este momento, sabiendo que para mí nunca habría otra mujer como Lydia De Havilland, de pie en el balcón, observando cómo el día daba paso a la oscuridad.

13

LYDIA

Oí la puerta a mi espalda y me di la vuelta. «Brogan». Apretaba una botella de vino contra su cuerpo con el bíceps, y sostenía los tallos de las copas entre los dedos. Resultaba elegante y atractivo, y me tomé un momento para admirarlo.

—Lo siento, necesitaba un minuto para ver el atardecer. —Señalé el agua con la cabeza, donde se desvanecían los últimos vestigios de luz, haciendo que pareciera que bailaban un millón de diamantes sobre ella—. Si viviera aquí, jamás miraría la puesta de sol desde otro lugar.

Brogan tensó los hombros durante un breve momento y luego dio un paso adelante, cerrando la puerta al salir. Se acercó a mí y me entregó una copa.

Después de subir a mi habitación y cambiarme de ropa, todos los acontecimientos del día me desbordaron a la vez: el emocionante viaje a la casa donde pasé la infancia, los besos de Brogan, contarle lo de mi embarazo, lo de Stuart, el empeoramiento de la situación... Todo. De repente, me sentí cansada. Cansada hasta el tuétano. Había pasado los últimos siete años moviéndome a la deriva de un dolor a otro, de un reto al siguiente, y me sentía como si hubiera llegado al límite. En ese momento, de pie en medio de la habitación para invitados de Brogan, con el vestido azul apretado contra el pecho, me había sentido como si la energía acumulada me hubiera tensado todos los músculos, y solo quería gritar. Quería estar con alguien, depender de otra persona, permitir que fuera otro quien me diera fuerza durante un tiempo. Y no tenía a nadie, nadie en absoluto. Esta mañana había hecho un poco las paces conmigo misma al aceptar la muerte de mis padres, pero volver a mi antigua casa también había sido un recordatorio de que estaba completamente sola, y la realidad hizo que sintiera como si la desesperación hubiera clavado las garras en mí, haciendo más grandes las grietas de mi corazón.

Me había puesto el vestido antes de salir al balcón, que por lo que había descubierto era conocido con el sobrenombre de El paseo de la viuda, preguntándome cuántas mujeres habían estado en una situación así, presas de su

propia desesperación solitaria. Entonces me di la vuelta y él estaba allí, como si fuera la respuesta a mi pregunta, como si hubiera sabido de alguna forma que necesitaba... a alguien. Y quizá no necesitara a alguien, quizá solo lo necesitaba a él. Y esa era otra razón para sentirme muy asustada.

Porque tenía el presentimiento de que necesitar a Brogan Ramsay de nuevo acabaría consiguiendo que mi corazón se rompiera por completo.

Me volví hacia el agua.

—¿Sabes por qué lo llaman El paseo de la viuda?

Apoyó una cadera en la barandilla y bebió un sorbo de vino.

—Porque estos balcones ofrecen una vista del mar sin obstáculos. Las mujeres se paseaban por ellos mirando al agua, esperando ver aparecer los barcos de sus maridos. Y, a menudo, estos no volvían.

Asentí moviendo la cabeza, imaginando otra vez a una mujer sin nombre, sin rostro, que podía haberse paseado por aquí hacía mucho tiempo, con el vestido ondulado por el viento y un pañuelo en la mano para secarse las lágrimas que corrían por su rostro mientras esperaba a su amado.

—Estudié historia en la universidad. —Hice una pausa para tomar un sorbo de vino—. Las mujeres siempre lo hemos tenido más difícil, ya sabes. Somos las que tenemos que esperar a que los barcos regresen, a que las guerras terminen, a que el orgullo se calme, a veces, a que nos devuelvan los cuerpos de algún campo de batalla, desde algún país extranjero, y siempre acabamos atrapadas, mientras vosotros, los hombres, lucháis por lo que es importante para vosotros por razones que no podemos entender. Esperamos, nos preguntamos y nos duele.

Él movió la cabeza para buscar mis ojos.

—Los hombres luchan las batallas y acaban muertos, heridos, con cicatrices, prisioneros...

Negué con la cabeza.

—Esperar. La espera, la incertidumbre, el no saber. Eso es lo más doloroso, la mayor tortura. ¿Te imaginas venir aquí noche tras noche...? Esa cadencia, y solo ser capaz de esperar. Es como esperar a que la muerte se acerque lentamente.

Brogan me estaba mirando con aquella intensidad suya que me resultaba familiar, como si estuviera tratando de averiguar qué era lo que no estaba diciendo. Y la verdad, ni yo misma sabía si había algo que me guardaba para mí misma ni por qué de repente sentía tanto dolor por las mujeres que habían sufrido ese destino que estaba describiendo. Quizá fuera porque me sentía sola..., emocionalmente perturbada, sobrepasada.

—¿A qué quieres dedicarte con un título en historia? —me preguntó finalmente.

Me encogí de hombros, dejando salir el aire que contenía.

—Me gustaría enseñar. No me había decidido todavía cuando fue evidente que me necesitaban en la empresa. Obtuve el título, pero no he llegado a utilizarlo. — Tomé un sorbo de vino.

—¿Tu intención no era trabajar allí?

—No, eso lo hice para cuidar de Stuart. —Suspiré. El peso de la verdad cayó sobre mis hombros—. Es evidente que mi trabajo en la compañía no ha sido gran cosa.

—No, Lydia. Has mantenido viva la empresa, la has alejado de la ruina..., aunque no por completo. He examinado los libros.

Lo miré fijamente. ¿Qué esperaba? Claro que había mirado los libros. Estaba tratando de arreglar las cosas, de crear un futuro para la compañía que mi hermano casi se había cargado. Necesitaba conocer todos los detalles sobre lo que había pasado, algo más que la inclinación de Stuart por el juego... Y hablando de eso...

—¿Cuentas las cartas, Brogan? —solté la pregunta que me había pasado por la cabeza varias veces desde que descubrí que Stuart había perdido la empresa jugando al póquer.

Se quedó inmóvil y frunció el ceño.

—Sí —respondió finalmente.

Sorprendida, me giré hacia él.

—No pensaba que...

—¿No pensabas que lo admitiría después de ganarle De Havilland Enterprises a Stuart en una partida? ¿Por qué no? Ni que tuviera que esforzarme. Es algo natural. Creo que me costaría más no contarlas.

—Entonces, ¿crees que es justo que juegues? ¿No es hacer...?

—¿Hacer trampa? No lo creo. Pero quizá no estemos de acuerdo.

¿De acuerdo? Imaginé que no precisamente. Él solo estaba usando uno de los talentos que Dios le había dado. Aun así, si Brogan no hubiera contribuido a la caída de Stuart, ¿habría este cambiado su vida? ¿O yo era la única tonta que esperaba que así fuera? ¿La única que mantenía a flote algo destinado a hundirse? Quizá lo que más se acercaba a la verdad era que Stuart llevaba tiempo dirigiéndose a la ruina con o sin la participación de Brogan. «Cuida de tu hermano, Lydie».

—¿Me enseñas?

—¿Enseñarte?

—A contar las cartas.

Frunció el ceño al tiempo que inclinaba la cabeza hacia un lado. Se pasó la lengua por los dientes justo en el momento en el que se encendieron las farolas en el paseo,

cubriéndolo con una especie de halo dorado que me hizo fijarme en sus ojos azules. Era curioso, cuando fui a su despacho ese día, los hubiera descrito como gélidos, pero nunca los había considerado así antes, y desde luego no lo hacía esta noche. Se decía que los ojos eran las ventanas del alma, y si era cierto, los suyos, tan azules y tiernos, me decían cosas que me daba miedo reconocer. ¡Dios...! Brogan era muy guapo, era un espécimen masculino tan perfecto que casi daba miedo mirarlo porque te daban ganas de tirarte sobre él, y no creía que fuera conveniente que lo hiciera. No lo había sido entonces, y seguramente ahora lo era menos.

—Tendríamos que jugar para que te enseñe.

—Vale.

Señaló la habitación con la cabeza.

—Vamos adentro. —Lo seguí al interior. La noche se acercaba y el cielo se oscurecía, transformando las luces del crepúsculo en un rastro azul oscuro en el que comenzaban a aparecer las primeras estrellas.

Brogan dejó la botella de vino y el vaso sobre la cómoda y yo hice lo mismo.

—Voy a buscar una baraja. —Salió de la habitación, y me dejé caer sobre la cama. Quizá debería decirle que quería dormir. Pero no era cierto. No quería quedarme sola. Es más, quería disfrutar de su compañía.

Volvió unos minutos después, vestido con unos vaqueros que se ceñían a sus caderas estrechas y una camiseta negra que mostraba sus hombros anchos y su pecho musculoso, y también llevaba gafas. Me puse de rodillas y se unió a mí encima del colchón, sentándose en el borde de la cama. Había cogido las copas y me ofreció la mía. Tomé un sorbo antes de dejarla en la mesilla de noche. Él colocó la suya en el banco de madera que había a los pies de la cama.

Sin decir una palabra, sacó las cartas de la caja y me miró a los ojos mientras las barajaba, moviendo los naipes como si pudiera hacer magia con ellos. No pude reprimir una risita, que hizo que arqueara una de sus cejas oscuras.

—¿Qué nos jugamos?

Lo miré con sorna.

—Ya te has quedado con la empresa familiar. Además, sería muy tonta si apostara algo contra ti. Acabas de admitir que cuentas las cartas.

—No me refería a apostar dinero.

—Entonces, ¿qué?

Se encogió de hombros.

—¿Verdad o atrevimiento?

—Terminarías sabiendo todos mis secretos y proponiendo todas las pruebas.

—¿Qué te parece si jugamos a algo que se base por completo en la suerte? Seguiré

contando las cartas, pero no me proporcionará ninguna ventaja. Solo sabré lo que va a salir. Será el ganador quien elija si quiere una verdad o un atrevimiento del otro.

—Creo que es el perdedor quien elige verdad o atrevimiento.

—Pues yo nunca lo he visto muy justo. ¿Por qué el perdedor tiene que elegir su destino? —Esbozó una sonrisa perezosa.

Medité la cuestión lamiéndome el labio inferior. Tenía el corazón acelerado y no sabía si quería admitir que lo que sentía era... emoción. No estaba segura sobre la parte de «atrevimiento», pero quería conocer los secretos de Brogan. Se me presentaba la oportunidad de sonsacarle algunos.

—Vale...

Se limitó a asentir. Barajó las cartas una vez más y las mezcló antes de dejarlas sobre la cama.

—¿Cortas?

Lo hice, él las recogió y empezó a repartir.

—¿A qué vamos a jugar? —pregunté.

—A la guerra.

Arqué una ceja.

—Pensaba que habíamos enterrado el hacha de guerra.

Se rio entre dientes.

—¡Oh, no! Lo otro eran simples batallas, *mo chroí*. —Pero inclinó la cabeza a un lado y me miró con ternura. Las bromas que nos habíamos gastado cuando éramos adolescentes siempre habían hecho que me diera un vuelco el corazón. Y todavía lo hacían.

Lo observé mientras repartía, fijándome en que había aparecido la sombra de la barba incipiente en la mandíbula a pesar de que se había afeitado esa mañana. Sus pestañas eran negrísimas y le arrojaban sombras sobre las mejillas, incluso a pesar de los cristales de las gafas. Bajé la mirada hasta la fuerte línea de la mandíbula, y miré el hoyuelo en la barbilla mientras recordaba cómo cambiaba la forma de su boca cuando apretaba los labios. Sin embargo, yo sabía lo tiernos que podían ser, lo calientes que eran, cómo su lengua era masculina y exótica y reclamaba lo más femenino que había en mi interior. Me pregunté si sabría igual por todas partes, me sentía intrigada por el sabor de su piel más íntima. Noté que tenía la ropa interior mojada y que, ante esos pensamientos, había aparecido una dolorosa presión entre mis muslos.

Brogan levantó de repente la mirada hacia mí. Leí en ellos un destello de complicidad, como si él supiera exactamente qué estaba pensando. Se movió sinuosamente sobre la cama para coger una almohada y se recostó sobre un

costado, apoyándose en un codo.

«¡Dios! Este hombre es sexo en movimiento».

Dio la vuelta a su primera carta, un seis, y me miró. Yo giré la mía; era una reina.

—¿Verdad o atrevimiento? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Podemos jugar así o podemos esperar a que empatemos y miremos la siguiente carta. Una verdad o un atrevimiento no deben ganarse tan fácilmente.

—De acuerdo.

Cogí una almohada como había hecho él y me acosté de lado. Nuestras posiciones parecían muy íntimas, los dos frente a frente con las caras muy cerca. Por supuesto, el hecho de que estuviéramos en la cama, o más bien juntos y en la cama, intensificaba la sensación de intimidad. Jugamos durante unos minutos antes de que saliera la jugada indicada. Gané, y me brindó una sonrisa.

—Elijo verdad —dije al momento.

—Vale. —Clavé la mirada en la base de su cuello y me di cuenta de que el pulso latía allí de forma constante. Sentí el repentino deseo de besarlo en ese lugar mientras él me observaba de cerca, como si se preguntara qué revelaba su cara para que lo estudiara de esa forma tan intensa.

—¿Cómo lo haces? Me refiero a los números.

Ladeó la cabeza mientras pensaba.

—Sinceramente, no lo sé. —Miró detrás de mí con el ceño fruncido, como si estuviera buscando las palabras—. Siempre he visto el mundo a través de medidas. Calculo constantemente líneas, relaciones entre objetos. —Miró la pared a nuestra derecha, donde había dos cuadros colgados—. Esas fotos no están a la misma altura, hay unos milímetros de diferencia. —Las estudié; a mí me parecía que estaban alineadas—. Me fijo en ese tipo de cosas todo el tiempo. No me molesta, y no me obsesiono, es solo...

—Parte de ti.

Asintió.

—Sí. Veo el mundo a través de los números. Y con los números de verdad es como si... —se frotó las yemas de los dedos— los sintiera. Siento su peso, su valor. —Frunció el ceño—. Es difícil de explicar. Sencillamente... mi mente funciona así.

Asentí moviendo la cabeza. Me parecía fascinante. Sí, encontraba a Brogan fascinante, pero ¿no había sido así siempre? Parecía un poco inseguro mientras recogía las cartas, dejando el tema para centrarnos en la partida.

Jugamos en silencio durante unos momentos, bebiendo algún sorbo de vino antes de que se terminaran las cartas.

—¿Quién va a ganar esta ronda? —le pregunté después de haber ganado una baza con un diez.

Curvó los labios.

—Yo, seguramente con una figura. —En efecto, así fue.

—Impresionante —murmuré.

Después de otras rondas, nos tocó la misma carta. Nuestros ojos se encontraron.

—Otra guerra —dije con un tono grandilocuente. Se rio, y sentí una opresión en el corazón al darme cuenta de repente de que era un sonido raro.

Volvíamos las cartas, revelando la última a la vez. Yo tenía un tres y Brogan, un cuatro.

—¡Maldita sea! —suspiré—. Está bien. ¿Verdad o atrevimiento?

Se incorporó un poco.

—Verdad. —Se pasó los dientes por el labio inferior—. Has dicho que solo has estado conmigo... —Se interrumpió, haciéndome contener la respiración—. Pero ¿no has salido con nadie más? ¿No ha habido alguien especial? —Me miró con intensidad mientras esperaba mi respuesta, pero su expresión no mostró ningún indicio de si le importaba o no mi respuesta. Me senté para coger la copa de la mesilla de noche, donde la había dejado, antes de volver a ocupar la misma posición en la cama.

—No salí mucho mientras estuve en la universidad, al menos hasta el final. Además... lo del embarazo... Y luego, como ya te he contado, mi padre falleció mientras estaba haciendo el primer curso. Después, no me apetecía. En el último curso salí algo más, pero no había nadie especial. Desde que he vuelto a casa, he ido a algunas fiestas, pero sobre todo he estado ocupada con la empresa y todos los problemas familiares. No sentía que tuviera mucho que ofrecer a otra persona. ¿Responde eso a tu pregunta?

Asintió lentamente, y nuestros ojos se encontraron durante unos instantes, haciendo que me bajara un ardiente rubor por todo el cuerpo. Brogan recogió las cartas y yo hice lo mismo. Recorrí con la vista sus musculosas piernas, hasta el punto donde un pie frotaba de forma inconsciente la pernera de la otra pierna. Seguía buscando texturas incluso con los pies. Por alguna razón, eso hizo que me estremeciera y que se me erizaran los pezones.

Después de dos cartas más, hubo otro empate. Cuando Brogan ganó de nuevo, lo miré de forma suspicaz.

—¿Seguro que no me estás haciendo trampa?

Sonrió.

—Te doy mi palabra.

—Mmm... —Le lancé una mirada de advertencia que le hizo reír—. De acuerdo, dispara.

Alargó la mano y cogió la copa de vino del banco de madera a los pies de la cama para tomar un sorbo. Luego se volvió hacia mí con una expresión seria mientras recorría la seda del borde de la almohada con el dedo.

—Lo de las mujeres —dijo finalmente—. ¿Cómo lo supiste? ¿Por qué has sabido que había sido difícil para mí? —Una fugaz expresión de vulnerabilidad atravesó su rostro, haciéndome parpadear. «Pobre Brogan».

—Es que... recordé que siempre parecía que tenías... —Le sostuve la mirada, sin saber cómo expresar lo que quería decir—. Siempre parecías tener los sentidos muy agudizados. Lo notaba. —Aparté los ojos. Me sentía vulnerable, como si al responder a esa pregunta, él sabría lo mucho que me había fijado en él, que había estado pendiente siempre de cada uno de sus movimientos, de cada una de sus reacciones. Sabría lo mucho que había pensado en él. Lo sabría—. Cuando percibes dos sensaciones a la vez, tienes esa mirada, es casi una especie de... no sé, dolor. Como si fuera demasiado. Siempre me ha intrigado.

—Sí —jadeó—. Sí, eso es lo que siento.

Nuestros ojos se buscaron mientras algo poderoso crepitaba entre nosotros.

—Lo sé —dije con sencillez—. No sé cómo, pero lo sé. Simplemente.

—Mi madre me dijo siempre que había sido un bebé terrible, que lloraba de forma constante. —Se echó a reír, pero no parecía que le hiciera mucha gracia. Vi cómo buscaba con la punta de la lengua el diente imperfecto y lo recorría despacio.

Incliné la cabeza a un lado para mirarlo, fijándome en sus labios de nuevo. Él bajó también la vista y miró mi boca, igual que yo miraba la suya.

—Debe de haber sido terrible no ser capaz de explicar lo que estabas sintiendo. Percibiendo todo con demasiada intensidad.

—Nunca he tratado de explicarlo. Nadie se ha dado cuenta. Solo lo...

—Lo has aceptado. Te mantenías alejado de las personas, conteniendo a veces la respiración. Lo sé.

Su mirada se clavó en la mía y, por un breve momento, pareció casi dolido. Se aclaró la garganta, pero cuando habló, todavía tenía la voz ronca.

—Sí. —Recogió las cartas y se miró las manos mientras las sostenía. Parecía como si estuviera luchando contra sus propios pensamientos. No le gustaba que yo supiera eso de él, y no lo culpaba. Imaginé que lo consideraba algo muy personal. Tal vez incluso su cualidad más íntima.

—Sin embargo, tus ojos no son biónicos —añadí, tratando de aligerar el ambiente con una broma.

Pareció confuso por un breve momento, y luego dejó las cartas sobre la mesilla de noche, se estiró y se ajustó las gafas mientras curvaba los labios.

—¿Biónicos?

Me encogí de hombros.

—Sí, eres como una especie de superhéroe con sentidos biónicos.

Sus ojos se encontraron con los míos y los entrecerró. Luego se tumbó por completo sobre la almohada y cruzó los brazos detrás de la cabeza.

—¿Sabes qué más puedo sentir, *mo chroi*? —preguntó—. Me deseas. Lo huelo. — Sus ojos bajaron hasta mi entrepierna y luego subieron lentamente hasta mis ojos. Me observó, esperando mi reacción a ese comentario.

Sentí que me ardía la cara.

«¡Dios mío!».

—Estás tratando de presionarme y de hacerme sentir incómoda porque acabo de hacer que te sientas así —susurré—. Pero has sido tú quien me ha preguntado, Brogan. Me has hecho una pregunta y te he respondido la verdad. Y ahora estás castigándome por ello.

Siguió mirándome fijamente con una expresión que parecía una mezcla de tensión, vergüenza y confusión. Soltó el aire con brusquedad y cerró los ojos. Se quitó las gafas para pellizcarse el puente de la nariz.

—Tienes razón —reconoció. Se incorporó para dejar las gafas en el banco de madera y se movió hacia mí hasta que se inclinó muy cerca—. Pero ¿quieres que te diga la verdad, Lydia? Te la diré de buena gana. Yo también te deseo. —Se quedó quieto. La intensidad que vibraba entre nosotros me aceleró el pulso, y se le aceleró la respiración—. Te deseo tanto que siento que me voy a morir. —Como en un sueño, me arqueé hacia arriba y él me cogió los brazos para que me arrodillara como estaba él, apretando mi cuerpo contra el suyo mientras nuestros alientos se mezclaban.

—Todavía queda otra ronda —susurré a toda prisa, mirando las cartas. Necesitaba pensar. Tenía que conseguir ordenar mis pensamientos. Esto era... Esto era...

—Ya ha acabado —dijo de forma seca—. Y he ganado. No tienes más cartas altas.

Me humedecí los labios, creyendo lo que decía. Queriendo creerlo aunque no fuera verdad.

—¿Y qué vas a pedirme? ¿Verdad o atrevimiento?

—Atrevimiento —dijo al instante.

—Brogan... —jadeé, sabiendo lo que estaba pensando, reconociendo la naturaleza de lo que iba a pedirme. Y sabía que me mostraría de acuerdo. Noté que

se me cerraban los párpados—. Vamos a destruirnos el uno al otro. Otra vez. Lo sabes. —Y, sin embargo, mis manos buscaron sus hombros y se aferraron a ellos, contradiciendo mis palabras de protesta con actos. Sentí como si hubiera una corriente eléctrica bajo la palma de mi mano, se trataba de la chispa que siempre había habido entre nosotros. Nos habíamos dejado llevar por ella una vez y los dos habíamos salido escaldados. Temía que ahora fuera diferente..., que fuera peor todavía.

—Entonces, esta vez, vamos a destruirnos a conciencia —dijo con la voz baja y algo ronca. Me bajó un escalofrío por la espalda cuando acercó los labios a mi cuello para empezar a lamerlo. Gemí con un anhelo desesperado, como si hubiera estado privada de algo imprescindible durante siete largos años. La sensación impactó directamente entre mis piernas, y se me erizaron los pezones.

—Brogan...

—Túmbate —me pidió mientras lo miraba inquisitivamente, pero hice lo que pedía, tendiéndome hasta apoyar la cabeza en las almohadas—. Voy a disfrutar de mi victoria.

BROGAN

Lydia tenía los ojos clavados en los míos, esperando. Supe que contenía el aliento mientras me acercaba más a ella.

—Quiero que me enseñes... —dije. Apenas podía controlar mi voz. Noté que volvía a aparecer mi acento y ni siquiera intenté controlarlo. De repente, con ella solo quería ser yo mismo, no mi versión más políticamente correcta ni la versión pulida que tanto me había esforzado en alcanzar. En este momento no era ese hombre.

Lydia me había recordado esta noche una vez más lo mucho que conocía mi verdadero yo. Más que cualquier otra persona. Y había tenido razón cuando dijo que mi reacción inicial había sido castigarla por conocerme tan bien y comprenderme de esa manera. Y eso era porque me asustaba y me hacía sentir en carne viva... Aunque también suponía una liberación. Una libertad que no había sentido desde hacía siete largos años.

La vi parpadear.

—¿Que te enseñe qué? —preguntó.

—Quiero que me enseñes cómo te tocabas pensando en mí. Enséñame cómo lo hacías, Lydia. —«Me tumbaba en la cama y pensaba en ello mientras deslizaba las manos por mi piel, fingiendo que eran las tuyas las que me tocaban, las que me acariciaban...». Había dejado en pausa esas palabras porque entonces habíamos estado discutiendo cosas más importantes, pero ya no podía ignorarlas más, ni tampoco quería. Deseaba explorarlas a fondo.

«Voy a disfrutar de mi victoria».

Noté que se le aceleraba el pulso y que se le enrojecían las mejillas. Había estado medio excitado mientras jugábamos a las cartas, pero ahora casi vibraba de deseo. Mi erección me presionaba de forma dolorosa contra la cremallera de los vaqueros, tan dura de repente que apenas podía concentrarme.

Me sostuvo la mirada durante varios segundos con las pupilas dilatadas, con los

labios separados, antes de que su expresión se suavizara con un gesto de asentimiento. Pero hubiera jurado que había algo más, algo que parecía alivio. Iba a hacer lo que le había pedido. Una caliente ráfaga de deseo bajó por mi cuerpo y aterrizó entre mis piernas, haciendo que me pusiera tenso de pies a cabeza. «Santo Dios». Vi que comenzaba a desabrocharse todos los botones del vestido con aquellos ojos azul verdosos fijos en los míos. ¡Era preciosa! Traté de mantener el contacto visual, pero mi mirada se vio atraída por lo que estaba haciendo con las manos. Ver la piel que quedaba al descubierto me aceleraba el corazón y la respiración. Cuando se desabrochó el último botón y la prenda se abrió, reveló el sujetador y las braguitas a juego, de color azul plateado. Movié los hombros para deshacerse del vestido, que se le deslizó por los brazos. La recorrí con los ojos ávidamente, y oí que se me escapaba un gemido involuntario. Había pasado mucho tiempo desde que la había visto así, y era todavía más hermosa de lo que recordaba.

«Mi hermosa Lydia. Mi sueño eterno».

Vi cómo movía la mano muy despacio por el vientre plano hasta llegar al borde de las bragas. Se detuvo un momento como si estuviera reconsiderando lo que estaba haciendo, y tragué saliva, desesperado por ver más. Desesperado por saborearla, por tocarla... Desesperado...

«Por favor, no te detengas».

—Un día de verano —dijo en voz baja y jadeante—, estaba tumbada en la piscina y tú te encontrabas muy cerca, podando los macizos de flores. —Deslizó los dedos por debajo de la tela y mis ojos siguieron su movimiento como si estuviera en trance—. Después de una hora más o menos, te quitaste la camisa y la utilizaste para limpiarte el sudor de la cara. ¡Dios mío, Brogan! —Soltó un largo suspiro—. Eras lo más impresionante que hubiera visto nunca. Observé cómo se contraían y flexionaban tus músculos, la forma en la que el sudor te corría por la espalda y te hacía brillar el pecho, y tuve que reprimirme con todas mis fuerzas para no mover las manos igual que estoy haciendo ahora.

Separó los labios con un gemido y cerró los ojos mientras hundía los dedos más abajo. Mi erección palpitaba sin poder evitarlo. «¡Jesús!». Me pregunté si podría llegar a sufrir la vergüenza de derramarme en los pantalones antes de llegar a tocarla.

—Esa misma noche estaba acostada en la cama, y seguía excitada. Así que me puse a imaginar cómo serían tus caderas, recordé el sinuoso camino que trazaban las venas por tu estómago antes de desaparecer por debajo de los pantalones. Quería seguir esas venas con la lengua, quería averiguar hasta dónde iban. Cerré los ojos y me dejé llevar por mis fantasías. Dejabas de trabajar y te reunías conmigo en la

piscina. Fingí que me habías preguntado si podías refrescarte, y que luego no habías sido capaz de resistirte a mí porque llevaba un diminuto bikini. Te habrías acercado a mi tumbona y te habrías puesto encima de mí. —Emitió un gemido apenas audible con un jadeo mientras movía los dedos por debajo de la tela de la prenda interior, dándose placer a sí misma. La observaba, fascinado; tenía las mejillas encendidas por la excitación y el pulso le golpeaba insistentemente en la base de la garganta, haciendo palpitar la suave piel.

Sentí los párpados pesados y la cabeza nublada por el deseo cuando se desabrochó el cierre delantero del sujetador con la otra mano, liberando del encaje aquellos pechos redondos. ¡Oh, Santo Dios! Sentí que me palpitaba la polla y que empezaba a humedecerse en la punta. Mi sangre parecía haber alcanzado un millón de grados.

—Me acaricié como si mis manos fueran las tuyas, Brogan. Siempre he adorado tus dedos. —Continuó moviendo los suyos dentro de las bragas mientras subía la otra mano para acariciarse un pezón. Noté, ya en trance, cómo se le erizaba. Ella gimió—. Tú sabrías cómo tocarme, justo lo que me gustaba, lo que necesitaba. Fue la primera vez que alcancé el orgasmo.

—Lydia... —Mi voz era temblorosa y sonaba como si procediera de un lugar muy lejano. Me acerqué más, para sacar su mano de debajo de la tela de encaje y sustituirla por la mía. Ella abrió los ojos, nublados por la lujuria. La estudié durante un momento, esperando una señal de aprobación. Ella volvió a cerrar los ojos y se arqueó contra mis dedos. Solté un suspiro de alivio mientras me acercaba todavía más. Ella me clavó los dedos en los bíceps, y noté que la habitación se oscurecía—. Lydia... —Me atraganté. No sabía cómo decírselo, pero si me seguía tocando, perdería el control.

«Por favor, Lydia, compréndeme. Por favor, entiéndeme, porque yo también te necesito... Te necesito muchísimo en este momento».

Cuando la vi abrir los ojos de nuevo, la comprensión fluyó atravesando el deseo, y se me escapó un suspiro de alivio. «Me entiende. Me conoce...». Dejó caer la cabeza hacia atrás sin dejar de mirarme y se agarró a los barrotes de la cabecera de la cama. El corazón rugía con fuerza en mis oídos y la sangre corría por mis venas como oro líquido. Era la única mujer que me había hecho sentir de esta manera. «*Mo chroí*».

Le bajé la ropa interior por las piernas y la arrojé al suelo. Luego me incliné hacia ella mientras soltaba otro gemido.

—Deja que te enseñe lo que te habría hecho si hubiera estado allí —murmuré—. Para empezar, habría probado tus pezones. —Bajé la cabeza y le froté los pechos con los labios, sintiendo la cálida textura de su piel, suave como el satén, antes de

lamer un pico endurecido y girar la lengua alrededor. Luego pasé al otro. La respiración de Lydia se hizo más intensa y soltó otro gemido—. Dios, *mo chrói*, qué bien sabes... A leche y miel, pero dulce y cremosa. —Ninguna mujer tenía este sabor. «Lydia, conozco tu sabor y no puedo olvidarlo. Da igual lo que haga, no puedo...».

—Brogan —suspiró, empujando los pechos hacia mi cara. ¡Cómo me gustaba que dijera mi nombre!

Chupé y besé sus pezones durante varios minutos, hasta que ella jadeó de anhelo. «Necesítame, Lydia. Quiero que me necesites». Lamí lentamente su vientre liso, hundiendo la lengua en su ombligo, aprendiendo los sabores y texturas de cada parte de su cuerpo. Le besé el hueso de la cadera, dejando los labios sobre la piel tensa y suave antes de seguir bajando.

—Me habría dirigido aquí —dije—. Habría necesitado saborearte. Me moría por conocer tu sabor, igual que ahora. —Moví la nariz sobre su centro e inhalé. Allí era pura miel, con un leve tono de sal. Lydia tenía algo que siempre me había parecido decadente. ¿No había sentido continuamente un hambre voraz por ella? Me relamí de gusto ante la idea de paladearla en pequeñas dosis. Se me nubló la mente durante un breve instante por la intensidad del momento, por mis sobrecargados sentidos.

Cuando me incliné para besar sus pliegues, ella jadeó y soltó los barrotes de la cama un segundo, aunque luego volvió a colocar los dedos en el mismo sitio. Me acomodé y bajé de nuevo la cabeza en busca de su fragancia.

—Dios, Lydia, me encanta tu olor. Es mi cielo.

—Brogan, por favor —dijo con la voz entrecortada—. Por favor, te necesito.

La sangre me hirvió de triunfo al oír esas palabras.

Extendí su humedad con los dedos, rodeando el hinchado clítoris lentamente.

—Dios mío —gemí sin aliento—, estás empapada. —Quise hundirme en su interior en ese mismo momento, con desesperación. Necesitaba unirme a ella, sentir su calor alrededor, hacerla gritar de placer. «Por fin».

—Sí..., sí... —jadeó.

Entonces, me incliné hacia delante, capturé el clítoris entre los labios y lo succioné con suavidad. Sentí el latido de su corazón mientras se retorció debajo de mí, arqueándose hacia mi cara.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío...! —gimió, abriendo más las piernas para que pudiera llegar mejor. El movimiento hizo que me estremeciera de satisfacción. Pasé la lengua por la hinchada yema al tiempo que empujaba un dedo dentro de su húmeda abertura. Sentí que los músculos internos lo apresaban, cerrándose alrededor de él. Casi era suficiente..., pero todavía no. Moví el dedo dentro y fuera

mientras seguía chupando y lamiendo, y ella empezó a soltar sonidos indescifrables, sílabas que comenzaban como palabras pero se convertían en jadeos entrecortados. Yo también había perdido el control, en mi mente solo había lugar para su satisfacción, y mi único objetivo era que Lydia se derritiera de placer. Esta vez quería hacerlo bien. Quería follarla de todas las formas posibles, a fondo... Quería ser el único que la tocara. Gruñí contra sus pliegues empapados y se retorció contra mí, gritando mientras se corría contra mi cara.

Una oleada de orgullo me atravesó cuando se estremeció, tensándose por el placer.

—¡Oh, oh, Brogan! —gimió—. ¡Oh, Dios, sí!

Me subí encima de ella y le cubrí la boca antes de que abriera los ojos. Nos besamos con intensidad durante un buen rato antes de que llevara la mano entre sus piernas y utilizara la palma para masajear con suavidad el hueso púbico, justo encima del todavía palpitante clítoris.

—Vuelve a correrte, *mo chroí* —dije, cubriéndola de nuevo con la boca y explorando sus labios con la lengua. Dejó de moverse. Abrí los ojos y vi que ella también abría los suyos.

—No... creo... —susurró contra mis labios, pero entonces dejó caer la cabeza hacia atrás con un gemido mientras yo seguía moviendo la mano—. ¡Oh, Dios, Brogan! Creo que sí..., que yo... —Se arqueó contra mi palma con un gemido cuando alcanzó de nuevo el orgasmo, moviendo la cabeza a un lado y otro sobre la almohada. Desplacé la mano cada vez más despacio, hasta detenerla.

Ella abrió los ojos con una expresión desconcertada que bebí con placer. Sonreí al verla parpadear.

—¿Vemos cuántas veces consigo que te corras esta noche? —susurré, inclinándome para besarla otra vez. Soltó las manos, que seguían aferradas a la cama, y dejó que cayeran sin fuerzas por encima de su cabeza, con los ojos entrecerrados.

Durante un momento, me limité a observarla. ¡Dios mío! Me sorprendía lo guapa que era, satisfecha de placer y esperando más. Mi corazón vibraba de emoción, y notaba los músculos tensos al pensar que sería mía toda la noche.

Me incorporé con rapidez y me bajé de la cama para ir al cuarto de baño. Varios meses antes Fionn me había llevado un regalo para inaugurar la propiedad, cuando la compré. Era una cesta con licor, crema para masajes y otros artículos que él consideraba esenciales. Acababa de recordar de que también había allí condones. A veces, Fionn era un coñazo, pero otras, cojonudo. Me dirigí con rapidez al armario y saqué la cesta todavía sin abrir antes de regresar al dormitorio, donde Lydia no

había movido ni un músculo.

Lancé la caja encima de la mesilla de noche y, tras desnudarme con rapidez, me puse de nuevo sobre ella.

—¿Estás bien? —pregunté.

La expresión de Lydia se suavizó mientras movía los ojos por mi cara. Ahuecó la mano sobre mi mejilla.

—Sí.

Le retiré la mano y puse mis labios sobre los suyos, besándola sin descanso. Me fundí con ella. Noté que movía la mano entre nuestros cuerpos hasta rodear mi polla con los dedos, haciéndome contener la respiración. Cerré los ojos mientras movía los dedos de arriba abajo, por toda la longitud, estimulando mi placer.

—*Is tú amháin a bhí ann i gcónaí* —jadeé, sin saber si lo había dicho o no en voz alta.

«Siempre has sido tú y solo tú».

Me acarició una y otra vez, levantando la cabeza para ver su mano en mi carne dura y palpitante. Brotó otra pequeña gota en la punta, haciéndome gemir.

—Necesito estar dentro de ti. No puedo esperar más.

Retiró la mano para dejarme coger la caja de condones y abrirla. Desenvolví uno y lo deslicé por mi erección, pero mis manos temblorosas hacían que el trabajo me llevara el doble de tiempo. Ella me observaba con una mirada cada vez más nublada. Cuando me volví a colocar sobre ella, le puse los brazos por encima de la cabeza, esta vez sobre la almohada.

—¿Voy a poder tocarte? —murmuró.

—Sí, *mo chroí*. Solo que no ahora. Hace demasiado tiempo. Por favor, ahora no. —Asintió.

Moví la mano para guiar mi erección hasta su entrada. Tenía las mejillas rojas, los labios húmedos e hinchados por mis besos. La miré mientras me hundía en su interior, notando que me cubría la espalda una fina pátina de sudor cuando sentí sus músculos internos cerrándose a mi alrededor. Era jodidamente increíble..., pero sobre todo correcto. «Inevitable, más bien». Esta era mi victoria, y lo supe con repentina claridad. Ahora mismo, en este momento. Ni el dinero ni la empresa ni el poder. «Esto». Pero no era suficiente todavía. «Más, más, más...». Quería más. Estaba enterrado dentro de Lydia y aun ahora quería más de ella. Siempre había sido así. Me sentía embriagado, feliz, confuso y vulnerable.

Empecé a moverme, y la explosión de placer me hizo jadear.

—Es increíble —murmuré mientras me movía más rápido. El goce era tan intenso que tenía que acelerar mis embestidas, tratando de alcanzar el clímax que

necesitaba de forma desesperada. Alargué la mano y entrelacé los dedos con los de Lydia, sujetándole los brazos por encima de la cabeza sobre la almohada mientras buscaba su boca. Empecé a introducir la lengua entre sus labios con el mismo ritmo que seguía con las caderas. Me rodeó con las piernas, gimiendo contra mi boca. Se me puso la piel de gallina cuando contuve el orgasmo, pero quería esperar a que Lydia lo alcanzara primero.

Un minuto después le solté las manos y me apoyé en un codo para deslizar la otra entre nuestros cuerpos en busca de su brote hinchado. Usé el pulgar para frotar ese punto con suavidad mientras seguía hundiéndome en su interior.

Gemimos los dos cuando Lydia se arqueó respondiendo a mis empujes. Por fin se tensó y, separando la boca de la mía, gritó perdiéndose en otro orgasmo. La sensación de sus músculos internos apretándome me lanzó por el borde, y me hundí en ella una última vez al tiempo que me dejaba llevar por mi propio clímax. El placer se arremolinó en mi abdomen, en mi polla, y descendió hacia los pies. Jadeé.

—Santo Dios, Lydia... —Nunca me había corrido con tanta intensidad. Moví las caderas lentamente, exprimiendo hasta la última gota de placer.

Por fin, me retiré despacio, y ella soltó un leve gemido. Sonreí contra su cuello sorprendido de lo satisfecho que estaba. Más satisfecho que nunca en mi vida. Esto... Esto era lo que quería desde el principio. A ella. Siempre ella. Rodé con ella entre mis brazos, llevándola conmigo, estrechándola. Los dos respirábamos con dificultad mientras apretaba su cara contra el pecho. De repente me di cuenta de qué era la humedad que sentía contra la piel, y me incliné sorprendido para mirarla.

—Eh... —dije—. ¿Qué pasa? —Ella echó la cabeza hacia atrás con los ojos anegados de lágrimas. Vi que le temblaban los labios mientras rodaban por sus mejillas.

—Lo siento —susurró, abriendo mucho los ojos, como si estuviera tan perpleja como yo por aquellas lágrimas—. No sé por qué estoy llorando. Es solo que... — Sus palabras se vieron interrumpidas por un leve sollozo y enterró la cara contra mi pecho. La abracé con fuerza, susurrando palabras de consuelo. Noté una presión en el corazón. ¿Estaba arrepentida de lo que habíamos hecho? ¿No era esto lo que quería?

—No me arrepiento de nada —me dijo como si me hubiera leído la mente—. Quería hacerlo. Con todas mis ganas. Y ha sido increíble.

Me moví para que quedáramos frente a frente y utilicé el dedo índice para subirle la barbilla y mirar su hermoso rostro, empapado de emoción. Sin embargo, creí entenderla.

—Has estado soportando muchas cosas tú sola, Lydia. Durante mucho tiempo. Has cargado un enorme peso sobre los hombros sin nadie que te ayudara, sin nadie que te entendiera. —Y lo que acabábamos de hacer había roto la presa—. Hacer el amor contigo ha sido también muy intenso para mí. —Le besé la punta de la nariz—. Siento lo mismo, *mo chrói*.

—¿De verdad? —se extrañó.

Asentí moviendo la cabeza al tiempo que la acercaba.

—Suéltalo, Lydia. Déjalo salir. Deja que te abrace. —«Necesítame, Lydia».

Se acurrucó entre mis brazos y lloró. Seguí pronunciando palabras en voz baja, sobre todo en gaélico, la lengua que asociaba con el bienestar y la seguridad sin atender a nada más. Así que dejé que fluyeran de mis labios.

—Shhh, *mó ghrá*. —«Silencio, mi amor».

—*Mo aingeal*. —«Mi ángel».

—*Mó shaoil*. —«Mi vida».

Una vez que se calmaron sus estornudos y sollozos, que sus lágrimas parecieron secarse, eché la cabeza hacia atrás y la miré. Tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos, su respiración era lenta y pausada. Se había quedado dormida.

—*Mo chrói* —susurré, retirándole el pelo de la cara antes de deslizarme debajo de ella. La oí murmurar en sueños y darse la vuelta, encogiendo las rodillas. La observé dormir durante unos segundos antes de ir al cuarto de baño para tirar el condón. Me quedé ante el lavabo durante un rato, aferrado a la encimera mientras miraba mi reflejo en el espejo. Estaba luchando contra tantas emociones que casi no sabía por dónde comenzar a entenderlas. Me sentía muy feliz por haber hecho el amor con Lydia, pero también me daba miedo. No solo porque mis sentimientos hacia ella eran poderosos, sino por todas las cosas que podían privarme de ella cuando apenas la tenía de vuelta.

Solté un profundo suspiro y me aparté del espejo cruzando los brazos sobre el pecho. Había creado una situación imposible, y, aunque iba a tratar de hacer lo mejor, había muchas razones por las que podría no ser capaz. Muchas razones que me podían hacer perderla de nuevo. Había sobrevivido la primera vez, pero no creía que lo hiciera la segunda.

Regresé a la cama para reunirme con ella, abrazándola desde atrás.

—Brogan... —murmuró adormilada, acoplando su trasero a mi ingle. A pesar de que acabábamos de hacer el amor, mi polla se retorció contra su culo con nuevo interés. Oí que soltaba un ronquido y la besé en el hombro, sonriendo contra su piel.

Ya resolvería todo esto... La mantendría cerca y haría que todo funcionara. Fuera

como fuera.

15

LYDIA

Tararé con suavidad, estirándome antes de rodar sobre la cama y hundir de nuevo la cara en la almohada. Incluso con los ojos cerrados sabía que era de día por la brillante luz que inundaba la habitación. Entreabrí los párpados mientras escenas de lo que había ocurrido por la noche inundaban mi mente.

—¡Oh, Dios mío! —suspiré, incorporándome un poco antes de dejarme caer de nuevo sobre la almohada, ahora ya con los ojos bien abiertos, mirando el dosel que tenía encima.

Brogan había desaparecido, pero la forma de su cabeza seguía impresa en la almohada, a mi lado, por lo que supe que no hacía mucho tiempo que se había levantado. Sonreí al recordar sus brazos rodeándome, sus pies enredados con los míos, algo que notaba cada vez que despertaba en mitad de la noche. Nunca había tenido eso, y me había encantado. Disfruté con su calor, acurrucada contra él.

Cuando pensé en lo que había ocurrido, apreté las piernas, sintiendo un ligero dolor donde Brogan había estado. Noté también un aleteo en el estómago. ¿Me sentía incómoda? ¿Arrepentida? Quizá debería arrepentirme, pero no lo hacía. Solo me sentía maravillosamente satisfecha a pesar de la incomodidad física y de que mis piernas parecieran de gelatina. Y además estaba... en paz. Y eso que no había resuelto los problemas que enredaban mi vida. De hecho, por el contrario, solo había aprendido que todo era más complejo y difícil de lo que pensaba.

Me encogí un poco al recordar que había llorado en brazos de Brogan. Sin embargo, él tenía razón, solo había estado abrumada por la intensidad de lo que habíamos hecho, por los orgasmos alucinantes, por las emociones reprimidas, por las preocupaciones y problemas que por fin había aliviado con aquel mar de lágrimas. Nunca había llegado a llorar por nada de eso, y la presión llevaba años incrementándose. Aquella poderosa forma de hacer el amor había roto por fin la presa. Y aunque me sentía un poco avergonzada por esa parte, estaba segura de que era la razón de que me encontrara ahora tan bien. Limpia. Todavía más fuerte que

antes.

Me levanté de la cama y abrí mucho los ojos al ver en el reloj que era casi mediodía. Anduve desnuda hasta el cuarto de baño, me lavé los dientes e intenté domar mi pelo para poder dar cierta apariencia de normalidad. Al darme cuenta de que era imposible, entré en la ducha. Suspiré cuando el torrente de agua caliente me relajó todavía más los músculos. Me estremecí mientras me lavaba el pelo y me depilaba, preguntándome si volvería a dormir con Brogan esta noche.

«Quería. ¡Dios, claro que quería!».

Pero también estaba nerviosa porque no sabía dónde nos ponía esto, y la preocupación por mi hermano seguía invadiendo mis pensamientos. Lo único que podía esperar era que Brogan lograra comprar algo de tiempo a Stuart, y que mi hermano considerara eso como una especie de oportunidad para reconducir su vida. Me sentía aliviada al saber que Brogan estaba dispuesto a hacer algo para ayudarlo. Sabía que no lo hacía por Stuart, lo sabía. Lo hacía por mí, y eso me hacía sentir una cálida gratitud. También yo estaba dispuesta a ayudarlo como pudiera, pero reconocía que mi hermano no era un buen hombre de negocios. Nunca había disfrutado con ello. No le gustaba el aspecto comercial de De Havilland Enterprises. A él solo le atraían los beneficios económicos que, con el tiempo, habría terminado por agotar por completo.

Quizá Stuart podría encontrar algo que le hiciera feliz. En cierta manera, jamás había tenido otra alternativa, dado que siempre se había limitado a esperar que el negocio familiar llegara a sus manos cuando nuestro padre falleciera. Una pregunta rondaba mi cabeza sin parar: si Stuart hubiera tenido otra opción, ¿habría optado por hacer algo diferente?

Ya me había puesto las bragas y el sujetador, después de haberme secado el pelo, cuando oí un golpe en la puerta.

—Adelante. —Brogan entró en el cuarto de baño unos segundos después y se detuvo en el umbral para recorrer mi cuerpo de arriba abajo con los ojos. Sentí un leve cosquilleo entre las piernas y mi corazón dio un vuelco. Brogan se había puesto otros vaqueros desgastados que se ceñían a sus delgadas caderas y una camiseta blanca con el logotipo de un pub.

Se acercó a mí por detrás y me rodeó con sus brazos antes de inclinarse para acariciarme el cuello con la nariz. Ladeé la cabeza para que llegara mejor a mi piel al tiempo que le sonreía a través del espejo. Me recreé en la imagen que presentábamos juntos: él muy alto y moreno, y yo rubia. Aunque no era baja, pues rozaba el metro setenta, sí se me veía mucho más pequeña en comparación. En muchos sentidos éramos opuestos, aunque de otras formas encajábamos a la

perfección. «Siempre ha sido así».

—¿Qué tal te encuentras esta mañana? ¿O debería decir tarde? —preguntó, besándome la oreja e inhalando el olor de mi pelo.

Me estremecí.

«No parece lamentar nada. Y necesito esto, verlo feliz. ¿Cuántos años llevaba yo sin ser plenamente feliz? ¿Y cuándo había dejado de importarme?».

Me volví hacia él y le rodeé el cuello con los brazos mientras él me enlazaba la cintura con los suyos. Eché la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—Muy relajada —confesé—. Creo que necesitaba dormir... entre otras cosas. Señor Ramsay, sin duda sabe cómo tratar a sus empleados.

Se rio por lo bajo.

—Supongo que por ahora sigues siendo mi empleada, sí. Es una suerte que no haya una política de no confraternización en la empresa.

Arqueé una ceja.

—Qué conveniente para ti...

—Mucho —murmuró, cubriéndome los labios con los suyos. Me besó despacio antes de retroceder—. Me mata interrumpir esto, pero por desgracia tengo una reunión en la ciudad, así que te llevaré antes al apartamento. ¿Te parece que después juguemos a la guerra otra vez? —Arqueó sugerentemente una ceja oscura.

Me reí y le solté el cuello para dirigirme con rapidez al dormitorio.

—Creía que anoche hicimos las paces.

—¿Fue eso lo que hicimos? —preguntó. Noté algo en su voz que me hizo darme la vuelta con la blusa apretada contra el pecho. Me turbé al ver la expresión de su cara.

Lo miré fijamente.

—¿No es eso lo que quieres?

—Sí —convino—. Más que nada en el mundo. Es solo que... —Se pasó una mano por el espeso pelo negro.

Dejé caer la blusa y me acerqué a él.

—Brogan, sé que nos queda mucho que decidir, que dialogar, y que todo está en el aire, pero... —Me humedecí los labios y aparté la mirada un segundo para reorganizar mis pensamientos—. Albergó la esperanza de que si trabajamos juntos, si somos sinceros en todo, podremos salir adelante.

«Dios, espero que sea lo que quiere él también».

Una expresión de alivio atravesó su rostro, y emitió un suspiro antes de besarme en la frente.

—Vístete. Tus bollos de crema están distrayéndome. Cuando acabes, baja a

reunirte conmigo.

Me reí cuando salió de la habitación guiñándome un ojo.

Una hora más tarde, después de recogerlo todo y de comer algo con rapidez, fui a despedirme de Eileen. Ella me abrazó brevemente —también se iba a clase— y me aseguró que esa semana se acercaría algún día a cenar al apartamento de Brogan en Nueva York para ponernos al día.

Pocos minutos después, estábamos en el coche de Brogan, rumbo a la ciudad. Me prometió que enviaría a alguien a buscar mi coche en los próximos días, para no tener que ir en vehículos separados.

Charlamos con fluidez sobre temas mundanos durante los cuarenta y cinco minutos que duró el trayecto. Me sentía relajada, pero también emocionalmente agotada después de lo ocurrido anoche. Necesitaba tomarme un descanso de los trascendentales asuntos que habíamos tocado el día anterior, permanecer sentada escuchando la radio, disfrutar del paisaje y entablar una conversación sin importancia. Brogan parecía sentir lo mismo.

Eran casi las dos cuando aparcó el coche en el garaje subterráneo del edificio donde estaba su apartamento en Manhattan. Después de sacar mi bolsa del maletero, me cogió de la mano y me llevó al ascensor más cercano. Tecléo un código y presionó el botón del piso correspondiente. Permanecemos en silencio mientras subíamos.

—¿Divides tu tiempo entre la casa de Greenwich y este apartamento? —pregunté.

—En realidad, paso más tiempo aquí. Pero Eileen prefiere Greenwich y le queda más cerca de la universidad. Quería que viviera en la casa principal y quedarme yo en la de invitados, pero insistió en que fuera de esta manera.

Asentí con la cabeza. Tuve una leve punzada de envidia ante lo mucho que envidiaba la sinceridad y el respeto mutuo que había en su relación como hermanos. Nunca había tenido nada parecido con mi hermano, y me preguntaba si alguna vez llegaría a tenerlo. El suave tintineo que sonó al abrirse la puerta corredera del ascensor me arrancó de mis pensamientos. Seguí a Brogan a través de un enorme vestíbulo hasta la única puerta que había. «Guau». Vi otro panel al lado, donde él tecléo la clave para que pudiéramos entrar en el apartamento.

Me había criado en el lujo. No era ajena a la buena vida, pero incluso yo me quedé boquiabierta. Sabía que generalmente en Manhattan el más modesto apartamento podía valer con facilidad varios millones de dólares. Mi apartamento, que estaba bastante bien, se consideraría pobre comparado con esto.

Accedí a una gran área abierta y miré con sorpresa los cristales que ocupaban tres paredes de suelo a techo, mostrando una vista espectacular. Los muebles eran elegantes y cosmopolitas, perfectos para aquel concepto de espacio abierto. Noté que el lugar estaba decorado por una mano más masculina que la casa de Greenwich, y tuve la sensación de que a pesar de que Eileen había ayudado en el estilismo, este era el hogar de Brogan.

Me volví hacia él.

—Es espectacular.

Me había estado observando mientras caminaba alrededor, y parecía contento con mi aprobación.

—Ven, te lo enseñaré todo.

Lo seguí hasta la cocina, que estaba al lado del salón. Se trataba de una estancia moderna y dinámica decorada en tonos blanco, negro y gris oscuro donde había una barra con tres taburetes y la pared del fondo de ladrillo.

—Qué agradable... —musité.

Señaló tres puertas cerradas en un pasillo que conducían a su despacho, una sala de entrenamiento y un aseo, antes de subir las escaleras negras que llevaban al segundo piso.

Dudó un instante, pero finalmente me mostró un dormitorio y dejó la bolsa sobre la cama. Era un cuarto sencillo decorado en color azul pálido combinado con crema donde solo había una cama, un armario y una mesilla de noche, aunque contaba con otros impresionantes ventanales de suelo a techo que ofrecían unas impresionantes vistas de Manhattan.

Brogan se acercó a la ventana y me enseñó cómo manejar los botones que hacían bajar las persianas, y luego regresó a mi lado.

—Mi dormitorio está al otro lado del pasillo —informó.

Lo estudié. Parecía estar luchando contra algo, pero no sabía qué. ¿Deseaba que le preguntara si podía quedarme en su habitación? Si era sincera conmigo misma, ni siquiera yo misma lo sabía. Pensé que, por ahora, mientras él manejara todo el poder, era mejor que no lo hiciera. Esta situación no iba a ser eterna, pero mientras tanto era mejor guardar cierta distancia con Brogan, incluso aunque esa distancia se limitara solo al ancho del pasillo.

—Vale —convine.

Él asintió bruscamente y señaló la puerta junto al tocador.

—Ahí está el cuarto de baño. Si necesitas algo, házmelo saber.

—Voy a necesitar más ropa. ¿Puedo ir a mi apartamento a buscarla ya que voy a estar aquí una semana o más?

—Enviaré a alguien. Hazme una lista, por favor.

—¿Es realmente necesario? No quiero que un extraño se ponga a revolver en los cajones donde guardo la ropa interior.

—Lydia, todavía no sé lo que es seguro y lo que no, pero no pienso correr ningún riesgo. Me he puesto en contacto con las personas que hicieron los préstamos a Stuart, pero no he recibido ninguna respuesta. Es un proceso lento. No son gente dispuesta a responder instantáneamente a las llamadas, así que insisto en que por tu propia seguridad, y la de tu hermano, me hagas caso en esto.

Resoplé.

—De acuerdo —claudiqué, cruzando los brazos—. Haré una lista.

Brogan curvó los labios en una especie de sonrisa.

—Si quieres, iré yo personalmente. Me gustará rebuscar en tu ropa interior. Además, una buena acción debe ser respondida con otra.

Arqueé una ceja.

—Yo no rebusqué entre tu ropa interior. No usas.

Me rodeó la cintura con los brazos y me atrajo hacia su pecho.

—¿Estás segura? Es posible que la use. No recuerdo bien. ¿Qué te parece si investigas dentro de un rato? —Me besó el cuello mientras me reía.

—Muy gracioso —murmuré. Él levantó la cabeza y me miró con una sonrisa de medio lado que hizo que mi corazón se detuviera por un instante.

«Dios mío, su sonrisa es letal».

Se alejó riéndose por lo bajo.

—Acomódate. Si necesitas algo, llámame. Y escribe la lista. Estaré en casa dentro de un par de horas.

«En casa».

—De acuerdo. Ah... —Lo detuve cuando estaba traspasando la puerta—. ¿Puedo utilizar tu ordenador? Tengo que cargar el portátil.

—Sírvete tú misma. No tiene contraseña.

Salió de mi habitación y, unos minutos más tarde, oí que la puerta se cerraba. Experimenté un extraño momento de soledad al quedarme sola en este lugar desconocido y tranquilo. Resultaba curioso, porque estaba acostumbrada a estar sola, pero en apenas un par de días me había acostumbrado a la presencia constante de Brogan.

«Disfruto en su compañía».

Me tomé un par de minutos para vaciar la bolsa y llevé mis artículos personales al cuarto de baño. Luego bajé las escaleras para ir al despacho de Brogan. No parecía que tuviera mucho uso, y me pregunté si había llegado a trabajar aquí o si

únicamente lo necesitaba para cuestiones personales. En el escritorio había una foto de dos niños. Al fijarme, me di cuenta de inmediato de que eran Brogan y Eileen. Debía de haber sido hecha en Irlanda, porque él tenía unos doce años y Eileen, alrededor de ocho. Llevaba en las piernas las abrazaderas que usaba cuando su padre trabajaba para nosotros. Se me encogió el corazón al ver la sonrisa alegre que surcaba el rostro de Brogan. Entonces era un niño feliz y sin problemas. Me pregunté si había sido la última vez que se sintió así...

Volví a dejar la imagen en el mismo sitio y encendí el ordenador. Había decidido que trabajaría un poco, ya que había surgido la oportunidad y sabía con certeza que todavía conservaba el empleo. Pasé las horas siguientes contestando y enviando correos electrónicos, registrando proyectos y haciendo todo lo que podía de forma remota. Además, llamé a mi secretaria para que me pusiera al tanto de todo lo que había ocurrido en la oficina.

—Lydia —me dijo Trudi, bajando la voz como hacía siempre que no quería que la escucharan—, todos pensamos que el nuevo equipo que has enviado es maravilloso, y reemplazar a Stuart es lo mejor que le podía pasar a la empresa. Espero que también sea bueno para él. Sabemos que era el hijo de Edward y tu hermano, y odio tener que decírtelo, pero no estaba hecho para esto. —Suspiró—. También es bueno que te estés tomando un tiempo mientras el equipo está aquí.

Me sentí desconcertada. ¿Se imaginaban que los cambios eran cosa mía? Quizá solo fuera un rumor... Después de todo, era la única que quedaba, y los demás empleados no sabían que Stuart era —o había sido— el único propietario de la empresa, a pesar de que había actuado como presidente. «Interesante». Mientras hablábamos, me di cuenta de la nota de esperanza que transmitía la voz de Trudi, y eso me hizo saber que la compañía estaba siendo bien atendida en mi ausencia. O quizá fuera más adecuado decir debido a mi ausencia.

El teléfono de Brogan sonó varias veces, molestándome y distrayéndome, pero dejé que saltara el buzón de voz. «¿Quién tiene todavía un teléfono fijo?». Yo tenía el móvil encima del escritorio, a mi lado, y si alguien necesitaba ponerse en contacto conmigo, me habría llamado a ese número.

Cuando terminé el trabajo, apagué el ordenador de Brogan y fui a la cocina, donde abrí la nevera. Apenas contenía comida, pero encontré un yogur que todavía no había caducado y una manzana en buen estado, que me comí en el salón, mientras veía un programa de entrevistas.

Cuando terminé de comer, empecé a aburrirme. Con un suspiro, recogí y fui a mi habitación. A pesar de no haber hecho casi nada durante la última semana, todavía no estaba acostumbrada a permanecer inactiva, y, definitivamente, me sentía como

un animal enjaulado.

Recogiendo el móvil, marqué el número de Stuart. Igual que había ocurrido durante las últimas veces, me saltó directamente el buzón de voz. Le dejé un breve mensaje mostrándole mi preocupación por él y pidiéndole que me llamara. En ese momento, recibí un mensaje de texto.

Brogan: Fionn ha ido a por la cena. Conoce los códigos de la puerta. Llegaré a casa lo antes posible.

Yo: Vale. ¿Va todo bien?

Brogan: Me están reteniendo.

Suspiré. «Bueno, vale».

Una hora después, oí el pitido del teclado de la puerta, seguido por la voz de Fionn.

—¿Lydia? Soy Fionn.

—Hola —repuse mientras bajaba las escaleras.

Fionn estaba junto a la puerta de entrada. Y me sonrió, mostrando varias bolsas de papel marrón.

—¿Qué tal? Espero que te guste la comida china.

—Sí. Gracias. —No dije nada más hasta que llegué abajo—. Por cierto, me alegro de conocerte de forma oficial. —Me moví con torpeza—. El otro día fue... —me interrumpí, sin saber cómo finalizar la frase.

Fionn se rio.

—El otro día fue de coña. No he visto a Brogan descolocado con frecuencia. Supe entonces que nos llevaríamos bien. —Me guiñó un ojo y solté una risita tonta. Lo seguí hasta la cocina, donde dejó las bolsas en la encimera.

—¿Qué quieres decir exactamente con «descolocado»? —pregunté. Fionn hizo una pausa mientras sacaba la comida de las bolsas.

—Mmm... Que no sabía cómo reaccionar. —Sonrió y me reí.

—Ah, ¿y te hace feliz que tu amigo esté perdido?

—Lydia, no hay ni una cosa en el mundo que no haría por Brogan, pero le dije desde el principio que estaba metiéndose en un callejón sin salida si insistía en hacer las cosas de esa forma, y que algunas derrotas acaban convirtiéndose en victorias. Me gusta pensar que la fiesta fue una de ellas. Quizá incluso para los dos, ya sabes...

—Volvió a guiñarme un ojo.

—Está bien, mmm..., ¿a qué te refieres con un callejón sin salida?

Fionn se apoyó en la encimera.

—Lydia, ¿quieres una lección rápida sobre el significado que damos los irlandeses a las frases hechas? —preguntó, riéndose de nuevo. Me encantaba cómo pronunciaba mi nombre, igual que lo hacía Brogan cuando se dejaba llevar por su acento, más rápido que con el deje americano y con acento en la «a».

—Sí —repuse—. ¿Te quedas a cenar? Me encantaría disfrutar de tu compañía.

—Bueno, es la mejor oferta que he tenido desde hace la tira. —Me miró mientras empezaba a vaciar una bolsa—. Y eso significa mucho tiempo.

Sonriendo, cogí platos, servilletas y cubiertos y los llevé a la mesa que había a un lado. Fionn trasladó las numerosas cajas de cartón llenas de alimentos y sacó una botella de vino de la nevera.

La abrió y sirvió dos copas.

—De acuerdo —dijo—, lo primero que debes saber es cómo saludar a alguien. Si preguntas, «¿qué pasa?», solo quieres saber si ha ocurrido algo nuevo.

Recordé que me lo había dicho también Rory el primer día, en las oficinas de Brogan, aunque parecía que habían pasado cien años.

—¿Qué pasa? —repetí, haciendo un gesto con la cabeza—. De acuerdo. Pero ¿qué quiere decir en realidad?

—Mmm... —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a las cajas de cartón, indicándome que empezara, y cogí una que contenía una especie de fideos, que empecé a servirme en el plato—. Es solo una coletilla, como cuando añades «¿Vale?» al final de una frase.

—Entiendo.

Seguimos hablando y riendo mientras cenábamos. Fionn me enseñó lo suficiente para empezar a soltarme con algunas expresiones.

Al decir «Tranqui, tronco», se quería decir «Cálmate». «Estoy pa'l arrastre» significaba «Me siento fatal», y solía utilizarse después de una noche de juerga. Si alguien te preguntaba «¿Hace un trago?», estaban invitándote a tomar una cerveza. Si de una mujer decían «es como las gambas», hacía referencia a que se aprovechaba todo menos la cabeza: un cuerpo de socorrista de la playa y una cara no demasiado agraciada.

Estaba convencida de que algunas de las frases eran cosecha propia de Fionn, pues resultaban demasiado extravagantes. Pero en el momento en el que acabamos la comida y terminamos la botella de vino, «me partía», lo que significaba que no podía controlar la risa. De hecho, no recordaba la última vez que me había reído tanto, incluso me dolían los músculos de las mejillas.

Se oyó una señal sonora y Brogan atravesó la puerta.

—¿Qué pasa? —pregunté, levantando hacia él la copa vacía.

Brogan cerró la puerta y se acercó con una expresión divertida.

—Veo que habéis organizado una fiesta sin mí.

Sonreí a Fionn, pero al fijarme en Brogan, vi que parecía más viejo y cansado.

—¿Te encuentras bien? —pregunté—. ¿Tienes hambre?

—Sí. —Se sentó y cogió uno de los recipientes y un tenedor para ponerse a comer directamente de la caja.

—¿Abro otra botella de vino? —intervino Fionn.

—Sin duda —repuse. Él se levantó para coger otra botella—. ¿Ha ido todo bien? —pregunté a Brogan—. ¿Tienes alguna noticia de mi hermano?

—Estoy negociando con ellos. Todavía no tengo una respuesta definitiva. —Buscó mi mirada de una forma que me hizo preguntarme si había algo que no me estaba diciendo.

—Ah... —Me mordí el labio—. De acuerdo. ¿Crees que...? —Me interrumpió el timbre de la puerta.

Brogan frunció el ceño y dejó el envase en la mesa. El timbre volvió a sonar.

—¡Dios! —dijo Brogan entre dientes mientras se levantaba y se acercaba al telefonillo. Abrió la tapa y miró la imagen. Le oí soltar una maldición y enderezar los hombros como si estuviera cogiendo aire. Pulsó el botón y se empezó a oír la voz histérica de una mujer.

—¡Brogan, déjame subir! —Parecía que estaba llorando.

—¡Santo Dios! —oí musitar a Fionn. Lo miré confusa y vi que su expresión era tensa. Cuando él me devolvió la mirada, la diversión de hacía unos momentos había desaparecido por completo.

—Courtney, no es un buen momento —dijo Brogan al monitor—. Ya te llamaré.

—¡Lo han soltado! —chilló—. ¡Brogan, llevo días llamándote y no me has respondido! ¡Déjame subir! —Brogan apoyó la cabeza en el monitor. Lo observó con una sensación de intranquilidad. ¿Quién era esa mujer?

Se volvió hacia mí y nuestros ojos se encontraron a través del espacio que nos separaba.

—Lo siento, Lydia —dijo en voz baja antes de presionar el botón que permitía el acceso a la mujer que gritaba en la calle.

Sentí que palidecía, pero parpadéé, intentando que no se notara mi intranquilidad. Hacía un momento estaba bebiendo vino tan contenta y ahora estaba a punto de ocurrir algo que no entendía pero que, por lo que parecía, no era bueno.

—¿Podrías...? —le indicó Brogan a Fionn.

—No tienes que hacerlo, Brogan —aseguró Fionn en voz baja. A continuación, intercambiaron algunas frases con rapidez en gaélico que yo no pude entender.

Luego Fionn suspiró—. Sí —asintió.

Brogan se dio la vuelta cuando empezaron a sonar unos golpes en la puerta. En el momento en que la abrió, una mujer morena —la misma que lo había acompañado a la fiesta en la que lo había visto de lejos— se precipitó al interior y se arrojó en sus brazos.

—¿Qué ha ocurrido, Courtney? —preguntó Brogan.

Ella soltó un sollozo antes de recobrase un poco y enderezarse.

—Ha conseguido la libertad condicional.

—¿La libertad condicional? —Brogan parecía confundido—. Pero si dijeron que...

—¡Ya sé lo que dijeron! —gritó la morena—. Cambiaron de opinión o qué sé yo. Lo único que está claro es que lo sueltan el mes que viene. ¡Oh, Brogan, te necesito! Abrazame. Solo... —Sollozó otra vez—. Solo necesito que me abracés. —Se arrojó de nuevo a sus brazos y él se lo permitió, estrechándola contra su pecho.

Noté que me daba un vuelco el corazón. Sin saber qué más hacer, permanecí allí con las piernas temblorosas. Desaparecido ya cualquier rastro de diversión, me levanté y llevé el plato al fregadero.

Ella debió de notar mi presencia en ese momento, porque se enderezó y se alejó de Brogan para mirarme.

—¿Quién es? —exigió. Parpadeé, ruborizándome bajo su desdeñoso escrutinio.

Brogan se volvió hacia mí con el rostro pálido, lleno de pesar y de... ¿temor?

—Courtney, Lydia —nos presentó con un gesto de cabeza, sin ofrecer a ninguna de las dos explicación alguna del papel que desempeñábamos en su vida. ¿Qué iba a decir? ¿«Courtney, esta es Lydia, la mujer cuya vida arruiné aunque en última instancia le hice sentir tres orgasmos alucinantes la noche pasada»? Reprimí una risita histérica y tosí para disimular el sonido que se me escapó. Quizá todavía estaba más perdida de lo que pensaba.

Courtney entrecerró los ojos y noté que, a pesar de su belleza, era quizá unos años mayor que nosotros. Luego la vi mirar a Fionn y de nuevo a mí, seguramente llegando a la falsa conclusión de que estaba con Fionn.

—Fionn —lo saludó con frialdad.

La risa que parecía la principal característica de Fionn había desaparecido cuando le devolvió el gesto.

Courtney se volvió hacia Brogan con la cara crispada.

—Por favor, Brogan, cariño, llévame arriba.

«¿Cariño?». Él le puso la mano en la parte baja de la espalda y la condujo escaleras arriba sin mirar atrás ni una sola vez. «¿Qué coño...?». Me vi asaltada por unos

celos intensos y una profunda incredulidad. ¿La llevaba a su habitación para consolarla? ¿Después de lo que habíamos hecho la noche pasada? Miré a Fionn, que tenía los labios apretados pero una mirada de simpatía, y soltó un suspiro que parecía de irritación mientras sacudía la cabeza con las manos en las caderas.

—¿Quién es esa mujer? —pregunté con un susurro. Oí que se cerraba la puerta del dormitorio de Brogan y noté náuseas. ¿Estaba pasando de verdad? ¿Era normal que me sintiera tan dolida? Brogan no me había hecho ninguna promesa, y aun así...

—Eso tiene que decírtelo él. Lo siento mucho. —Movié la cabeza—. Creo que es el momento perfecto para que tú y yo terminemos las lecciones de semántica irlandesa.

Parpadeé con una inconfundible sensación de enfado y mareo. Tenía que salir de aquí.

—Me largo.

Fionn movió la cabeza.

—No puedo permitirte, Lydia. No estás segura en otro lugar mientras Brogan no arregle el lío en el que se ha metido tu hermano.

Lancé una mirada a las escaleras. ¿Brogan bajaría a explicarme la situación después de tranquilizar a esa histérica? ¿Era esto otra parte de su venganza? Se me revolvió el estómago. ¿Había planeado esto como las otras citas, para molestarme? No, no... Ya habíamos superado esa etapa, ¿verdad? Además, la expresión de su rostro había sido de irritación y remordimiento. O quizá estuviera actuando. Quizá lo que ocurrió la última noche también era parte de sus planes. ¡Oh, Dios! Estos pensamientos me estaban provocando dolor de cabeza.

Levanté el vaso hacia Fionn.

—Llénamelo, Fionn. Hasta arriba del todo.

16

LYDIA

Noté que me subían, y me resistí de forma eficaz.

—Estate quieta, Lydia. Estás achispada y solo quiero llevarte a la cama. —Era la voz de Brogan.

—Sí, estoy achispada —confirmé, abriendo un ojo—. Y tú eres el que lanza las chispas. Las malditas chispas. Y un gilipollas.

—Ya lo sé —convino mientras la habitación daba vueltas a mi alrededor. Solté un gruñido—. Maldito Fionn —murmuró.

—Me gusta Fionn —comenté. Me pareció sentir que Brogan se ponía tenso, pero estaba demasiado borracha para que me importara. Adoraba a Fionn. A Fionn y al vino. Me encantaba el vino de Fionn—. Y a Fionn le gusto —esgrimí.

—A Fionn le gustan todas. —«No, Courtney no le gusta. Y ya que estamos, si a Fionn no le gusta alguien, es que es una buena zorra».

—Y tú eres un gilipollas —dije de nuevo, tratando de ordenar qué era lo que decía en voz alta y lo que repetía mentalmente—. Un gilipollas. Fionn me ha dicho lo que significa exactamente. —Hipé—. ¿Tú lo sabes?

—Sí, Lydia, yo lo sé.

Se detuvo al llegar a lo alto de la escalera como si no supiera hacia qué lado girar.

—Ni se te ocurra llevarme a tu dormitorio, gilipollas. —Arrastré las palabras—. Todavía hueles a ella. —Era así, y me estaba poniendo enferma. Era un perfume fuerte e intenso que hacía que me diera más vueltas la cabeza. No quería imaginar lo que estaría sintiendo Brogan. Sin embargo, había sido él quien dejó que lo tocara. Seguramente, había el mismo olor en las sábanas, pero ¿a quién le importaba? ¿Por qué debía preocuparme por Brogan? No era más que un gilipollas. Un gilipollas integral. Un jodido gilipollas.

—Lo sé —dijo con un suspiro de cansancio mientras se aproximaba a mi habitación. Me dejó sobre la cama con suavidad y abrí los ojos para mirarlo fijamente. Tenía la cara en sombras, pero logré percibir su mueca, como si se

sintiera torturado. Pero eso era lo que me había hecho antes. Me había herido lo suficiente como para beberme dos botellas de vino. Sin embargo, seguía doliéndome, solo que de forma más difusa. Era una sensación mucho mejor que el agudo dolor que me había atravesado cuando lo vi subir las escaleras hacia su habitación con esa mujer.

—Me odias —aseguré—. Quieres hacerme daño una y otra vez.

Negó con la cabeza.

—No. Dios, Lydia, no. Pero lo hago y lo siento. Lo siento mucho. —Por fin, la disculpa que estaba esperando, y que solo intensificaba el nebuloso dolor. Me aparté de él, rodé a un lado y cerré los ojos. Me daba vueltas la cabeza y estaba muy cansada. Necesitaba dormir.

Un minuto después, la puerta se cerró con un silencioso clic. A continuación, caí en un profundo sueño.

Me desperté con una sensación horrible. Gemí abriendo los párpados pesados y miré a mi alrededor, tratando de orientarme. Me inundaron los recuerdos de lo ocurrido la noche anterior y gemí de nuevo, ahora más fuerte. Me senté y me puse a masajearme las sienes con los ojos entrecerrados por la luz que penetraba entre las persianas cerradas.

Trastabillé hacia el cuarto de baño y me lavé los dientes a fondo antes de atreverme a echar un vistazo en el espejo. Mi aspecto daba miedo: tenía las mejillas manchadas de rímel, los ojos rojos y la cara hinchada. Mechones de pelo salían disparados en todas las direcciones.

Fue entonces cuando vi la nota que había en la encimera, junto con un botellín de agua y dos pastillas de paracetamol. Leí la nota.

Lydia:

Esto te hará sentir mejor. Regresaré a casa temprano para que podamos hablar.

Por favor, dame la oportunidad de explicártelo.

Brogan (el gilipollas)

«¿Cómo se atreve a bromear con el asunto?». Estrujé el papel y lo lancé al pequeño cubo de basura que había al lado del lavabo, pero no encesté y me quedé mirando con tristeza el lugar donde había aterrizado. ¿Por qué me sentía tan deprimida? No lo sabía. Posiblemente no podía asimilar un fracaso más en este momento, incluso aunque fuera pequeño e insignificante. Dejé de mirar la estúpida nota arrugada y me tragué las dos pastillas con un poco de agua.

Después de darme una larga ducha caliente, de secarme el pelo y maquillarme me sentí un poco mejor. Desde luego mi aspecto había mejorado mucho cuando me puse unos vaqueros cortos y una camiseta *oversize* de rayas blancas y azules con el cuello en pico. Al bajar las escaleras descubrí que el apartamento estaba vacío. Me senté ante la isla de la cocina y me bebí un vaso de zumo de tomate —no era mi favorito, pero era lo único que encontré en la nevera de Brogan—. Después me obligué a comer una tostada.

Una nueva oleada de ira me recorrió cuando vi las copas de vino sin lavar en el fregadero. No pensaba quedarme esperando en el apartamento de Brogan como si fuera un cachorrillo fiel y maltratado. Quizá no me hubiera hecho ninguna promesa, pero me merecía más respeto que el que me había demostrado la noche anterior. Ni siquiera me respetaba lo suficiente para quedarse en casa esta mañana y ofrecermé una explicación cuando me despertara. Por el contrario, Brogan suponía que debía aburrirme allí durante todo el día, esperando a que me honrara con su presencia para darme una lamentable explicación. Y de eso nada.

«Estamos mano a mano», le había dicho. Solo que quizá para él no era así. Todavía no. Quizá yo no era más que una idiota por pensarlo.

«Puedes tratar de hacerme sufrir más, pero a partir de ahora, lucharé contra ti si lo haces. Solo quería que lo supieras». Quizá fuera idiota, sí, pero eso era lo que le había dicho, y lo había hecho en serio.

Metí mi ropa en la bolsa, cogí el bolso y salí al pequeño vestíbulo privado que daba acceso al apartamento.

Apreté el botón del ascensor y esperé impaciente a que llegara. Cuando entré, me quedé en la esquina, con la espalda pegada a la pared, durante todo el trayecto hasta la planta baja. Como iba perdida en mis propios pensamientos, estuve a punto de no ver al hombre corpulento de traje negro que había junto a la puerta. «No es posible...». A través del cristal, vi que estaba fumando mientras charlaba animadamente con una mujer que paseaba a su perro. Se rieron cuando el perro ladró, y la mujer se pasó el pelo por encima del hombro, coqueteando. Di un paso atrás para volver al ascensor y presioné el botón para cerrar la puerta. No sabía si se trataba de alguien que hubiera contratado Brogan o no, pero no pensaba arriesgarme. Tampoco podía retenerme contra mi voluntad, no era su prisionera. Y tampoco era su mantenida. Dado que Brogan vivía en un edificio sin portero, había pensado que podría salir por la puerta sin más, pero no era así. Bajé al garaje y salí del ascensor con la esperanza de que si había puesto vigilancia en el edificio, fuera para controlar quién llegaba, no quién salía. Recordé que, de hecho, se necesitaba un código de seguridad para entrar en el ascensor.

Atravesé el garaje entre los coches en vez de dirigirme directamente a la rampa, y salí por una puerta lateral. Después de mirar a ambos lados, crucé la calle. Solo entonces solté un suspiro de alivio, sintiendo al mismo tiempo una sensación de victoria y aquel desagradable agujero en el estómago.

Llamé a un taxi cuando estaba a un par de manzanas y le facilité al conductor la dirección de mi hermano. Diez minutos después, se detenía frente al edificio donde vivía Stuart.

Aunque yo vivía en un apartamento que estaba situado en un barrio cuestionable para ahorrar alquiler, mi hermano vivía en Meatpacking District, una de las zonas más caras. Después de salir del vehículo y despedirme del taxista, miré el elegante edificio de cristal con cierto resentimiento. Hombres... Gilipollas todos. La rabia me dio fuerza y me ayudó a enderezar la espalda mientras pasaba junto al portero.

El hombre marcó el número de Stuart y tras unos tensos segundos en los que pensé que mi hermano no respondería, oí su voz a través de la línea. Al instante, el conserje me dejó pasar y me señaló los ascensores con un gesto de cabeza. Cuando llegué al piso donde vivía, Stuart me esperaba en la puerta del apartamento, sin camisa y con los pantalones desabrochados.

—Dios, Lydia, tenías que haberme llamado para decirme que venías. —Tenía la voz cascada y ronca. ¿Lo había pillado durmiendo? ¿O se había puesto a beber antes del mediodía? «¡Lo que faltaba!».

—Yo también me alegro de verte, Stuart. Estoy bien, gracias —aseguré, pasando junto a él para entrar y dejar la bolsa en el suelo, cerca del sofá. El apartamento olía a platos sucios y a cerrado, parecía que no se limpiaba desde hacía semanas. Como si hubiera habido una fiesta hacía poco. Vi botellas de licor y cajas de comida encima de la mesita, así como dos lámparas caídas.

Me volví hacia él, que estaba cerrando la puerta.

—¿No te puedes poner una camisa?

Suspiró, pero cogió lo que parecía una prenda sucia del respaldo del sofá. La olió antes de ponérsela por la cabeza.

—¿Qué tal estás? —preguntó.

—Bien, supongo. Te he llamado varias veces.

Me miró durante un momento con los ojos rojos e inyectados en sangre antes de pasarse la mano por el pelo y dirigirse a la cocina que había a la derecha del salón. Lo seguí.

—Lo sé, pero me dijeron que no estuviera en contacto contigo. —Cogió una botella de agua.

—Claro —murmuré mientras le veía tomar un enorme trago de agua. Yo también

necesitaba hidratación, todavía no me sentía al cien por cien—. ¿Quién te dijo eso? —pregunté.

—Brogan Ramsay. —Sus músculos faciales se tensaron cuando dio la respuesta, parecía que había pronunciado el nombre del mismísimo Lucifer.

Hice una pausa y fruncí el ceño ligeramente.

—No creo que se refiriera a que no hablaras conmigo por teléfono.

Se encogió de hombros y tomó otro sorbo de agua.

—¿Qué tal te trata en Connecticut?

Mi ceño se hizo más profundo. Al parecer, Stuart no estaba demasiado preocupado por mí. Se encontraba en su casa, no me llamaba y se dedicaba a beber para seguir autocompadeciéndose en vez de pensar en mi bienestar.

—De acuerdo, Stuart. Está tratando de protegerme de los hombres a los que debes dinero. —No podía evitar el leve temblor airado que me hacía elevar la voz.

Soltó un enorme suspiro apoyado en la encimera, y me dio la impresión de que cruzaba los brazos para obligarse a estar quieto.

—Todo esto es culpa suya, ¿sabes?

Negué con la cabeza.

—No puedes culparlo por tus insensatas decisiones, Stuart.

—¿Piensas que perdí por mala suerte? —siseó entre dientes—. De eso nada. Fueron ellos los que pusieron en marcha todo esto. Brogan y ese hijo de puta irlandés. El rubio.

Negué con la cabeza. «¿Fionn?». Él no había tenido arte ni parte, ¿verdad?

—No te pusieron una pistola en la sien para obligarte a jugar.

—No era la primera vez, pero se aseguraron de que en esta ocasión perdiera. Recuerdas lo bien que se le daban a Brogan los números, ¿verdad? ¿Qué se supone que debía hacer después de eso? Estoy arruinado... Así que sí, he vuelto a jugar. ¿De qué otra forma voy a ganar dinero? ¿No tenía que intentarlo de la mejor forma posible? ¿No debía aprovechar cualquier oportunidad a mi alcance para recuperar la compañía de mi padre?

Me froté las sienes. ¿No era eso lo que me había dicho a mí misma? ¿Que iba a trabajar para Brogan y suplicarle que nos devolviera la empresa? ¿Que no iba a arrepentirme de no haber intentado todo lo que estuviera en mi mano, incluso aunque eso significara arriesgar mi orgullo?

Y, sin embargo, después de escuchar la esperanza y la emoción en la voz de Trudi al ver los resultados que estaba logrando el equipo de Brogan, comenzaba a cuestionarme aquello por lo que tanto había luchado. A pesar de lo que sentía actualmente por Brogan Ramsay, ¿y si lo mejor para De Havilland Enterprises, para

mantener vivo el sueño de mi padre, era estar en manos de Brogan? «Dios, no pienso con claridad». El vino que había tomado la noche anterior seguía confundiendo mis pensamientos.

Stuart continuaba parlotando sin cesar.

—Están orquestando mi caída, y ahora intentan que parezca que van a ayudarme. Pero no es cierto. Recuerda mis palabras. Esto forma parte de su plan —escupió Stuart, de nuevo enfurecido—. No se darán por satisfechos hasta que esté muerto.

«Dios, se ha vuelto paranoico». ¿Cómo había llegado a este punto?

—No quieren verte muerto, Stuart. Tienes suerte de que estén tratando de ayudarte a salir de este lío en el que te has metido tú mismo.

—¿En serio, Lydia? ¿Debo estar agradecido? ¿Yo he creado el problema? Eso es cosa de Brogan Ramsay. Ahora mismo estaríamos sentados en nuestros despachos de la empresa si no fuera por él.

Suspiré. Brogan Ramsay había orquestado este lío. O eso parecía. Pero nada iba bien antes de que él llegara. Mis sentimientos por él y la situación creaban un caos retorcido y confuso. Pero, independientemente de eso, Stuart había empeorado las cosas. Había creado una situación que no solo había determinado su ruina financiera, sino quizá su propia vida. Y la mía. Pensara lo que pensara Stuart, Brogan no estaba detrás de eso. ¿Verdad?

—No deberías estar aquí —dijo Stuart con rotundidad.

Moví un taburete ante la barra y me senté.

—Lo sé. Pero tenía que hablar contigo, comprobar que estabas bien. Eres mi hermano y me preocupo por ti. —«Cuida de tu hermano, Lydie».

Su expresión se suavizó, y apareció en sus ojos una mirada de tristeza.

—También me preocupo por ti, Lydia. ¡Dios!, soy un puto fracaso. Lo siento mucho. —Su voz era ronca, como si estuviera conteniendo las lágrimas.

Recordé otro momento en el que había oído el mismo tono en su voz. Stuart tendría unos doce años, y había llegado a casa con un proyecto de arte que había recibido una mención de honor en la feria de arte del colegio. Sus ojos brillaban de felicidad. Todos estábamos contentos. Todo era bueno. Era un buen retrato de nuestro hogar, con las vastas extensiones de césped, los caballos pastando en los prados. Estaba orgulloso cuando se lo enseñó a nuestro padre. Mi padre había mirado el trabajo de reojo y luego gruñó sin comprometerse.

—Es necesario que te concentres en las cosas que importan de verdad, hijo —añadió—. No vas a ganarte la vida haciendo garabatos en un papel.

Mi hermano estuvo de acuerdo, pero aplastó una parte de sí mismo. Que yo supiera, no había vuelto a dibujar de nuevo. Lo miré con simpatía. A veces me

sentía como si Stuart nunca hubiera crecido. Todavía era ese chico de doce años que se había sentido un fracasado ante los ojos de su padre. Pero yo no podía seguir siendo su niñera. Me estaba matando. Incluso antes de que surgiera todo esto, de que Stuart hubiera perdido la compañía jugando a las cartas, me estaba matando poco a poco. Había llegado el momento de admitirlo.

Respiré hondo.

—Todo va a ir bien. —«De alguna forma»—. Lo hecho, hecho está, y los dos debemos aceptar la responsabilidad que tenemos en todo esto. Quizá surja algo bueno de ello. Pero mientras tanto, tienes que pensar cómo vas a salir adelante. Tengas una deuda o no, vas a tener que saber cómo vas a orientar tu vida cuando esté resuelto.

Asintió con la cabeza con los labios apretados en una línea. Noté la expresión de odio que cruzó por su cara, un odio dirigido a Brogan, imaginé.

—Oye, Stu —dije después de un rato—, ¿puedo hacerte una pregunta? Brogan me dijo que lo encontraste en el Bronx hace unos años. Cuando te pedí que lo buscaras. Diste con él, pero nunca me lo dijiste, ¿por qué? —No pude ocultar el dolor de mi voz.

Stuart pareció confuso por un momento, pero luego comprendió y me miró fijamente.

—Sí, lo hice. ¿Y qué?

Fruncí el ceño e incliné la cabeza a un lado.

—Sabías lo importante que era para mí dar con él. Estaba embarazada, Stu, tenía dentro de mí a su bebé. ¿Por qué? ¿Por qué me ocultaste su paradero? ¿Por qué no le dijiste que estaba tratando de encontrarlo?

Soltó un suspiro de impaciencia.

—Estabas mejor sin él, Lydia. Cuando pisé el infierno en el que vivía no pude... No podía permitir que él formara parte de tu vida. De nuestra vida. Jamás te habrías librado de él.

Hice una mueca al percibir la frialdad de su tono.

—No era una decisión que tuvieras que tomar tú —repuse. La injusticia que se había perpetrado entonces hizo que hundiera los hombros.

—¡Estaba protegiéndote! Y él era malo para ti. Aunque estoy seguro de que ese bastardo egoísta no lo verá de esa manera. Apenas era capaz de alimentar a su hermana. Había bichos... y moho en las paredes. ¡Moho, Lydia! —Hizo una mueca de disgusto—. ¿Cómo iba a cuidar de un bebé si apenas podía ocuparse de sí mismo?

Sentí una profunda angustia al imaginar a Brogan y a Eileen en un lugar como ese.

Negué con la cabeza.

—Papá le habría dado trabajo. Los habría ayudado. Lo sabes. Lo sabes ahora y lo sabías entonces. —Y esa era la verdadera razón por la que había mantenido en silencio el paradero de Brogan.

«Oh, Dios, Stuart... ¿Cómo has podido?».

—De todas formas, eso ya ha pasado —murmuró. Al menos me quedaba el consuelo de que parecía avergonzado—. Si pudiera cambiar lo que ocurrió, lo haría, pero no puedo.

Lo miré fijamente, tratando de odiarlo por lo que me había hecho, por lo que le había hecho a Brogan, pero solo era capaz de albergar una entumecida compasión. Y no formaba parte del pasado. Incluso Stuart tenía que ver que no era algo que hubiera quedado atrás. Su situación actual era prueba suficiente de ello. «Nuestra situación actual».

—Debes marcharte a casa —sugirió—. Es mejor que no estés aquí. Creo que están vigilando el edificio. He visto coches extraños desde la ventana. —Miró la gran extensión de vidrio antes de clavar en mí los ojos. De nuevo parecía nervioso... ¿Se había vuelto paranoico o realmente lo estaban espiando?—. Estarás más segura en tu casa.

—Quizá. No estoy segura. Hasta esta mañana he estado en el apartamento de Brogan.

Parecía sorprendido.

—¿Qué coño dices?! —gritó—. Pensaba que habías pasado página. Lydia, será mejor que no...

—No se trata de eso —mentí—. Es que allí estaba más segura.

—No me mientas. Es parte del plan de ese cabrón. Quiere que tú también estés contra mí. Y luego te arruinará a ti también. ¿Es que no lo ves?! ¿No ves lo que nos está haciendo?

—Stuart...

—¿Stuart? —lo llamó una voz femenina. Miré por encima del hombro y vi a una rubia platino vestida con algo que parecía una camisa de mi hermano acercándose a nosotros desde el dormitorio. Me volví hacia él y arqueé una ceja. «¿En serio?».

—Tengo que comer —se defendió él—. Ni siquiera puedo salir de mi apartamento. ¿Cómo querías que consiguiera comida? —Debía de haberse olvidado de la multitud de opciones que existían para entregar comida a domicilio en Manhattan. Aunque, al parecer, su servicio particular de entrega incluía licores, posiblemente drogas (que no sabía cómo estaba pagando) y favores sexuales. Tuve ganas de vomitar.

La mujer se acercó a Stuart, y él le rodeó la cintura con un brazo.

—¿Quién es esta, Stu? —preguntó, mirándome con coquetería.

«¿En serio?».

—Soy Lydia —me presenté—, la hermana de Stuart. Mucho gusto.

—Oh, hola, soy Jewel. —Miró a Stuart—. ¿No vuelves a la cama, cariño?

Acababa de escuchar la señal para salir de allí.

Me levanté del asiento.

—Tengo que marcharme.

Stuart se alejó de Jewel y me acompañó a la puerta, cogiendo mi bolsa de camino.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí.

—Mantente alejada de Brogan Ramsay, Lydia. Te lo juro, cuanto más lejos de él, mejor. Está detrás de todos los recovecos de esta situación.

—De acuerdo, Stuart —convine, porque realmente tenía intención de mantenerme alejada de Brogan Ramsay—. Todo irá bien —murmuré, aunque estaba empezando a dudar que fuera el caso. Él asintió con la cabeza y abrió la puerta.

Mientras bajaba en el ascensor hasta la planta baja, me apoyé en la pared, meditando sobre la situación actual. Ayer mismo había pensado que conocía a Brogan, que lo entendía, pero hoy... Me había dado cuenta de que no lo conocía en absoluto. No sabía nada de su vida. Había sido evasivo sobre sus negocios, aparecían mujeres de la nada cada dos por tres —exactamente tres habían surgido hasta el momento—, y al menos una tenía algún tipo de control sobre él. En cuanto a sus sentimientos sobre mí..., ¿sabría alguna vez a ciencia cierta qué sentía? Me inundó una oleada de desesperación. Había esperado que... ¿qué había esperado? Me mordí el labio, sopesándolo todo. Tenía la esperanza de que Brogan y yo continuáramos la relación en el punto donde la habíamos dejado años atrás. Sí, lo admitía. Pero era imposible. Entonces éramos adolescentes inocentes, pero ahora llevábamos mucho equipaje a nuestras espaldas, había demasiados obstáculos entre nosotros. Pero a pesar de ello, lo había creído posible de todas formas. A pesar de todo, había creído en nosotros.

Con aquel peso en el corazón y la mente llena de ideas perturbadoras, la bolsa empezó a pesarme mucho más que antes. Salí a la calle y sopesé qué camino tomar. Lo cierto era que no sabía a dónde ir. Me habían advertido que me mantuviera alejada de mi apartamento, pero aparte de eso y del ático de Brogan, al que me negaba a regresar en este momento, no tenía ningún otro lugar al que ir.

Traté de dejar a un lado ese deprimente pensamiento, y me quedé en blanco

durante varios minutos antes de sacar el móvil del bolso. Tenía varias llamadas perdidas de Brogan, pero decidí no responder de momento. En cambio, marqué el número de Daisy.

—Hola, Lydia —respondió con voz cantarina. Sonreí a pesar de mis lamentables circunstancias actuales.

—Hola, Dais. —Rodeé a una pareja de ancianos que iba de la mano para seguir la acera—. ¿Qué estás haciendo?

—Voy a comprar un vestido. ¿Vas a ir a la fiesta del 4 de julio de los Christenson?

—Mmm... No creo. Daisy, necesito que me eches una mano. —Me moví hacia el otro lado de la acera cuando un hombre alto de pelo rubio platino se acercó directamente hacia mí. No parecía dispuesto a cambiar de rumbo antes de que chocáramos—. Me están pasando algunas cosas. —Me eché hacia la derecha y el tipo hizo lo mismo, lo esquivé como pude. Jadeé cuando sentí algo afilado en el costado y dejé caer la bolsa. Ese idiota llevaba algo punzante, y parecía que me lo había clavado en el costado cuando pasó.

—¿Lydia? —oí que decía Daisy—. ¿Hola? ¿Sigues ahí?

Me volví para mirar al hombre, y se inclinó hacia mí.

—Recuerde a su hermano lo que pasa cuando no nos pagan lo que nos deben —me siseó al oído.

Se me heló la sangre mientras caía hacia él. Me cogió los brazos durante unos segundos antes de soltarme y desapareció entre un grupo de gente que pasaba en dirección opuesta. Me tambaleé hacia delante al tiempo que me llevaba la mano al lugar donde había sentido el pinchazo.

—Maldita conexión de mierda —oí que decía Daisy en el móvil que todavía sostenía en la mano—. Si me escuchas, te llamaré más tarde —dijo en voz alta antes de que se me cayera al suelo rompiéndose la pantalla.

Tropecé y caí de rodillas. Alguien a mi izquierda jadeó. Me llevé la mano a la cara. Estaba teñida de un brillante color rojo.

«¿Me han apuñalado?». ¡Oh, Dios mío, me habían apuñalado!

BROGAN

Crucé la calle hacia el edificio donde vivía Stuart De Havilland con el corazón en un puño. Era el único lugar al que Lydia podía ir. Cuando llegué a casa, ella había desaparecido. No podía culparla, pero todavía sentía un miedo helado en el estómago.

Había bajado corriendo las escaleras para meterme en el coche. Conduje los diez minutos que me separaban del apartamento de Stuart con el pulso acelerado, dando puñetazos en el volante y haciendo sonar el claxon cuando el tráfico era demasiado lento.

En cuanto aparqué el coche, me bajé de un salto y empecé a cruzar la concurrida avenida. Lydia tenía que estar por aquí. ¿A dónde si no iba a ir? «¡Joder!». Tenía que resolver ese asunto, pero antes de nada tenía que dar con ella y asegurarme de que estaba a salvo.

Sentí una oleada de alivio cuando la vi salir del edificio donde vivía Stuart. «Gracias, Dios. Gracias, Dios». Corrí más rápido, golpeando con el puño el capó de un BMW que me pitó.

Según atravesaba el flujo constante del tráfico para llegar a la acera de enfrente, vi que un hombre se acercaba a Lydia con rapidez y la agarraba por los brazos antes de seguir adelante. Hubo algo en sus movimientos que me resultó extraño, pero antes de que pudiera pensar en ello, Lydia se giró hacia el lugar por el que se alejaba aquel tipo y... «¡Oh, no!». Vi cómo se tambaleaba hacia delante y caía de rodillas.

—¡Lydia! —grité, empezando a correr como si me fuera la vida en ello. El fuerte chirrido de frenos apenas traspasaba la bruma de pánico que me inundaba—. ¡Lydia!

Llegué a ella en el mismo momento en que un hombre mayor se inclinaba para ayudarla a levantarse.

—Señorita, ¿se encuentra bien?

—Lydia —repetí, empujándolo a un lado.

—Yo solo trataba de ayudar —murmuró desde un lugar que me pareció muy lejano, antes de seguir su camino.

—¿Brogan? —dijo ella, confusa y muy pálida.

La ayudé a levantarse.

—¿Puedes sostenerte? —pregunté con voz temblorosa.

¿La había empujado al suelo aquel hombre? Ella me miró y luego se llevó la mano al costado, con una expresión de sorpresa. Bajé la vista a su cintura y vi que una mancha de brillante color rojo se extendía por la tela de rayas de su camiseta.

«¡Oh, Lydia! ¡Oh, Lydia! ¡Joder!».

Comencé a respirar hondo mientras la ayudaba a llegar debajo del toldo que cubría una de las entradas de servicio del edificio de Stuart.

Miré en la dirección en la que había desaparecido el tipo rubio, pero no vi ni rastro de él. «Fedor Ivanenko». La altura inusual..., el cabello rubio casi blanco..., tenía que ser él. Quise rugir de rabia e impotencia. Quise correr detrás de él y aplastarle la cara contra el suelo. Pero si tenía razón y se trataba de ese hombre, sería imposible dar con él en este momento. La mafia no contrataba a tipos que no supieran desaparecer con rapidez de la escena del crimen.

Me acerqué hasta que Lydia pudo apoyarse en la pared interior y aparté la tela con manos temblorosas. Utilicé el dobladillo de la prenda para limpiar la sangre y poder evaluar el alcance de la herida con el corazón acelerado. Por suerte se trataba de una herida superficial; aunque era lo suficientemente profunda para necesitar algunos puntos de sutura, no había hecho un daño real.

—Gracias a Dios —suspiré—. Gracias a Dios. ¿Estás bien?

—Sí... Creo que sí —repuso—. Iba tan tranquila por la calle, y...

—Lo sé. ¿El tipo que te ha hecho esto ha llegado a decirte algo?

Se mordió el labio mientras seguía aplicando presión en la herida con la tela de la camiseta.

—Me ha dicho... Ha dicho algo sobre que le recordara a mi hermano lo que les ocurre a las personas que no pagan sus deudas. —Sus ojos buscaron los míos, muy abiertos y llenos de miedo—. ¡Oh, Dios, Brogan! Era uno de los hombres a los que Stuart debe dinero. Pensaba que estabas trabajando para que...

—¡Hijos de puta! —maldije, dejando caer las manos y apoyando la espalda en la pared de enfrente—. Tenemos que salir de aquí. ¿Puedes andar? —Le puse la mano en el punto donde había estado la mía para aplicar presión en la herida.

—Sí. Pero espera un momento... ¿Y Stuart? Podría estar en...

—¡Que se joda Stuart! —Empecé a tirar de ella.

—¡No!

Respiré hondo intentando tranquilizarme. ¿De verdad iba a mostrarse terca ahora?

—Lydia, estás sangrando. Tengo que ponerte a salvo, llevarte a un lugar para que te curen. Stuart está bien. Esto ha sido una advertencia para él. Yo mismo he hablado esta mañana con los hombres que le prestaron el dinero y estamos cerrando un trato. —Lo que no le dije fue que después de esto, estaba cerrado. Estaría de acuerdo con lo que fuera. La advertencia destinada a convencerme había funcionado tal y como habían planeado. Bajé la vista a la tela empapada en sangre que Lydia se apretaba contra el costado mientras intentaba controlar mi respiración —. Ahora, por favor —pedí con más suavidad—, acompáñame.

—¿De verdad que tienes casi cerrado el trato?

—Sí.

Vaciló brevemente antes de permitir que la ayudara a llegar a la puerta.

—Espera... Mi bolsa, el teléfono... —Señaló el lugar donde sus pertenencias estaban sobre la acera. El hecho de que se hubiera marchado con todas sus cosas me destrozó.

«Su intención era irse para siempre».

Fuimos allí con rapidez y recogí todo, apreciando que la pantalla del móvil estaba destrozada. Una vez que estuvimos a salvo dentro de mi coche, rebusqué en mi bolsa del gimnasio, que tenía en el asiento trasero, y saqué una toalla pequeña.

—Ten —dije, ofreciéndosela—. Es más gruesa que la camiseta, así que apriétatela contra la herida. —Noté que me temblaban las manos cuando me las froté contra los vaqueros para que no estuvieran resbaladizas por la sangre. Encendí el motor y me incorporé al tráfico.

«Tienes que llevarla al apartamento. Tienes que ponerla a salvo».

Miré a Lydia, que estaba apoyada en el respaldo con la cara pálida y la mano apretada contra el costado.

«Todo eso es por tu culpa. ¡Dios, ya basta!». Quería gritar, romper algo... Me odiaba por esto. Y Lydia también lo haría, si no lo hacía ya. Apreté los dientes y me obligué a concentrarme en llegar a casa.

Mientras conducía, hice una llamada rápida a Fionn para explicarle la situación y decirle que enviara a Margaret a mi apartamento. No hizo preguntas, tomó nota y dijo que se ocuparía de todo. Solo entonces me relajé un poco.

Diez minutos después, entraba en el garaje subterráneo, y cinco minutos más tarde atravesaba con Lydia la puerta de mi apartamento. La llevé de inmediato al cuarto de baño de su habitación y la ayudé a sentarse en el borde de la bañera. Saqué un botiquín de primeros auxilios de debajo del lavabo y me volví hacia ella.

—Tienes que quitarte la camiseta —le dije. Vaciló, pero se la subió por encima de la cabeza. El corte del costado era de color rojo y brillante, y destacaba en marcado contraste con su piel cremosa. El mensaje que transmitía era alto y claro: «No estás segura en ningún lugar, ni siquiera en una calle concurrida. Somos los dueños de Stuart De Havilland, y ahora lo poseemos a él y a sus seres queridos». Sabía cómo funcionaban estas mafias. Había trabajado para ellas—. ¿Te duele? —pregunté con la voz ronca por la rabia que no podía reprimir.

—No demasiado —dijo en voz baja, pero jadeó con brusquedad cuando le limpié la zona con alcohol.

—Mataré con mis propias manos a esos hijos de puta —dije por lo bajo, extendiendo una crema antibiótica por su piel. Ella emitió un suspiro de agotamiento.

—¿De verdad estás ayudando a Stuart? ¿Me lo prometes?

La miré antes de ponerle una venda sobre el corte y apreté con la mano para aplicar presión como antes.

—Ya te he dado mi palabra, Lydia. He hablado con ellos esta misma mañana, por eso me he ido antes de que despertaras. —Apreté los labios, sin querer pensar sobre el trato que no sabía si hacer.

Sus ojos se movieron sobre mi cara como si estuviera tratando de adivinar si estaba diciéndole la verdad o no.

—No debería haberme marchado. Pero tenía que...

—Lo entiendo —la interrumpí. Teníamos que hablar. Cuando estaba abriendo la boca para decírselo, sonó el timbre de la calle—. Es una enfermera, para darte unos puntos.

La vi fruncir el ceño.

—¿Es realmente necesario? Parece un corte pequeño y no demasiado profundo...

—Sí. —No quería que tuviera una cicatriz, que sería un recordatorio constante de la forma en la que le había fallado—. Serán pocos, pero así, cuando se cure, no te quedará ninguna señal.

—Oh, vale, de acuerdo. Si crees que es mejor...

—Sí. —Me volví hacia la puerta—. Voy a hacer algo de comer, te traeré un plato cuando esté.

Asintió.

—Me parece bien. —Mi mirada se detuvo en su cara durante un momento. Parecía cansada, y seguramente no había dormido bien, pero además se la veía exhausta, como si los acontecimientos de la noche anterior y de esta mañana pesaran en su mente. «¡Joder!». Justo cuando pensaba que había borrado esa

expresión de su cara, volvía a tenerla otra vez. Y no solo era culpa de su jodido hermano, sino también mía.

Bajé deprisa las escaleras y permití el acceso a Margaret, y luego esperé junto a la puerta a que subiera. Salió del ascensor con una bolsa en la mano.

—¿En qué andas metido ahora, Brogan Ramsay?

No pude evitar sonreír al ver la cálida y sincera sonrisa de Margaret. Nos había curado infinidad de veces a Fionn y a mí, muchas más de las que podía contar, en aquellos días en los que nos metíamos en peleas en las calles, o también cuando respondía a nuestras llamadas para ayudar a una persona que por la razón que fuera no podía ir a un hospital. Era una mujer buena y amable, y no nos pedía respuestas que no queríamos dar.

—Una amiga ha sido atacada en la calle. Una cuchillada. Hay que darle un par de puntos.

—Sí, es lo que me ha comentado Fionn. ¿Sabéis ya por qué la han atacado?

—Sí.

Me estudió fijamente durante un momento.

—Vale, de acuerdo. ¿Dónde está esa chica?

—Arriba, en la habitación de invitados, a la derecha. —La acompañé por las escaleras—. Gracias, Margaret —le dije mientras subíamos.

Ella se limitó a asentir con la cabeza.

Cuando desapareció de mi vista, saqué el móvil del bolsillo y envié un mensaje a los tipos con los que me había reunido esta mañana.

«Acepto el trato. Pero quiero la certeza de que Lydia De Havilland no volverá a sufrir ningún daño».

Me paseé por el vestíbulo, junto a la base de la escalera, hasta que sonó un pitido en mi móvil anunciando la respuesta.

«De acuerdo».

En ese momento llamaron a la puerta, cortando mis pensamientos asesinos. Era Fionn.

—Podrías haber abierto tú mismo —le dije.

Negó con la cabeza.

—No quiero interrumpir a Lydia mientras te pone de vuelta y media.

—Muy gracioso —solté, sabiendo que me lo merecía.

—¿Qué tal está? —preguntó, ahora más serio.

—Está bien. Solo sorprendida, creo. No sabes cómo me jode todo esto, Fionn, la han acuchillado en la calle. Podrían haberla matado si hubieran querido y nadie habría podido impedirlo. —Fionn se estremeció antes de sentarse en el sofá. Me senté frente a él y apoyé la cabeza en el respaldo durante un momento mientras emitía un largo suspiro tratando de relajarme. Llevaba dos días muy tenso—. Les he hecho saber que acepto el trato.

Fionn se inclinó hacia delante y apoyó los brazos en las rodillas.

—Ha sido muy arriesgado, Brogan. Pero ahora que has llegado a un acuerdo, se estarán quietos. Lydia está a salvo.

—Sí. —Me senté con la espalda recta. Fionn me observaba—. La he cagado — admití.

—Sí, es cierto. Has metido la pata hasta el fondo. Pero espero que ahora hagas lo correcto.

—Estoy intentándolo. Dios, lo estoy intentando.

—Ese es el camino. —Fionn sonrió—. ¿Gracias a quién?

Sonreí a pesar de todo. Él siempre provocaba en mí la misma reacción.

—Gracias, *mo chara*.

—Todo irá bien. Ya lo has hecho antes. Sé que no es lo que quieres, pero tampoco está mal tener de tu lado a la mafia. —Se encogió de hombros.

—Sí —convine, sin querer entrar en las razones por las que había esperado que podía llegar a otro tipo de acuerdo en vez de negociar con mi talento para los números. Incluso me había ofrecido a pagar el doble de lo que les debía Stuart, aunque habían rechazado mi propuesta.

—¿Qué vas a hacer ahora con lo de Courtney? —preguntó Fionn, posiblemente cansado ya del trato que había hecho con la mafia.

Volví a suspirar.

—Ocuparme de ella como de costumbre.

Fionn negó con la cabeza.

—Tienes que deshacerte de esa mujer. Está manipulándote.

No era estúpido, sabía que era eso lo que estaba haciendo. Lo que no sabía era cómo actuar al respecto. Estaba asustada, debido en gran parte a algo que había hecho hacía algunos años, o más bien a algo que no había hecho.

—Y además —continuó Fionn—, se ha interpuesto entre tú y Lydia. Deberías haber visto la cara que tenía cuando te fuiste arriba con Courtney anoche. Estuve a punto de darte una patada en el culo yo mismo. Pero veo que ya estás suficientemente arrepentido, así que voy a dejarlo pasar. No quiero que te pelees conmigo, *mo chara*, sabes que no acabarías bien. —Me guiñó un ojo. Solo nos

habíamos peleado de verdad una vez, cuando éramos jóvenes, por algo tan trivial que no podía recordar. Lo habíamos solucionado y olvidamos la cuestión.

Solté un sonido que podría haber sido una risa si hubiera estado de humor.

Durante unos minutos, hablamos de negocios. Me habló del chico que había pillado robando comida en el camión de hamburguesas, informándome de que lo había puesto a trabajar de mensajero. Hasta ahora había resultado ser un buen trabajador y se desenvolvía bien, lo que era una buena noticia.

Hablar de cosas mundanas me ayudó a tranquilizarme y a dejar de pensar en lo mismo. Después de un rato, bajó Margaret y dijo que Lydia se encontraba bien, que no era una herida grave y que le había dado instrucciones precisas sobre los cuidados que debería dar a los puntos durante los días siguientes, algo que también me facilitó a mí. Le di las gracias y la besé en la mejilla cuando salía.

Cuando se fue Fionn, le hice un sándwich a Lydia y se lo llevé a la habitación. Golpeé la puerta con suavidad. La habitación estaba en sombras y solo se oía el zumbido del ventilador del cuarto de baño. La vi acurrucada en la cama, dormida. La observé durante un buen rato, enfermo de desesperación. Podía haberla perdido hoy..., y apenas acababa de recuperarla.

18

LYDIA

Me desperté lentamente y dejé que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad mientras mantenía a raya los recuerdos, aunque tenía la sensación de que algo no estaba bien. Me gustaba disfrutar del breve instante que disponía antes de recordar y ser consciente de qué era. Al darme la vuelta otra vez y sentir el leve dolor en el costado, todo volvió a mi mente. Solté un suspiro y me incorporé poco a poco para que los puntos no me tiraran.

—¿Cómo estás? —Me sobresalté, y no me tranquilicé hasta que percibí la figura de Brogan sentada en la silla, junto a la ventana.

—Es la segunda vez que te encuentro sentado en mi habitación, en la oscuridad, sin que te haya invitado —dije—. Me resulta raro. ¿Estás tratando de que me dé un infarto?

Se levantó y se acercó a mí para sentarse en el borde de la cama.

—No, Lydia. No quiero volver a hacerte daño nunca más. —Suspiró y lanzó algo a la mesilla de noche.

Miré hacia allí y vi que había una carpeta de color amarillo oscuro, sucia y andrajosa, con notas escritas en lo que parecía gaélico. Volví la vista hacia él.

—¿Qué es eso?

—Ahora nada. Sin embargo, lo fue. Eso me mantuvo en pie cuando no tenía nada más.

Me incorporé un poco y coloqué las almohadas a mi espalda, cruzando las piernas antes de encender la lamparita de lectura que había en la mesilla. La habitación se tiñó con un suave brillo, lo que me permitió ver que Brogan me miraba con ternura en los ojos, aunque su expresión era sombría.

—¿A qué te refieres?

Se pasó la mano por el cabello corto y oscuro.

—Al salir aquel día de casa de tu padre... —Se interrumpió como si la mera mención de esa fecha le produjera un profundo dolor—. Nos fuimos al Bronx. En

realidad ya habíamos estado allí antes de que mi padre empezara a trabajar para el tuyo. Habíamos oído que existía en esa zona una gran colonia irlandesa, y conocíamos a gente que conocía a otra gente. Así que regresamos, alquilamos un diminuto apartamento de mala muerte y mi padre... —respiró hondo y soltó el aire lentamente— empeñó la alianza de mi madre para pagar la fianza y el alquiler del primer mes.

—Brogan... —susurré.

Sacudí la cabeza como diciéndome que no lo detuviera ahora.

—Al principio solo me preocupaba ganar algo de dinero, el suficiente para alimentarnos. Me junté con algunos chicos rusos en posiciones similares a la mía que sabían cómo conseguir dinero rápido. Ya sabes, éramos mensajeros, entregábamos paquetes, actuábamos de espías, cosas por el estilo. Sabía que estaba trabajando para mafiosos, pero no me importaba. Sacaba adelante a mi familia y no tenía otra forma de hacerlo. —Su expresión fue defensiva durante un momento, pero luego se transformó en vergüenza y desvió la mirada.

—Por supuesto —dije con suavidad—. Te admiro por hacer lo necesario para sobrevivir. Fuiste muy valiente.

Permaneció en silencio durante el tiempo que nuestros ojos se encontraron. Luego negó con la cabeza de forma imperceptible antes de bajar la vista y continuar.

—Mi padre buscó trabajo y nos dijo que no encontraba nada, pero es difícil encontrar empleo cuando estás borracho nueve horas al día.

Incluso viéndolo de perfil, percibí la expresión de desesperación, que me hizo sentir un nudo en la garganta. «Oh, Brogan, si lo hubiera sabido... Habría hecho cualquier cosa para ayudarte». Me sentí culpable una vez más ante mi propia ingenuidad adolescente. Ni siquiera se me había ocurrido que la familia de Brogan estuviera experimentando esa clase de pobreza, no tenía conocimiento real de lo que suponían la lucha y la desesperación. Me sentía muy avergonzada de mi propia ignorancia.

—Cuando conocí a Fionn, se encontraba también en una situación desesperada, y nos hicimos amigos. —Esbozó el primer atisbo de sonrisa—. Por supuesto, soy consciente de que no es necesario mucho tiempo para congeniar con él, pero era algo más. Confié en él a pesar de que no me resultaba fácil fiarme de nadie. Y lo que era solo vigilar o transportar con él se convirtió en algo divertido... Casi un juego. Era su táctica de supervivencia, supongo, pero me ayudó. Me equilibró... y jamás me ha defraudado. Ni una sola vez. Incluso cuando me lo merecía. Incluso cuando le pedí que hiciera cosas que iban contra su moral. Lo que me convierte en

un mal amigo.

Me incliné hacia delante y puse la mano sobre las suyas, que tenía en el regazo. Todavía no estaba segura sobre qué significaba «nosotros», pero me preocupaba por él y no podía pasar por alto su dolor.

—Tú también harías cualquier cosa por él. Es evidente.

Respiró hondo.

—Sí, lo haría. —Tomó aire nuevamente antes de continuar—. De todas formas, hacíamos lo que nos pedían. Según fui pasando por diferentes puestos, se dieron cuenta de que era bueno con los números y empezaron a darme tareas de carácter más administrativo. Con el tiempo, ayudaba a llevar los libros, apuntes contables y cosas por el estilo. Algunos de los chicos con los que trabajé eran auténticos gilipollas. Les vi hacer cosas que me revolvían el estómago sin poder hacer nada para evitarlas. No era asunto mío, a pesar de que iba contra todo lo que creía. —Se detuvo de nuevo, con una expresión tan sombría que contuve el aliento.

—Si hubieras hecho algo, te habrían despedido o algo peor, y necesitabas el dinero. Lo más inteligente era no llamar la atención, pensar en los objetivos. —Alcé la barbilla para darles más énfasis a mis palabras, defendiéndolo hasta de sí mismo.

—Lydia... —dijo en voz baja sin mirarme. Una vez más aquella leve negación, como si no pudiera aceptar mi declaración—. Empecé a copiar algunos registros, a apuntar nombres, a llevarme cosas que no debía... Me decía que tenía que encontrar la manera de devolverles la pelota a aquellos que se aprovechaban de otros que no podían defenderse. Algún día, cuando tuviera el poder... O eso me decía.

—Y eso te ayudó —adiviné.

—Sí —confirmó—. Me ayudó saber que a pesar de que no podía hacer nada en ese momento, lo podría hacer más tarde. Iba metiendo las notas en esa carpeta, y las sacaba y miraba siempre que podía. Pero ese trabajo... se pagaba mejor que cualquiera de menor categoría, y agradecía poder pagar los tratamientos para Eileen. Ahorré para poder operarla, para quitarle las abrazaderas de forma permanente, para salir del nido de ratas en el que vivíamos, para trasladarnos a un edificio más agradable en el Bronx. —Curvó un poco los labios y respiró hondo—. Y eso significaba que podía dejar atrás lo que más odiaba.

Incliné la cabeza en muda interrogación mientras me bajaba un escalofrío por la espalda. Le vi pasar la lengua por el diente delantero con una expresión vulnerable y llena de dolor. Esperé, completamente inmóvil.

—Un poco antes, cuando estaba haciendo los trabajos menores, uno de los chicos me dio acceso a unos servicios que administraban. Era una especie de negocio

paralelo, y a muchos de mis compañeros les encantaba que los eligieran para eso. Sabía que era algo que rozaba la prostitución, pero no consideraba que existiera prostitución masculina. —Hizo una mueca cuando soltó esas palabras y el corazón me dio un vuelco—. Algunas mujeres, casi todas casadas con hombres mucho mayores que ellas, nos llamaban para que fuéramos a sus casas, y ellos nos enviaban.

—Brogan...

Negó con la cabeza.

—Lo sé. No quería hacerlo. La mera idea era... desagradable para mí a muchos niveles. Fionn trató de convencerme para que lo dejara, pero él solo tenía que cuidar de sí mismo, nadie dependía de él. Y pensé que si ganaba el dinero suficiente para pagar la cirugía de Eileen, si ganaba lo que necesitaba para hacer algunas inversiones, dejaría atrás todo eso sin ninguna consecuencia.

—Pero... —susurré.

Nuestros ojos se encontraron, y él esbozó una leve sonrisa que no se reflejó en la mirada. Hablar de todo esto le dolía, y una parte de mí quiso decirle que no tenía que continuar, pero por otro lado quería comprender su pasado, entenderlo...

—Sí, pero... —La sonrisa desapareció—. Fingía que ellas eran tú —confesó con la voz ronca—. Solo que, a veces, eso hacía que todo fuera peor en vez de mejor.

Contuve la respiración.

—Brogan... —jadeé.

Movió la cabeza.

—Y no eran tú. Tenías razón, odiaba cómo olían, cómo se agarraban a mí, cómo me pasaban las uñas por la piel. Les gustaba hacer todo tipo de... —Su voz se apagó—. De todas formas, lo odiaba. Las odiaba a ellas y también a ti, porque estar con esas mujeres me costaba muchísimo, y tú me habías traicionado, o eso era lo que pensaba en ese momento. Desearle como lo hacía no tenía sentido. Mi mente no podía justificarlo, me seguía sintiendo desesperado y te odiaba todavía más por ello.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero no lo toqué esta vez. Noté que luchaba, que parecía necesitar espacio para continuar narrando esta parte de la historia.

—Empecé a registrar también sus datos en mi carpeta. —Soltó una risa quebradiza y breve—. Mi jodida y ridícula carpeta. Pero algunos días, miraba los datos y me imaginaba lo que podría hacer con ellos, y era lo único que me sostenía. Al menos hasta que la idea de la venganza se apoderó de mí, y fue eso lo que me dio fuerzas cuando no había nada más. —Se detuvo un momento—. Tú estabas allí también, y Stuart.

«Sí, por supuesto. Claro que estábamos». Y de alguna manera, posiblemente

enfermiza, me sentí feliz, porque significaba que lo había ayudado a sobrevivir cuando apenas tenía nada más.

—Pero entonces me encargaron llevar la contabilidad de la mafia, y pude dejar eso. Con el tiempo, conseguí ganar dinero suficiente para ahorrar un poco. Fue en ese momento en el que pude hacer algunas operaciones y doblé todo lo que invertí. Conseguí pagar la operación de Eileen. Mi padre... Él bebió hasta morir. —El dolor que sentí por él me revolvió el estómago, y él se interrumpió como si estuviera sintiendo lo mismo que yo. Volvió a mirarse las manos—. Pero llegó a verla caminar. —Se me encogió el corazón, pero la expresión de Brogan no cambió—. Mi riqueza comenzó a crecer a pasos agigantados. Y una vez que empecé a amasar riqueza y poder, lo utilicé para mandar a todas esas mujeres y a sus maridos fuera de Nueva York, ya fuera de una forma u otra: sobornos, traslados de empleos, cosas de esas. No podía arriesgarme a cruzarme con ninguna de esas personas, ni quería que nadie me recordara lo bajo que había caído una vez, ni siquiera quería que estuvieran en el mismo distrito que yo. Por fin tenía el poder para conseguirlo. —Se encogió de hombros y miró la carpeta—. Ahora la guardo para recordar dónde estaba una vez y lo lejos que he llegado.

«¡Oh, Brogan!». Cargaba encima tanto dolor, tanta amargura, que llegué a preguntarme si lo más difícil sería perdonarse a sí mismo. Me cuestioné si la verdadera razón por la que conservaba esa carpeta era recordarse a sí mismo que no podía dejar sus decisiones en manos de otros. Permanecimos en silencio durante un minuto.

—Courtney era una de esas mujeres —adiviné finalmente en voz baja.

—Sí. La vi un par de veces. Con ella no era tan malo como con otras. Su marido le llevaba veinticinco años y no era un tipo agradable, aunque creo que ella lo quería. Creo que solo buscaba a alguien que fuera amable con ella, que le prestara atención.

Me retorcí los dedos, avergonzada de sentir celos en un momento en el que Brogan estaba revelándome todo su dolor. No se trataba de mí. Era sobre él. Cómo había sobrevivido durante todos esos años.

—Una noche, su marido regresó a casa inesperadamente de un viaje de negocios y nos encontró. —«¡Oh, Dios mío!»—. Fue horrible. Courtney le rogó una y otra vez a su marido que dejara que me fuera. Y lo hizo. —Se interrumpió y se miró las manos—. Podría haberme negado a salir. Podría haberle pedido que no le hiciera nada a ella. Pero me había jurado a mí mismo que jamás le rogaría a nadie más. Que nadie volvería a tener ese tipo de poder sobre mí, así que no lo hice. Ni siquiera me quedé. Me alejé y la dejé sola. Le pegó la paliza del siglo. Estuvo en el hospital

durante meses. No sabía que ella corría esa clase de peligro cuando me marché, pero debería...

Aspiré aire al tiempo que me inclinaba hacia él para ponerle los dedos debajo de la barbilla y obligarlo a mirarme. Nuestros ojos se encontraron, tenía una expresión de disgusto y dolor.

—Brogan, no puedes considerarte responsable de eso. Incluso si le hubieras rogado, si te hubieras querido quedar, te habría echado. Le habría hecho daño de todas formas. Ya fuera entonces o más tarde. No eres responsable de lo que haya hecho un hombre enfermo y violento.

Su sonrisa se volvió más triste.

—Quizá. Nunca lo sabré, y es otra cosa con la que tengo que vivir. —Bajó la vista otra vez, y lo estudié durante un buen rato, recordando lo que había dicho Courtney cuando entró en el apartamento.

—¿Fue a la cárcel por lo que le hizo y ahora van a soltarlo?

—Sí.

—¿Y qué espera que hagas? Has tomado tus decisiones, Brogan, pero ella también tomó las suyas. Es igual de responsable de lo que ocurrió. Probablemente más.

Negó con la cabeza.

—Quiero protegerla, mantenerla a salvo.

—¿Te sientes responsable por ella? Es una locura. No puedes pasarte la vida pagando por algo que no es culpa tuya.

Se encogió de hombros.

—Antes no me parecía un precio tan terrible...

—¿Antes de qué?

—Antes de que volvieras a mi vida. Antes de que se hiciera evidente que ella se interpone entre nosotros. Solo te quiero a ti, y me habría gustado que todo hubiera resultado de otra manera. Tengo muchísimos remordimientos.

Tragué saliva, aunque sus palabras eran como música a mis oídos. Quería que me quisiera a mí y no a ella, pero...

—¿Piensa que quieres estar con ella?

Negó bruscamente con la cabeza.

—No, no. No se trata de eso. He sido sincero con ella. Pero usa situaciones como la de anoche para llegar a mí.

—Y tú se lo permites.

—En el pasado sí. Admito que en parte es porque me siento culpable en relación a ella. Y todo era muy diferente hace dos semanas. No creía que fuera a hacer daño

a nadie si le proporcionaba la atención que demandaba, si iba con ella a eventos sociales y cosas por el estilo. Pero anoche, cuando Courtney apareció, solo quería explicarle la situación en privado. En el pasado siempre he estado ahí para ella, pero ahora no puedo, y no voy a estarlo nunca más. Lo siento, Lydia. Lamento lo que has pensado, por ponerte en esa situación, pero no podía hablar con ella delante de ti. No tengo razones para hacerle eso, ni tampoco a ti.

Parpadeé.

—¿Le has hablado de mí?

—Un poco, no demasiado. No necesita conocer los detalles de mi vida personal, aunque no lo crea.

Me mordisqueé el labio, teniendo en cuenta todo lo que había dicho.

—No sé qué decir. —Era cierto, no lo sabía. Solo tenía que asimilar lo que me había dicho Brogan.

—No tienes que decir nada en este momento. Lamento haberlo complicado todavía más. No estaba preparado para esto. Tienes que saberlo. Fionn ha dicho siempre que esto iba a ir de mal en peor, y tenía razón.

Esboqué una sonrisa.

—De mal en peor —murmuré—. Es un completo desastre.

Esbozó una sonrisa y luego hizo un gesto para señalar el lugar donde me habían herido.

—¿Cómo estás? —Su acento se había vuelto muy pronunciado mientras me contaba su pasado.

—Estoy bien. Es solo un rasguño. Y tenías razón, no debería haberme marchado, y menos a ver a Stuart. Me sentía muy dolida y... empecinada. —«Realmente fue una estupidez. Es culpa mía».

Brogan se levantó.

—Esta mañana he estado negociando con los hombres a los que Stuart debe el dinero, pero no había aceptado sus términos. Ahora ya lo he hecho.

Parpadeé.

—¿Has conseguido más tiempo para Stuart? —pregunté, impresionada—. Gracias, Brogan.

—Ahora poseo su deuda.

Me sentí confusa. Abrí la boca para hablar, pero cuando me di cuenta de que no sabía qué decir, la cerré otra vez.

—¿Tú? No... No lo entiendo.

—He comprado la deuda de Stuart. Está libre, y me han dado su palabra de que no van a concederle más créditos.

—Pero... pero ¿por qué?

—Porque soy yo el que ha provocado todo esto, y no pienso permitir que corras más riesgos, eso es todo.

Se me aceleró el corazón. «Solo te quiero a ti». Me quedé mirándolo, sin saber exactamente qué añadir, sintiéndome abrumada por toda la información que me había dado y experimentando lo que me parecían miles de emociones diferentes a la vez. Me puse la mano en el estómago como si así pudiera contenerlas.

—Debes de estar muerta de hambre —dijo, y aunque había malinterpretado mis movimientos, agradecí que hubiera cambiado de tema. Necesitaba tiempo para procesarlo. Me encontraba abrumada en todos los sentidos.

—De hecho, sí —confesé despacio.

Sonrió, era la primera sonrisa verdadera que le veía desde que llegó a casa la noche pasada, un momento desde el que parecían haber pasado un millón de años.

—Entonces, deja que te dé de comer.

19

BROGAN

Me recosté contra las almohadas para ver la ESPN sin ganas mientras pensaba en todo lo que había ocurrido desde la tarde anterior. «Jayus!». La aparición de Courtney había sido la guinda del pastel para joderlo todo. Ojalá me hubiera tragado la tierra. Pero ¿qué podía hacer, salvo sacar de allí a una Courtney histérica para que se calmara y explicarle que no podía presentarse en mi apartamento cada vez que se le antojara, exigiendo que satisficiera sus necesidades emocionales?

Por supuesto, una vez que subimos, me dejó muy claro que esas necesidades también eran de naturaleza física, como solía ocurrir, y me la había tenido que quitar prácticamente de encima.

Aunque siempre había considerado tolerable el contacto con ella, fue porque la comparaba con otras mujeres con las que había estado, y, en ese sentido, era mejor. Pero ahora la referencia era Lydia, y se trataba de algo tan drásticamente diferente que sentía asco cuando era Courtney la que ponía sus manos sobre mí.

Había cometido un error hacía algunos meses, en ese momento estaba pensando cómo hacerme cargo de De Havilland Enterprises, y había visto a Lydia mientras salía del edificio después del trabajo. Yo me encontraba en la calle, observándola, y sentí que se me subía el corazón a la garganta, que mis emociones se descontrolaban. Reía mientras lanzaba un par de palabras por encima del hombro a un tipo trajeado que, obviamente, también trabajaba allí. El hombre se rio mientras ella se despedía, aunque siguió mirándola mientras se alejaba.

Había empezado a temblar por lo que en ese momento consideré ira, pero ahora sabía que era por el deseo que siempre provocaba en mí. Todavía estaba presente después de tantos años, y la certeza estaba grabada en mis huesos. Me había sentido tan confuso y desesperado que había acudido a ver a Courtney. Le había contado algunos detalles superficiales sobre los planes que había tramado para arruinar a quien me había hecho sufrir hacía tanto tiempo, y ella me ofreció palabras de consuelo que poco después se convirtieron en caricias.

Había sido la primera vez que me acosté con ella desde hacía años, y la primera que no hubo intercambio de dinero. A pesar de ello, después me sentí sucio. Me odié por lo que había hecho. No solo me había quedado insatisfecho y vacío, sino que le había dado alas. Fue una equivocación. Pero lo cierto era que esa noche ni siquiera había buscado sexo. Solo era que no había querido estar solo.

Suspiré. Por supuesto, no se lo había mencionado a Lydia... ¿De qué habría servido? Si ella hubiera estado con alguien hacía poco, no me gustaría conocer los detalles.

A Courtney no le había hecho gracia la aparición de Lydia, y eso que no le había contado demasiado, pero al menos no había ido a por ella como yo llegué a sospechar que haría, y había logrado deshacerme de ella apenas una hora después. Claro que, para entonces, Lydia y Fionn estaban borrachos en el sofá.

Y ahora... No solo me había hecho cargo de las deudas de Stuart, además iba a pagarles haciendo algo que había jurado que no haría de nuevo. Iba a ayudar a la mafia a limpiar los libros, a blanquear grandes sumas de dinero.

Mis pretensiones eran pagar en efectivo las deudas, pero no era eso lo que ellos querían, y ¿qué otra opción tenía? Hacía años había comprado mi salida tentándolos con varias ofertas de grandes inversiones que habían servido de sobra como pago. Y había establecido un sistema contable que podían llevar otras personas. Había conseguido además quedar en buenos términos con ellos, pues permitían que jugara en sus clubs de juego a pesar de que debían de sospechar que contaba las cartas.

Me había prometido a mí mismo que jamás volvería a hacer algo que no fueran decisión y elección mías, que no volvería a encontrarme en deuda con nadie, pero aquí estaba, de vuelta a donde había empezado.

Me pasé la mano por el pelo. Todo se había complicado muchísimo. Iba a participar en actividades ilegales para rescatar al hombre al que me había propuesto arruinar. Me reiría a carcajadas si estuviera de humor.

Sin embargo, al pensar en lo que le habían hecho a Lydia, esboqué una mueca en vez de reírme. Si no hubiera sido tan terco, si hubiera hecho un trato con ellos treinta minutos antes de que la atacaran...

Y ahora era yo el que se lo jugaba todo en lugar de Lydia o Stuart, y quizá también corrían peligro Fionn y Eileen. Era demasiado. «Jayus!» Por supuesto, la diferencia principal era que yo tenía medios para pagar lo que ahora era mi deuda.

Me subió la bilis a la garganta al recordar que había visto caer a Lydia de rodillas en la acera de enfrente, sabiendo que si hubieran querido, estaría muerta. La habrían matado, y sería culpa mía por no haber aceptado sus términos sin vacilar. Una vez más, mi vacilación, mi lentitud a la hora de tomar medidas, había costado un daño

físico. Solo que esta vez había sido Lydia, y eso me había destrozado.

Oí un forcejeo en el pasillo y me bajé de la cama para silenciar el televisor.

Lydia estaba de pie al otro lado de la puerta, y se sobresaltó cuando abrí.

—Hola —dije—. ¿Estás bien? ¿Te duele el costado? Si lo necesitas, puedo cambiarte el vendaje.

Negó con la cabeza. Llevaba el cabello suelto, y caía como una nube rubia sobre sus hombros. Se había puesto unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes, y su imagen me calentó la sangre al instante.

—No, mi costado está muy bien. En serio, solo necesita un apósito. Pero como he dormido muchísimo esta tarde, tengo problemas para hacerlo ahora. —Cambió el peso de un pie a otro mientras se mordía el labio con incertidumbre.

Contuve el aliento lleno de esperanza.

—¿Quieres... quieres estar conmigo? —pregunté, abriendo más la puerta—. O podemos ir abajo. Estaba viendo la tele, pero podemos poner una película o algo así.

Sonrió, asintiendo con un movimiento de cabeza mientras miraba la pantalla del televisor por encima de mi hombro.

—Me parece bien.

Se unió conmigo en la cama e hice *zapping* por los canales de películas. Finalmente nos decidimos por una comedia que se había estrenado recientemente.

—Si quieres, puedo hacer palomitas de maíz —dije, sonriendo.

Clavó los ojos en mi boca y su mirada se hizo más tierna.

—Me encanta verte sonreír así —comentó—. Se me hace raro.

—Sonrío más cuando estás conmigo —confesé con sinceridad.

Se acercó más y ahuecó las almohadas para que apoyáramos la espalda.

—No quiero palomitas. Así es perfecto. —Se acomodó y estiró las piernas a mi lado.

No sabía muy bien cómo iba a conseguir estar en la cama con Lydia y concentrarme en una película, pero una vez que empezó a reírse de las partes más divertidas, no pude evitar reírme con ella. La película ni siquiera era buena, solo una tontería para pasar el tiempo, pero Lydia se reía con tanta fuerza que resultaba contagiosa, y no pude reprimirme.

No parecía que aquella risa estuviera perjudicando la herida, así que decidí no tocar el tema. No quería poner freno a su alegría nocturna mencionando lo que había ocurrido durante el día. Tenía que confiar en que conocería sus propios límites físicos. Y verla así me hacía feliz.

Cuando éramos adolescentes, Lydia se reía siempre. La recordaba saltando de un

lugar a otro como un brillante colibrí de colores, lleno de vida y risa, coqueteando con todos los que se cruzaban en su camino. Pero mirando ahora hacia atrás, no con los ojos de un adolescente de diecisiete años que pensaba que nunca podría tenerla, supe que eran coqueteos inofensivos, que se trataba solo de su forma de hacer saber a los demás que disfrutaba de su compañía. También la entendía mejor ahora porque Fionn era como ella. Encandilaba a todas aquellas personas con las que tenía contacto porque realmente disfrutaba estando con la gente y no podía evitar hacérselo saber.

Sonreí a Lydia, encantado de ver esa parte despreocupada de su personalidad, incluso aunque solo fuera durante un par de horas. Después del día que habíamos tenido, de las dudas y temores que había sufrido sobre contarle los detalles de mi pasado, relajarme y ver una película con ella era casi un milagro. Era como si estuviera dándome una segunda oportunidad, pero no me atrevía a preguntarle si era así. Ni a esperararlo.

La vi sonreír a la pantalla. Se trataba de aquella amplia sonrisa suya que no veía desde que tenía dieciséis años, la que siempre parecía reprimir cuando la miraba, como si hubiera algo que la coartaba. Sin embargo, no estaba ocultándola ahora, y me permití recrearme con ella. Hundirme en su belleza. «Es preciosas».

Cuando la película terminó, apagué la pantalla sin dejar de sonreír. Me recosté sobre las almohadas y ella se volvió hacia mí, sonriente.

—Es una película muy mala —dijo.

Solté una risita.

—Parecía que te gustaba.

—Y me gustaba, pero eso no quita que sea mala. —Se rio, pero se puso seria con rapidez. Era evidente que la habían asaltado otros pensamientos. Nos miramos durante un minuto. La deseaba, pero temía hacer ningún movimiento después del ataque que había sufrido hoy, por no hablar de lo que había ocurrido anoche. Además, le había abierto mi corazón y me sentía inseguro sobre lo que pensaba de mí, de dónde nos encontrábamos. Pero estábamos en mi dormitorio, ¿de verdad ya no estaba interesada físicamente en mí o estaba pensando lo mismo que yo? ¿Querría hacer el amor más de lo que necesitaba respirar?

—Lydia...

—Vamos a hablar —dijo.

—¿A hablar? —Parpadeé.

—Sí, como si tuviéramos una fiesta de pijamas y quisiéramos hablar.

—¿Una fiesta de pijamas? ¿Hablar?

Asintió. La parte de los pijamas sonaba prometedora; lo de hablar, ya no tanto.

—Sí. ¿No dormiste nunca fuera de casa cuando eras niño?

Negué con la cabeza.

—Mi madre estuvo mucho tiempo enferma.

Abrió mucho los ojos al tiempo que fruncía el ceño.

—Te has perdido tantas cosas... —dijo con tristeza. Respiró hondo—. Bueno, no pasa nada, nunca es demasiado tarde. Podemos compensar ahora que nunca hayas dormido fuera de casa.

Quise decirle que la única fiesta de pijamas que me interesaba tener con ella era una en la que los dos estuviéramos desnudos y ella tuviera las piernas separadas, pero estaba seguro de que la fiesta a la que se refería era de una naturaleza diferente.

—¿De qué quieres hablar? —pregunté.

—Antes de nada —puntualizó—, necesitas tener un pijama y meterte en cama.

—¿Un pijama? —pregunté confundido.

—Sí, tienes que ponerte uno.

—¿Los hombres usan pijamas?

—¿No lo hacen? —Frunció el ceño.

Arqué una ceja.

—Me parece que tú lo debes de saber mejor que nadie, dado que hiciste un buen inventario de mi ropa.

Se rio por lo bajo.

—Mmm... Ahora que lo pienso, tienes razón. ¿No tienes pantalones de chándal?

—Solo cortos, de correr.

—Pues esos valen. Perfecto. Ve a cambiarte.

—Me da la impresión de que las fiestas de pijamas tienen muchas reglas —gruñí, debido sobre todo a la frustración sexual. Esto no solo implicaba pasarse un montón de horas hablando, además tenía un uniforme. De todas formas, hice lo que me dijo y me puse unos pantalones cortos de correr antes de regresar a la cama. Lydia frunció el ceño al verme—. ¿Qué pasa? —pregunté.

—¿Y la parte de arriba? —Negó con la cabeza, lamiéndose los labios—. Creo que es mejor que los dos llevemos camisetas. —Eso elevó mi espíritu. Quizá esta fiesta de pijamas se derivaría en algo que no sería solo una charla. Cogí una camiseta y me la puse. Aunque si realmente era eso el problema, quizá debería mencionar que lo que ella llevaba puesto no dejaba mucho margen a la imaginación, y tuve un momento difícil cuando no pude apartar la mirada de sus bollos de crema.

Lydia separó la colcha y se deslizó debajo. Me reuní con ella, apoyándome de costado, con la cabeza en la almohada. Ella estiró el brazo para apagar la lámpara, dejando la habitación casi a oscuras.

—Nunca había pasado la noche con una mujer —dije.

Ella levantó la cabeza de la almohada y me miró parpadeando.

—¿No? ¿Nunca? —Se quedó quieta—. Brogan... ¿Solo has estado con esas mujeres? —«Esas mujeres». Era gracioso que yo también las considerara así.

—No.

—No... —susurró ella en tono de incredulidad—. ¿Has salido con alguien más?

—No, es decir, salí con algunas en tu beneficio. —Sonreí de medio lado, y ella soltó una risa entrecortada con el ceño fruncido.

—Bueno... Pero ¿por qué?

—Creo que he estado tan concentrado en acumular riqueza —«Y seguridad»— que no he tenido tiempo. —Permanecí en silencio durante un momento mientras ella esperaba, observándome—. Y supongo que por mi pasado... Quizá solo quería... Quería distanciarme de él durante un tiempo... —Y era así, aunque no quería ahondar demasiado en el tema. Al menos en este momento.

Permanecimos en silencio durante un rato.

—Tienes que encontrar la manera de librarte de eso, Brogan. De esas mujeres, de la vergüenza, de tu venganza... Debes dejarlo ir. Aprende de tus errores, pero no permitas que te definan ahora. Encuentra el perdón, para ellas y para ti mismo.

Solté un suspiro.

—He tratado de hacerlo. Pero no puedo... no puedo enfrentarme a esa emoción.

Movió la cabeza.

—El perdón no es una emoción, sino una elección. Y a veces tienes que elegir una y otra vez. —Se humedeció los labios—. Por ejemplo, tratar con mi madrastra, exmadrastra, en realidad, lo fue. Yo quería que representara para mí una figura materna, o al menos una hermana mayor, una tía o algo así. —Se interrumpió—. Ahora sé que no era algo que ella pudiera ofrecerme. La he perdonado por todo lo que no fue capaz de darme, pero si la veo en una fiesta, me emborracho y la evito como a la peste. Y tengo que elegir de nuevo, en ese momento, si perdono las idioteces que salen de su boca. —Me reí y ella sonrió—. Solo quiero decir que perdonar a alguien no quiere decir que os convirtáis en buenos amigos. En realidad, solo es la manera de deshacerte de la influencia que tienen sobre ti.

—¿Y qué hay de tu hermano? ¿Lo perdonas constantemente de verdad o solo lo toleras y nada más? Sus decisiones te afectan... Y desde hace mucho tiempo.

Me miró pensativa, incluso parecía un poco incómoda.

—Sí, tienes razón. Es más fácil perdonar a una persona cuando sus malas decisiones no causan estragos en tu vida, cuando puedes distanciarte. —Suspiró—. Creo que a veces tienes que ser tú quien cortes los lazos, si realmente lo perdonas. Y

es más complicado de lo que parece. No quería que pareciera tan simple.

Parecía confusa, un tanto perdida, por lo que me acerqué y cogí su mano para entrelazar nuestros dedos.

—Esta fiesta de pijamas ha adquirido de repente un tono sombrío.

Se rio por lo bajo.

—Tienes razón. Pero tenemos una botella de vino abierta, así que vamos a dejar todo eso a un lado.

—Me gustaría que nos olvidáramos del vino por un tiempo, *mo chroí*. Eres una mala borracha. —Arqueé una ceja.

Se volvió a reír y luego permaneció en silencio un momento antes de hablar.

—La otra noche, cuando estábamos... er... en la cama. ¿Qué fue lo que me dijiste en gaélico?

Hice una pausa.

—Creo que fue algo muy elogioso sobre tus bollos de crema.

Se rio de nuevo y nuestro estado de ánimo mejoró. Hablamos de temas menos serios a partir de entonces. Me contó cosas de la universidad, que su compañera Beatrice roncaba como un camionero, que escuchaba música *techno* todo el rato y que vivía, al parecer, de una dieta de maíz y Red Bull; de cuándo había vuelto a casa y de cómo era ahora su vida. Escuché su charla sonriente, absorbiendo cada palabra, y tuve que admitir que me estaba gustando mi primera fiesta de pijamas a pesar de tanta conversación. O quizá gracias a ella. O tal vez solo me gustaba la chica con la que la estaba teniendo.

Por mi parte, le hablé de mi infancia en Irlanda, de mi madre y el cáncer que había padecido, e incluso un poco sobre mi padre, antes de que la botella dirigiera su vida, y me di cuenta de que me sentaba bien hablar de ellos, aunque fuera un poco de pasada. Aparte de Fionn, y Eileen, por supuesto, no conocía a nadie que hubiera perdido tan pronto a ambos padres.

—Quería estar contigo —murmuró—. Cuando éramos adolescentes. Soñaba con esto. —Le sonreí. Era gracioso que ambos hubiéramos soñado lo mismo a la vez y, sin embargo, los dos lo hubiéramos soñado a solas. Ya no quería soñar solo nunca más. Tenía la esperanza de que a ella le pasara lo mismo.

Habíamos dormido juntos en la habitación de invitados de Greenwich, pero tenerla en mi cama me proporcionaba una alegría y satisfacción todavía más profundas. Me encantaba susurrarle en la oscuridad de mi habitación, adoraba el aspecto de su cara recién lavada junto a la mía en la almohada, amaba el suave sonido de su voz, la forma en que se desvanecían las palabras cuando empezaba a quedarse dormida en mitad de una frase.

No recuerdo cuándo me dormí, pero en algún momento en la noche me desperté y me di cuenta de que estábamos enredados, de que tenía el muslo sobre mi pierna y los pechos apretados contra mi torso, su cálido aliento en el cuello. La atraje más cerca, hundiendo la nariz en la suave fragancia de su cabello y sintiendo que una profunda paz y felicidad me atravesaban.

Cuando volví a despertarme era por la mañana y Lydia no estaba, pero al levantarme y abrir la puerta de la habitación, oí correr el agua en el cuarto de baño de su dormitorio. Sonreí. Me llevé el brazo a la nariz e inhalé. «Huelo a Lydia». Tenía su olor grabado en la piel.

Me lavé los dientes y me afeité antes de ducharme, luego me vestí con rapidez con unos pantalones y una camisa.

En el momento en el que llegué abajo y aparecí en la cocina, Lydia estaba sentada ante la mesa vestida... como un hombre.

—Er... —dije con los ojos entrecerrados y clavados en ella.

Sonrió.

—Hola —me saludó—. Quiero decir, hola —repitió, bajando la voz un par de octavas.

—¿Qué pretendes exactamente con... eso? —Usé un dedo para señalar su ropa: una camisa que había robado de mi armario, enrollada hasta los codos, unos vaqueros flojos y el cabello oculto bajo una gorra de béisbol, así como un pequeño... arqueé las cejas... bigote dibujado.

—Hoy voy a ir a trabajar contigo —dijo—. Creo que te sentirás más seguro si voy disfrazada

—¿Eso es un disfraz? —Me acerqué y apoyé las manos en el respaldo de la silla—. Lydia, es el peor disfraz que he visto nunca.

—¡Oh! —Levantó el dedo, cogió un par de gafas de sol que había junto a la tostada que se estaba comiendo y se las puso, sonriendo.

—Sigue siendo igual de malo.

Su sonrisa desapareció.

—Bueno, por supuesto, no tengo intención de engañarte a ti. —Se quitó las gafas de sol—. Pero debería servir en general. Además, has dicho que habías llegado a un acuerdo con los tipos que le prestaron el dinero a mi hermano. Sin duda ahora correré menos riesgo, ¿verdad? —Apreté los labios y suspiré—. Por favor, Brogan. —Se puso en pie de forma precipitada y caminó hacia mí—. Es muy aburrido estar encerrada en el apartamento durante todo el día, sola. Y me dijiste que podía seguir trabajando en la empresa. ¿No es mejor que esté allí para que podáis hacerme todas las preguntas que necesitéis? —Me rodeó la cintura con los brazos y alzó los ojos

hacia mí, haciendo que clavara la vista en su bigote.

—Esto me preocupa —dije—. Me preocupa de verdad.

—¿Por favor? —Me miró haciendo aletear sus pestañas, coqueteando de esa manera descarada que recordaba. Solo que ahora... me hacía sonreír. A pesar de que no sabía cómo devolverle el flirteo. Fionn sabría. Pero tenía el presentimiento de que ese tipo de cosas o fluían de forma natural o no venían. Y en mi caso, bueno..., no surgían.

Suspiré de nuevo.

—Vale. Pero tienes que quedarte dentro, conmigo. Lo digo en serio, Lydia. Deja que ese leve dolor, que estoy seguro de que todavía sientes en el costado, sea un recordatorio de por qué es importante. —No pensaba que corriera peligro hoy, pero no iba a arriesgarme. Y, de todas formas, iba a quedarse conmigo. Quería asegurarme de que permanecía a salvo.

Me comí un bocado de pan tostado antes de terminar de arreglarme. Luego fuimos hasta el coche y nos paramos en un autoservicio de camino. Quince minutos después, aparcaba en la calle de lo que era mi antigua casa y ahora mis oficinas en el Bronx.

Nos bajamos del coche y cogí a Lydia de la mano mientras cruzábamos. Sonrió.

—Estoy feliz al ver que estás lo suficientemente seguro de tu masculinidad como para darle la mano a otro hombre en público.

—No eres un hombre.

—Ya, pero los demás no lo saben.

Salimos al porche y la atraje hacia mí, rodeándole la cintura con un brazo mientras sostenía el café con la otra mano.

Sonreí.

—También estoy lo suficientemente seguro para hacer esto. —La atraje y la besé en los labios, deslizando la lengua entre ambos hasta que los separó con un jadeo de sorpresa. Oí el ruido de la puerta y abrí un ojo. Rory estaba allí, con una expresión desconcertada mientras observaba cómo besaba a... un jovencito que seguía sosteniendo entre mis brazos.

Me aparté y me aclaré la garganta

—Rory —lo saludé mientras cogía la mano de Lydia y tiraba de ella, pasando ambos junto a Rory que seguía delante de la puerta como si estuviera deslumbrado. Casi le pregunté por qué no estaba en el colegio, pero luego recordé que me había dicho que era día de fiesta.

Llevé a Lydia a mi despacho y acerqué una silla junto a la mía. Ella se quedó allí mirándome, observando lo que nos rodeaba.

—La situación es muy diferente de la última vez que estuve aquí —comentó con suavidad.

Me atravesó una oleada de culpa cuando pensé en cómo la había tratado ese día, la oferta que le había hecho y mis oscuras intenciones hacia ella

—Sí —comenté—. Entonces eras una mujer.

Se rio y me sonrió, dejando escapar un suspiro. No quería que desapareciera la fluida relación que habíamos desarrollado ayer por la noche. Y aunque todo estaba muy lejos de ser perfecto y todavía tenía varias desagradables tareas esperándome, en ese momento, viéndola acomodarse frente a mi escritorio, lo único que sentía era felicidad.

20

LYDIA

Brogan me presentó una lista de tareas, y me puse a trabajar de inmediato. Iba y venía entre el despacho de Brogan y el archivo, que era un cuarto adyacente a la sala de espera. Cada vez que pasaba, Rory me miraba con escepticismo, pero yo solo movía la cabeza, reprimiendo las ganas de reírme por la confusión que mostraba.

También percibí la forma en la que seguía a Brogan a todas partes, observándolo e imitando sus gestos. Estaba segura de que él no lo notaba; ni siquiera creía que Rory fuera consciente, pero resultaba evidente que lo consideraba un héroe. Esta situación del nuevo amigo de Brogan debía de estar dejándolo flipado, aunque me imaginé que parte de su confusión respondía al hecho de que no estaba seguro de si era yo en realidad. Quise reírme, pero me contuve y me concentré en las tareas.

Al buscar los archivos en los que Brogan quería trabajar, me sentí confusa. ¿Qué tipo de negocio era este? «Me dedico a lo que quiero», había dicho. Pero parecía que lo único que hacía era... ayudar a la gente. Me mordisqueé el labio. ¿Cómo era posible? ¿Cómo se gana dinero ayudando a la gente que se encuentra en una mala situación? ¿Les cobraba un interés exorbitante como cualquiera de los prestamistas que dejaba dinero antes del día de pago? Examiné varios dossiers más... Si ese era el caso, aquí no había ningún registro de ello.

Fionn llegó poco antes del mediodía, a grandes zancadas, mientras nosotros estábamos en el despacho de Brogan, y se detuvo en la puerta con una ceja arqueada mirándome fijamente.

—Er...

Me reí.

—Hola, Fionn. ¿Qué pasa? —Le guiñé un ojo y él soltó un suspiro mientras daba un paso dentro del despacho.

—He pensado que eras tú, Lydia. Pero no quería meter la pata y ofender al nuevo y añorado secretario de Brogan. —Se hundió en la silla que había delante del escritorio de Brogan—. ¿Vamos a tratar con ese cabrón de Rudy Dudley?

Brogan suspiró y se frotó los ojos.

—Sí. Pero dame un minuto para tomarme la pastilla contra las náuseas.

—¿Rudy Dudley? —pregunté.

—Sí —repuso Fionn—. Es un jeta, tan agarrado como la virgen del puño. Es el amo en algunos barrios en el sur del Bronx, y nuestro cliente nos ha contratado para que... —Hizo una pausa como si estuviera eligiendo las palabras— utilicemos nuestros poderes de persuasión y lo convenzamos para que lleve a cabo algunas reparaciones.

«Mmm...».

—Un jeta... Es decir, un tipo poco fiable... —Sonreí, orgullosa de haber recordado una palabra de mi lección de argot irlandés. Me volví hacia Brogan—. Y tu cliente es...

—Sally Hodges. Tiene un crío de tres años y medio y otro de seis meses. Viven en una pocilga, donde las ratas son más grandes que los gatos.

Me estremecí. Pero si Sally Hodges vivía en ese lugar lleno de ratas, no debía de tener dinero para trasladarse a otro lugar. Y si no tenía dinero, ¿cómo podía contratar a Brogan y a Fionn?

—Voy contigo —dije.

Brogan negó con la cabeza.

—No te va a gustar ese lugar, te lo aseguro.

—Me quedaré en el coche, pero voy. —Brogan me observó durante un segundo, pero luego asintió moviendo la cabeza.

Diez minutos después, detenía el coche frente a un edificio de ladrillo de tres pisos que se venía abajo. Me incliné hacia la ventanilla del asiento trasero y estudié la estructura mientras Brogan y Fionn se bajaban. Brogan bloqueó las puertas, asegurándome que estarían de vuelta dentro de veinte minutos.

Aunque la calle era bonita, con muchos árboles frondosos, el edificio que tenía delante era monstruoso.

Permanecí sentada en el coche durante varios minutos, mirando a dos chicos que se pasaban una pelota sobre una extensión de césped amarillento. Luego volví a mirar al edificio.

Superada por la curiosidad, salí del vehículo y me acerqué con rapidez a la puerta por la que habían desaparecido Brogan y Fionn. Arrugué la nariz cuando entré en el vestíbulo. Olía a basura y a animal muerto. O al menos tuve la esperanza de que se hubiera muerto un animal y no una persona.

Sorteé los escombros para subir las escaleras, siguiendo el sonido de las voces. Me oculté detrás de una esquina para escuchar la conversación.

—Dudley —oí que decía Brogan—, hemos detectado más de ciento cincuenta violaciones del reglamento de habitabilidad para viviendas en este edificio. Francamente, no queremos gastar tiempo ni dinero demandándote, pero en este lugar viven siete mujeres y trece niños que se merecen algo mejor que la mierda que les estás proporcionando. Y a diferencia de tus inquilinos, nosotros sí tenemos los medios para hacer algo al respecto.

—Ahora vas a escucharme tú, chico —escupió una voz de un hombre de más edad. Asomé la cabeza desde la esquina, pero mi movimiento llamó la atención del viejo. Me aplasté contra la pared con el corazón acelerado—. ¡Joder! ¿Quién es ese? —oí que preguntaba.

Mordisqueándome los labios, me arranqué la gorra, me borré con rapidez el bigote que me había dibujado con delineador de ojos por la mañana y me desabroché los dos primeros botones de la camisa antes de atarme los faldones a la altura de la cintura. Respiré hondo y me alisé el pelo antes de salir de mi escondite con una alegre sonrisa. Brogan estaba acercándose a mí, pero cuando le sonreí, frunció el ceño y abrió mucho los ojos.

—Ah, hola, lamento llegar tarde —canturreé. Brogan me miró con incredulidad mientras pasaba junto a él, tendiéndole la mano a Dudley—. ¿Dudley?

—Er... —dijo el rechoncho viejo, que tenía pelos blancos en la cabeza y en todos los orificios que alcanzaba a ver. Me miró antes de clavar los ojos en Fionn y de nuevo en mí. Miré a su alrededor como si estuviera estudiando aquel antro lleno de basura que consideraba su apartamento tratando de no hacer ninguna mueca ante el olor que flotaba en el aire. Mis ojos tropezaron con una estantería cerca de la puerta donde había una bandera americana doblada colocada sobre un pequeño soporte de vidrio con varias medallas y placas. Intenté leer las inscripciones. Cuando miré de nuevo a Dudley, él estudiaba fijamente mi escote, tratando de ver dentro de mi camisa.

—¿El señor Rudy Dudley, exmarine de Estados Unidos, que ganó la estrella de plata?

Hinchó el pecho, irguiéndose y mirándome con más atención.

—Correcto. ¿Cómo sabe eso?

Señalé la estantería al tiempo que sonreía, impulsando una cadera hacia un lado.

—La estrella de plata —comenté, llevándome un dedo a los labios y frunciéndolos—. Se otorga al demostrar la valentía en el combate, ¿verdad? Señor Molloy, señor Ramsay, estamos tratando con un héroe, un hombre de buena fe. Muchachos, no es necesario amenazarlo para hacer lo correcto. Lo lleva en la sangre. —Suspiré—. Señor Dudley, no sabe el honor que me supone conocerlo.

Hay muy pocos hombres honorables de verdad hoy en día, ¿no le parece?

Dudley se enderezó todavía más, metió la barriga y alisó la arrugada camiseta sobre su estómago.

—Er... sí. ¡Sí! Tiene razón, señorita. En mi época, se respetaba a los héroes. —Negó con la cabeza—. Pero ya no se hace. —Lanzó una mirada a Brogan y a Fionn, que veían nuestro intercambio con miradas neutras.

—Bueno, pues yo sí respeto el servicio que prestó a nuestro país. Su valor, y admiro el hecho de que quiera proporcionar condiciones de vida segura a las mujeres que aquí residen, mujeres que necesitan que usted sea su héroe. Pero..., señor Dudley, entiendo que es una tarea abrumadora y que quizá ha vacilado al intentar dar con el plan estratégico más adecuado para hacer las reparaciones necesarias. ¿Estoy en lo cierto?

—Er... plan estratégico... Sí, eso es correcto. Si no se sigue la estrategia adecuada, acabaremos todos en el infierno. ¡Hasta el último cabrón! —gritó, mirando detrás de mí como si esperara que fuera a aparecer alguien más.

Asentí con simpatía mientras notaba que él volvía a mirar a mi espalda.

—Tiene razón una vez más, señor Dudley. Solo ha dicho lo que cabe esperar de un héroe de guerra como usted. Así que esto es lo que le propongo... Si me da la garantía de que va a financiar el proyecto de limpieza y contrata a los profesionales necesarios, yo enviaré un equipo formado por empleados del señor Ramsay que de forma gratuita, por supuesto, se deshará de la basura y los escombros que cubren... er... los jardines y el vestíbulo principal de la propiedad.

Dudley asintió.

—El vestíbulo, correcto. —Entrecerró los ojos e inclinó la cabeza, estudiándome de nuevo—. Trato hecho, señorita...

—De Havilland. Lydia De Havilland. —Sonreí—. Señor Dudley, es usted un caballero y un patriota.

Para mi sorpresa, Dudley me devolvió la sonrisa y me mostró una boca llena de dientes torcidos y manchados de nicotina.

—Señorita De Havilland, ¿se pasará por aquí para ver los progresos?

Vacilé.

—Er... Por supuesto. Claro que sí.

—Nos veremos entonces. —Una vez más, se alisó la camiseta, se lamió la palma de la mano y la llevó a la cabeza, tratando de domar su salvaje pelo. Bien, esto era grave. Y, de todos modos, un esfuerzo inútil, porque su cabello quedó como el de uno de esos muñecos tipo *troll*. Y... cómo deseé que no hubiera levantado el brazo.

Lo vi volverse hacia Brogan, que permanecía allí con una expresión entre

desconcertada e irritada a la vez.

—Señor Ramsay, en este mismo momento empezaré a establecer las citas para efectuar las mejoras que me sugiere en su carta. Buenos días. —Se despidió de ambos hombres con un gesto de cabeza, me sonrió de nuevo y cerró la puerta. Le oímos silbar al otro lado.

Me froté las manos y me di la vuelta para dirigirme de nuevo hacia las escaleras.

—¿Qué, chicos? ¿Vamos? —llamé a Brogan y a Fionn—. ¿O pensáis quedaros ahí, mirando las musarañas? —Oí la profunda risa de Fionn mientras me acercaba a las escaleras y sonreí para mis adentros.

La hora feliz de la taberna El dragón negro se parecía bastante a una buena fiesta. Brogan, Fionn y yo nos sentamos en una mesa del fondo, y fue Fionn el que hizo el pedido a la camarera por encima del barullo.

—Me he tomado la libertad de pedir por ti, Lydia. Después del éxito de nuestra misión de hoy, tienes que beber como una verdadera irlandesa.

Brogan asintió.

—Como ayudante de oficina. Temporal.

—Me gusta más el trabajo práctico —insistí.

—No cuando se desarrolla en un lugar repleto de amianto y veneno para ratas —murmuró Brogan.

—No sé, *mo chara*, creo que Lydia ha demostrado que es precisamente ahí donde más se precisan sus talentos. Y lo sabes.

—Yo hubiera logrado el mismo efecto con el tiempo —aseguró Brogan.

—Sí, después de años. Estábamos a punto de arrancarle las pelotas —se rio Fionn.

—¿Hubieras preferido gastar tiempo y dinero llevándolo a los juzgados? —pregunté—. Está claro que podrías haberlo sometido con el tiempo, pero el señor Dudley solo necesitaba que una mujer acariciara su ego. Es algo que los hombres parecéis agradecer mucho.

—La dama tiene razón —intervino Fionn—. Nos encantan las caricias. No puedo negarlo. —Me guiñó un ojo, haciendo que pusiera los míos en blanco—. Ahora —continuó—, como ha dicho Lydia, podremos utilizar en otra cosa los fondos que estábamos pensando usar para convencer al señor Dudley de que hiciera lo correcto.

La camarera regresó con unas jarras llenas de líquido negro de aspecto espeso, que supuse que era Guinness.

Fionn levantó la suya.

—Por Lydia, por un día de infarto haciendo trabajo práctico. *Slaínte*. —Sonrió y bebió un buen trago. Yo hice lo mismo, paladeando un sorbo de aquella cerveza tan fuerte que me hizo parpadear y estremecerme mientras la tragaba.

—Bueno, me va a salir pelo en pecho —comenté con los ojos llorosos.

—Esperemos que no —murmuró Brogan—. Me gusta tu pecho tal y como es. — Me reí al tiempo que lo empujaba.

De repente, Brogan vio a alguien conocido y se levantó.

—Perdonad, tengo que saludar a alguien. Ahora vuelvo.

—De acuerdo —repuse. Lo observé mientras se movía entre la gente, con todas las mujeres mirando sus anchos hombros. A pesar de los celos, no podía culparlas. Más allá de todo eso, sentí una oleada de orgullo. Era yo la que se iría a casa por la noche con él.

Clavé los ojos en Fionn, que me estudiaba con una sonrisita.

—¿Qué tal estás? —Bajó la vista al costado, donde me habían dado los puntos. No me había acordado de ellos en todo el día.

—Bien. —Fruncí el ceño un poco—. Brogan le dio más importancia de la que tiene. Es solo un rasguño, pero sirvió para resolver la situación en la que me había dejado mi hermano.

—Se echa la culpa de haber empujado a tu hermano al camino de la destrucción. Aunque estoy intentando convencerlo de que no es así, no lo consigo.

—Supongo que esa era la intención. —Me mordisqueé el labio—. Ponerlo en un dilema moral —murmuré, sin saber muy bien cómo dar forma a esa idea en mi mente, sobre todo por la cercanía que sentía hacia el protagonista.

—Me atrevo a decir que Brogan sabía cuál era su intención, Lydia. —Fionn dio un buen sorbo a la cerveza, y pareció utilizar ese tiempo para buscar sus siguientes palabras—. Y sí, es un dilema moral. A Brogan no le gustan esos dilemas. —Hizo una pausa—. Se le dan bien los números, pero cuando se trata de emociones.... — Frunció el ceño—, puede ser muy obtuso. Todo lo ve blanco o negro. Así como cuando se trata de números su cerebro es ágil y complejo, con las emociones es un cazurro. «Cazurro. Persona que carece de sabiduría». —Sonrió, pareciendo un poco culpable por su definición—. No quiero decir que sea desagradable, ¿sabes? Solo que no ve los tonos grises cuando se trata de asuntos del corazón. Eileen dice que cuando él tenía seis años, ya estaba al nivel de secundaria en matemáticas, pero era capaz de golpear a alguien en la cabeza si maltrataba a la mascota de la clase. Ahora puede que sea ya un hombre, pero a veces en cuestiones emocionales es así, no siempre entiende bien el fondo de la cuestión.

Sonreí con suavidad al tiempo que movía la cabeza.

—Sé lo que quieres decir, pero es parte de lo que siempre me ha gustado de él. — Sabía que mi declaración estaba cargada de verdad—. Esa intensidad... Casi feroz en sus convicciones —murmuré—. Lo mucho que siente todas las cosas.

—Sí, Brogan... no entrega su corazón con facilidad, ya sea como amigo o como algo más, pero cuando lo hace, es por completo. No sabe ser de otra manera. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Tragué, abrumada por esa declaración. ¿Brogan me había entregado su corazón? ¿En serio? Asentí, pero aparté la vista, distraída por las preguntas que daban vueltas en mi cabeza. Los dos permanecimos en silencio durante un minuto antes de que Fionn volviera a tomar la palabra.

—Me alegra ver que ya habéis hablado de Courtney.

Bebí otro trago de cerveza. Definitivamente sabía cada vez mejor. Me tomé un momento para saborear la textura y el sabor tostado.

—Sí, me ha hablado de ella —confirmé una vez que tragué. Apreté los labios con el ceño fruncido—. No le caes bien, ¿verdad?

Fionn se reclinó en el asiento, pareciendo que ocupaba casi la totalidad del banco.

—Sí. Y el sentimiento es mutuo.

—No entiendo que le caigas mal a alguien, Fionn.

Sonrió.

—Es muy raro, ¿no crees? Pero es evidente que ella no es trigo limpio. —Me hizo un guiño, pero cuando siguió hablando su expresión era muy seria—. Es un dilema moral, y Brogan y yo lo vemos de formas muy diferentes.

Solté una risita.

—Ya, esa intensidad suya es una espada de doble filo, ¿no crees?

Asintió.

—Sí. Y como él dice, cuando siente algo, lo hace con fuerza... Con más que los demás, creo. Ya sea amor, ira o culpa. Lo que propicia que, cuando se trata de emociones, sea fácilmente manipulable. Y Courtney es una zorra manipuladora.

Suspiré.

—Bueno, creo que ha aclarado todo con ella.

—*Jaysus*, espero que sí. Ojalá no tenga que volver a escuchar su voz quejumbrosa. Tomé otro sorbo de cerveza.

—Fionn, ¿puedo hacerte otra pregunta?

—Claro.

—Vuestro negocio... Me da la impresión de que ayudáis a la gente para ganaros la vida.

—No nos ganamos la vida con ello. Solo... ayudamos a la gente.

Incliné la cabeza.

—¿Entonces...?

Se encogió de hombros.

—Brogan posee una serie de empresas que obtienen muy buenos beneficios. Pero con o sin ellas, ahora mismo tiene más dinero del que puede gastar en su vida. Así que le gusta usarlo para ayudar a la gente. Da empleo al que lo necesita, ayuda a las familias a encontrar una vivienda segura y limpia, y otras veces les paga la calefacción a final de mes. En ciertas ocasiones, su ayuda es demandar a un imbécil porque nadie más puede permitirse hacerlo. En general, ayuda a los que se sienten impotentes.

«¡Oh, Dios!. Ayuda a los necesitados y castiga a los que se aprovechan de los más indefensos».

—Como estuvo él una vez... —Sentí una opresión en el pecho.

—Sí.

Parpadeé mientras lo miraba fijamente.

«Brogan Ramsay es un milagro andante. La prueba viviente de que las esperanzas perdidas pueden volver a recuperarse. En su caso, no solo para él, sino para todos los demás que lo rodean. ¿Existe hombre más complejo que él?».

—¿Brogan no se da cuenta de que les ha dado en las narices a todos los que lo agraviaron alguna vez simplemente con la forma en la que está viviendo su vida?

—No, no lo cree —aseguró. La expresión de preocupación que vi en su rostro hizo que me bajara un escalofrío por la espalda. Algo que no entendí en ese momento.

Brogan regresó a la mesa en ese momento, interrumpiendo mis pensamientos y sobresaltándome un poco. Había un hombre de más edad a su lado.

—Lydia, me gustaría presentarte a un amigo. El padre Donoghue.

«¿Padre? ¿Un sacerdote?».

—Hola, padre. —Sonreí—. Es un placer conocerlo.

—Bueno, el placer es todo mío —dijo con un acento muy marcado y una amplia sonrisa. Miró a Fionn—. Fionn, chico, ¿qué pasa?

—Estoy acabado, padre.

—Acabado, sí. No es fácil verte sin una palomita del brazo.

Fionn miró a su alrededor.

—Estoy a punto de ponerle remedio a eso, padre. ¿Le gustaría acompañarme?

Donoghue se rio.

—Ah, no, no, solo hay una mujer para mí. Mi querida Mary Catherine. Dios la

tenga en su gloria. —Miró a Brogan—. Ella era la única para mí. Sí, la única. — Brogan sonrió con complicidad mientras yo fruncía el ceño, confusa. ¿Los sacerdotes no eran célibes? Fionn se levantó y dio una palmadita al padre Donoghue en la espalda.

—Nos vemos luego —se despidió Fionn, con una sonrisa.

—Fionn —lo llamé—. Gracias —le dije cuando se dio la vuelta. Me devolvió la sonrisa y me hizo un gesto con la cabeza antes de perderse entre la multitud.

—Padre, ¿quiere acompañarnos? —preguntó Brogan al padre Donoghue.

—Esta noche no, muchacho. Tengo una cita, pero te tomo la palabra para otra ocasión.

Nos despedimos de él, y Brogan volvió a sentarse en el reservado. Me acerqué a él y enlacé mi brazo con el suyo.

—¿Quiero llevarte a casa? —me preguntó al oído, inclinándose hacia mí.

—¿Otra fiesta de pijamas? —repuse con aire inocente.

—Era una manera de hablar —dijo ominosamente.

Sentí un incipiente zumbido entre las piernas y que se me endurecían los pezones contra la fina tela de la camisa. Había sido una tortura dormir a su lado la noche anterior y no tocarlo. Pero pensaba que necesitábamos más una noche como esa, una que no fuera solo sexo.

La cuestión era que con Brogan todo resultaba muy intenso, y mis emociones subían y bajaban como en un tiovivo. Ahora que entendía por fin cómo funcionaba su negocio, me sentía todavía más confusa. Lo admiraba profundamente por ayudar a otras personas en situaciones similares a la que había estado una vez, pero también entendía su necesidad de castigar a los que se habían aprovechado de otros, y en el fondo sentía que yo entraba en esa última categoría. Sus sentimientos por mí debían de ser muy confusos. ¿Alguna vez lograríamos dejar atrás el pasado que compartíamos? La principal razón de ello era que Stuart siempre formaría parte de mi vida. Era algo constante. Brogan podía perdonarme —de hecho tenía la esperanza de que lo hiciera—, pero dudaba mucho que lograra perdonar también a mi hermano. Y ¿dónde nos dejaba eso?

Dejé a un lado esos complicados pensamientos y miré a la esquina más alejada de la barra, donde un grupo musical estaba afinando sus instrumentos.

Los señalé con la cabeza.

—¿Conoces a ese grupo?

Asintió.

—Los he oído tocar un par de veces. Son un grupo irlandés que solo es conocido de modo local.

—¿Podemos quedarnos un rato a escucharlos?

Pensé que Brogan iba a protestar, pero uní las manos en posición de rezo y me devolvió una tierna sonrisa. Le vi poner los ojos en blanco mientras se reía por lo bajo, ablandándose. Nos terminamos las cervezas mientras el grupo tocaba, y yo pedí otra, aunque él no lo hizo.

La voz del cantante era ronca y sensual, completamente a tono con la cerveza, la cercanía de Brogan y la forma en la que frotaba el pulgar contra mi mano, trazando perezosos círculos por debajo de la mesa. Brogan me contaba historias sobre algunas de las personas que llenaban el pub, y yo me reía, sintiéndome joven y feliz, sentada junto a aquel complicado y magnífico hombre, completamente fascinada.

Había razones por las que no debía sentirme tan despreocupada, quizá, pero el momento era demasiado bueno para negarlo. El licor vaciaba mi mente y la música la llenaba, y yo me reía, dejando que todo lo demás flotara muy lejos. Pronto volvería..., sin embargo, este instante era mío. Mío y de Brogan.

Pero también me daba cuenta de que se sentía abrumado por el ruido y los olores que se concentraban en un lugar tan concurrido y público. Lo estaba tolerando por mí, y eso hacía que me invadiera una cálida sensación, pero no quería aprovecharme de ello.

—Te deseo —susurré—. ¿Podemos marcharnos ya?

Busqué sus ojos, estaban brillantes y llenos de la misma necesidad que yo sentía. Me cogió la mano y levantó la otra para despedirse de Fionn, que estaba sentado en un taburete, ante la barra, con una pelirroja en el regazo. Su socio le respondió de la misma forma antes de que Brogan me guiara entre la multitud, con los dedos entrelazados, hasta salir del ruidoso local. Recibimos con agrado la cálida brisa veraniega y el sordo murmullo de la música que dejábamos atrás. Nos acercamos con rapidez al lugar donde Brogan había aparcado.

—¿Cómo regresará Fionn a casa?

—Ya encontrará la manera —aseguró, ayudándome a meterme en el coche. Tuve la sensación de que la pelirroja que lo acompañaba se sentiría feliz de llevarlo a donde fuera. Y nunca mejor dicho. Me reí por lo bajo y Brogan me miró con una ceja arqueada.

Me pareció que pasaban un millón de años antes de que entráramos en el garaje de Brogan, de que me cogiera de la mano y casi corriéramos al ascensor. Me reí cuando él me lanzó una sonrisa de infarto por encima del hombro. Una vez en el ascensor, apoyé la espalda en una pared y él en la contraria.

—Sabes lo que va a pasar cuando lleguemos arriba, ¿verdad?

Se me aceleró el corazón. Una ardiente lujuria hizo que me hirviera la sangre en

las venas.

—Sí —susurré. Sí, y era lo mismo que yo quería. Lo deseaba más de lo que hubiera deseado nada en mi vida. «¿Todo el mundo siente lo mismo con respecto al sexo?». Solo había mantenido relaciones un par de veces, pero me había vuelto adicta. Adicta a Brogan. A lo que me hacía sentir. ¿Era solo con él? Algo me decía que sí.

Nos miramos el uno al otro desde lados opuestos del ascensor, y hubiera jurado que podía oír el latido de nuestros corazones. La necesidad de sentir a Brogan moviéndose dentro de mí era tan intensa que casi gemí. Apreté los muslos y sentí un estallido de placer. Brogan bajó la mirada por mi cuerpo con lentitud.

—*Jayus*, Lydia! —susurró justo antes de que se abrieran las puertas del ascensor.

Atravesamos con rapidez la puerta del ático, y en cuanto sonó el clic de la cerradura a nuestra espalda, Brogan me apretó contra la pared del vestíbulo. Mi pecho subía y bajaba mientras lo miraba, tenía una expresión hambrienta, una mirada brillante e intensa. Sus labios cayeron sobre los míos y me hundió la lengua en la boca mientras yo gemía, aceptándola con entusiasmo. Mientras nos besábamos, deslizó la mano desde mi cintura a mis pechos, donde comenzó a mover el pulgar, frotando con pereza mi endurecido pezón. Jadeé, arqueándome hacia sus dedos.

—Oh, Dios mío... Es increíble... —jadeé.

Movió los labios a mi cuello y utilizó los dientes para arañarme la piel. Abrí la boca para coger aire antes de soltar una risita temblorosa. Sonrió contra mi piel, volviendo a mordisqueármela, y luego arrastró la lengua por mi garganta, subiendo de nuevo a mis labios.

—Puedes confiar en mí —susurró contra mi boca. Teníamos los ojos abiertos y nos mirábamos el uno al otro. La sensación de intimidad era increíble, debido a la corta distancia que había entre nuestras miradas.

—Hablas como un verdadero villano —aseguré con la voz entrecortada. Sentí que curvaba los labios de nuevo, y sus ojos se entrecerraron un poco al sonreír.

—¿Sigo siendo el villano? —preguntó mientras subía la mano a mi pelo y enredaba los dedos entre los mechones—. Me había olvidado... —Sin esperar respuesta, cerró los ojos y deslizó la lengua en mi boca. Gemí, aceptándola, y usé la mía para enredarla con la suya. Nuestros besos se volvieron febriles, la sangre me hervía en las venas al sentir el duro y sólido cuerpo de Brogan contra el mío—. No voy a poder ir despacio esta noche, Lydia —gruñó cuando separamos los labios—. Ni siquiera sé si llegaré al piso de arriba. Pero... —Llevó ambas manos a los botones de mi camisa mientras me lamía el cuello. Dejé caer la cabeza hacia atrás,

apoyándome en la pared.

Nuestras bocas volvieron a unirse mientras caminaba hacia atrás, tirando de mí, sin dejar de desabrocharme la camisa. Éramos una maraña de bocas abiertas, de lenguas indagadoras, de manos inquietas. La ropa iba cayendo prenda a prenda, y quedó esparcida por el suelo mientras nos acercábamos a las escaleras.

Jadeé con la respiración entrecortada mientras luchaba contra la hebilla del cinturón de Brogan.

—¿Pero...? —pregunté, mirándolo. Noté que su expresión estaba tan llena de deseo y que parecía incluso un poco dolorido, como cuando se sentía demasiado estimulado. Hice una pausa, pensando que lo entendía. Estaba desesperado, lleno de necesidad, pero no sabía cómo apresurar las cosas sin experimentar un cierto grado de molestia—. Podemos ir más despacio —murmuré.

—No quiero ir más despacio —aseguró, tomando el relevo para soltarse el cinturón. No tardó ni dos segundos, y tenía los pantalones desabrochados cuando llegamos a las escaleras. Subió tres escalones hacia atrás, llevándome con él, y lo empujé en el pecho para que se viera obligado a sentarse. Soltó una carcajada de sorpresa cuando sintió la dura superficie en el trasero, y le sonreí, colocándome a horcajadas en su regazo, con las piernas a ambos lados de sus caderas, acercando nuestras pelvis.

—Estás en buenas manos —susurré contra sus labios justo antes de besarlo, moviendo las caderas en su regazo.

—Hablas como un verdadero villano —murmuró cuando separamos las bocas.

Le sonreí, y luego le pasé la lengua por la garganta lentamente. Allí estaba, la sal que siempre había asociado antes con él. Dejé que reposara en mi lengua como si fuera una exquisitez mientras giraba de nuevo las caderas, haciendo que se incrementara el palpitante dolor en mi núcleo. Brogan jadeó sin aliento, y sentí que su erección saltaba contra mi vientre. Deslicé la mano entre nuestros cuerpos, dentro de los pantalones abiertos, y le acaricié la dura carne, haciendo que soltara un gemido.

—Misterio resuelto —susurré contra su boca, al no haberme tropezado con la barrera que suponía su ropa interior. Él me devolvió la sonrisa, comprendiendo lo que quería decir.

Nos besamos sin cesar allí mismo, en las escaleras, mientras rodeaba su erección con la mano, pero sin moverla, para no estimularlo más en ese momento. Solo quería sentir aquel duro y cálido grosor en las manos mientras me volvía loca de deseo. Brogan clavó los dedos en mis caderas hasta que por fin se separó.

—Lydia, Dios mío, estoy...

—Lo sé... Me pasa lo mismo...

De alguna forma, logró llevarnos a su habitación, aunque nuestros labios no se separaron jamás, y, cuando llegamos, los dos estábamos completamente desnudos.

Metió la mano en lo que parecía ser una bolsa de viaje, que había en una silla, cerca de la puerta, y sacó una caja de condones, que lanzó sobre la mesilla de noche. Arqueeé una ceja.

—¿Te sentías optimista?

Deslizó la mirada por mi cuerpo desnudo antes de llegar a mis ojos, entonces sonrió de forma encantadora y un poco aturdida, y no pude contener la risa.

—Solo esperanzado —repuso, rodeándome la cintura mientras le pasaba la mano por el pelo brillante. Lo besé de nuevo con una sonrisa en los labios.

Cayó de espaldas sobre el colchón y me subí encima, disfrutando de la sensación de su cálida piel, desnuda y masculina contra la mía, tan maravillosamente erótica, que encontraba placer con solo retorcerme contra él. Se deslizó hacia la cabecera de la cama y lo seguí, besándole el pecho muy despacio. Lo oí gemir.

—Esta noche me toca a mí acariciarte —murmuré, siguiendo la forma de sus pectorales con los labios y saboreando una tetilla con la lengua. Noté que contenía la respiración, y utilicé sus reacciones para determinar si lo que hacía le resultaba agradable. Era fácil leer en él de esta manera.

«Nací para interpretar el lenguaje de tu cuerpo, Brogan. Créeme».

Deslicé los labios por los duros músculos de su abdomen y jadeó al tiempo que arqueaba las caderas, levantándolas del colchón. Me estremecí.

Cuando bajé la mirada, vi que su polla estaba dura sobre su vientre, la punta casi púrpura y llena de sangre, con las venas prominentes. Apreté los muslos y continué bajando hacia su erección, preguntándome si también allí encontraría su sabor salado. Saqué la lengua para saborearlo, y él soltó un siseo.

«Sí, una pizca de sal sobre la piel limpia».

—¿Te gusta? —murmuré contra la carne hinchada.

—Sí, Dios, sí... —susurró al tiempo que se incorporaba, tensando los músculos del estómago cuando movió las manos para recogerme el pelo en lo alto de la cabeza. Me tiró de él con suavidad, provocando un delicioso hormigueo en mi cuero cabelludo. Pensé que lo había hecho porque mi pelo le hacía cosquillas en la piel, y sentir eso mientras tenía su polla en la boca provocaba en él algo demasiado intenso. Pero que me cogiera el pelo y controlara mis movimientos me excitó todavía más, y gemí contra su erección. Le pasé la lengua desde la base hasta la punta y luego capturé el glande con la boca, empezando a succionarla con suavidad.

—¡Ay, Dios, Lydia! —y añadió algo en gaélico.

—Tú tienes el control —dije, lamiéndolo de nuevo—. Enséñame lo que te gusta.

No respondió, pero le oí coger aire. No había hecho esto antes, y no estaba segura de qué le gustaba, pero tampoco quería abrumarlo o hacer algo que le desagradara. Ya parecía al borde de la tortura. Solo esperaba que fuera una tortura buena.

Cerré el puño en la base de su polla y me la metí en la boca, utilizando la lengua para rodearla. Noté que cerraba los dedos con más fuerza en mi pelo, y que tiraba con suavidad para que recorriera toda la longitud hasta la punta, luego me empujó, para llenarme la boca de nuevo. Repitió ese movimiento varias veces mientras incrementaba la succión, hasta que él jadeó tanto que cada aliento terminaba con un pequeño gemido.

—Vas a ser mi muerte —dijo con aspereza antes de murmurar algo en gaélico mientras me soltaba el pelo y me cogía por los brazos para colocarme a horcajadas. Me sentía ardiente y caliente, palpitante de excitación.

—Acercas los pechos a mi boca, Lydia —me pidió, volviendo a gemir. Me hormigueó la piel cuando me moví hasta su cintura y me incliné para que mis pechos se balancearan delante de su cara. Chupó una de mis sensibles cimas con la boca, succionando con fuerza. Grité de placer al sentir una corriente que comunicaba ese punto directamente con mi clítoris y haciendo que me retorciera sobre él. Me lamió y chupó los pezones mientras me apretaba las nalgas con una mano, utilizando la otra para deslizar un dedo por la hendidura entre ellas y extender la humedad que empapaba mi sexo. Sentía como si se me fueran a caer los ojos mientras me estremecía sobre él, con su boca y sus manos creando magia sobre mi piel. Después de unos minutos, alcancé un orgasmo tan intenso que arqueé la espalda con un grito agónico. Colapsé sobre él sin dejar de gemir, sorprendida y superada por la intensidad de mi clímax. Ni siquiera me había tocado entre las piernas.

«Santo Dios..., ¿cómo era posible?».

—Métetela dentro, *mo chraí* —me dijo Brogan, que apenas parecía capaz de articular palabras. Alargó la mano a la mesilla de noche y cogió un condón. Lo abrió con los dientes y lo manipuló a mi espalda. Miré por encima del hombro fascinada y excitada por la imagen que veía: él poniéndose el condón con rapidez.

Me moví hacia atrás al tiempo que me levantaba un poco y rodeé su polla con la mano para introducirla en la húmeda abertura de mi cuerpo.

«¡Oh, Dios, sí!».

Gemí al sentir cómo entraba en mi interior, mientras mis músculos internos se estremecían con pequeñas réplicas.

—¡Oh, Brogan! ¡Dios! ¡Dios! —gemí, haciendo una pausa y dejándome llevar por

la inesperada ráfaga de dicha que provocaba el contacto entre nuestras partes más íntimas.

—*Mo chroí*, me moriré si no me hundo hasta el fondo —gimió. Solté su pene y dejé que me penetrara por completo. Me empaló y me incliné hacia atrás para empezar a moverme lentamente con un suspiro de satisfacción.

Me cogió por las caderas para forzarme a seguir el ritmo de la forma que él quería, primero lento y luego más rápido, mientras giraba la cabeza sobre la almohada. Tenía la piel enrojecida y los labios separados. Los músculos de sus brazos y su pecho estaban tensos y relucientes de sudor, los abdominales duros e hinchados. Emitía puros sonidos de placer. «Es increíblemente guapo». Su belleza era sexy y fascinante, y cogí aire, queriendo memorizar el aspecto que tenía en ese momento. «Eres tú la que lo pone así».

Mientras me balanceaba, murmuró algunas palabras en gaélico, sonidos que no entendí, pero creí comprender. «Sí, sí, no te detengas, por favor, oh, Dios». Imaginé que era eso lo que susurraba en ese idioma hermoso y misterioso.

Brogan me movía cada vez más rápido, su polla se deslizaba en mi empapado interior una y otra vez, impulsando las caderas para penetrarme hasta que se hundió una última vez, gritando y arqueando la cabeza hacia atrás, presionándola profundamente en la almohada.

Me desplomé de nuevo sobre él, y me rodeó con los brazos para sostenerme mientras los dos nos estremecíamos, regresando lentamente a la tierra. Esperamos a que nuestra respiración se normalizara, a que nuestros atronadores corazones recuperaran el ritmo habitual.

Con la vista nublada, usé el dedo para trazar la vena bajo la piel de su bíceps, lo que provocó que emitiera un profundo gruñido de satisfacción. Por fin, levanté la cabeza para mirarlo.

Parecía somnoliento y medio borracho de placer.

—Ha sido... —Se interrumpió. No parecía saber cómo continuar.

—Lo sé —dije adormilada, sonriendo contra su piel.

Unos minutos después, traté de incorporarme, con la piel resbaladiza. Me sentía aletargada, con las extremidades pesadas. Brogan se deslizó debajo de mí, moviéndose sobre la almohada para levantarse e ir al cuarto de baño. Imaginé que para deshacerse del condón. Un instante después oí correr el agua del baño y, unos minutos después, Brogan regresó a la habitación, me cogió en brazos y me llevó al cuarto de baño para depositarme en una bañera llena de agua caliente y burbujeante. Suspiré, apoyando la cabeza en el borde.

La enfermera, Margaret, me había dicho que debía mantener la herida seca

durante veinticuatro horas, pero ya habían pasado. De todas formas, alisé el apósito resistente al agua para asegurarme de que estaba bien pegado. Era evidente que me estaba recuperando bien... No le había dedicado ni un pensamiento en el tiempo que habían durado nuestras... maniobras.

—¿No vas a meterte aquí conmigo? —pregunté con los párpados pesados.

Él dejó caer la toalla que había envuelto alrededor de su cintura, y entró en la bañera, apoyando la espalda en el lado opuesto. Durante un buen rato, solo nos miramos el uno al otro, dejando que fluyera aquella corriente intensa y erótica que había entre nosotros. Era el momento más íntimo que hubiera experimentado nunca. Él se pasó la mano por el pelo, dejándolo despeinado y de punta.

Sonreí.

—Eres muy guapo —dije. Me lanzó una sonrisa de medio lado llena de timidez y sentí un aleteo en el estómago. Moví la cabeza—. Tienes que ser consciente de ello.

Cogió un poco de agua entre las manos y se la llevó a la cara para lavársela mientras sonreía burlón.

—La única mujer para la que quiero ser atractivo eres tú —dijo con seriedad.

Lo miré durante un instante, preguntándome cómo era posible que este hombre tan guapo y complejo me quisiera a mí, preguntándome qué tenía yo para que me deseara de esa forma intensa.

—¿Qué significa *neus mo*? —pregunté.

Brogan sonrió.

—Se dice *níos mo* —respondió—. Significa «más». —Arqueó una ceja. Moví la mano para hacer girar las burbujas que tenía delante, y él bajó los ojos hacia uno de mis pezones, que sobresalían del agua, con una mirada repentinamente más oscura.

—¿Y *ledehull*?

—Son tres palabras, *le do thoil*. Significa «por favor». —Me humedecí los labios y noté que me miraba la boca. Así que tenía razón sobre lo que estaba diciendo—. Voy a tener que ser muy cuidadoso con lo que digo cuando estás cerca —dijo con un brillo burlón en la mirada—. No estoy tan seguro como pensaba.

—Ni de lejos —convine, devolviéndole la sonrisa. Me senté y me moví hacia él para colocarme encima, con la cara frente a la suya. Llevó las manos a mi culo y me lo acarició con suavidad, haciendo que el agua subiera por encima de mi piel—. Enséñame a decir algo en gaélico.

Me miró durante un momento, colocándome un húmedo mechón de pelo detrás de la oreja antes de decir algo que sonaba como «*Iss le Brogan may*». Lo repetí mientras movía los ojos por mi cara, con una expresión intensa y tierna a la vez, mirándome con los labios curvados de satisfacción. Luego se inclinó y me besó con

suavidad, pronunciando algo que sonaba como «*Iss latsa mo chree*».

—¿Qué he dicho? —pregunté, frotando la nariz contra él y soltando un gemidito mientras me masajaba la espalda.

Se inclinó hacia mi oreja.

—Has dicho que te encanta el placer que te da la enorme polla de Brogan. — Solté una carcajada, sorprendida, y sacudí la cabeza, pellizcándole una tetilla.

—¡Ay!

Me reí de nuevo, arqueando una ceja.

—¿Y qué me has respondido?

—Que estaba de acuerdo con tu impresión sobre mi polla.

Seguí riéndome, a pesar de que sospechaba que estaba mintiéndome, porque al final de su declaración había dicho «*mo chree*», que era como decía «princesita» en gaélico. Puse los labios sobre los suyos y lo besé mientras sonreía contra mi boca.

—Un día voy a aprender gaélico, y conoceré todos tus secretos —susurré antes de lamerle los labios, que separó para mí con un gemido.

Jugamos en el agua durante algún tiempo más. Hasta que me retorcí y él se puso duro. Entonces se levantó y se secó con una toalla, con aquella sorprendente erección sobresaliendo hacia delante. Me ayudó a levantarme y me secó también, colocándose un nuevo apósito antes de cogerme en brazos para regresar a la cama.

—Puedo ir andando, ¿sabes? —dije riéndome.

Me dejó en la cama y se inclinó sobre mí, frotando la polla dura como una piedra contra mi muslo.

—No lo harás cuando acabe la noche —advirtió ominosamente, mordiéndome el cuello mientras me reía y me retorcía sin piedad. Me besó a fondo, y el estado de ánimo cambió. Me hizo el amor muy despacio esta vez, con suavidad... Me quedé dormida entre sus brazos, y no me desperté hasta que el sol bañó la habitación con su suave brillo dorado, dándonos la bienvenida a un nuevo día.

21

BROGAN

Las siguientes semanas pasaron en una nube de felicidad con breves paréntesis de pesar.

Lydia venía a trabajar conmigo todos los días y utilizaba su mano izquierda femenina en situaciones que yo hubiera manejado de otra forma completamente diferente. Me sorprendía la facilidad con la que lograba resultados positivos en algo que Fionn y yo hubiéramos tardado semanas o meses en conseguir. Era el brillante colibrí que recordaba, siempre revoloteando por todas partes, llenando mis días de color con su vitalidad y espíritu, totalmente en su elemento.

Y por las noches... Las noches estaban repletas de una felicidad inimaginable siquiera en mis sueños más salvajes. Lydia aprendió lo que más me gustaba como si mi cuerpo fuera una materia y ella la estudiante más comprometida del mundo. Empecé a confiar en ella de una manera que no creía posible confiar en una mujer, lo que a su vez me permitía relajarme y disfrutar de las sensaciones que despertaba en mí. Siempre parecía saber cuándo algo era demasiado intenso, cuándo no podía empujarme a mayores alturas, y yo, por mi parte, aprendí mis propios límites por cómo me entregaba a ella. Lydia nunca había estado con nadie más, y en algunos aspectos yo tampoco. Al menos en la cama: nunca me había entregado de verdad, no había encontrado felicidad.

Me sentía voraz de una forma que no había conocido antes, solo que ahora era todavía más insaciable. Sabía que en mi vida me sentiría satisfecho, que nunca tendría suficiente, que no me saciaría, no importaba lo mucho que lo intentara. Ella era un buffet libre de los mejores manjares que la vida podía ofrecer, y yo quería emborracharme y devorar cada exquisito bocado. Quería que lo que tanto necesitaba y ansiaba con desesperación estuviera siempre disponible para mí. No quería sentir ese momentáneo pánico cada vez que hacíamos el amor, igual que lo había sentido antes cada vez que comía sin saber cuándo volvería a llevarme algo a la boca.

Pero así era el hambre, ¿verdad? Incluso cuando estaba satisfecha, no tenía la certeza de que pudiera saciarse de nuevo... y otra vez.

Así que también estudié su cuerpo, adorando cada centímetro de su piel todas las noches, aprendiendo los olores y texturas de cada parte de ella, sin sentirme satisfecho hasta que no alcanzaba un orgasmo tan intenso como para gritar mi nombre. Luego dormíamos abrazados, uno entre los brazos del otro, durante toda la noche.

Sabía que la amaba. Profunda e intensamente. Siempre la había amado, incluso cuando no quería. Pero ahora era diferente. Cuando tenía diecisiete años, había querido darle el mundo, y en este momento podía. Había querido entregarle mi corazón, y ahora podía. Y quería. Cada rincón de mi corazón.

Pero aun así... Todavía estaba intentando arreglar la situación que yo mismo había creado. Le pedía a Fionn que cenara con ella con el pretexto de que tenía más trabajo que hacer mientras devolvía a la mafia la deuda de su hermano en forma de inadmisibles asientos contables.

Odiaba hacerlo, me hacía sentir esclavo y sin poder, aunque consideraba que era el precio que debía pagar para compensar la situación en la que estábamos. No quería que Lydia lo supiera. No quería que cargara con esa información, no quería que tuviera conocimiento de unas actividades ilegales que podían ponerla en más peligro, y, dicho sea de paso, tampoco quería que pensara mal de mí. Que supusiera que no era el hombre de negocios que creía que era. Y cuando trabajábamos juntos en mi despacho, solucionando problemas de familias que no podían recurrir a nadie más, me miraba como si fuera una especie de héroe. No quería decirle que no lo era. Que solo era un hombre que seguía escarbando, engañando y tratando de justificar los medios para un fin que tenía tantas ganas de alcanzar que me parecía casi una obsesión.

Amaba a Lydia y quería que fuera mía para siempre. Me moría por que ella me amara de la misma forma. Necesitaba que me admirara, que me respetara. Quería que estuviera loca por mí. Sabía que me había amado, pero ¿lo haría ahora? A veces, mientras miraba la luna desde la cama, con nuestros miembros enredados y nuestros cuerpos conectados de forma íntima, me atrevía a esperar que así fuera.

Sabía que una vez que terminara el trabajo, Lydia no correría peligro y, siendo realista, podría regresar a su apartamento, donde estaría sana y salva. Sin embargo, quería que viviera conmigo. Ella tampoco parecía tener ninguna prisa por marcharse, lo que me daba todavía más esperanzas de que no quería que dejáramos de vivir juntos.

Los dos habíamos estado distraídos por todo lo que ocurría y no me había

acordado de enviar a alguien en busca de más ropa para ella, así que después de un día de trabajo, la acompañé a su piso para que pudiera coger más.

Había observado su apartamento desde la calle. Estaba en un modesto edificio de ladrillo en Brooklyn, pero el interior era todavía más modesto que el exterior. Cuando calibré la diferencia entre los lugares en los que vivían Stuart y Lydia, tuve todavía más ganas que antes de golpear a su hermano.

¿Qué tipo de hombre permitía que su hermana viviera en un pequeño estudio cuando él lo hacía en un ático de lujo? Pensé en Eileen y en que me daría de tortas antes de verla luchar de esa manera sin hacer nada al respecto, que ajustaría cualquier aspecto de mi vida si eso significaba que todo sería más fácil para ella. Por otra parte, yo había hecho cosas de las que me arrepentiría toda mi vida solo para que todo fuera más fácil para Eileen. Quizá había un término intermedio. Fionn se llenaba la boca diciéndome que no siempre era necesario llegar a los extremos. Sin embargo, no sabía ser de otra forma. Ser tan extremo era lo que me había llevado a donde estaba ahora.

—¿Crees que podríamos pasar este fin de semana en Greenwich? —me preguntó mientras llenaba una maleta.

—Claro —repuse distraído, frunciendo el ceño mientras dibujaba con el dedo una enorme grieta que había en la pared—. ¿Por qué?

—Se me ha ocurrido que nos vendría bien salir de la ciudad, disfrutar un poco del sol —repuso. Se colocó detrás de mí y me rodeó la cintura con los brazos mientras reclinaba la cabeza en mi espalda. Me apoyé en la pared y la miré por encima del hombro.

—Todo lo que tú quieras, Lydia —dije con la voz quebrada. Carraspeé, y ella sonrió antes de apartarse.

Me acerqué a la nevera y abrí la puerta del congelador, donde nada más había algunas cajas de Budget Gourmet y dos bandejas de hielo. Clavé los ojos con tristeza en los envases de comida congelada. «El presupuesto solo da para comida congelada».

La primera vez que vi a Stuart después de haber decidido hacerme cargo de su compañía, estaba cenando en uno de los restaurantes más caros de Madison Avenue. Entonces quería saber qué tipo de vida llevaba, cómo tentarlo para jugar —y perder— conmigo al póquer. Había descubierto que era ludópata, que estaba totalmente enganchado a las partidas. Pero no profundicé en la vida de Lydia... Si lo hubiera hecho, ¿habría cambiado de opinión? ¿Habrían seguido los acontecimientos un curso diferente? Quería creer que podía ser así, pero no estaba seguro...

Sin embargo, estaba viendo la vida que había interrumpido, la que me había propuesto arruinar.

«Te amo y estabas viviendo aquí. Me odio por ello. ¿Cómo es posible que no me odies tú también?».

Ojalá me hubiera acercado a ella en aquella fiesta, como ella había mencionado una vez. Ojalá hubiera encontrado la manera de haber dejado atrás el pasado y haber regresado con ella... Ojalá le hubiera rogado..., pero no, yo no rogaba. Me había prometido a mí mismo que no volvería a hacerlo. Sin embargo, quizá por Lydia...

—¿Tienes hambre? —me preguntó, interrumpiendo mis pensamientos.

Cerré la puerta del congelador.

—No —repuse—. ¿Estás lista?

La expresión de su cara fue de leve confusión, pero sonrió mientras salíamos de su apartamento para regresar al mío. Esa noche le hice el amor tres veces, incapaz de tener suficiente, incapaz de saciar mi deseo, sabiendo de alguna forma que corría el riesgo de perderla, de quedarme con hambre para siempre... Aunque no sabía por qué estaba tan poseído por el miedo.

Cuando el conserje del edificio donde estaba el apartamento de Stuart lo llamó por la línea interna para anunciarme, la pausa fue tan larga que llegué a pensar que iba a tener que coger yo mismo el teléfono y amenazar a Stuart para que me recibiera. Pero justo cuando estaba a punto de hacerlo, el hombre me miró y señaló los ascensores con un gesto de cabeza.

Unos minutos después, llamaba a la puerta, que él abrió como si hubiera estado de pie al otro lado, esperándome.

—Stuart... —saludé, tratando de no hacer una mueca ante el mal olor que flotaba en el aire. Dios... ¿es que había allí un animal muerto?

—¿Qué quieres? —preguntó de mala gana. Lo miré con los ojos entornados mientras cerraba la puerta. Tenía un aspecto horrible, mucho peor que la última vez que lo había visto. O bien la situación estaba suponiendo para él una carga mucho más pesada de lo que esperaba o estaba consumiendo más drogas y alcohol de lo que imaginaba. Quizá de todo un poco—. Estoy ocupado.

—No, no lo estás. Tu único trabajo ahora, por lo que veo, es beber y no hacer nada.

Su expresión se transformó por una especie de ira silenciosa, como si eso fuera todo lo que pudiera hacer en ese momento bajo la influencia de lo que fuera que

hubiera tomado.

—Eres tú el que me ha ordenado que no llame la atención —gruñó.

—No llamar la atención no significa que tengas que convertirte en un inútil —repuse—. No sé si te lo has planteado, pero tienes que decidir cómo quieres que sea el resto de tu vida.

—Lárgate.

—Eso pienso hacer. —No tenía previsto quedarme en aquel pozo maloliente ni un segundo más de lo necesario. De repente, caí en la cuenta: Stuart De Havilland había pensado lo mismo cuando me había estado buscando hacía tantos años y me encontró en mi propio infierno personal. Las circunstancias eran diferentes, el caos de Stuart lo había creado él mismo y todavía seguía viviendo en uno de los mejores lugares de Manhattan, pero... seguía siendo un infierno. Un pozo de desesperación. Vacilé—. Pero antes, quería que supieras que tu deuda ha sido saldada. La mafia ya no irá a por ti. Y los hombres a los que pediste dinero te matarán antes de permitir que pidas más, ¿está claro?

Me observó con recelo.

—¿Has pagado mi deuda? Pensaba que solo ibas a comprarme más tiempo.

—¿De qué hubiera servido eso? —pregunté. Siguió mirándome, mientras sus engranajes mentales giraban tan rápido como podían—. Nunca hubieras sido capaz de pagarles, y menos al ritmo que vas.

—Lo has hecho por alguna razón —insistió—. ¿Cuál es?

Me quedé mirándolo mientras contenía la cólera que provocaba su reacción. Había prostituido mis capacidades por este cabrón, aunque solo fuera una forma de hablar, y lo mejor que podía hacer era eliminar sus sospechas. No había esperado su agradecimiento, pero incluso así...

—Lo he hecho por tu hermana —confesé con sinceridad—. Lo he hecho porque me preocupo por ella. Y por alguna razón que no entiendo, ella se preocupa por ti. Y si te queda algo de decencia, deberías aprovechar esta oportunidad y dedicarte a enderezar tu vida. Hazlo por ella, si no quieres hacerlo por ti mismo.

—¿Qué as guardas en la manga, maldito hijo de puta irlandés?

Solté un suspiro de cansancio mientras miraba a mi alrededor. El apartamento era un caos, todas las superficies estaban llenas de servilletas, revistas y recibos, incluso partes del suelo, todas llenas de dibujos y garabatos. Cuando miré más de cerca los remolinos, me lo imaginé sentado a solas en el ático, drogado y medio borracho, creando arte obsesivamente en todos los lugares a su alcance. Resultaba extraño e inquietante. Sin embargo, lo que estaba viendo no eran garabatos de un colgado, era... bueno. Muy bueno.

—Podrías empezar a estudiar arte —murmuré, casi para mí mismo—. Parece que...

En su rostro apareció una expresión de rabia tan repentina e intensa que me sorprendió. Se lanzó a por mí con los puños en alto. Lo esquivé con facilidad, pero parecía poseído por algo más fuerte que él mientras se acercaba a mí otra vez. Me agaché y lancé un puñetazo, que impactó en su mandíbula mientras soltaba un gruñido. Se tambaleó hacia atrás, cayendo sobre el sofá. La rabia pareció desaparecer mientras se llevaba la mano a la cara.

—Eres un cabrón —dijo con la voz entrecortada—. Algún día te mataré... — Siguió frotándose la mandíbula mientras parecía perdido de una forma extraña... A pesar de su amenaza, solo despertaba mi compasión.

Pasando por encima de una lámpara caída en el suelo, me acerqué a la puerta. Sacudí la mano, hacía mucho tiempo que no tenía que golpear a nadie.

—No tengo dinero —dijo Stuart con firmeza—. No tengo ni para comer, así que no puedo planificar mi vida.

Hice una pausa, con la mano en el pomo. Él no lo sabía, pero eso era mi talón de Aquiles. No podía alejarme de allí dejando atrás a una persona hambrienta. Solté un suspiro y metí la mano en el bolsillo. Recordé aquel momento en el que me lanzó al suelo un billete de cien dólares y me agaché para recogerlo. Se suponía que debía vengar ese instante ahora que los papeles se habían invertido por completo. Entonces, ¿por qué solo sentía un sordo dolor en el pecho?

Llevaba casi mil dólares encima. Los saqué de la cartera y los dejé en la mesa que había al lado de la puerta.

—Que te vaya bien, Stuart —deseé.

Y me fui.

LYDIA

Salí de la sala de entrenamiento del ático de Brogan frotándome la nuca con una toalla mientras esperaba que se me normalizara la respiración. Había intentado correr en la cinta los casi ocho kilómetros que solía recorrer y, aunque me sentía genial, me había costado más de lo que debería. Había perdido la forma, y necesitaba volver a hacer ejercicio de forma de regular.

De pie bajo el chorro caliente de la ducha, tarareé la melodía de la canción que había tocado el grupo irlandés la noche que habíamos ido a El dragón negro. Esta mañana me sentía ligera, sin problemas.

Aunque hablaba con Trudi casi todos los días, me había mantenido al margen durante las últimas semanas, porque tenía la certeza de que De Havilland Enterprises iba avanzando de forma firme y segura. Sinceramente, había sido un alivio dejar a un lado toda esa constante preocupación, dejar en las capaces manos del equipo que Brogan había elegido todo lo que había estado en las mías durante tanto tiempo.

En las últimas semanas, había ido a trabajar con Brogan todos los días, y casi me asustaba lo mucho que quería seguir ayudándolo, o simplemente seguir haciendo esa labor aunque no fuera con él, algo que por otro lado me parecía maravilloso. Me encantaba lo que hacía. Resolver problemas de aquellos que no tenían medios era algo creativo, divertido y que desafiaba el ingenio día a día. Sin duda era el trabajo más gratificante de todos los que había realizado hasta la fecha.

Mi padre había donado sumas a la caridad, y también lo había hecho yo cuando fui independiente financieramente, pero esto era algo diferente. Ahora estaba volcando mis talentos y mi corazón en algo que era útil a los demás. Sin embargo, a pesar de que me encantaba, también me daba miedo porque sabía que se trataba de algo temporal. Tenía un trabajo al que pensaba regresar muy pronto. Y no me quejaba de ello, pero... echaría de menos el acento cantarín, los niños que entraban corriendo, los cándidos chicos a los que podía hacer ruborizarse con solo una

mirada, los coloridos personajes con los que trabajábamos de una manera u otra, las ráfagas de gaélico que resonaban como el dulce canto de los pájaros durante todo el día. Y la forma en que me hacía sentir valiosa, no porque tuviera dinero, sino por mí misma. Era la primera vez que sentía eso. No lo había sentido nunca.

Me enjuagué el acondicionador del pelo mientras soltaba un suspiro. Sí, lo echaría mucho de menos. Quizá podría convencer a Brogan para que me permitiera ir un par de días a la semana, después del trabajo.

El intenso y complejo Brogan. Me bajó por la espalda un escalofrío solo de pensar en lo que habíamos hecho la noche pasada. Los preliminares habían durado horas..., y los dos nos corrimos pocos segundos después de que se hundiera en mi interior. No tenía suficiente de él. Pero no era solo sexo..., también me encantaba hablar con él. Disfrutaba acurrucada entre sus brazos, escuchando su voz profunda, notando cuándo afloraba su acento y sabiendo que eso siempre me indicaría que tenía que escucharlo más atentamente porque era una pista de qué temas le afectaban más. Tenía unos pequeños tics, y sabía que solo la gente más cercana a él los conocía.

Mientras me secaba, oí que sonaba el móvil que Brogan me había regalado para reemplazar al que se me había roto en la calle. Lo había dejado sobre la encimera de la cocina, pero ignoré su sonido. Me puse unos pantalones cortos negros y un jersey de seda de color gris pálido que dejaba un hombro al descubierto. Oí de nuevo el timbre del móvil y corrí escaleras abajo para contestar mientras me recogía el pelo mojado en un moño desaliñado. Cogí el teléfono cuando sonaba el último timbrado.

—¿Sí? —repuse sin aliento, viendo el nombre de Daisy en la pantalla antes de llevármelo a la oreja.

—¿Lydia? —preguntó con lágrimas en la voz.

—¿Dais? ¿Qué te pasa?

—Me está engañando —confesó con un hipido—. Lo sospechaba desde hace mucho tiempo. No quería... —se le escapó un sollozo— no quería creerlo.

Me senté en el sofá.

—Oh, cielo... —Respiré hondo—. ¿Estás segura? Es decir...

—Sí. Lo seguí ayer por la noche. Me dijo que debía asistir a una reunión de negocios, pero yo tenía una especie de presentimiento. Y han sido muchos últimamente. Así que lo seguí a un hotel. Se reunió con una mujer en el vestíbulo y subieron juntos a una habitación. Los seguí y esperé quince minutos antes de llamar a la puerta. Fue él quien la abrió y... —emitió otro sollozo— y él estaba sin camisa y ella en la cama, Lydia.

Se me encogió el corazón. No había manera de ver la parte positiva de lo que

estaba contándome, no era posible malinterpretar los hechos.

—Oh, Dios mío... —susurré—. Oh, Daisy, lo siento. No sé qué decirte. ¿Qué le dijiste?

—¡No pude decir nada! —sollozó—. Me di la vuelta y salí de allí. Me puse a llorar en el coche. Ni siquiera recuerdo cómo regresé a casa.

—¿Y él te siguió a casa?

—Sí. Llegó quince minutos después que yo e intentó disculparse... Trató de explicarme... Pero, sencillamente, ¿qué explicación puede tener eso? Lydia, era su secretaria. La reconocí en cuanto la vi en el vestíbulo. Fui tan idiota como para pensar que tenían que resolver algún fleco en algún asunto de negocios. A pesar de haberlos seguido hasta la habitación, seguía esperando que fuera eso. Es decir, ¿hay algo más típico que eso? Incluso se había reído una vez de un compañero al que pillaron liándose con su secretaria el año pasado, dijo que era muy predecible. Nos reímos, ya sabes, como si, ya puestos a engañar, ser original al respecto. Y luego... luego esto. Puto hipócrita. ¡Oh, Dios! —se lamentó—. ¿Te apetece ir de compras? Estoy yendo a Manhattan ahora.

Parpadeé.

—¿De compras? No, Daisy. Ir de compras, por desgracia, no solucionará este problema, cariño. Ni siquiera servirá para hacer un apaño. Mira, estoy en Manhattan, en el apartamento de Brogan. Él está trabajando y yo estoy aquí sola. ¿Te apetece venir aquí para que podamos hablar?

—¿El apartamento de Brogan? —preguntó.

—Oh, Daisy... —suspiré—. Tengo mucho que contarte. Pero puede esperar. Antes vamos a hablar, ¿vale?

—¡No quiero estar sola ahora! —chilló—. ¿Vale?

—Sí. Conduce con cuidado, te estaré esperando. Te voy a mandar un mensaje de texto con la ubicación. Hay un garaje en el sótano, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Gracias, Lydia.

—De nada, Dais. —Cuando nos despedimos y colgamos, le envié la dirección de Brogan con los labios apretados por la rabia. ¡Su marido era un idiota! ¿Cómo podía haber hecho eso? Le di una patada a la silla que había junto al sofá, lo que solo consiguió que me hiciera daño—. Mierda... —dije en alto.

Mientras me secaba el pelo y me maquillaba un poco, me sentí furiosa. Gregory era un cabrón. Ninguna mujer merece que la engañen. Nunca. No sabía cómo se iba a recuperar Daisy de esto. Justo cuando estaba aplicándome un poco de brillo en los labios, sonó el timbre de la puerta. Era sábado, pero Brogan se había excusado diciéndome que tenía mucho trabajo pendiente. Lo cierto era que había actuado de

una forma un poco rara últimamente, aunque yo no sabía por qué. Me había prometido que volvería pronto y que saldríamos a cenar. Me había parecido una magnífica noticia, ya que querer salir en público significaba que se sentía menos preocupado por un posible problema de seguridad.

Al apretar el botón del telefonillo vi a mi hermano. Apreté el intercomunicador con el ceño fruncido.

—¿Stuart?

Miró a su alrededor como si esperara que alguien lo atacara de repente, y luego se inclinó hacia el intercomunicador.

—Lydia, déjame subir. Date prisa.

Vacilé, mordiéndome el labio.

—No creo que sea buena idea, Stu —dije—. Será mejor que baje yo.

—¡No! Me está siguiendo alguien. Déjame subir, Lydia. —Parecía tan asustado que se me erizó la piel. Dudé de nuevo, pero solo un poco, antes de apretar el botón que le permitía entrar. Esperé junto a la puerta hasta que lo vi aparecer en la otra pantalla. Entonces le abrí y se precipitó al interior.

—Guau... ¿Qué demonios te pasa, Stuart?

—¿Por qué sigues aquí? —exigió. Cerré la puerta y me volví hacia él—. Lo he visto salir hace un rato. He estado esperando a que bajaras, pero no lo has hecho. Ahora tienes la oportunidad de escaparte.

—Brogan no me retiene contra mi voluntad —le aseguré—. Solo quería tener la certeza de que los hombres que te prestaron el dinero no representaban una amenaza —expliqué, guiándolo hasta la cocina y deteniéndome detrás de la isla. Ni siquiera sabía si le habían contado que me habían apuñalado. ¿Qué más daba? Era agua pasada y ahora no se podía hacer nada al respecto.

Me siguió hasta allí y se paró al otro lado de la isla.

—Se supone que ha pagado los préstamos —dijo—, pero ha mentido. ¡Es mentira! Me siguen. Y si no me matan ellos, lo hará él. —Miró hacia la ventana como si, incluso en este momento, pudieran verlo—. Unos hombres están tratando de acabar conmigo. Y también te matarán a ti. Por eso te mantiene aquí —gruñó, arrugando la cara de tal forma que se convirtió en una especie de mueca grotesca.

Fruncí el ceño.

—Stuart, ¿qué te pasa?

Levantó los brazos.

—¡No puedo dormir! —gritó—. Tú tampoco podrías si tu vida corriera peligro.

Negué con la cabeza.

—Te equivocas. Brogan ha pagado tus deudas, eres libre, Stu. Nadie trata de

matarte.

Lo negó moviendo la cabeza casi con violencia.

—No, no, no... Estás equivocada. Ha mentido. No se sentirá satisfecho hasta que esté muerto, y luego te arruinará a ti también. Va a hacer que te enamores de él y luego te demostrará quién posee todo el poder, él. Hagas lo que hagas, Lydia, no te permitas sentir nada por él. Es un mentiroso, un astuto diablo.

—Stuart, por Dios, ¿es que no te das cuenta de lo que dices? —Me parecía una locura.

—Tengo pruebas —aseguró, sacando algo del bolsillo trasero. Desdobló un trozo de papel y lo lanzó sobre la encimera.

—¿Qué es eso? —pregunté, bajando la vista con recelo.

—Es el propietario de nuestra antigua casa en Greenwich —explicó—. La compró hace dos meses. Lo he buscado en internet. La adquirió a través de una corporación, pero el dueño es él. Ahora todo es suyo.

Fruncí el ceño mientras recogía el papel. Era una copia impresa de la página web del notario del condado de Fairfield. Me llevó un rato leerla, pero parecía que Stuart tenía razón. Sabía a ciencia cierta que Brogan era el propietario de la empresa que ahora poseía nuestra antigua casa en Greenwich por el trabajo que había hecho para Brogan. Incliné la cabeza confusa, tratando de entender por qué Brogan habría comprado nuestra casa y no me lo había dicho el día que fuimos allí.

—Todo forma parte de su plan maestro —explicó Stuart, arrugando de nuevo la cara como si tuviera un espasmo y frotándose el cuello—. Quiere que yo esté muerto, bajo su poder. Mientras que él... —abrió los brazos como si tratara de comunicar lo que estaba pensando, pero tuviera dificultades para expresarse— quiere ser el dueño del lugar donde una vez fue un sirviente —soltó al final.

—Era nuestro jardinero, no un sirviente —murmuré mientras apartaba la mirada, abrumada por la confusión—. Y eso me parece muy melodramático, Stu.

—Toda la situación es dramática, Lydie —aseguró, usando el diminutivo que utilizaba cuando éramos niños—. Maquiavélicos planes de venganza, mafiosos, asesinos a sueldo... ¿Es que no lo ves?

Un gélido nudo de terror se asentó en mi vientre.

—Tengo que hablar con él —murmuré—. Tengo que preguntárselo... Estoy segura de que...

Stuart me miró con horror al darse cuenta de la realidad.

—Oh, Dios mío... —resopló de golpe—. Ya lo has hecho. Te has enamorado del demonio.

Busqué sus ojos, estaban rojos.

—Stu, Brogan no es el demonio. Es...

Se apartó y se apretó la cabeza entre las manos mientras soltaba un rugido de derrota.

—Tengo que salir de aquí.

Rodeé la isla, tendiéndole la mano.

—No, Stu, por favor, pareces cansado. Deja que te haga un té y podremos sentarnos un rato. Podemos hablar. Brogan llegará pronto a casa y...

—No, no, no... —Sacudió la cabeza—. Me siguen. Tengo que marcharme.

—Nadie está siguiéndote.

Se frotó la cara.

—Lydie, necesito algo de dinero. Lo que tengas encima, por favor. No puedo volver a mi apartamento.

—Solo llevo cincuenta dólares... —Y eso era solo porque Brogan me había dado dinero para pagar la entrega de comida que habíamos pedido la noche pasada. Como yo había estado en la ducha cuando llegó el repartidor, había pagado él y el dinero seguía en mi cartera.

—Lo que tengas. Lo necesito ahora. Ahora mismo.

Le lancé una larga mirada. Realmente tenía un aspecto horrible, como si no se hubiera duchado desde hacía días, y no durmiera ni comiera. Pero también había en sus ojos una expresión de temor que no había visto antes. ¿Estarían siguiéndolo de verdad? No, estaba segura de que no era así. Todo era debido a la falta de sueño, debía de estar deshidratado...

—Tengo el bolso arriba —murmuré—. Sin embargo, puedo cocinar algo.

—No. Tengo que irme antes de que él vuelva. Dame el dinero. —Me tendió la mano, moviendo los dedos. «Santo Dios».

Me lo quedé mirando un rato más, sin saber qué era mejor hacer en esta situación.

—Ahora vengo —dije finalmente, yendo hacia las escaleras.

Me siguió.

—Puedes venir conmigo —me invitó.

Negué con la cabeza y me volví para mirarlo.

—¿A dónde, Stu? —le pregunté cuando llegamos al rellano.

Se rascó el interior del codo, recorriendo con la vista el salón vacío.

—No, tienes razón. No puedes acompañarme. Solo correrías más peligro. Pero debes salir de aquí. Prométeme que encontrarás la manera y... —Sus palabras se desvanecieron.

Lo miré durante un momento, esperando que terminara la frase, pero no pareció que fuera a hacerlo, y era evidente que no estaba esperando una respuesta por mi

parte, por lo que me di la vuelta y entré en la habitación de invitados, donde había dejado el bolso encima de la cómoda. Cogí la cartera y saqué el dinero, dos billetes de veinte y uno de diez. Abrí el monedero, para ver si llevaba algo suelto. Lo cogí también. Me di la vuelta y entregué el dinero a Stuart.

—Stuart...

—Gracias, Lydia, tengo que irme —se despidió, alejándose y saliendo al pasillo.

—¡Stuart, espera! —Pero siguió bajando las escaleras, y estaba abriendo la puerta cuando yo llegué abajo—. ¡Espera...!

Se dio la vuelta y se detuvo, sus ojos parecieron claros, aunque solo fue un momento.

—Te quiero, Lydie. Mamá y papá estarían muy orgullosos de ti. —Y se metió en el ascensor, cerrándolo con firmeza.

Me quedé de pie en el vestíbulo, mirando el punto por el que había desaparecido durante un buen rato, sintiéndome confusa y sorprendida.

Cuando volví a entrar en el apartamento de Brogan, me quedé mirando por la ventana durante un buen rato mientras consideraba el comportamiento de Stuart y todo lo que me había dicho.

Me sentía preocupada y tenía el estómago revuelto, estaba asustada y confundida. A Stuart le pasaba algo, ya fuera que estaba paranoico o quizá por culpa de las drogas. Quizá fuera una mezcla de ambas cosas, pero ¿su paranoia tenía una base real? ¿Me habría dicho Brogan que había pagado las deudas de Stuart aunque en realidad no lo había hecho por alguna razón? Negué con la cabeza ante tal idea. No... no... No lo creía. No iba a ir por ese camino. Confiaba en Brogan. Habían pasado semanas desde que me apuñalaron, y la amenaza había sido para Stuart. Por lo tanto, si le habían hecho daño..., a pesar de que... ¿Por qué me había mentido Brogan sobre la antigua finca de mi familia? La había comprado hacía meses, y el día que fuimos allí juntos le había comentado que estaba a la venta, y él podía haberla comprado para sí mismo... ¿Lo habría hecho? Me había dicho que necesitaba una propiedad con casa de huéspedes para Eileen. Luego había redirigido la conversación, pero ¿por qué?

Quería confiar en él con todas mis fuerzas, pero las dudas me asaltaban. Y hablando de dudas, ¿en qué estaba trabajando realmente? Y ¿por qué me había dejado con Fionn durante tantas noches últimamente mientras él trabajaba hasta tarde? No había querido presionarle porque sospechaba que hacía algún tipo de trabajo en el que no quería que yo me viera involucrada por razones de seguridad.

No me parecía mal, pero ahora necesitaba respuestas. Necesitaba tranquilidad. Para estar segura de la verdad, tenía que mirarlo a los ojos mientras respondía a mis preguntas. «Y eso no va a pasar hasta más tarde».

Sonó el timbre en la calle y me acerqué a la puerta. Al ver la cara de Daisy en la pantalla, apreté el botón.

Abrí la puerta del apartamento de Brogan y esperé en el vestíbulo sin dejar de andar de un lado para otro, repasando todas mis preocupaciones de nuevo. Iba a tener que dejarlas en un segundo plano cuando apareciera Daisy. Por cierto, ¿por qué estaba tardando tanto?

Por fin, oí el tintineo del ascensor. Incluso antes de que se abrieran las puertas por completo, oí que Daisy se reía con alguien y fruncí el ceño. ¿Brogan ya estaba de vuelta? Daisy salió del ascensor sonriendo, aunque tenía los ojos rojos e hinchados. Le devolví la sonrisa y me acerqué a ella, pero me detuve al ver a Courtney. Dejé de sonreír.

«Oh, Dios, ¿y ahora qué?».

—Lydia —dijo Daisy—, te presento a Court...

—Sí, ya la conozco. —Suspiré—. Hola, Courtney. Brogan no está aquí.

Ella me lanzó una sonrisa lobuna, que se convirtió con rapidez en una mueca.

—Oh, cielo. Bien, le dejaría un mensaje, pero es de naturaleza personal. —Se tocó un diente con una larga uña de color rojo como si estuviera pensando, y se me aceleró el corazón. «¿Qué quiere esta mujer?».

Miró a Daisy.

—¡Oh, Daisy, querida! Tú me has confiado la jugarreta de tu marido, menudo cabrón... —Puso la mano en el hombro de Daisy—, así que yo también voy a confiar en ti. ¡He tenido un susto pensando que estaba embarazada! —Abrió mucho los ojos mientras me miraba—. Solo quería que Brogan supiera que no hay razón para preocuparse. Hasta la próxima vez, supongo. —Se rio con suavidad y entrecerró los ojos un poco.

«¿Había pensado que estaba embarazada? ¿Hasta la próxima vez...?».

—Mientes —dije con firmeza. No era posible que Brogan se hubiera acostado con esta mujer. ¿O sería con ella donde había pasado algunas noches...?»

Daisy parecía confundida mientras movía la cabeza de Courtney a mí. Luego Courtney se acercó a mí lentamente, mirándome como si quisiera devorarme y quisiera estar segura de que yo iba a satisfacer su apetito.

—No —aseguró—. No miento. Pregúntale a él.

—Lo haré —repuse, levantando la barbilla al tiempo que cruzaba los brazos. Me mordí el labio con agitación.

Curvó los labios con una extraña versión de sonrisa, pero en sus ojos no había piedad. Sentí que se me revolvían las entrañas, y tuve que recurrir a todo mi control para no correr al interior del apartamento y cerrar la puerta. Detener todo esto y hacer que el día empezara de nuevo. Me había despertado en brazos de Brogan, con su mano acariciándome un pecho de forma posesiva.

—Me habló de ti mientras follábamos. ¿Te lo ha contado? Me dijo que te iba a arruinar. Me dijo que iba a disfrutar mucho haciéndolo.

Me estremecí y no pude reprimir un gemido. «¡Oh, Dios!» Me llevé la mano a la boca para detener el sonido, o quizá para contener las náuseas. «Por favor, que se termine todo esto». Sentí el rápido latido del corazón en los oídos, y la piel caliente y erizada.

Daisy se puso con rapidez a mi lado y miró a Courtney.

—Espera un momento, ¿quién cojones eres tú?

Courtney apartó la mirada lentamente de mí y la clavó en Daisy.

—Soy la mujer con la que se va a casar Brogan —dijo, inclinando la cabeza—, cuando haya completado su venganza.

Fue entonces cuando sí que me di la vuelta y corrí al interior del apartamento de Brogan, fui directa al aseo de la planta baja, donde vomité el desayuno.

Oí lejanamente cómo Daisy hablaba con dureza y luego el portazo, seguido por el repiqueteo de sus tacones en el suelo mientras decía mi nombre. Gemí. Ella apareció un segundo después a mi espalda, y me retiró el pelo de la cara mientras escupía en el inodoro. Me incorporé lentamente y me ayudó a llegar al lavabo. Nos miramos a los ojos en el espejo. Los de ella estaban rojos e hinchados y los míos, muy abiertos y conmocionados.

—Recoge todo, cariño —dijo mientras abría el grifo—. No sé lo que está pasando aquí, y vas a contármelo ya. Pero de cualquier manera, no creo que sea una buena idea que te quedes aquí. Vamos a ir al coche y regresaremos a Greenwich. Mierda de hombres... —murmuró.

La miré parpadeando, me dolían la cabeza y el corazón.

—Vale —dije finalmente con la voz aguda. Solo necesitaba espacio. Tenía que salir de aquí y pensar. Era algo que no podía hacer en el apartamento de Brogan.

«Me habló de ti mientras follábamos. ¿Te lo ha contado? Me dijo que te iba a arruinar. Me dijo que iba a disfrutar mucho haciéndolo».

«Oh, Dios, Brogan... ¿Por qué?».

Me acerqué con pasos tambaleantes hacia las escaleras y subí. Empecé a meter mis cosas en mi maleta, y las lágrimas empezaron a caer mientras la llenaba.

23

BROGAN

—¿Lydia? —la llamé, pasando el enorme ramo de hortensias de una mano a la otra y cerrando la puerta a mi espalda.

Fui a la cocina y dejé las flores en la encimera mientras volvía a llamarla.

«¿Dónde se ha metido?».

Quería celebrar con ella que ya estaba hecho. La deuda de Stuart estaba pagada. Terminada. «Gracias a Dios». Me acababa de quitar un enorme peso de encima. Y ahora... por fin me podía dejar llevar por la esperanza. Todo este embrollo que había creado iba a acabar. Lydia y yo podríamos seguir adelante. Incluso me preguntaba si quizá ella estaría de acuerdo en vivir conmigo. Había pensado pedírselo en la cena. A lo mejor era un poco pronto, pero, por otra parte, era siete años tarde.

Fui arriba llamándola por su nombre por tercera vez. Empecé a preocuparme cuando siguió sin responderme, y no oí correr el agua. De hecho, no se oía nada.

Entré en la habitación de invitados; todos sus objetos personales habían desaparecido. Fue como un puñetazo en el estómago. Miré a mi alrededor, impotente. ¿Se había marchado? ¿Por qué? Noté que el corazón me latía contra las costillas mientras el miedo bajaba por mi espalda como un escalofrío. ¿Corría peligro? Vi un papel en la cómoda y corrí a cogerlo.

Brogan:

Voy a pasar unos días con mi amiga Daisy.

Por favor, no me llames esta noche. Me pondré en contacto contigo cuando esté preparada.

Lydia

Tragué saliva volviendo a leer la nota por segunda vez. No lo comprendía. ¿Por qué? Me sentí enfermo. Cuando me había ido por la mañana, todo estaba bien. Habíamos hecho el amor somnolientos, antes de que estuviéramos completamente despiertos. Me había besado y sonreído cuando me marché, diciéndome que nos

veríamos por la tarde. Y ahora se había marchado sin ninguna explicación. Y su carta era... muy breve.

Me di la vuelta y miré la cama fijamente, recordando la noche en la que le había revelado todos mis secretos. Moví los ojos a la mesilla de noche, parpadeando repetidamente cuando un dolor más intenso se apoderó de mi corazón. La carpeta —mi estúpida y ridícula carpeta— que una vez me había impulsado ya no estaba. «¿Lydia se la ha llevado con ella?». Me fallaron las piernas y me derrumbé en la cama, sentándome en el borde. Hundí la cabeza entre las manos. ¿Por qué, Lydia? No lo entendía.

«¿Por qué?».

Me senté ante el escritorio y miré fijamente el montón de papeles que tenía enfrente. Después de ver que Lydia se había marchado, había ido a mi oficina en el Bronx. No podía quedarme en el apartamento. «Dios, ¿seré capaz de volver a estar en mi casa sin ella?». Me había dicho que no la llamara, pero lo había hecho igual, aunque solo me había respondido el buzón de voz. Le daría un par de días. Y luego iría a buscarla a casa de Daisy y le pediría que me explicara qué había pasado. Me debía una explicación sobre por qué me había dejado y por qué se había llevado mi carpeta. Sentía el estómago revuelto y me dolía la cabeza. Había revivido cada momento que pasé con ella durante las últimas horas y todavía no entendía nada.

«¿Por qué? ¿Por qué ahora? ¿Dónde estás, Lydia?».

Mis pensamientos fueron interrumpidos por el apagado sonido de cristales rotos. Me quedé inmóvil y escuché con atención, pero no oí nada nuevo durante varios minutos. Quizá había sido algo en la calle. A pesar de que me había trasladado aquí, había trabajado en un negocio donde el instinto podía salvarte la vida, y en este momento sentía que había alguien ahí fuera.

Me empecé a levantar cuando oí otro ruido, esta vez más cerca, dentro del edificio. Me senté de nuevo y busqué debajo del escritorio la pistola que guardaba allí. Y esperé.

No tuve que aguardar demasiado. Un minuto después, se abrió la puerta del despacho y apareció Stuart De Havilland, con un aspecto digno de la muerte. Temblaba y me apuntaba con un arma. «¿Qué coño...?». Mantuve las manos en el regazo, sin mover ni un músculo.

—Stuart... —dije en tono neutro.

Se acercó, y yo agarré el arma, pero la solté cuando se hundió en la silla, frente al escritorio, sonriéndome mientras cogía algo que había estado sosteniendo entre el

brazo y el costado para ponerlo sobre sus rodillas. «Mi carpeta». Levantó la vista del dossier a mi cara. Me obligué a no parecer afectado.

—Eras un *gigoló* —soltó con entusiasmo, acompañando el comentario con una risa extraña y aguda.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunté.

—Me lo dio mi hermana —soltó mientras me miraba fijamente. Me bajó un escalofrío por la espalda, pero traté de que no se notara. ¿Estaba mintiendo? Pero si era así, ¿por qué se había ido Lydia y por qué no me llamaba? ¿Me habría traicionado... otra vez? ¿Y esta vez... de verdad? La confusión y el horror me mareaban. «No puede haber estado mintiéndome». ¿Había trabajado en connivencia con Stuart para tratar de devolverme la pelota? No, era imposible. No, no, no...

Varias imágenes atravesaron con rapidez mi mente, instantes en los que Lydia trabajaba tan feliz en mi oficina, destellos de cómo los demás se habían suavizado con su presencia, cómo los jóvenes con los que trabajábamos habían encontrado en ella la figura de una madre, de una hermana... Alguien en quien podían confiar. No, eso no podía ser mentira. Me sentía lleno de angustia. Quería caer de rodillas y llorar; y ese pensamiento hizo que me poseyera una rabia desesperada que irradiaba desde mi pecho.

Stuart se giró y me señaló con el arma que llevaba en la mano, haciendo que mi corazón se acelerara.

—¿Qué te parece si dejas eso a un lado mientras hablamos? —sugerí.

—Ni hablar.

Solté un suspiro.

—Vale, entonces hazlo a tu manera. Terminemos de una vez. ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero todo lo que tú tienes, pedazo de mierda.

—¿Quieres que te devuelva la compañía? De acuerdo, es tuya. Firmaré todos los papeles mañana por la mañana.

Hizo otra vez un gesto con la pistola y yo acerqué la mano a la que ocultaba debajo de la mesa.

—No quiero que me devuelvas la puta compañía. Quiero tu dinero. Todo. Cada centavo.

—¿Por qué iba a darte mi dinero, Stuart?

—Por esto —gritó, cogiendo la carpeta y agitándola en el aire.

—En esa carpeta no hay nada que me haga darte ni una moneda de diez centavos —mentí. Era cierto que en ella no había nada que pudiera arruinarme, al menos de la forma en la que pretendía Stuart. Pero que supiera que había sido un *gigoló*, que

hubiera guardado información sobre eso, me ponía enfermo de vergüenza.

—Mientes, puto pedazo de mierda. Todas estas personas... ¿Sabías que el marido de una de las mujeres que te pagó para que jugaras con ella se ha presentado ahora como senador del estado? —Sí, lo había sabido. No me importaba porque ahora vivían en un estado diferente debido a la presión que había hecho desde las sombras. Estaban lejos, y eso era suficiente.

—Si expones lo que hay ahí, solo les va a afectar a ellos —dije.

Entrecerró los ojos, y se movió con tanta violencia que casi dejó caer la pistola.

«Jay sus!».

—¿No te importa que la gente sepa lo que hiciste?

—En realidad, no —mentí. Pero siempre había sido mejor jugador de póquer que él. Y Stuart había llegado demasiado lejos para recordarlo.

La rabia retorció sus rasgos.

—¡Aquí hay información sobre la mafia! —gritó.

—Solo se trata de personas sin importancia que hace mucho tiempo que no tienen nada que ver con la mafia —aseguré. Era cierto. Me encogí de hombros, un movimiento lento en el que utilicé un solo hombro. No quería asustarlo—. Ahí no hay nada, Stuart. Nada que me importe. Puedes imprimir toda esa información en *The New York Times* mañana, y me importará una mierda.

—Estás mintiendo —dijo atropelladamente, pero había una nota de duda en su voz. Le temblaba el brazo, y vi que apretaba el gatillo con un dedo.

«Por favor, no me obligues a hacerlo, Stuart. Por Dios, no me obligues».

—Eres un puto mentiroso. Un mentiroso de mierda.

—No miento —negué con toda la calma que pude—. Sin embargo, puedo ayudarte. Aunque no pienso dejar que me chantajees, sí puedo ayudarte. Baja el arma y te proporcionaré la ayuda que necesitas.

—¡Jódete, jódete! —gritó, moviendo el arma hacia mí, jadeando como si tuviera problemas para controlar la respiración.

De repente, pareció calmarse, haciéndome sentir más frío y haciendo que el corazón se me acelerara.

—Te odio —dijo, y luego se quedó completamente calmado y apuntó con la pistola a mi cabeza.

Dicen que en los momentos de más tensión, tu vida pasa ante ti como a cámara lenta. Pero también lo hacen los acontecimientos que estás viviendo en ese momento. Vi que bajaba la vista al arma y que luego me miraba brevemente. Sentí que subía el brazo. Sentí que algo me golpeaba en la parte superior del hombro. Sentí una sacudida cuando disparé. Vi sangre. Que Stuart abría los ojos

sorprendido. Oí que un arma caía al suelo. Quizá la suya. Quizá la mía. Vi que Stuart caía de la silla al suelo del despacho. Vi la muerte.

Estuve horas en la comisaría, repitiendo la misma historia una y otra vez. Por fin, a las tres de la mañana, me dejaron en libertad, un claro caso de defensa propia.

La evidencia de que Stuart había entrado a la fuerza en mi lugar de trabajo quedaba demostrada con los cristales rotos que había en el suelo de la habitación de la parte delantera, los mismos que estaban pegados a la suela de sus zapatos e incrustados en la piel de su puño. Había roto el vidrio con la mano desnuda. Los resultados de la autopsia tardarían un tiempo, pero sospechaba que encontrarían en su sangre altas cantidades de drogas y alcohol. A eso había que añadir el hecho de que me había amenazado con una pistola robada y que no había cargos en mi contra.

Le había contado a la policía que me había apropiado recientemente de De Havilland Enterprises mediante un acuerdo que seguía molestando a Stuart. Era móvil suficiente. Por supuesto, había recogido la carpeta manchada de sangre y la había guardado en la caja fuerte del despacho antes de llamar a la policía. Quemaría todo el contenido en cuanto tuviera la oportunidad. Ahora no representaba mi salvación, sino mi destrucción absoluta.

Me sentía entumecido mientras salía de la habitación en la que había estado encerrado desde que llamé a la policía la noche anterior. Fionn se levantó del asiento que ocupaba en el otro extremo, haciendo que sintiera la primera emoción en mi pecho desde que había marcado el número de la policía. *Mo chara*, «mi amigo». Se acercó a mí mientras Lydia salía de otra habitación. Se quedó paralizada cuando me vio, con los ojos muy abiertos y rojos, y la mirada conmocionada. Había estado llorando. Me dio un vuelco el corazón. «¡Oh, Dios, Lydia!». Me acerqué a ella con rapidez para cogerla entre mis brazos, para ofrecerle todo el consuelo que pudiera.

Me observó mientras me acercaba, con la boca entreabierta, sacudiendo la cabeza hacia delante y hacia atrás como si dijera «¿qué?». ¿Que esto no sea cierto?

—¡No! —Se le quebró la voz—. No, no te acerques a mí.

Sus palabras fueron como un golpe físico, y como tal lo recibí, haciendo una mueca.

—Lydia —susurré—. Por favor. No quería... Por favor, escúchame. Nunca quise que...

Me golpeó el pecho con los puños. Su expresión era de horror absoluto.

—¡No! —gritó, moviendo los brazos con más fuerza—. ¡No, no, no! —Sacudía la cabeza de un lado a otro como si así diera más ímpetu a su negación—. ¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido?

—¡Lydia! —Me atraganté, tratando de contenerla, tratando de rodearla con mis brazos—. *Le do thoil. Is breá liom* tú.

—Lo has hecho a propósito —sollozó. Sus ojos eran unas piscinas azules de brillante dolor, sin pizca de verde—. Él me dijo que lo harías. Oh, Dios... Oh, Dios... Oh, Dios mío... —Se le doblaron las piernas. El oficial de policía que había estado en la sala con ella la llevó a un lado antes de que me golpeará de nuevo—. ¡Nunca lo olvidaré! —gritó, con una expresión horrorizada en su hermoso rostro mientras sus sollozos resonaban en la habitación casi vacía—. ¡Nunca te perdonaré! —Se dejó caer contra el agente y Fionn me agarró del brazo.

—Aquí no, *mo chara* —dijo—. Déjalo por ahora.

—¡No, Fionn! —exclamé lleno de pánico, enfermo de dolor, acercándome a Lydia.

El oficial de policía se la llevó de allí y me miró con mordacidad por encima del hombro mientras la última pieza de mi mundo parecía derrumbarse debajo de mí.

«*Mo chróí*».

LYDIA

«Stuart ya no está. Me he quedado sola. Completamente sola.

Lo ha hecho.

Ha hecho todo lo que se propuso hacer.

Me siento desolada».

—Eh, cielo... —me dijo Daisy por lo bajo mientras me tendía una taza de café. La miré, dejando a un lado mis pensamientos.

—Buenos días. —Sabía que mi sonrisa era forzada. Al otro lado de la ventana, el sol brillaba con fuerza, creando un juego de luces con las hojas de los árboles. Se suponía que íbamos a alcanzar altas temperaturas, un magnífico día de finales de agosto. Dios, ¿qué había pasado con el verano? Al parecer se lo había tragado la misma bruma de tristeza y dolor que me envolvía.

—¿Qué quieres hacer hoy? —preguntó Daisy, dejando su taza de café en la mesita auxiliar antes de sentarse en el sillón que tenía enfrente. Se ajustó la bata de seda y dobló las rodillas para subir los pies al asiento.

Suspiré.

—Supongo que debería ponerme a buscar trabajo.

Había ido a De Havilland Enterprises la semana después de la muerte de Stuart para presentar mi dimisión. Trudi se había sentido sorprendida y triste, pero la compañía seguiría adelante sin mí. En ese momento llevaba un mes funcionando perfectamente; de hecho, todo iba mucho mejor sin mí. Y no podía quedarme allí. No podía poner el corazón en ello; además, trabajar para Brogan estaba fuera de cuestión.

Habían ingresado varios cheques en mi cuenta bancaria desde que me mudé con Brogan, y pagué con ese dinero el alquiler del último mes en Nueva York antes de dejar ese apartamento. Luego envié todas mis pertenencias a un guardamuebles y me trasladé a casa de Daisy. Así que ahora vivíamos juntas en una lujosa mansión: la

casa de los corazones rotos.

Dado que Daisy había pillado a su marido, Gregory, in fraganti, iniciar los trámites del divorcio había sido un proceso sencillo al que él no se había opuesto. Aunque, para mí, no era suficiente. «Menudo cabrón...». Daisy valía mucho más que él. Así que las dos guardábamos luto, aunque ella parecía llevarlo mucho mejor que yo, algo que no tenía sentido dado que era ella la que había perdido a su marido. Claro que, por otro lado, yo había perdido a dos personas: a mi hermano, y a... ¿qué? ¿Qué había sido Brogan para mí? Ni siquiera ahora estaba segura. Noté que se me oprimía el corazón, y me llevé la mano al pecho, como si aquel agonizante dolor pudiera desaparecer con un masaje.

Mi vida había sido destruida de todas las formas posibles. No tenía trabajo. Ni dinero. Ni casa. Ni familia. Tenía el corazón roto. Sin duda, Brogan había llevado a cabo su venganza: me había aniquilado por completo. Pero lo peor de todo era que... ¡lo echaba de menos a él! Lo deseaba con una intensidad que me avergonzaba. ¡Por Dios, si me había traicionado y matado a mi hermano!

—¿Para qué quieres trabajar? —preguntó Daisy, arrancándome de nuevo de mis pensamientos. Ciertamente, había dicho que tenía que conseguir un empleo—. Yo te mantendré. Y si consigo el acuerdo de divorcio que creo que voy a conseguir, vamos a estar rodeadas de riquezas. Podremos quemar dinero en una hoguera y bailar desnudas alrededor. Podremos fundir oro y beberlo como si fuera champán.

Me reí por lo bajo.

—A pesar de lo divertido que puede sonar, no puedo permitir que me mantengas, Dais. Tengo que decidir cómo voy a orientar mi vida.

Me atravesó una oleada de dolor cuando pensé en lo mucho que me gustaba trabajar con Brogan y cómo lo echaba de menos incluso ahora. Sacudí la cabeza; no iba a llorar. Ya había llorado como para llenar un lago.

La expresión de Daisy se suavizó.

—Lo sé. —Cogió la taza de café y bebió un sorbo—. ¿Y qué me dices de volver a la universidad? Me has mencionado varias veces que si pudieras, te sacarías el título de maestra para poder enseñar.

Asentí.

—Es una posibilidad —dije. Por supuesto, aunque fuera eso lo que decidiera, seguiría necesitando un trabajo nocturno. No solo tenía que pagar mis recibos, además, Ginny me había prestado apoyo después de la muerte de Stuart, y había pagado el entierro, pero le había prometido que le devolvería ese dinero. Aunque no creía que contara con ello, estaba decidida a hacerlo.

—¿Te puedes quedar aquí conmigo? —preguntó Daisy—. ¿Por favor? Que estés

aquí hace que todo sea mucho mejor.

La observé durante un momento, preguntándome si estaba diciéndolo por mi bien o si que yo estuviera aquí la ayudaba a superar su propio dolor. Me parecía que en realidad era ella la que me prestaba todo su apoyo, así que sospechaba que se trataba de lo primero. Fuera como fuera, le estaba muy agradecida. Sonreí.

—Solo si me permites pagarte un alquiler.

Puso los ojos en blanco.

—Puedes pagar lo que bebamos.

—Eso no me lo puedo permitir.

Se rio.

—Cierto. Es el gasto más grande.

—¿Las chapuzas caseras?

—Trato hecho.

Sonrió.

—De acuerdo. Ve a ducharte y a vestirte. Hoy saldremos a conquistar el mundo.
—Levantó el brazo con el puño en alto.

No me quedó más remedio que sonreír y levantar mi propio brazo, aunque no puse mucho entusiasmo en el gesto. Apenas podía conquistar mi corazón, ¿qué decir del mundo? Suspiré. «Finge que lo vas a hacer». Ese sería el lema de mi vida, al menos por ahora.

—Estás impresionante —dijo Daisy. Me di la vuelta, alisándome la falda del vestido de cóctel color rojo oscuro. Me ajusté uno de los tirantes—. Es el tono perfecto para el otoño. —«Otoño. Una nueva estación. Esta vez a juego con el dolor de mi corazón».

—¿Seguro? ¿No es demasiado corto? —Había comprado el vestido en la pequeña tienda donde había conseguido trabajo hacía poco en la cercana población de New Canaan. Quedaba lo suficientemente cerca para que trasladarme allí no supusiera mucho tiempo, pero lo bastante lejos para no tener que preocuparme por encontrarme con viejos conocidos de Greenwich. No era que me diera vergüenza trabajar en una pequeña *boutique*, sino más bien que estaba demasiado... sensible para hacer frente a las burlas. Por ejemplo de Lindsey. No sería capaz de enfrentarme con éxito a ella, y lo más probable sería que me desmoronara. Así que mejor evitarlo. Sí, desde la muerte de Stuart, me había estado ocultando, por así decirlo, pero en ocasiones, la clandestinidad era la mejor forma de autoprotección. Al menos, ahora mi vida tenía cierto sentido, un trabajo, una meta. Trabajaba los

fin de semana y algunas tardes sueltas, pero el horario era perfecto para poder dedicarme a seguir las enseñanzas *online* y me dejaba mucho tiempo para estudiar. Solo había tardado tres meses en reorientarme, y esto era solo el comienzo.

«Han pasado ya tres meses desde la muerte de mi hermano, desde que se me rompió el corazón».

—¿Cómo va a ser demasiado corto teniendo esas piernas? No, por Dios. —Se inclinó hacia el espejo para examinar su maquillaje, que era perfecto—. ¿Preparada?

Respiré hondo. Era el primer evento social al que asistía desde aquella fiesta antes del verano, desde la que parecían haber pasado diez siglos. «Fue donde volví a ver a Brogan después de siete años». Alejé ese pensamiento de mi mente. No, no estaba preparada. De hecho, quería arrancarme el vestido, ponerme ropa cómoda y ver algo en Netflix durante el resto de la noche. Pero moví la cabeza, asintiendo. Daisy me había rogado que la acompañara a este evento y le había dicho que sí. No me echaría atrás. Le debía mucho... y tenía fuerza para hacerlo.

Fuimos a la cocina, donde Daisy abrió una botella de champán, riéndose, luego vertió el líquido burbujeante en las copas aflautadas y me entregó una.

—Por nosotras —brindó—. Para que salgamos adelante.

Levanté mi copa.

—Para que salgamos adelante —repetí. Dios, cómo esperaba poder hacerlo... Todavía me sentía una cáscara delicada y vacía, demasiado frágil para salir al mundo. ¿Cuándo comenzaría a disminuir esa sensación? ¿Cuándo iba a comenzar a sentirme bien de nuevo?

—Por cierto, te ha llegado algo por correo —comentó Daisy, señalando un enorme sobre que había sobre la encimera de mármol. Fruncí el ceño un poco. ¿Quién sabía dónde estaba? ¿Quién se interesaba por mí? No mantenía relación con nadie, salvo con Daisy. Y, un poco más distante, con Ginny.

Dejé la copa en la superficie y cogí el sobre. No tenía remitente. Lo abrí y saqué del interior un montón de documentos. Aspiré una enorme bocanada de aire mientras los dejaba en el mostrador para leerlos.

—¿Qué es? —preguntó Daisy, acercándose rápidamente con un repiqueteo de tacones en el suelo.

Me llevé las yemas de los dedos a los labios mientras pasaba los ojos por las páginas, leyéndolas del tirón.

—Brogan me ha cedido De Havilland Enterprises —dije mientras sacudía la cabeza presa de la incredulidad. Me empezaron a temblar las manos. ¿Qué significaba esto?

—Déjame verlo —dijo Daisy, quitándome el montón de papeles para hojearlos

con detenimiento—. Lydia, también te ha cedido tu antigua casa y... —siguió pasando hojas— parece que ha establecido una cuenta para pagar los impuestos de la propiedad... —hizo una pausa—, el mantenimiento del jardín, etcétera... —Dejó el dossier encima de la mesa, mirándome—. ¿Crees que está tratando de compensar lo que hizo?

Moví la cabeza. Sentí un agujero en el estómago mientras me invadía una nueva oleada de angustia. No podía respirar.

—No lo sé —susurré—. Quizá le hice sentir culpable por lo que ocurrió. Pero... —Negué con la cabeza—, de cualquier manera, es solo una comunicación oficial. No ha adjuntado ninguna nota —añadí, con los ojos llenos de lágrimas. Respiré hondo, decidida a no llorar—. Solo son documentos. —Cogí el montón de papeles y leí los nombres del membrete:

«SHAW & O'MALLEY, ABOGADOS».

Daisy frunció el ceño.

—Lydia, quizá no sabe qué decir. Quizá es su manera de llegar a ti con la esperanza de que vuelvas.

Moví de nuevo la cabeza, confusa y dolida, pero con una pequeña llama de esperanza. En ese momento, aquel regalo de más de quince millones de dólares que me había enviado Brogan me hacía sentir segura de una cosa: no quería ser la dueña de la compañía; no quería aquella casa. Lo que quería era que volviera mi hermano. Quería... a Brogan. Y no era posible. Nada de esto sanaba mi corazón, que se había roto en mil pedazos. Y esa certeza llegó acompañada de más pena que nunca. Todo era una mierda, y no había manera de solucionarlo.

—Daisy, le disparó a mi hermano —le recordé con un hilo de voz.

Ella permaneció en silencio un rato.

—Lo sé, Lydia, pero leíste el informe de la policía. Sabes que Stuart prácticamente obligó a Brogan a dispararle —dijo. Parecía nerviosa, como si le diera miedo abordar este tema conmigo—. ¿De verdad piensas que lo hizo a propósito?

No lo sabía. Había visto a Stuart ese mismo día. Había sabido que estaba paranoico y medio loco. Y el informe toxicológico que envió el médico forense confirmó mis sospechas: también había tomado heroína.

Le había dado muchas vueltas al asunto en mi mente, preguntándome si mi reacción en la comisaría había sido fruto del dolor y la confusión, el resultado de un choque en cadena: las sospechas de Stuart, descubrir que Brogan estaba ocultándome cosas como la compra de la finca de mi familia, la visita de Courtney, sus crueles palabras, y luego la muerte de Stuart. Solo había estudiado esos

acontecimientos desde la sorpresa y la desconfianza. Dios, estaba cansada de tratar de resolver todo esto, de revisar lo mismo una y otra vez sin poder llegar a una conclusión, a una respuesta.

—Quizá... —empezó Daisy.

—No —la corté. No quería pensar más—. No puedo enfrentarme a eso esta noche. No puedo vacilar. Si quería hablar conmigo, debería haberme llamado. Si quisiera darme explicaciones, lo haría. Pero no lo ha hecho, ya fuera porque era el final que tenía previsto o porque sabe que, incluso aunque no fuera así, esto es algo que no podríamos superar. No podremos recuperarnos de esto. —«¿Verdad?». Cogí la copa de champán y bebí, cerrando los ojos durante un momento para tratar de recuperar la compostura.

Daisy se mordió el labio como si quisiera decir algo más, pero luego alzó la copa, rechazando la idea.

—Vale. Vamos a salir, vamos a pasar un buen rato y retomaremos el tema cuando estés preparada. —Se acabó el último sorbo—. Venga... —Y nos dirigimos a la puerta principal, deteniéndonos solo a coger los abrigos y los pequeños bolsos de noche.

El chófer de Daisy nos esperaba en la puerta. Tomamos otra copa de champán de camino a Manhattan, y cuando llegamos a la galería de arte donde se celebraba el exclusivo evento benéfico, me sentía mejor. Bajamos de la limusina riéndonos mientras nos cerrábamos los abrigos para protegernos de la fría brisa de octubre.

En el interior, la gente iba de una pared a otra. Hice todo lo posible por desconectar, por no pensar en el inesperado gesto de Brogan y su significado. No había tenido la decencia de hablar conmigo, había tomado la decisión de dejar que fuera yo quien adivinara cuál era ahora la situación, y no pensaba pasarme ni un minuto obsesionada con esto. Era demasiado doloroso.

Y aun así... A pesar de mis propias afirmaciones, mi mente no se detenía... ¿Y si esto era una oferta de paz? ¿Una manera de tenderme la mano? ¿Y si por el contrario era lo que había sospechado en casa de Daisy, la manera de cortar por lo sano cualquier lazo conmigo? Pero si era este el caso, ¿resultaba necesario realmente? No era preciso que me entregara la propiedad de mi familia ni la compañía para cortar los lazos. «Ya lo ha hecho». Quizá fuera su forma de decir: «Voy a ganar, pero no tengo necesidad de poseer estos botines de guerra». No, eso no tenía sentido. Y... lo rechazaba de corazón. No era una opción correcta.

Pero entonces ¿dónde quedaba Courtney? Él le había dicho claramente que la quería fuera de su vida... Si era así, ¿dónde había estado todas esas noches?

Recordé la ternura con la que me había hecho el amor, la reverencia que mostró.

La forma en la que me miró, cómo me acarició. No podía aceptar que lo hubiera hecho por venganza.

«Creo que anoche hicimos las paces», le había dicho yo.

«¿Eso fue lo que hicimos?», me respondió.

Me masajé las sienes. Iba a volver a dolerme la cabeza.

Me alejé de Daisy, que coqueteaba con uno de los anfitriones del evento junto a una enorme escultura de bronce y plata que parecía un montón de envoltorios de caramelos arrugados. Me detuve y estudié algunas pinturas aquí y allá, pero sobre todo observé a la gente. Me sentaba bien salir de casa, arreglarme, recordar que todavía era joven y atractiva si me esforzaba en ello. Varios hombres me sonrieron cuando pasé junto a ellos, sus miradas persistentes también me levantaron el ánimo. Todavía no estaba preparada para tener una cita, pero quizá algún día...

—Menudo tostón —dijo Daisy, acercándose a mí y enlazando su brazo con el mío—. He hecho una contribución comprando una de las obras expuestas en la sala principal, así que ya podemos marcharnos.

Me reí.

—Solo llevamos aquí media hora.

—Sí, veinte minutos más de lo necesario. Todos los hombres presentes son ejecutivos que se dedican a los negocios. Y las dos hemos probado esa variedad. Vamos a un lugar donde haya mejores objetivos. —Tiró de mí hacia la salida.

—No quiero buscar nuevos objetivos —comenté—, pero iré contigo a donde pueda encontrar nuevas variedades de alcohol.

Recogimos los abrigos en el guardarropa y salimos a la calle

—Hay un restaurante nuevo en la acera de enfrente. Tiene buenas referencias, lo lleva gente joven y se ha puesto de moda. Vamos allí. —Cruzamos la calle por el paso de cebra con los brazos enlazados. Nos movimos con rapidez para no tener frío.

El restaurante era de estilo *hibachi*, y mostraba un ambiente cálido con luces tenues. Olía de maravilla, a algo apetecible.

—Solo vamos a tomar una copa —explicó Daisy a la *maître* cuando vino a recibirnos.

—Por supuesto. —Sonrió y nos señaló la barra con un brazo.

Nos dimos la vuelta hacia allí mientras un pequeño grupo de clientes que acababa de cenar se acercaba a la puerta del restaurante. Se me detuvo el corazón cuando mis ojos se encontraron con los de Brogan. Jadeé; en mi interior, una parte completamente indiferente a las reglas y razones se estremeció de complacencia. Sus ojos azul claro mostraron primero sorpresa, pero luego se apagó el brillo y miró

a otro lado como si yo no significara nada para él. Me detuve en seco, paralizada, y desvié la vista a la gente que lo acompañaba: Fionn, dos hombres más mayores que no conocía y... Courtney. Ella me miraba. Sus ojos de gato mostraban sorpresa, pero justo entonces enganchó el brazo de Brogan y me sonrió, mostrando apenas los dientes. El mensaje era claro: «He ganado».

«Y tú has perdido. Oh, sí..., había sido una masacre».

—Lydia —dijo Fionn, deteniéndose frente a mí mientras el resto del grupo continuaba su camino. Parpadeé. A mi lado, Daisy me puso una mano en el brazo. Pero Fionn no se fijó en ella.

—Yo... Yo... —«Oh, Dios...». Me iba a desmayar allí mismo, en el vestíbulo de ese restaurante.

—¿Qué tal estás? —me preguntó con suavidad.

—Yo... —Movié los ojos por mi cara con una expresión preocupada.

—Lydia... —intervino Daisy. Fionn la miró brevemente antes de volver a clavar la vista en mí.

—Escucha, Lydia...

—Fionn —lo llamó Brogan, a mi espalda. Fionn miró al lugar donde debía estar Brogan y luego bajó la mirada a la izquierda.

—Por el amor de Dios —murmuró. Su mirada volvió a encontrarse con la mía—. Lydia...

—Tengo que marcharme —dije con la voz entrecortada, pero no sabía dónde ir. Brogan estaba en la salida.

—Tenemos que ir al cuarto de baño —intervino Daisy, agarrándome el brazo con firmeza. Fionn dejó caer la cabeza, llevándose la mano a la nuca, pero no nos lo impidió. Daisy me sacó de allí y yo la seguí, tambaleándome. No parecía que mis piernas quisieran colaborar.

Me apoyé en ella hasta que llegamos al cuarto de baño, y luego me dejé caer en el pequeño sofá de terciopelo que había en el vestíbulo. Los sollozos llegaban a mi garganta con tanta fuerza que no podía ahogarlos.

«Ahora lo sé».

Me había hecho millones de preguntas, y ahora tenía la respuesta. Brogan me había regalado la compañía y la casa que había pertenecido a mi familia para mitigar cualquier culpa que pudiera atormentarle. Era su forma de decirme que cualquier cosa que hubiera entre nosotros había terminado. «Todo ha acabado. Como yo». Y si el gesto en sí no lo dijera, la presencia de Courtney sí lo hacía.

Me di cuenta entonces de que a pesar del dolor que había supuesto la muerte de Stuart, a pesar de mi horror, de mi confusión y de mi profunda desesperación, había

conservado una mínima esperanza en el fondo de mi corazón de que Brogan regresaría conmigo —vendría a por mí— y trataría de arreglarlo todo. Había esperado que no fueran imaginaciones mías que se preocupaba por mí, que incluso pudiera amarme como yo lo amaba a él. Lo había empezado a admitir esta misma noche, cuando abrí el sobre, pero no me había quedado ninguna duda cuando lo volví a ver cara a cara.

Pero ahora, ahora lo sabía. No existía ni la más mínima esperanza, ni siquiera la que había enterrado, porque no estaba preparada para examinarla. Ahora solo había un gran vacío, dolor y soledad. Sabía que jamás me recuperaría de esto, no por completo. Había perdido mucho a lo largo de mi vida, pero nada me había preparado para el irreparable agujero que esto suponía.

Cuando la encargada del baño me ofreció unos pañuelos de papel, Daisy se sentó a mi lado y me cogió la mano mientras yo lloraba en su hombro por enésima vez.

25

LYDIA

Reprimí un gemido cuando oí el timbre de la puerta de la tienda. Hoy habían empezado las rebajas y estaba muerta. Me tocaba cerrar, y me había puesto a recoger con la esperanza de que no entraran más clientes.

Dejé el jersey de *cashmere* blanco que acababa de doblar en el montón correspondiente y me di la vuelta. Me quedé paralizada al ver a Eileen junto a la puerta.

—Hola —la saludé, sin saber cuál era la reacción más apropiada.

Esbozó una rápida sonrisa.

—Hola, Lydia —dijo, y nos miramos durante un momento.

—¿Qué tal estás? ¿Quieres... quieres comprar algo? —pregunté.

Se acercó a mí negando con la cabeza.

—No, en realidad he venido a verte.

Incliné la cabeza.

—Ah... ¿Cómo has sabido que trabajo aquí?

—Er... Me lo dijo tu amiga Daisy.

—¿Daisy? —¿Cuándo había visto Eileen a Daisy? ¿Y por qué Daisy le había dicho dónde trabajaba a una persona relacionada con Brogan?—. Mmm... —Apreté los labios—. Lo siento, Eileen, esto es muy inesperado y yo...

Se acercó un poco más, mirándome fijamente con aquellos ojos azul claro, iguales a los de su hermano. Verlos hacía que me doliera el corazón.

—Lamento haberme presentado de esta manera, Lydia. Pero esperaba que pudiéramos hablar. Quizá podamos tomar un café. Te prometo que no te robaré mucho tiempo.

«Oh, Dios, esto no va a ser bueno para mí». Durante las semanas transcurridas desde que vi a Brogan, me había dedicado a llorar más y más. Y ahora...

—Por favor... —suplicó Eileen.

Solté un suspiro.

—Vale, de acuerdo. Déjame terminar aquí y me reuniré contigo en la cafetería de al lado. No cierran hasta dentro de una hora.

Eileen me dirigió una sonrisa.

—Perfecto, excelente. —Se dio la vuelta—. ¿Qué te pido?

—Mmm... sí. Pídemme un té Chai de frambuesa.

Volvió a sonreír.

—De acuerdo. —Se dio la vuelta y salió, haciendo sonar de nuevo la campanilla.

Me acerqué la puerta y cerré con llave, a pesar de que faltaban cinco minutos para la hora oficial de cierre. Me llevó unos minutos hacer la caja y dejar el dinero de la recaudación en la trastienda. Luego recogí mis cosas, me puse el abrigo y conecté la alarma antes de salir.

Eileen se había sentado en una mesa junto a la ventana, y ocupé la silla, frente a ella. Ahuequé las manos alrededor de la taza, aún caliente.

—Gracias —dije señalando el té.

Ella esbozó una leve sonrisa antes de tomar un sorbo del suyo.

—¿Qué tal estás, Lydia? —preguntó—. La verdad.

—Estoy bien, de verdad —respondí con sinceridad, sorprendida por la ternura de su expresión.

Asintió con la cabeza mientras apretaba los labios.

—Lamento lo de tu hermano —dijo. Moví la cabeza en un gesto de aceptación sin apartar los ojos de ella—. Debe de haber sido un golpe terrible.

—Sí —repuse, sorprendida por las lágrimas que hacían que me picaran los ojos. Echaba de menos a Stuart, pero también era consciente de sus problemas y de qué manera había contribuido a su propia muerte. Había pensado mucho en él últimamente ahora que el dolor de haberlo perdido había disminuido. Ahora estaba preparada para recordarlo como realmente había sido, no una versión perfeccionada, sino realista. Un hombre imperfecto. De alguna forma, reconocer cómo era en realidad me había quitado un peso de encima.

—No... No era perfecto ni de lejos, pero era mi hermano. Lo añoro. —«Era mi única familia». Desvié la mirada—. Echo de menos... la posibilidad de que hubiera cambiado su vida. Madurado... No sé. No pienso negar cómo era en realidad. Solo me gustaría que hubiera tenido la oportunidad de cambiar.

—Lo entiendo —dijo antes de interrumpirse de nuevo—. Mi hermano se tortura continuamente por lo que ocurrió. —La miré parpadeando antes de bajar la vista al té, apretando la taza caliente entre las manos—. No es capaz de perdonarse a sí mismo, Lydia.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta.

—Eileen... —Me detuve con el corazón en un puño.

—Lydia, necesita tu perdón. No cree merecerlo, y va a tratar de vivir así, pero lo necesita.

—Pero... Yo... Me traicionó de otras formas, de maneras que estoy segura de que no conoces. Me mintió sobre la compra de mi casa y...

—No te lo dije porque originalmente la compró como parte de su estúpido plan de venganza. —Frunció el ceño, sacudiendo la cabeza—. Y luego, bueno, cuando se dio cuenta de su grave error de juicio en este aspecto, no podía deshacerse de ella sin más. No tienes que pagar los impuestos. Puedes venderla si quieres, como la familia a la que se la compró. Él se aseguró de ello. Tenía que arreglar la situación antes de devolvértela. Pensaba que estaba haciendo lo más justo, Lydia. Sé que lo ha enredado todo, pero te juro por mi vida, por las piernas con las que ando, que mi hermano tiene un corazón más grande que cualquier persona que haya conocido.

Tragué saliva. Quería taparme las orejas con las manos y pedirle que se callara. Me estaba haciendo dudar, estaba derribando los muros que tan cuidadosamente había levantado desde el día que había abandonado el apartamento de Brogan, los muros que me mantenían a salvo. Los necesitaba. Había luchado para poner cada ladrillo en su lugar.

—¿Te ha enviado él?

—*Jayus*, no! Me mataría si supiera que estoy aquí. Pero tenía que intentarlo, porque está pasando el tiempo con esa guarra de Courtney. Esa mujer pretende casarse con él, y me temo que Brogan se deje llevar solo para castigarse a sí mismo.

Noté un nudo en el estómago.

—Courtney me dijo que él tenía pensado casarse con ella. Ese día me largué del apartamento. Ella me aseguró que todavía estaban juntos y que se iban a casar en cuanto él terminara de arruinarme. —Tragué saliva. Aquel recuerdo me provocaba náuseas. Eileen soltó una risa aguda y desprovista de humor.

—La única que tiene planes de matrimonio es la propia Courtney. Te mintió, Lydia. No conozco los detalles de la vida de Brogan en relación con Courtney, pero sí sé que no la ama, que nunca lo ha hecho. El exmarido de Courtney ha salido de la cárcel, y ella está aprovechando ese hecho para mantenerse cerca de Brogan. Tiene un extraño poder sobre él, pero si se casa con ella, será desgraciado toda su vida, que es lo que pretende, según creo yo.

No sabía si eso era de mi incumbencia. Ni siquiera sabía qué debía esperar al respecto. Sin embargo, esa idea me hacía sentir enferma y desesperada.

—Eileen, él no me quiere. Para Brogan solo soy una princesita —aseguré—. Una *mo chroí*, como él me llama. Y quizá solo quería que me bajara de ese trono

imaginario. —Desvié la vista y luego la miré con expresión preocupada—. Me encontré con él en un restaurante hace un par de semanas. ¿No te lo ha contado Fionn? Esa noche me miró como si no significara nada para él, como si no me conociera.

—Sí, él tiene miedo de ti. Tiene miedo de suplicarte y que no lo perdones... Es su mayor temor. Está hecho un lío y se odia a sí mismo. Ya lo he visto así antes, Lydia. Entonces solo tenía diecisiete años, pero lo recuerdo muy bien. —Me miró de forma significativa al tiempo que movía la mano sobre la mesa y la ponía encima de la mía para apretármela—. El sábado, Brogan vendrá a cenar a mi casa. Por favor, ven tú también, Lydia. Por favor. Piénsalo. No te voy a mentir, no creo que te ponga las cosas fáciles. Pero te pido..., no, te suplico que lo intentes. Incluso aunque decidieras que ya no quieres estar con él, sí puedes encontrar la manera de perdonarlo y de ayudarlo a que se perdone a sí mismo. Por favor.

Negué con la cabeza.

—¿A cenar? Oh, no... No puedo, Eileen.

Me dio otro apretón en la mano antes de soltármela.

—Por favor —repitió mientras se levantaba—. Ven a las siete. Y Lydia..., *mo chrói* no significa «princesita», sino «mi corazón». Cuando te llama *mo chrói*, está diciéndote que eres su amada, lo que lo mantiene vivo.

Contuve el aliento mientras ella me sonreía con ternura camino de la puerta.

—Eileen. —La detuve—. ¿Qué significa *iss bra lum?* —pronuncié los sonidos lentamente, esperando que ella los captara.

Eileen inclinó la cabeza, pensando durante un momento.

—Eso significa «te amo» —explicó. Esbozó una sonrisa fugaz antes de marcharse, cerrando la puerta de la cafetería a su espalda.

«Por favor. Te amo. Por favor. Te amo». Eso era lo que me había dicho aquella noche en la comisaría, el día que le grité que jamás lo perdonaría. «Por favor —me había rogado—. Te amo». Y le había dado la espalda, de nuevo.

Mo chrói. «Mi corazón».

Permanecí allí sentada durante un buen rato, sin beber el té, con un nudo en la garganta, mirando la pared.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Daisy con los ojos muy abiertos.

—No lo sé, Daisy —aseguré, recorriendo la alfombra de su dormitorio. Estaba preparándose para acostarse cuando llegué a casa, y me dirigí directamente a su habitación con ganas de hablar—. Y ya que estamos, ¿por qué le dijiste a Eileen

dónde trabajo?

Se vertió en la palma de la mano un poco de loción y empezó a frotarse un codo. Un relajante aroma a lavanda inundó mis fosas nasales.

—Parecía muy perturbada, Lydia.

Dejé de pasearme durante un instante.

—¿Y yo no parezco perturbada? ¿No llevo tres meses totalmente perturbada?

Cambió de codo.

—Bueno, se me ocurrió que tal vez... podría ayudarte con tu *perturbalidad*.

—Esa palabra no existe —espeté.

—¿*Perturbación*?

Apreté los labios, consciente de su expresión burlona.

—Perturbación. Y no tiene gracia. Ninguna gracia. —Crucé los brazos y volví a moverme.

Daisy tapó la botella de loción, se levantó y se acercó a mí, deteniéndome al ponerme las manos en los brazos.

—Lydia —dijo—, en estos tres meses te has convertido en una hermana para mí. Me gusta pensar que nos hemos ayudado mutuamente durante estos angustiosos momentos. Pero yo estoy mejorando... y tú no. Y creo que es porque en mi caso no quedan cabos sueltos, nada que solucionar, pero si pensamos en Brogan y tú, bueno, creo que sí los hay. Y creo que tú también lo sabes. Creo que esto te está matando en vida, y que debes al menos averiguar lo que sientes por él. Porque como no hables con él y lo aclares todo, seguirás igual.

La miré queriendo refutar sus palabras, pero sabiendo que no podía. Y ahora, después de hablar con Eileen esta noche, tenía muchas dudas, muchas preguntas sin respuesta, preguntas que antes no necesitaban explicación, que pensaba que no podían tenerla. Pero ¿y si la tuvieran? Cuando lo vi en el restaurante, mi corazón se había regocijado a pesar de todo. Mi instinto había sido correr a sus brazos para sanar el terrible y desgarrador dolor que sentía en mi interior, pero no el dolor por la muerte de mi hermano, pues ese estaba curándose solo. El dolor que sentía en lo más hondo era por haberlo perdido... a él. O yo era idiota perdida —algo que no podía descartar por completo— o todavía lo amaba, porque mi corazón sabía que era un buen hombre, aunque había tomado algunas malas decisiones, incluso aunque esas malas elecciones nos hubieran llevado, al menos en parte, a la terrible situación en la que estábamos en este instante.

Y, sin embargo, tampoco podía absolverme de mis propias acciones equivocadas. Quizá podría haber hecho más para ayudar a Stuart. Había venido a verme a mí ese día, y me había dado cuenta del mal estado en el que estaba. Había visto su

desesperación, su paranoia, pero le había dejado salir por la puerta, incluso le había dado dinero, unos miserables cincuenta dólares.

Antes de eso, había excusado a Stuart, había trabajado el doble para cubrir sus errores, con lo que solo había conseguido que siguiera cometiéndolos y, que al final, fuera a amenazar a Brogan con un arma. Me rodeé con los brazos cuando me bajó un escalofrío por la espalda. Yo también tenía mucha culpa.

—Tienes razón —reconocí en voz baja—. Dios, tienes razón.

Daisy me soltó los brazos y me miró con simpatía.

—Habla con él —repitió.

Me mordí el labio.

—Eileen me ha dicho que Brogan no me lo va a poner fácil. Que va a tratar de no permitir que lo perdone, que quiere sentirse castigado.

—Bueno —repuso Daisy, dando un paso atrás—, supongo que tienes que decidir si todavía piensas que se lo merece, y si no... Lo que vas a hacer al respecto.

—Sí. —La abracé, estrechándola con fuerza durante un momento. Deseé poder decirle cuánto la quería, pero estaba demasiado cansada. «Emocionalmente exhausta».

Me arrastré hasta mi habitación. Me desnudé y me lavé los dientes con rapidez antes de caer en la cama. Pensaba que no sería capaz de dormirme, pero, para mi sorpresa, una vez que puse la cabeza en la almohada, concilié el sueño casi de inmediato.

Estaba en una habitación enorme, abierta por el techo. Eché la cabeza hacia atrás y contemplé el brillante cielo azul, lleno de ondulantes nubes blancas que flotaban perezosamente en el aire. Cuando bajé la mirada, me di cuenta de que en las paredes colgaban multitud de obras de arte, remolinos con toques de color que decoraban cada centímetro.

Al acercarme, observé que había imágenes tejidas en aquellos colores. Me llamó la atención uno en particular: era nuestra casa familiar, con sus exuberantes jardines y caballos en la lejanía. La que Stuart había dibujado cuando era joven. Me sorprendí de la belleza, del talento que mostraba.

Sentí una presencia a mi espalda y me di la vuelta. Stuart estaba al lado de una de las paredes, con un pincel en la mano. Di un paso hacia él, incrédula.

—¿Stu? —susurré. Él sonrió de oreja a oreja.

—Es maravilloso, ¿verdad? —preguntó una voz desde otra dirección. Solté un gemido al tiempo que me giraba. Era la voz de mi padre, que miraba las paredes con una sonrisa de orgullo. Y mi madre estaba junto a él, tan guapa como la recordaba.

—¿Papá? ¿Mamá? —jadeé, tendiéndoles la mano mientras mi corazón daba una voltereta de alegría—. ¿Stuart? —Todos sonrieron y me reuní con ellos. Stuart también se acercó y nos rodeó con sus brazos, estrechándonos en grupo.

Me corrieron las lágrimas por las mejillas mientras miraba a mi hermano.

—Perdóname —me dijo con una tierna sonrisa.

—Sí —susurré—. Sí.

Nos abrazamos así durante mucho tiempo, hasta que por fin nos soltamos. Tenía las mejillas mojadas de lágrimas y me sentía abrumada, llena de felicidad. Mi padre sonrió, me cogió la mano y me puso algo en la palma de la mano antes de cerrarme el puño. Bajé la vista y abrí los dedos lentamente para ver que... era un trébol de tres hojas. Alcé los ojos hacia mi padre y él asintió, con una expresión de amor, antes de mirar a mi madre con una suave sonrisa en los labios.

Me desperté llorando. Apreté la almohada contra mi pecho mientras se secaban mis últimas lágrimas. Había estado exclamando «Os echo tanto de menos...», y, sin embargo, sentía... una profunda paz en mi interior.

Y me había dado un trébol... ¡Un trébol!

«Brogan».

Ayer, hoy y... mañana. Cerré los ojos durante un instante.

«¿Sigo siendo el villano? —me había preguntado—. Me había olvidado...».

Y yo también me había olvidado. Una y otra vez. Incluso ahora no estaba segura. O quizá todos éramos a veces un poco villanos, cada uno a su manera. Tal vez lo que determinaba la rapidez con la que nos convertíamos en héroes era la manera en la que nos entregábamos, no solo por los demás, sino por nosotros mismos.

Había hablado una vez con Brogan sobre el perdón, y sin embargo no había estado dispuesta a perdonar, dispuesta a ofrecer la misma gracia que le había sugerido con el fin de encontrar la paz. «El perdón es una elección», le había dicho. Y, sin embargo, ni siquiera le había dado la oportunidad de explicarse, no había confiado en él lo suficiente como para permitirselo.

—Nunca te perdonaré —le había gritado esa noche. Había hecho lo mismo que él había hecho conmigo, ambos atrapados en un círculo vicioso de dolor, desconfianza y venganza. Yo había tenido buenas razones, podría argumentar, pero también las había tenido él, Y, francamente, no era justificable, solo había antepuesto mi orgullo y mi dolor por delante de todo lo demás, aplastando la verdad en mi corazón. *Mo chróí.*

«Mi corazón lo sabía».

Brogan no había querido matar a Stuart. Mi hermano lo había culpado de conducirlo al borde, pero, en realidad, Brogan había intentado lo imposible para ayudarlo, hasta pagar su deuda para salvarlo. Por irónico que resultara, Brogan, que estaba dispuesto a arruinar nuestras vidas, había sido el único en condiciones de mejorarlas. Y eso era justo lo que había intentado hacer al final.

Si él no se hubiera metido en nuestra vida, si nunca hubiera decidido vengarse, era muy probable que, con el tiempo, Stuart hubiera acabado asesinado por la mafia... Y quizá yo también.

Había sido Stuart quien estaba lleno de resentimiento, autocompasión y envidia, quien no había podido ayudarse a sí mismo y mucho menos permitir que lo hiciera Brogan. Si hubiera aceptado eso, las cosas podrían haber sido muy diferentes. Había intentado con todas mis fuerzas cumplir el deseo de mi madre: cuidar de Stuart, y al final lo único que había hecho era transigir con su comportamiento excusándolo una y otra vez. Brogan tenía razón en eso. Por lo que se había convertido en una carga, no en el acto de amor que mi madre pretendía. Yo había cargado con esa culpa durante mucho tiempo, y me había sentido atrapada por ella, igual que Stuart.

Mi padre había volcado en Brogan la aprobación que Stuart consideraba que debía ser suya, y siempre lo había odiado por ello. Era la razón por la que lo había echado de la finca hacía tantos años, la razón por la que lo había dejado en aquel apartamento infectado después, y era también la razón de que al final se hubiera presentado en el despacho de Brogan con una pistola.

Perdóname. «Sí».

A veces, perdonar significaba dejar marchar.

«Mi sueño». No sabía si mis padres y Stuart habían venido a mí realmente o si siempre había conocido esas verdades en mi corazón y había conjurado a mi familia mentalmente para que me entregaran el mensaje. Pero ahora estaba muy claro para mí. Había perdonado a Brogan, se merecía mi perdón.

A veces, perdonar significaba aferrarse a algo.

Lo amaba. ¡Oh, Dios...! Era cierto, lo amaba. Siempre lo había hecho. Pero no podía existir el amor separado de la confianza. Y le había negado precisamente eso. La culpa me atravesó con la misma dureza que la navaja que me habían clavado en el costado hacía tantos meses.

Brogan era bueno, generoso y cabal. Y cuando decidió vengarse, también había actuado en contra de sí mismo. Pero después había intentado corregir su error, hacer las cosas bien.

Yo había pensado que estaba perdida toda esperanza, que la situación que habíamos creado nosotros mismos no tenía solución. Pero quizá me había equivocado. Quizá con amor..., verdad... y perdón fuera posible.

«Brogan, por favor, ayúdame a hacerlo posible».

Iba a ir junto a él para ofrecerle mi perdón, y tenía la esperanza de que él también me perdonaría. Podía luchar contra mí, pero yo también lucharía. Y esta vez no podía fallar, sentía que mi causa era totalmente digna.

Respiré hondo, reuniendo cada gramo de coraje que poseía, y llamé a la puerta de

Eileen. Oí que se acercaban unos pasos y resistí el impulso de huir. La puerta se abrió y allí estaba Eileen. Una enorme sonrisa se extendió por su rostro.

—¡Oh, gracias, Jaysus! —dijo, abrazándome con fuerza. Solté una risa de sorpresa—. Pasa, pasa. —Me hizo entrar, escapando del frío.

Moví la cabeza alrededor sin ver la decoración de su casa, buscando con la vista a una sola persona.

—Todavía no ha llegado —explicó ella—. Viene en coche desde Manhattan. —Oí unos pasos más allá, en el salón. Y un par de segundos después, Fionn apareció ante mi vista.

—Lydia —dijo en un tono en el que se mezclaban la felicidad y la sorpresa.

Sonreí.

—Hola, Fionn. —Prácticamente corrió hacia mí, envolviéndome en un abrazo. Me volví a reír.

—Te he echado mucho de menos, Lydia —dijo.

—Yo también te he echado de menos —dije con sinceridad—. Lamento no haber sabido qué decirte cuando nos vimos...

—Bah, no esperaba que nos encontráramos contigo. Brogan dijo un montón de idioteces. Se lo eché en cara después...

—Sospecho que no sabía qué decir —murmuré—. Y yo tampoco.

—Que estuviera allí Courtney fue culpa mía —explicó—. Le pedí a Brogan que llevara a una mujer para que la balanza se inclinara a nuestro favor en esa reunión. Trataba de darle una excusa para que se pusiera en contacto contigo, pero la zorra de Courtney se metió en el medio.

Esbocé una media sonrisa.

—No ha sido culpa tuya, Fionn. Brogan toma sus propias decisiones. —No sabía si la explicación de Fionn me daba más esperanzas o no. Todavía había muchas cosas que no sabía.

«Respira hondo. Perdón. Fe».

—Bueno, esperemos que hoy salgan mejor las cosas —dijo, guiñándome un ojo.

Eileen guardó mi abrigo y mi bolso antes de que nos dirigiéramos al salón. Admiré el acogedor espacio, estaba muy bien decorado, y percibí los mismos toques que había notado con anterioridad en casa de Brogan.

—Algo huele muy bien —comenté—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Oh, no... No... —se negó Eileen, yendo hacia la cocina—. Solo necesita un poco más de tiempo en el horno. ¿Te apetece un poco de vino?

—Sí, eso sería genial. —Me froté las manos en los vaqueros. Dios, a pesar del tiempo que había tenido para prepararme para esto, estaba muy nerviosa. Solo

quería que él llegara de una vez.

—Espero que todo salga bien —deseó Fionn—, pero me temo que él no va a facilitarte las cosas. ¿Estás preparada para eso?

Lo miré con una expresión preocupada, ya que sus palabras habían hecho crecer mi nerviosismo.

—Eso me dijo Eileen. Y, bueno..., creo que sí. Lo intentaré de todas formas.

—Me alegro mucho de que estés aquí. —Asentí con la cabeza, repentinamente insegura de la viabilidad de este plan. ¿Cuáles habían sido mis razones para estar aquí? No recordaba por qué me había parecido tan buena idea hacía dos días—. Él está convencido de que no quiere que lo perdones, y cree que es correcto mantenerse alejado. —Hizo una pausa—. Maldito troglodita —murmuró justo en el mismo momento en el que sonaba el timbre. Di un salto, con el pulso disparado. Fionn me apretó el hombro y me guiñó un ojo cuando me quedé paralizada.

Fionn abrió la puerta y entró Brogan, limpiándose los copos de nieve de su pelo. ¿Había empezado a nevar? ¿En octubre? La nieve siempre me hacía pensar en mi madre, y en ese momento sentí su fuerza, insuflándome esperanza.

—*Mo chara* —dijo Fionn. Fue entonces cuando vi a Courtney detrás de Brogan. Me dio un vuelco el corazón, y toda la esperanza que había sentido hacía un segundo desapareció. «¡Oh, Dios mío!». No podría hacerlo, no con ella presente. Quise que se abriera el suelo bajo mis pies, correr y desaparecer. Pero permanecí allí de pie, paralizada, mirándolos mientras se quitaban los abrigos.

Fionn también había cambiado de humor al ver que Brogan había aparecido con Courtney. Era evidente que no había sabido que ella lo acompañaría.

—¡Joder, por los clavos de Cristo! —me pareció oír que murmuraba por lo bajo.

Fue entonces cuando Brogan me vio. Se quedó rígido y palideció. Me miró durante un par de segundos y luego miró a Fionn con los labios apretados.

—No hagas esto, Fionn —protestó secamente. Sentí que me ardía la cara, llena de vergüenza y confusión.

Fionn sonrió con inocencia, haciendo caso omiso de sus palabras.

—Por supuesto, ya conocéis a Lydia —dijo. Mis ojos se encontraron con los de Brogan, pero desvió la vista al suelo con los dientes apretados.

Courtney dio un paso adelante.

—¿Es una tomadura de pelo? —miró a Brogan—. ¿Sabías que estaría aquí?

—Ella es mi invitada —dijo Eileen, procedente de la cocina, y me entregó una copa de vino blanco, que cogí agradecida—. Con quien no contábamos era contigo, Courtney —añadió.

La aludida sonrió plácidamente mientras se encogía de hombros.

—Esperemos que no nos quedemos mucho tiempo. —Enlazó el brazo con el de Brogan—. Las noches como esta prefiero estar en casa, en la cama delante de un buen fuego. —Sonrió de manera significativa mirando a Brogan, que se había quedado inmóvil como una estatua. La única parte de su cuerpo que se movía era el músculo que le palpitaba en la mandíbula.

Eileen clavó los ojos en mí y luego en Fionn.

—Bien, es el momento de pasar un buen rato. ¿Qué queréis beber? —les preguntó a Brogan y Courtney. Ella pidió vino y él dijo que no quería nada. Fionn fue a la cocina moviendo la cabeza.

—Eres fuerte —me dijo al oído al pasar junto a mí, inclinando la cabeza—. Puedes hacerlo. Hazle perder el equilibrio.

El corazón me iba a cien por hora cuando Eileen nos condujo al salón. Yo me senté a su lado, en un sofá, y Brogan y Courtney ocuparon un sillón de dos plazas enfrente de nosotros. Vi que ella se acercaba a él todo lo que podía.

Brogan parecía haberse vuelto de piedra, mostrando una expresión tensa e ilegible. Hubo un momento de silencio, en el que noté que Brogan se alejaba de Courtney. «Uno de sus tics». Eso me dio valor para permanecer sentada y no correr hacia la puerta.

Tomé un buen trago de vino antes de poner la copa en la mesita de café que tenía delante. Luego me froté los muslos con manos temblorosas.

—He recibido tu paquete —le dije a Brogan, odiando la forma en la que me temblaba la voz. Sus ojos buscaron los míos; hubiera jurado que, por un momento, su expresión fue de dolor. Pero luego desapareció, haciendo que me preguntara si no estaría viendo reflejadas en él mis propias emociones. Porque a pesar de esta terrible e incómoda situación, solo quería lanzarme a sus brazos y pedirle que me consolara. Su fría actitud, por no mencionar a aquella horrible mujer, eran la causa del intenso dolor que se extendía por mi pecho. Y, sin embargo, al verlo me di cuenta de lo mucho que lo había echado de menos.

—¿Qué paquete? —preguntó Courtney.

—Bien —repuso Brogan sin hacerle caso.

Esperé que añadiera algo, pero al ver que no lo hacía, que se limitaba a mirarme con aquella expresión distante, asentí con la cabeza.

—Gracias.

Tensó los músculos de la mandíbula y cerró los ojos durante un instante, soltando un áspero suspiro.

—*Ἰαγυς*, Lydia! No tienes que darme las gracias —Fionn llegó en ese momento de la cocina con dos copas en la mano, y al oír el tono ronco de Brogan, esbozó una

sonrisa satisfecha.

Le entregó una copa a Courtney y levantó la otra para brindar.

—Ya sabemos que no hay que pelear, robar, engañar o beber, pero si tenemos que pelear, que sea en la cama. Si hay que robar, que sean besos. Si nos toca engañar, que sea a la muerte. Y si debemos beber, que sea con amigos. ¡Por mis amigos! — Empezó a llevarse la copa a los labios, pero se detuvo—. Y también por ti, Courtney —añadió.

Casi me reí. Me sentía tan nerviosa que pensé que si no hubiera reprimido la risa, quizá podría haber liberado algo de tensión. Courtney se giró hacia Brogan.

—Fionn... —le advirtió él, mientras yo tomaba otro pequeño sorbo de vino y dejaba de nuevo la copa en la mesa.

«No voy a poder hacerlo».

Me puse las manos en los muslos, preparada para levantarme. Había sido una idea horrible. Puede que no lo hubiera sido si Brogan se hubiera presentado solo. «¿Por qué está ella aquí?». Pero estaba, y aunque podría haber sido capaz de enfrentarme al frío silencio de Brogan, no podía hacerlo con ella delante. Me sentía frágil y mareada. Eileen puso una mano sobre la mía antes de que me moviera.

—Cuéntanos, Lydia, ¿qué has estado haciendo últimamente? —preguntó, mirándome fijamente. Miré a Brogan, que tenía la vista clavada en un punto a mi espalda mientras seguía palpitando ese músculo en su mejilla.

—Mmm... Bueno... He vuelto a matricularme en la universidad. Quiero conseguir el título de profesora. Espero trabajar en un colegio enseñando historia cuando me gradúe. Mientras tanto, me gano la vida como dependienta en una pequeña tienda de ropa.

Brogan me miró fijamente.

—¿Un título de profesora? ¿Una tienda de ropa? Eres dueña de una compañía. ¿Por qué no trabajas allí? —Apretó los labios e hizo una mueca como si hacerme esa pregunta le provocara casi dolor físico.

Courtney quitó una pelusa imaginaria del hombro de Brogan.

—Profesora, qué bonito... —dijo en un tono meloso que era fingido.

La ignoré.

—De hecho, Brogan, no quiero la compañía. Me he puesto en contacto con tus abogados para comunicárselo. Tú tienes más capacidad que yo para hacer que funcione. Por lo que parece, lo estás haciendo de maravilla. —Hice una pausa—. Muchas gracias por ello. A mi padre le habría hecho muy feliz. Creo... Bueno, creo que es lo que mi padre hubiera querido —terminé en voz baja.

Noté que cerraba los puños en el regazo y que se pasaba la lengua por los dientes

frontales mientras clavaba los ojos en la pared, a mi espalda. Era evidente que en su mente los engranajes estaban haciendo horas extra, aunque no pudiera saber lo que pensaba. Se me aceleró el pulso.

«Hazle perder el equilibrio».

Cuando volvió a mirarme, su expresión era torturada y salvaje.

—Lydia, esto no es un juego. —Negué con la cabeza—. Te he entregado la empresa, es legalmente tuya. Como siempre debería haber sido.

—No, Brogan, yo no estoy jugando. No quiero jugar contigo nunca más. —Respiré hondo de forma entrecortada—. Solo quiero...

—¿Y qué me dices de la finca? —Parecía desesperado por alguna razón que yo no entendía bien.

Me encogí de hombros.

—Tampoco puedo aceptar que me la regales, pero me gustaría que acordáramos unos términos. No seré capaz de pagar demasiado con un sueldo de profesora, pero quizá podría hacer algún trabajo para ti o...

—No. —Abrí mucho los ojos al notar la emoción que embargaba su voz, la forma en la que volvía a apretar los dientes, la cruda desesperación que atravesó su rostro.

La mirada de Courtney también se volvió un poco salvaje cuando paseó la vista entre Brogan y yo.

—No, Brogan tiene razón. Tienes que concentrarte en tu trabajo como profesora, si ese es tu objetivo. Él no puede andar perdiendo el tiempo con gente que... —Soltó un agudo chillido cuando Fionn hizo un extraño movimiento detrás de ella, derramando por encima de su hombro izquierdo todo el contenido de su copa. La miré mientras se ponía en pie bruscamente, escurriéndose la blusa.

—Vaya por Dios... —se disculpó Fionn, encogiéndose de hombros con una expresión inocente.

Courtney se puso roja de rabia.

—Lo has hecho a propósito... ¡Payaso!

Eileen se levantó con rapidez y cogió a Courtney del brazo.

—No hay nada más molesto que te caiga encima una copa de vino —comentó—. Vamos a solucionarlo. En el cuarto de baño tengo un quitamanchas buenísimo. Acompañame... —La arrastró prácticamente con ella mientras Fionn desaparecía en la cocina. De repente, Brogan y yo nos quedamos solos, sentados uno frente a otro.

—No deberías haber venido esta noche, Lydia.

Me atravesó un intenso dolor.

—Quería verte —dije—, y se me ocurrió que...

—Tienes que seguir con tu vida. Yo no tengo cabida en ella.

El dolor me obstruyó la garganta. Me quedé mirándolo. La expresión de su rostro era dura, inflexible, y, sin embargo..., no dejaba de mover la lengua por los dientes delanteros, ni de apretar los puños con tanta fuerza que tenía blancos los nudillos.

«Brogan, ¿por qué estás haciendo esto?».

—Te perdono —suspiré. Su cara fue un poema, su expresión reflejaba una miríada de crudas emociones—. ¡Dios, Brogan! Lamento haber tardado tanto en llegar aquí. Siento mucho no haberte dado la oportunidad de explicármelo.

—No —dijo entre dientes, tragando saliva de forma visible.

Moví la cabeza, asintiendo.

—Sí. No fue culpa tuya. La muerte de mi hermano fue culpa de él mismo. No tenías más remedio que defenderte. Lamento que tuvieras que hacerlo, pero me alegra que lo hayas hecho.

—No —dijo de nuevo, con un pequeño sonido de asfixia. Pronunció algo en gaélico, claramente una maldición—. No pienso permitirlo.

Me quedé mirándolo. ¿Qué era lo que no pensaba permitir? ¿Que lo perdonara? La tristeza me atravesó en dolorosas oleadas.

—La cuestión es... —Me entrelacé las manos en el regazo, enredando los dedos — que no importa si me lo permites o no. Te perdono de todas formas. Y todavía... te amo igual que antes. Y, ¡Dios!, no quiero desperdiciar otros siete años sin que lo sepas.

—Lydia... —pronunció mi nombre con un tono atormentado, con la voz rota en la última sílaba. Luego se sentó con la espalda recta, como si se hubiera recompuesto, con la expresión de nuevo dura. Ilegible. Respiró hondo—. No sé muy bien qué pensabas conseguir viniendo aquí esta noche, pero creo que debes marcharte.

Noté una opresión tan fuerte en el corazón que no podía respirar. Él no era capaz de aceptar mi perdón, o quizá no quería hacerlo. O tal vez no estaba preparado para ello. De acuerdo. No estaba listo. A mí también me había llevado mi tiempo llegar aquí. Había dicho mi parte, y eso tendría que ser suficiente por el momento. Había hecho todo lo posible. Ahora era su turno.

Me levanté con las piernas temblorosas mientras la voz y el taconeo de Courtney inundaban el salón. Me miró, todavía frotándose la blusa, con Eileen pisándole los talones. Fionn salió de la cocina. Les brindé lo que debía de ser una sonrisa temblorosa.

—Eileen, gracias por haberme invitado a cenar. Sin embargo, creo que es mejor

que me vaya.

Eileen se movió hacia mí con la mano extendida, mientras miraba a Brogan.

—Lydia, por favor, quédate. Yo solo quiero que...

—No —dije con firmeza, recogiendo el abrigo y el bolso—. Gracias, de verdad, pero... —respiré hondo— es mejor que me vaya. —Tenía una herida profunda que me dolía al caminar.

—Bueno, no podría estar más de acuerdo —intervino Courtney. Eileen le lanzó una mirada de desagrado que apenas hizo mella en ella.

Miré una vez más a Brogan, que seguía sentado, rígido como una estatua, mirando el suelo, y luego clavé la vista en Fionn, que estudiaba a su amigo con dagas en los ojos. Me volví hacia la puerta y la abrí.

—Gracias —dije, lanzando a Eileen una última mirada por encima del hombro.

En cuanto salí, los copos de nieve cayeron sobre mí mientras me acercaba con rapidez al coche. No quería empezar a llorar hasta que me hubiera alejado de allí, hasta que estuviera de camino a casa.

BROGAN

—Hasta aquí hemos llegado —oí a mi espalda justo antes de que me arrastraran por el cuello. Entonces Fionn me golpeó la mandíbula con el puño con un derechazo demoníaco. Oí que Courtney gritaba cuando me tambaleé hacia atrás, cayendo sobre la mesita de café de Eileen.

—¿Qué coño te pasa? —grité, poniéndome de pie.

—Así, muy bien, levántate. Estoy a punto de partirte la cara, puto idiota. —Fionn bailaba a mi alrededor, con los puños en alto y la cabeza gacha.

Respiré hondo, puse los brazos en jarras y lo miré, haciendo caso omiso de su función.

—No voy a pelear contigo, Fionn. —Él soltó el puño de nuevo, golpeándome otra vez en la mandíbula y haciendo que me tambaleara hasta caer de nuevo sobre la mesita.

La ira y la sorpresa me hicieron explotar.

—¡Joder! ¡Deja de provocarme! —grité—. ¡O acabaré destrozándote, cabrón! —Me puse en pie.

—Eso lo dices tú —repuso Fionn—. Venga, cobarde. ¡Demuestra que tienes sangre en las venas! A ver si dejas de actuar como un puto cobarde.

Y eso fue todo. No iba a poder levantarse hasta la próxima semana.

—Estoy hasta los cojones de que interfieras en mi vida —solté mientras me lanzaba a por él, haciéndolo caer en el sofá. Levanté el brazo para golpear aquella cara bonita de niño bueno, pero Eileen empezó a gritar.

—¡Espera! —Me detuve con el puño en el aire y Fionn también se volvió hacia ella—. Aquí no. Dale una lección ahí fuera —le dijo a Fionn.

—¿«Dale una lección»? —repetí con incredulidad—. ¡Soy tu hermano!

Eileen se cruzó de brazos.

—Sí, y también un maldito idiota.

La ira se apoderó de mí. Había vivido en una absoluta desdicha durante los

últimos tres meses, arrastrándome por la vida como si se hubiera roto cada parte de mí y no pudiera repararse. Peor aún, me sentía enfermo y arruinado por el dolor que me había provocado ver a Lydia esta noche. Verla salir por esa puerta después de lo que me había dicho me había destrozado. Y ahora, ¿querían darme una lección? ¿Las personas que tenían que estar dándome consuelo? De repente, una pelea me pareció la mejor idea que hubiera oído nunca.

—Vale —gruñí, acercándome a la puerta—. Vamos ahí fuera.

Courtney decía algo con voz aguda, pero no sabía qué era. La ignoré, empujando la puerta y saliendo al exterior, a un suave mundo donde caían del cielo copos de nieve blanca. ¿Seguía nevando? Pensaba que habría parado ya en este momento. No importaba, suponía, pero le daba al momento un sentido mágico que daba qué pensar. Pero luego oí las fuertes pisadas de Fionn a mi espalda y la ira volvió a bullir en mi interior.

Me detuve en el área despejada frente a la casita de Eileen y me di la vuelta. Fionn ya avanzaba hacia mí y se detuvo a pocos metros. Nos miramos de nuevo el uno al otro.

—Ya te he dado varios meses, pero sigues llegando a conclusiones erróneas, puto terco. No quiero tener que golpearte para que recuperes el sentido —dijo—, pero lo haré si es la única salida. No pienso quedarme de brazos cruzados mientras veo cómo te destruyes a ti mismo.

—No es asunto tuyo, Fionn. —Di un paso hacia él.

—Claro que es asunto mío, Brogan Ramsay, quieras tú o no. Igual que mi vida es asunto tuyo. Somos familia. —Él era mi familia. Lo quería como a un hermano. Me golpeó el estómago con el puño y me doblé por la cintura. Gruñí sin aliento, sorprendido, y una rabia roja se extendió como fuego por mis venas. Iba a matar a mi hermano ahora mismo. Conecté el puño en su mandíbula y vi con satisfacción cómo tropezaba hacia atrás.

—Lydia te ha perdonado —farfulló, escupiendo sangre. Una brillante mancha roja en la prístina nieve blanca.

—Joder, no quiero que me perdone! —gruñí. «¡Maldita sea!». Había sufrido todos los putos días desde que ella se fue, cada hora había supuesto un esfuerzo brutal. Y no pensaba retroceder ahora, había llegado demasiado lejos.

Ver esta noche a Lydia había puesto ese hecho de manifiesto, y me había sentido atormentado. La había perdonado. Su traición me había hecho daño, pero la había conducido hasta una posición imposible. No podía culparla por tratar de ayudar a su hermano. No obstante, cuando dijo esas palabras, «Te perdono», quise cogerla y abrazarla con la fuerza suficiente para fundirnos en uno y que nadie nos pudiera

separar de nuevo. Pero no lo había hecho. No quería ceder ante mi propio egoísmo y aceptar nada de ella nunca más. Incluso si ella quisiera darme una segunda oportunidad, yo no lo permitiría. No merecía correr más riesgos, necesitaba a alguien mucho mejor que yo. Algún día se enamoraría de un hombre que la mereciera, uno que no hubiera matado a su hermano, que no se hubiera propuesto arruinarle la vida como objetivo. Iba a hacer algo bien por Lydia —lo único que jamás había hecho por ella—: dejarla marchar.

«No importa si me lo permites o no. Te perdono de todas formas. Y todavía... te amo igual que antes».

«Lydia. *Mo chróí*».

Fionn fue a por mí y me empujó clavándome la cabeza en el hombro y haciéndome caer. Mi espalda chocó contra la tierra con un ruido sordo, vaciando mis pulmones con un fuerte silbido.

Gemí cuando Fionn se puso de rodillas sobre mí y levantó el brazo para pegarme de nuevo.

—No me ha perdonado de verdad, Fionn —jadeé. Él detuvo el brazo en el aire. Respiré hondo unas cuantas veces, expandiendo mis pulmones—. Piensa que sí porque... porque es generosa y buena. Pero... siempre recordará lo que le hice, lo que soy, y con el tiempo... me dejará de nuevo. O me traicionará otra vez. —Jadeé—. Es cuestión de tiempo. No puedo... No puedo... —Fionn me clavó el puño en la mandíbula.

—¡Joder! —grité—. ¿Qué coño te pasa? —Me ardía la cara como si estuviera en llamas.

—*Jaysus!* Sigues equivocado, eres un puto gilipollas —murmuró Fionn, levantando el brazo una vez más. Esquivé su puño y me eché a un lado.

Luchamos durante unos minutos, rodando por el suelo hasta que se me clavó un palo en la espalda, y me dolió tanto que pensé que me había roto la piel. Grité y Fionn se detuvo. Aproveché la oportunidad para golpearlo en el vientre. Él soltó un fuerte siseo antes de caerse. Gimió, sujetándose el estómago, y me detuve, lo que le dio tiempo para rodar de nuevo sobre mí y atacarme. Volví a sentir el palo en la espalda y me quejé.

—Está bien... Está bien. ¡Dios! ¿Qué coño quieres, Fionn?

Se dejó caer sobre la espalda a mi lado con un gemido. Durante unos segundos, permanecimos boca arriba mirando el cielo, la nieve que caía suavemente. Los copos se derretían al caer sobre mi piel, y me refrescaban la cara caliente y magullada.

—Lydia te ha perdonado, *mo chara*. Te ama. No va a retirar sus palabras más

adelante para hacerte daño. Si quieres poner fin a todos los juegos, vas a tener que confiar en ella. Si quieres su amor, vas a tener que darle el tuyo a cambio, y, por el amor de Dios, tienes que tratar de ver tu parte buena. Termina con ese tormento al que te sometes a ti mismo, *mo chara*, perdónala y perdónate.

—Ya la he perdonado —murmuré. Y lo había hecho. No me había querido hacer daño hacía siete años, y, de hecho, había sufrido mucho por lo que pasó ese día. Por mí había llegado a la posición de tener que elegir entre su hermano y yo. Fue por mi culpa por lo que cogió la carpeta, una carpeta que ya había quemado. Y por todo eso, era a mí mismo al que tenía que dejar a un lado. No cabía duda. Yo era el villano de la historia.

—Si no puedes encontrar la manera de perdonarte a ti mismo —dijo Fionn, como si me hubiera leído los pensamientos—, tienes que tener confianza en su perdón. —Suspiré. Me sentía totalmente agotado—. Has cometido errores, Brogan, pero eres un buen hombre. Deja de castigarte a ti mismo y a todos los que te rodeamos. Esto no es una expiación.

—Tengo que pensar —dije. Fionn se incorporó, y me golpeó con el puño en la cara una vez más. Sentí como si me estallara el ojo.

Me llevé las manos a la cara y me senté de golpe para mirarlo.

—¿Qué cojones quieres? —grité en lo que me parecía la enésima vez.

—Por el amor de Dios, por favor, deja de pensar de una puta vez —estalló. Parecía tan cansado como yo.

Lo miré fijamente: tenía la cara tumefacta y golpeada, como sentía que estaba la mía, la camisa húmeda, desgarrada y ensangrentada. Y me empecé a reír. Me miró un instante y luego se rio también, hasta que los dos estallamos en carcajadas, agarrándonos las costillas magulladas de dolor. Me levanté gimiendo, con la risa ya desaparecida al notar cómo me dolía cada uno de los músculos de mi cuerpo. Le cogí la mano y lo ayudé a ponerse en pie. Lo abracé, dándole una palmadita tan suave como pude en la espalda.

—Tienes dos mujeres esperando, *mo chara* —dijo cuando nos separamos—. Toma la decisión correcta.

Solté el aire, mi aliento formó una nube blanca. Miré hacia la casa donde estaba esperando Courtney. Se había presentado en mi apartamento esta noche, llorando por temor a su exmarido, y la había traído conmigo a pesar de que sabía que ni Eileen ni Fionn se alegrarían por ello. Joder, ni siquiera me gustaba a mí. Entonces, ¿qué coño estaba haciendo?

Fionn pareció seguir el hilo de mis pensamientos.

—Sí, eres idiota.

Solté una risa explosiva.

—Soy el idiota que te da trabajo.

Fionn me puso una mano en el hombro.

—Escucha, *mo chara*: la próxima vez que tengas que pensar sobre un tema o tomar una decisión, una buena estrategia es preguntarte antes: ¿qué haría Fionn en mi lugar? —Intenté sonreír, o eso pensé, pero eso fue todo. Tenía el labio inferior tumefacto e hinchado al doble de su tamaño, incluso el simple intento de curvar los labios resultó difícil. ¿Qué haría Fionn en mi lugar? De acuerdo.

—Será mejor que me haga una camiseta con ese eslogan. —Me reí, pero me detuve enseguida. Puse la mano en el hombro de Fionn, lleno de gratitud. Era el mejor amigo que un hombre podía tener. Siempre lo había sido. Así era Fionn.

—Gracias, *mo chara*. Gracias —dije con la voz áspera.

—Me alegro de que hayas recuperado la razón, imbécil —me dijo con una sonrisa horrible. Imité su mueca con solo un poco de remordimiento ante su estado. Supuse que mi cara estaba igual de mal. Solté una risita mientras nos dirigíamos a casa de Eileen.

—Madre del amor hermoso —soltó Eileen cuando nos vio. Miré a Courtney, que estaba sentada en el sofá, inmóvil, con las manos en las rodillas, mirando al frente.

—Courtney, ¿podemos hablar un momento? —pregunté en voz baja. Nuestros ojos se encontraron, y asintió. Vi que Fionn y Eileen intercambiaban una mirada antes de salir de la habitación. Eileen iba riñendo a Fionn por las gotas de sangre que dejaba caer sobre la alfombra, así que cogí una servilleta de la mesa y me la apreté contra el labio. Pensaba que era el único lugar por donde estaba sangrando, aunque no me había mirado en un espejo.

—Bien...

Courtney levantó la mano.

—Sería lo mismo.

Incliné la cabeza, sin comprenderla.

—¿Lo mismo?

—Estar contigo sería lo mismo que estar con Bennett, ¿verdad? Si alguna vez lograra que tuviéramos algún tipo de compromiso, quiero decir. —Se frotó las sienes—. Bien sabe Dios que me he esforzado en ello. —Suspiró—. Pero no funcionaría de todas formas. Oh, no serás desagradable conmigo, no a propósito al menos, y nunca me pegarías, pero tampoco llegarías a amarme. Acabarías ignorándome, y yo buscaría otra persona con la que ponerte celoso, para que me

diera lo que tú no serías capaz de darme. —Se rio sin humor—. Volvería al punto donde empecé.

No pude evitar mirarla con simpatía. Nunca la querría de verdad, y tampoco quería casarme con ella. Me di cuenta en ese momento de que la culpa que sentía había hecho que no la alejara durante todos estos meses, pero la idea era exactamente lo que me merecía: atarme a una mujer que no amaba, garantizar que Lydia no pudiera perdonarme, aunque lo intentara. Pero no había sido justo para Courtney. Dios, Fionn tenía razón. A veces mis conclusiones eran... una puta mierda.

Suspiré.

—Sí, lo siento.

Apretó los labios y asintió.

—Durante los últimos meses, no me has tocado, ni una sola vez. Y las dos veces que te he besado, la expresión de tu cara fue... Era como si yo...

—No fueras ella —facilité, haciendo una mueca. Era cruel; sin embargo, le debía la verdad. Me debía la verdad a mí mismo.

Se estremeció, pero asintió de nuevo.

—Tiene tu corazón.

—Sí —dije por lo bajo. «Es mi corazón. *Mo chroib*». Y como era mi corazón, si me libraba de ella, moriría en el proceso. La verdad que contenía ese pensamiento fue como un golpe en el estómago. Durante todos estos meses, era así como me había sentido..., vivo a medias, como si estuviera muriendo lentamente.

Courtney me miró durante un momento y luego soltó el aire lentamente.

—Le mentí —confesó finalmente—. El día que disparaste a su hermano. Fui a tu apartamento y ella estaba allí... —Soltó un suspiro—. Le dije que había tenido una falsa alarma con un embarazo. Hice que pareciera que nos habíamos estado acostando recientemente y...

—¡Jayus, Courtney! —dije entre dientes, sorprendido y horrorizado a la vez.

—También le dije otras cosas terribles. —Se interrumpió—. Su expresión fue como si hubiera matado a su mejor amiga. Me sentí feliz en ese momento —dijo, mirando a un lado—. Pensaba que había ganado.

Solté un enorme suspiro al tiempo que me pasaba los dedos por el pelo. Era la pieza que faltaba. Por eso ella se marchó. ¡Joder! Había pensado que le había mentido sobre Courtney. Que la había engañado.

Me alejé de Courtney hecho un lío. La verdad se abrió paso lentamente en mí. Lo que debía de haber pasado Lydia ese día..., las dudas, el dolor...

Había encontrado la hoja simple de escritura de su vieja casa en su habitación,

sellada por el notario, donde decía que era mía. Supe que se la había dado Stuart por los garabatos que aparecían en la parte inferior.

Así que ese día, cuando tantas dudas habían llenado su mente..., me había dejado, necesitaba espacio, y ¿quién podía culparla? Y después recibió una llamada diciéndole que yo había matado a su hermano. Y de repente, lo supe sin ninguna duda: Lydia no se había llevado mi carpeta, lo había hecho Stuart. ¿Cómo supo que era mía? Porque yo había escrito en gaélico en la cubierta. La vio y la cogió. «¡Oh, Dios mío!». Ya había perdonado a Lydia por entregarle la carpeta a Stuart, comprendiendo la posición en la que había estado, y sin embargo, acababa de darme cuenta de que ella no la había cogido, que no me había traicionado, y eso hacía que quisiera llorar de alivio. Y de alguna manera... De alguna manera ayudaba a que me perdonara a mí mismo. Lydia no había creído que mereciera ser traicionado. Había sido yo el que pensó eso, no ella, yo. Y era la razón por la que estaba decidido a no permitir que me perdonara.

«No importa si me lo permites o no. Te perdono de todas formas. Y todavía... te amo igual que antes».

«Oh, Lydia... *Mo chróí*».

A pesar de todo lo que ella había sufrido ese día, a pesar de todo lo que había ocurrido, había encontrado la forma de perdonarme. Había encontrado valor para venir aquí esta noche. Se había sentado frente a mí y a la mujer con la que pensaba que estaba liado, o algo así, y me había dicho que me perdonaba, que me amaba. «¡Oh, Dios!». Qué valor había tenido, qué llena de bondad... y de fe. De fe en mí. Esas certezas me atravesaron con tanta fuerza que me sentí mareado. Me di la vuelta hacia Courtney.

—Ve —dijo en tono de renuncia con una expresión de tristeza—. Creo que Fionn se sentirá muy feliz de llevarme a casa.

Me detuve.

—La seguridad...

—Bennett no supone una amenaza, Brogan. —Movié la mano y la cabeza—. Sí, es verdad que está en libertad condicional, pero todo lo demás es mentira. Me escribié desde la cárcel muchas veces pidiéndome perdón. Al parecer, ha cambiado, ha encontrado a Dios. Está casado con una mujer de la que se hizo amigo por correspondencia mientras estaba encerrado. Es una historia muy romántica, deberían vender los derechos para un libro.

«*Jayus!*». La miré, y solté el aire. De repente, solo sentía pena por sus mentiras. De repente, me había quitado un peso de encima, mi propia culpa, y solo veía la mujer solitaria y con problemas que era. Aun así, estaba enfadado con ella. ¡Menuda zorra!

—Courtney...

—Ve —repitió, esta vez con más firmeza, agitando de nuevo la mano en el aire—. Necesito odiarte durante un rato.

Asentí.

—Sí —le dije. Yo también quería odiarla durante un tiempo. Todavía tenía que procesar por completo las implicaciones de sus revelaciones, pero... había tenido mucha culpa de que Lydia me dejara ese día. Y esa era la razón de que hubiera estado en el despacho esa noche.

«¡Joder!».

Abrí la puerta y corrí afuera, hacia mi coche. Había empezado a dejar de nevar, y el viento que fluía entre los árboles parecía cantar la misma palabra una y otra vez: «Lydia, Lydia, Lydia...».

«Dios, ojalá que esté esperándome todavía. Por favor, que esté esperándome».

LYDIA

¿Por qué había venido aquí? No estaba muy segura. Incluso parecía paradójico y tortuoso volver a este lugar en concreto después de que Brogan me hubiera rechazado.

Suspiré, con la espalda apoyada en la pared del pequeño cuarto de los establos donde estaba sentada, soplándome las manos para entrar en calor. «En esta habitación». Seguía volviendo allí con la vana esperanza de que se produjera un resultado diferente. Con la esperanza de que de alguna manera todo fuera bien. Solo que no podíamos conseguir que saliera bien. Lo había intentado. Le había abierto mi corazón, le había ofrecido mi alma, y Brogan me había dicho que me marchara. Había conducido sin rumbo durante un rato y, no sabía muy bien cómo, había terminado aquí sin haberlo planeado. Así que allí estaba, sola y sin poder hacer lo correcto por mí misma. Así que una vez más, ¿por qué había venido aquí y no había ido a otro lugar, cuando Brogan estaba en Manhattan con...? El dolor hizo que se me retorciera el estómago, como si estuviera preparándose para un golpe. Cerré los ojos y me rodeé con los brazos.

Me quedé así durante varios minutos más. Luego, el chirrido de las bisagras de las puertas reemplazó el silencio de la noche nevada. Fruncí el ceño y me levanté con rapidez.

Vi una sombra atravesando la pared de la sala principal, donde una única bombilla alumbraba el espacio. La habitación en la que estaba ahora quedaba débilmente iluminada por la escasa luz que se derramaba por la puerta abierta. Se me aceleró el corazón y aplasté la espalda contra la pared, muerta de miedo.

Cuando una figura apareció a contraluz en la puerta, solté el aliento que estaba conteniendo. Reconocería su forma en cualquier lugar: su altura, la línea de sus hombros. «Brogan». Como siempre, mi corazón clamó por él, feliz de contar con su presencia. Me puse la mano sobre el pecho como si así pudiera contenerlo. Pero insistía en mantener la esperanza.

—Te confundes con las sombras —dije en voz baja.

Le oí soltar un suspiro.

—¿Como si fuera un villano?

Esboqué una sonrisa frágil mientras mi ritmo cardíaco se aceleraba aún más.

—No, a veces los héroes también llegan entre las sombras. Supongo... supongo que entre nosotros los títulos van y vienen, ¿no crees? —Yo también había sido la villana una vez, en esta misma habitación. Moví las manos y me las retorcí con ansiedad.

Entró en el cuarto, fuera de la luz directa, lo que me permitió verlo, lo que hizo que viera su cara magullada.

Parpadeé.

—Dios, ¿qué te ha pasado?

Levantó una mano y se frotó la mandíbula magullada. La piel que rodeaba el ojo estaba teñida de rojo, y tenía un corte en el pómulos.

—Fionn y yo hemos estado hablando —dijo, subiendo las comisuras de la boca en un amago de sonrisa.

«Ah, Fionn...». Lo entendí todo. Pero luego su sonrisa se desvaneció y el dolor de su expresión me rompió un poco el corazón.

Me moví sobre mis pies.

—¿Cómo has sabido dónde estaba? —pregunté.

—No tenía la certeza. He ido a casa de Daisy, y al no ver allí tu coche, he venido aquí... Se me ocurrió de repente que quizá podrías querer estar aquí. O quizá era lo que esperaba.

—Ah... —Se me entrecortó la respiración, y dejé de hablar.

Se detuvo y me miró con ojos suplicantes, como si me pidiera... algo. Esperé con el pulso acelerado.

—Lydia, yo... —Sacudió la cabeza. Todavía tenía copos de nieve pegados al pelo, cristales blancos que suponían un llamativo contraste con las hebras negras. Su expresión fue, de repente, muy cruda—. No se me dan bien los discursos improvisados. Yo... —Frustró el ceño, luchando contra las palabras. Intenté no contener la respiración mientras esperaba, sabiendo de alguna forma que era importante darle el tiempo necesario para encontrar la forma de decir lo que quería—. Bueno, Fionn dice que tengo el don de complicar las cosas más simples... —Sus ojos se encontraron con los míos—. Quizá tiene razón, y creo que si en algún lugar debemos decir la verdad, es en este. —Parpadeé para contener las lágrimas—. Así que solo voy a decir lo que debería haber expresado en algún momento del año pasado, antes de poner en marcha mi ridículo plan de venganza.

Se acercó, con una mirada en sus ojos claros llena de algo que parecía... miedo. Estaba asustado, pero estaba aquí.

«Está aquí. Oh, Brogan...».

Me tendió la mano. La miré. Estaba temblando, y la imagen me llenó de ternura. Se la cogí. El contacto me hizo sentir ganas de llorar. Era cálido, sólido, y me apretó los dedos como si nunca quisiera permitir que me fuera.

«Oh, por favor, no me sueltes. Nunca más. Por favor, que estés aquí para quedarte».

—Lydia, es muy agradable verte después de tantos años. Estás... Jaysus!, estás todavía más guapa que en mis sueños. Y he soñado contigo muy a menudo. Me asusta, ya que cada vez que lo hago, me despierto con esa sensación de hambre que me prometí que nunca volvería a sentir. Solo que esta hambre solo puede ser satisfecha por ti, y no sé... no sé qué hacer al respecto. —Se pasó la lengua por los dientes delanteros, con aquellos ojos tan azules transformados en piscinas llenas de vulnerabilidad mientras aspiraba aire de forma inestable—. Así que espero que tengas algunas ideas mejores que las mías. —Sorbí, con las lágrimas haciendo que me picaran los ojos. Me miraba tan serio, con una expresión tan profundamente dolorida, que quise rodearlo con los brazos, pero no lo hice—. Antes de decir nada, debes saber que, desde que te vi por última vez, he hecho algunas cosas de las que no me siento orgulloso, he sobrevivido de maneras que todavía me provocan vergüenza. Pero... pero espero..., Jaysus, espero con todas mis fuerzas que puedas encontrar la manera de comprender y tal vez me ayudes a perdonar, porque jamás se me ha dado bien. Por encima de todo, espero que podamos llegar a conocernos otra vez y perdonarnos el uno al otro por las cosas que nos hicimos, tanto intencionalmente como no. Porque me gustaría llevarte a un lugar caliente donde podamos comprar una buena comida y luego llevarte de vuelta a mi casa para hacerte el amor como me hubiera gustado la primera vez que me acosté contigo.

Dejé escapar una risa acuosa y di un paso hacia él, con el corazón henchido de amor.

—Son muchas cosas juntas —dije, con una sonrisa tierna mientras me rodaba una lágrima por la mejilla que él me secó con el pulgar.

Apreté los labios para que no me temblaran.

—¿Y qué pasa con Courtney? —susurré por fin con una opresión en el corazón. Tragué saliva, preparándome para cualquier cosa que me dijera, dispuesta a entenderlo.

—Courtney ha regresado a Manhattan para seguir su propia vida. Si hubiera... Jaysus, Fionn tiene razón, soy idiota. —Soltó un estridente siseo—. Ella estaba

mintiéndome. Me estaba manipulando y se lo permití. En parte debido a la culpa que sentía. En parte porque cuando Courtney estaba a mi alrededor, podía negarme a mí mismo la opción de pedir perdón. Pensaba que así era más fácil para ti, y para mí también. No quería que me perdonaras, y temía que te lo iba a pedir de todas formas, porque me moría por volver contigo. No la he tocado, Lydia. Me besó dos veces y se lo permití, y lo siento, no solo por ti, sino por mí mismo, porque... —Sacudió la cabeza, haciendo una mueca—. Ella no era la adecuada. No eras tú.

Me rodó otra lágrima por la mejilla. La había besado mientras estábamos separados. Dos veces. Pero, para ser justos, yo le había dicho que nunca lo perdonaría. «Pero la ha besado dos veces».

—Ese fue un plan horrible —dije.

Asintió.

—Me parece que soy capaz de pensar planes realmente terribles cuando se trata de ti. —Sacudió la cabeza.

—Bueno, como de todas formas no funcionó, te perdono.

Encerró mi cara entre sus manos, y me meció con suavidad.

—Me contó lo que te dijo ese día, cuando te fuiste de mi apartamento. Era una versión distorsionada de la verdad, Lydia. Desde el día que entraste en mi despacho, no he mantenido relaciones íntimas con nadie, salvo contigo. No he deseado a nadie salvo a ti. Y no es una especie de eufemismo. —Inclinó la cabeza hacia abajo y apoyó la frente en la mía, soltándose la cara. Entrelazó los dedos con los míos cuando bajó los brazos.

Cerré los ojos brevemente, superada por el recuerdo de la montaña rusa de emociones que había sentido ese día. Le conté que Daisy había llamado con la noticia de que su marido la estaba engañando. Luego llegó Stuart, y después apareció Courtney.

—Dios... No es de extrañar lo que ocurrió —comentó. Y me contó que Stuart había aparecido en su despacho ese día con la carpeta, y que le había dicho que yo se la había entregado, una revelación que me llevó a contener la respiración con horror.

—No —jadeé—. Nunca habría hecho eso. Debió de cogerla él —dijo, mirando a un lado mientras recordaba ese día—. Me siguió hasta la habitación de invitados, debió de verla y...

—Lo sé, Lydia. Ya me he dado cuenta de eso.

Mis ojos se encontraron con los suyos, y vi en ellos que realmente me había perdonado, me había perdonado incluso antes de saber cuál era la verdad. «Brogan». Cerré los ojos con fuerza ante el dolor que había provocado todo eso, con

vergüenza por haberlo hecho esperar por mi perdón. Todavía teníamos que hablar de muchas cosas, pero... Sabía de corazón que todo se iba a arreglar. Aun así, me sentía llena de pesar.

—Debería haber hablado contigo. Debería haber confiado en ti.

Negó con la cabeza.

—Y yo debería haber ido a donde estabas para exigirte que hablaras conmigo, que respondieras a mis propias preguntas ese mismo día. Si lo hubiera hecho, no habría estado en el despacho esa noche. Y antes de eso, tendría que... —Solté una de sus manos y le puse dos dedos sobre los labios.

—No vamos a hacer esto nunca más. No habrá más «debería», no vamos a cometer más errores encadenados. El amor no lleva cuenta. El amor no castiga. Te perdono de todo corazón. Y si me perdonas tú también, seguiremos a partir de aquí. Vamos a confiar el uno en el otro. Seremos sinceros incluso cuando sea difícil. Especialmente cuando sea más complicado.

—No sabía cómo iba a vivir sin ti, Lydia. No lo sabía —dijo con la voz ronca—. Te amo. Esa es mi verdad. Siempre lo ha sido.

Sonreí con los labios temblorosos y el corazón ligero.

—Yo también te amo.

Soltó un suspiro y apretó los labios contra los míos sin moverlos, como si el contacto en sí fuera todo lo que necesitaba en ese momento.

Llevé las manos a su pelo.

—Más —susurré.

—¿Más verdades? —Sonreí, y aunque quería decir más besos, no lo corregí. Me besó brevemente y se retiró, alisándome el pelo.

—Quiero tener fiestas de pijamas contigo todas las noches durante el resto de mi vida. —Sonrió con suavidad—. Quiero dormirme en tus brazos y despertarme mirando tu cara todas las mañanas. Algún día... —Se interrumpió para aclararse la garganta mientras me rodeaba con los brazos—. Algún día, quiero tener otro bebé. Quiero tener una familia contigo. Quiero amarte, cuidarte y hacerte feliz. Quiero ser tu héroe.

—Brogan... —dije con voz temblorosa, tragando con dificultad. Las lágrimas comenzaron a brotar mientras el alivio y la felicidad inundaban cada célula de mi cuerpo.

—Dime que deseas lo mismo —reclamó con un doloroso susurro—. Me pondré de rodillas y te lo rogaré si es eso lo que quieres.

Negué con la cabeza sosteniéndole la mirada.

—Nunca te pediría eso, Brogan. Nunca. —La expresión que apareció en su rostro

fue de ternura pura, e hizo que mi corazón diera un vuelco.

—Lo sé, *mo chroí*. Sí, lo sé.

Al oír el nombre con que me había llamado todos estos años, solté un suspiro de alegría. Lo había oído antes, sí, pero ahora sabía lo que significaba, y me volvía loca de amor.

«Mi corazón».

—También quiero lo que tú deseas. Y, Dios, quiero escuchar cómo me llamas *mo chroí* durante el resto de mi vida. Cada día. —Brogan me cubrió la boca con la suya y hundió la lengua entre mis labios. Nos dejamos caer de rodillas, moviendo las manos casi con desesperación. Esbozó lo que parecía una sonrisa y me miró de forma interrogativa.

—¿Qué? —pregunté.

Me estudió con adoración.

—Estaba pensando que aquí hace mucho frío, y me gustaría llevarte a una cama caliente. —La sonrisa se hizo más amplia—. Y también estaba pensando que estar de rodillas en realidad no es tan malo cuando tú estás conmigo.

Me reí, abrazándolo y apoyando la cabeza en su pecho mientras me acariciaba el pelo.

Un minuto después nos pusimos en pie y miramos a nuestro alrededor. «Esta habitación». Una cálida alegría inundó mi pecho; tenía la sensación de que esta noche habíamos llegado al punto de partida.

La primera vez que salimos de aquí, nuestros corazones estaban rotos y destrozados. Esta noche, habían sanado y se habían recuperado... Por completo.

Ayer, hoy... y, por fin, por último, el milagro del mañana. Cogí la mano de Brogan y salimos juntos de allí.

EPÍLOGO

BROGAN

CASI DOS AÑOS DESPUÉS

Nos casamos debajo de la higuera, junto a los establos. Esta vez fui yo el que esperaba. La novia llegó del brazo de Fionn, con un vestido de encaje blanco y una sonrisa de oreja a oreja, con un sencillo ramo de hortensias. Su belleza me dejó sin aliento. Pero, claro, siempre había sido así.

—Ná bí *ach ag aná kú* —susurró Fionn con una sonrisa mientras ponía la mano de Lydia en la mía y se apartaba.

«Respira y nada más».

—Gracias por reunirme conmigo —me dijo Lydia en voz baja, tímidamente, con una expresión de amor. Reprimí una sonrisa, volviéndome hacia ella.

Recitamos nuestros votos con la puesta de sol a nuestra espalda, y cuando nos declararon marido y mujer, cogí su cara entre las manos y la besé con el abrumador amor y la pasión que llenaban mi corazón.

El pequeño grupo de amigos y familiares que nos acompañaba aplaudió y nos lanzó pétalos de flores mientras recorríamos el corto pasillo de la mano, riendo por la pura alegría del momento.

Más tarde, bailamos bajo las estrellas, con cientos de velas en tarros de cristal colgando de los árboles cerca de algunas mesas, dotando la zona de la fiesta de un esplendor romántico. A lo lejos, los caballos pastaban, incluyendo a Maribel, que había recuperado para Lydia cuando nos mudamos a la casa.

Había algunas parejas en la pista exterior, y Eileen rio cuando Fionn la hizo girar. Lydia sonrió, observándolos durante un instante antes de mirarme con expresión tierna.

—Eileen baila gracias a ti —susurró.

Me quedé sin respiración. De repente, allí mismo, todos los sacrificios, todo el dolor, parecieron tener una razón, y me sentí lleno de paz.

«Eileen baila gracias a ti».

Sonreí a mi preciosa novia, a la mujer que amaba sin pausa.

—¿Alguna vez te he contado que mi primer beso fue justo ahí? —pregunté, señalando los establos—. Un verano, hace mucho tiempo...

Se echó atrás y se rio por lo bajo, apartando un mechón de pelo que le había caído sobre la frente.

—Qué casualidad... El mío también.

Me reí.

—La misma chica será la que me dé mi último beso —susurré, rozándole los labios—. Y todos los que haya en medio.

Sonrió contra mi boca.

—Mejor que así sea.

La hice girar y se rio. La acerqué de nuevo, aprovechando para besarla en el cuello e inhalar su olor.

—Sin embargo, no hemos brindado —dije, mirando a nuestros invitados. Reían y conversaban, algunos bebían champán y otros, jarras de Guinness.

Lydia vaciló antes de echarse hacia atrás y encerró mi rostro entre las manos.

—No voy a poder tomar champán durante un tiempo —me dijo, mordisqueándose el labio inferior.

Capté su expresión, que parecía medio nerviosa, medio esperanzada, y comprendí lo que ocurría.

—Estás...

Asintió al tiempo que esbozaba una sonrisa temblorosa.

—Creo que fue en ese *bed and breakfast* de Trim...

Recientemente habíamos pasado tres meses viajando por toda Irlanda en una luna de miel anticipada, recorriendo castillos y monasterios antiguos, impresionantes atracciones naturales como los acantilados de Moher, bebiendo en pubs y enamorándonos más profundamente el uno del otro, si es que era posible.

En cuanto a mí, no solo me había enamorado más profundamente de Lydia, sino también de mi tierra, de su paisaje salvaje y de su escarpada belleza. Me sentí orgulloso de mostrarle a la mujer que amaba el esplendor y la historia de la Isla Esmeralda y de presumir de mi origen irlandés.

Durante la última semana que pasamos allí, habíamos visitado la ciudad donde vivía y nos alojamos en un pequeño *bed and breakfast*. Había llovido de forma constante, por lo que pasamos mucho tiempo encerrados en la acogedora posada, susurrándonos palabras de amor en la intimidad de nuestra cama, haciendo el amor una y otra vez, mientras el viento y la lluvia golpeaban los cristales.

Tragué con fuerza, con el corazón lleno de felicidad.

—Vas a tener un bebé —suspiré con una enorme sonrisa.

—¿Es demasiado pronto? —preguntó.

—*Jaysus*, no —repuse, acercándola hacia mí. Me sentía como si llevara toda la vida esperando ese momento. Reviví mentalmente cómo habían cambiado nuestras vidas y lo que podían cambiar todavía—. ¿Sigues queriendo enseñar? —pregunté. Empezaría a impartir clases en un colegio local en otoño, y esa era la razón por la que no habíamos ido de viaje a Irlanda después de la boda.

Lydia sonrió.

—Serán solo dos días a la semana. Y también quiero trabajar en tu oficina. —Apartó la mirada un instante—. Y puedes enseñarle gaélico al bebé. —Sonrió, como si ese pensamiento le agradara mucho.

Arqué una ceja.

—Podríamos tener secretos que no entenderas.

Se rio.

—Entonces, lo mejor será que aceleres las lecciones que me das a mí.

Esa noche, después de cortar la tarta, después de que la celebración hubiera terminado, cuando los últimos invitados se habían marchado, me arrodillé delante de mi mujer y besé su vientre plano por encima de la seda blanca de su camisón, adorando ya la pequeña vida que crecía en su interior. La vida que había surgido del amor, de la esperanza y del perdón.

Cuando Lydia se bajó los tirantes del camisón, la delgada tela se deslizó al suelo, permitiendo que besara otras partes. Y allí, de rodillas frente a la mujer que amaba, me di cuenta de que el padre Donoghue tenía razón: era un lugar muy seductor. Sonreí contra su piel. Porque yo ya sabía que estar de rodillas no implicaba arrastrarse, también podía ser para adorar.

—Con mi cuerpo te venero —murmuré, recitando uno de los votos del matrimonio. Le besé la cara interna del muslo y ella gimió antes de dejarse caer de rodillas, buscando mi boca—. Me voy a pasar la vida adorándote —prometí una vez más, deslizando los labios por su cuello.

Me puso las manos en los hombros al tiempo que se inclinaba hacia atrás, permitiéndome mejor acceso.

—Y yo también me pasaré la vida adorándote —susurró—. Ahora quítate la ropa para que pueda hacerlo bien.

Me reí, haciendo lo que me pedía.

Ocho meses después, llegó al mundo nuestra hija, *Catriona Grace* —los nombres de nuestras madres— gritando y mostrando un feroz temperamento irlandés, con el

pelo negro y la belleza de su madre. Fionn me dio una palmada en la espalda con los ojos brillantes, y me dijo que mi merecido por todos los apuros que le había hecho pasar acababa de llegar en un paquete de tres kilos y medio. Tuve la sensación de que no le faltaba razón, pero era demasiado feliz para preocuparme.

Esa noche, mientras Lydia dormía, acuné al bebé entre mis brazos y le conté un cuento de hadas irlandés que solía contarme mi padre, recordándolo no solo como el hombre que se había visto destruido por su debilidad y que tanto daño me había hecho, sino como el padre amoroso y bondadoso que había sido. Había amado muchísimo a mi madre, y yo entendía mejor ahora lo que suponía un amor desesperado. ¿Yo también me habría desmoronado si tuviera que mudarme a un país extranjero después de perder al amor de mi vida, teniendo que criar solo a mis dos hijos? Bajé la mirada a mi hija. Sabía que la respuesta era no. Pero mi padre no había sido tan fuerte como yo. No iba a conservar una imagen falsa de él, pero lo perdoné, y la paz inundó ese rincón de mi corazón.

«Hay un velo muy fino entre el amor y el odio». Yo había elegido el amor.

Cuando Catriona cerró por fin los ojos y sus pestañas crearon dos arcos oscuros contra su piel suave como pétalos de rosa, me la quedé mirando durante un buen rato, maravillado por todo lo que habíamos pasado para llegar a este momento perfecto.

Me había propuesto una misión para lograr lo que una vez había considerado los más grandes tesoros de la vida, y durante todo el tiempo, lo que era más precioso y poderoso estaba ya dentro de mí.

Amor.

Confianza.

Perdón.

Y con eso, todo era posible. Todo. Y no había prueba más hermosa de ello que la pequeña y querida criatura que dormía plácidamente entre mis brazos.

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, mi equipo es el viento que impulsa mis alas.

Un agradecimiento especial a mi editora de argumento: Angela Smith, por leer *La venganza de Ramsay* en aeropuertos, aviones, poniendo en ello todo el corazón donde quiera que fuera. Tenemos que hablar sobre ello con un cóctel y el alma llena.

Marion Archer, su sabiduría y perspicacia en los temas gramaticales son sumamente apreciadas, pero todavía son más apreciadas su sabiduría y perspicacia en cuestiones de naturaleza humana. Haces que mis historias sean mejores, que mis personajes sean más reales. Gracias por conseguirlo una vez más con *La venganza de Ramsay*.

Quiero agradecer la atención, entusiasmo y disposición de mis lectoras cero, por dedicar su valioso tiempo leyendo mis primeras divagaciones: Cat Brancht, Natasha Gentile, Heather Anderson y Michelle Finkle.

Gracias a Elen Eckmeyer, no solo por leerse la primera versión de este libro, sino por leerlo dos o tres veces más para revisar la gramática y la consistencia. No puedo expresar lo mucho que esto me ayuda a confiar en el producto final. Gracias por hacerlo con este libro. (Las gafas iban por ti).

Gracias a Sharon por leer la primera versión y todas las demás. Te agradezco tu amistad y apoyo. Algún día cruzaré esa laguna.

Gracias a Amy Kehl, no solo por leer el primer manuscrito, sino por ser una de las diosas más dedicadas del mundo. Mi agradecimiento no conoce límites.

Gracias a Karen Lawson, cuya atención por los detalles me hace parecer tan buena. Tengo una fe sin límites en el libro de la sabiduría de Karen. ¡Te adoro!

Gracias y un pulgar hacia arriba por Nelle O'Brien, ya sabe ella por qué.

Un agradecimiento muy especial a mi lectora cero irlandesa, Melissa Molloy. Gracias por leer *La venganza de Ramsay* y asegurarte de que no tuviera que usar Google Translate para que mis personajes hablaran gaélico. Estoy segura de que sin ti tanto yo como ellos hubiéramos hecho el ridículo. Gracias por enseñarme cómo maldice apropiadamente una irlandesa (aunque sé que tú no dices jamás esas palabras), por enseñarme algunas frases importantes en gaélico y sobre todo por hacer que me enamorara profundamente de la cultura irlandesa. Te advierto que te visitaré algún día. Y debes tener una Guinness esperándome. A mis lectores, si

adoráis a Fionn, podéis agradecerse a Melissa.

Todo mi amor a A. L. Jackson y a Katy Regnery, que una vez más me proporcionaron horas de risas, apoyo, asesoramiento, locura y amistad mientras escribía y promocionaba el libro. Sois las mejores compañeras de trabajo que una chica puede desear. #SideEyesForever #TheGreatKind #MAK.

Tina Kleuker, haces del mundo un lugar mejor. No solo del mundo del libro, sino del mundo en general. Gracias por todo lo que haces por mí. Si lo enumerara aquí, este libro costaría diez dólares más.

Gracias a Kimberly Brower, la mejor agente que una escritora podría tener. Te valoro muchísimo. Gracias por formar parte del equipo. Gracias por trabajar sin descanso por mí. Y gracias por no bloquear el número de mi marido.

Para ti, lector, gracias por pasar el tiempo leyendo mis palabras y apreciando mis personajes. Todo esto es gracias a ti.

Gracias a Mia's Mafia. Su apoyo entusiasta nunca se puede dar por sentado.

Para todos los blogueros que aman la lectura con pasión: gracias por dedicar tanto tiempo y esfuerzo a lo que hacéis. Cada lectura y recomendación es apreciada sin medida.

A mi marido, por su amor y apoyo durante la creación y escritura de todos los libros. Este no es una excepción. Gracias por celebrar mis éxitos, y por consolarme en las derrotas. Gracias por perdonarme cuando necesito que me perdone y por ofrecerme una disculpa sincera cuando llena el lavavajillas de forma incorrecta. Y, por encima de todo, gracias por hacerme sentir amada. Como Aries, tu corazón es oro puro, y me siento muy, muy afortunada de decir que es mío.

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



MIA SHERIDAN vive en Cincinnati (Ohio, Estados Unidos) con su marido y sus hijos.

Autora superventas (sus novelas han estado en lo más alto de las listas de *The New York Times* y *USA Today*, entre otras), su gran pasión es la de crear historias de amor sobre amantes que están destinados a estar juntos.

Este es su quinto título en Phoebe después de *La voz de Archer* (2016), *La decisión de Stinger* (2016), *La promesa de Grayson* (2017) y *Kyland* (2017).



www.miasheridan.com



FB: @miasheridanauthor

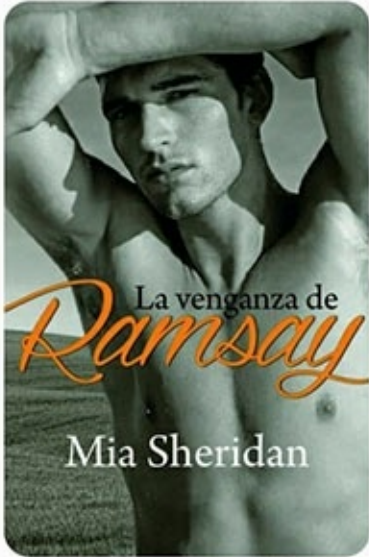


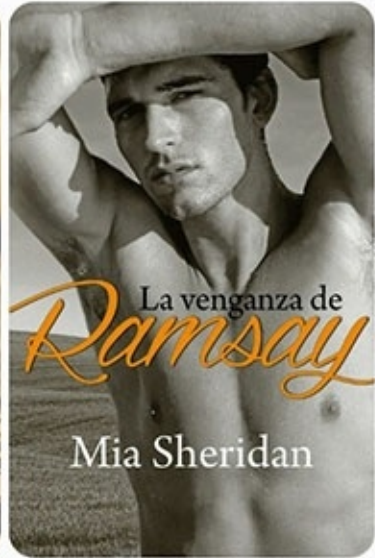
TW: @MSheridanAuthor

FANPICS

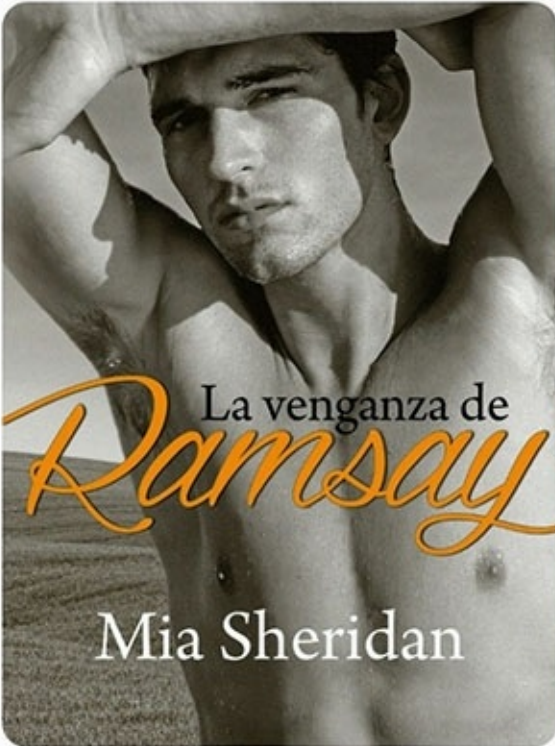
(FUENTE: TWITTER @PHOEBEROMANTICA)











La venganza de
Ramsay
Mia Sheridan





"Paz. Cobrar una deuda.
Venganza. Limpieza".

La venganza de Ramsay

MIA SHERIDAN